

A romantic couple is shown in profile, kissing. The man is on the left, wearing a grey t-shirt, and the woman is on the right, wearing a white top. They are set against a background of a scenic landscape featuring a lake in the foreground, a dense forest of evergreen trees in the middle ground, and a range of rugged mountains in the distance under a blue sky with light clouds. The scene is bathed in warm, golden light, suggesting a sunset or sunrise.

*Serie Cotter Bay*  
**OWEN BROOKS**

✦ ————  ———— ✦  
*Mi refugio, by Sira Brun*

Serie Colter Bay

OWEN BROOKS

**Mi refugio, by Sira Brun**

A todas aquellas personas que  
persiguen sus sueños.  
Nunca dejéis de hacerlo.



Serie Colter Bay  
OWEN BROOKS  
**Mi refugio, by Sira Brun**



# Prólogo

Isabella.

Acaricié con ternura mi incipiente vientre, oculto entre las capas que vestía, sentada en el suelo junto a una esquina de la estación; en un intento de paliar el frío que entumecía mis huesos. Salí con tanta prisa que olvidé coger mi abrigo. Quise reprenderme por ello, no pude. No me lo permití.

Había sido muy valiente al tomar aquella determinación, *la* decisión que cambiaría mi... *nuestras* vidas.

No, no me amedrantaría nunca más. Ya no. No más.

Sonreí.

Trasteé en el interior de uno de los bolsillos de la única mochila que llevaba como equipaje, hasta encontrar lo que buscaba. Mi cartera. La abrí y contemplé en silencio el billete de autobús que nos llevaría a nuestro nuevo destino.

Wyoming.

¿Por qué ese estado? No estaba segura. Necesitaba poner la mayor distancia posible y me pareció buen lugar. Era lo bastante grande como para pasar desapercibidos, con suficientes condados donde poder escondernos. Era perfecto, porque yo necesitaba cambiar de aires para barrer mi pasado bien lejos.

Estaba aterrada. Porque no se trataba solo de mí, sino que había una personita indefensa que crecía dentro de mí ser, a la que amaba con locura y que me seguiría sin dudar en cuanto naciera. Lo que sucedería dentro de pocos meses.

A partir de ese momento nos convertiríamos en el mundo del otro; de modo que ese amor, junto con mi ingenio y mis manos para trabajar en lo que fuese necesario, debería de darnos la oportunidad de librarnos una vida.

Un futuro.

Uno en el que el miedo fuera desapareciendo poco a poco y nos permitiera hallar la confianza necesaria para reír, saltar y bailar.

Iba a hacer lo correcto, lo sabía. Pero eso no significaba que la incertidumbre y el temor a lo desconocido no me robasen el aire.

Sujeté con fuerza la cartera y me la llevé al pecho. Poco más de setecientos dólares se escondía entre sus pliegues. Tendrían que valernos hasta que consiguiera encontrar un trabajo decente, uno que nos permitiera vivir. Extraje el billete con cuidado de no partirlo, guardé la cartera en el interior de mi mochila, me levanté del suelo y caminé hacia el andén número veintidós en cuanto vi llegar el autobús.

Estaba nerviosa.

Ocupé mi lugar en la fila de pasajeros, notando como mis piernas temblaban ante el paso que iba a dar. Me armé de valor una vez más y levanté la barbilla, orgullosa. Subí los escalones despacio, siguiendo el camino de quienes compartirían el viaje conmigo, entregué mi billete al conductor y me senté en uno de los asientos que daban a la ventanilla.

No pude evitar echar la mirada atrás antes de partir, en busca de alguna señal que me convenciera que estábamos solos como quería. No encontré nada.

Cuando el vehículo comenzó su marcha, me permití un momento para cerrar los ojos, para respirar. Me dejé mecer por el vaivén del autobús, ahuequé la mochila cerca de la ventanilla, a modo de almohada, y apoyé la cabeza en ella buscando un poco de comodidad.

—Lo logramos— susurré colocando mis manos bajo el jersey, ofreciendo una cálida caricia a mi barriga. Una leve sacudida respondió a mi gesto y mis labios se curvaron felices.

Me había escuchado. Me había entendido.

Y yo no pude sentirme más dichosa.

Seis años después...

# Capítulo 1

Owen.

Adoraba dormir. Era, junto al sexo, uno de los placeres que más me seducían del mundo. Tumbarme sobre un confortable colchón, abrazado a una cómoda y blanda almohada, ataviado tan solo con mi bóxer y una fresca sábana de algodón enrollada en mis piernas.

Sí, era lo mejor.

Estar dispuesto a relajar cada uno de los músculos de mi agotado cuerpo, sin prisas, sabedor del merecido descanso que me correspondía tras un turno en el hospital de más de treinta horas, era lo más. Sin ninguna duda.

Poder dormir a pierna suelta sin la presión de un despertador que taladrara mi cabeza, o sin la compañía de mis demás colegas de profesión en aquella diminuta sala de descanso que la directiva del hospital nos había cedido para dormitar alguna que otra hora entre turno y turno, era definitivamente una gozada. Y era consciente de ello, por eso disfrutaba el doble.

Me removí tranquilo sobre mi cama, bostezando con lentitud mientras me desperezaba, dudando sobre permanecer un poco más de tiempo oculto entre las blancas sábanas, cuando sentí una agradable y cálida sensación acariciar mi espalda. Sonreí. No me hizo falta girarme para descubrir de quién se trataba, la ligera presión sobre mi cuerpo y aquel lameteo áspero me lo revelaron al instante.

Brownie. El gato.

—Buenos días, colega —susurré medio dormido sin despegar la cara de la almohada.

Mauzó. Una sola vez. Esa fue su respuesta, su escueta respuesta. Después dio un par de vueltas sobre mi espalda clavándome sus pequeñas patitas con cuidado y se tumbó sobre mí, como si fuese el mejor rincón que hubiera encontrado donde echarse una siesta.



—No soy tu cama, no sé cuántas veces tengo que repetírtelo —bufé con la boca pastosa—. En serio, ¿para qué me gasté el dinero en esa casa tan mona que la dependienta de la tienda de mascotas me recomendó comprar? Tiene rascador incluido y agujeros pequeños por donde colarte, ¿no es eso lo que os gusta a los gatos?

Me ignoró.

Totalmente.

—¿Acaso no te gusta o es que eres un rebelde por naturaleza?

Obviamente no me contestó.

Resoplé consciente de haber perdido la batalla antes de empezarla. Y sonreí. Era extraño, lo sé, pero adoraba a ese gato, aunque me mandara al carajo con sus silencios, sus miradas esquivas y su pasividad.

Un particular sonido me obligó a abrir los ojos, giré mi cuerpo hacia la mesita de noche que tenía más próxima y entrecerré los ojos para acostumbrarme a la luz anaranjada que bañaba cada rincón de mi habitación. Tanteé con mi mano sobre la madera hasta dar con mi teléfono móvil y me lo acerqué a la cara. Me fijé en el contacto y acepté la videollamada.

—Holaaaaa —escuché al otro lado—. ¿Hay alguien ahí?

—Buenos días enana —contesté cerrando los ojos de nuevo. Estaba muerto.

—Eh no me llames enana, sabes que lo odio. Soy la segunda en la línea de sucesión y apenas me llevas un par de años.

—Uy sí, la línea de sucesión, lo había olvidado. Ni que viviéramos en un palacio —me burlé.

—Te recuerdo que tú ya no vives aquí y sí, aunque se trate de un rancho familiar, para nosotros es como si fuera un palacio, una tierra que heredar. Nuestro hogar. Al menos le tenemos más aprecio del que le tuviste tú —me reprochó mi hermana. No me hizo falta verla con mis propios ojos para saber que se había enfadado. Aquel tono usado en sus palabras me lo revelaron.

Me removí incómodo entre las sábanas. Ni siquiera me había dado tiempo a despertar y ya había conseguido mosquear a alguien importante para mí.

—Lo siento, no pretendía herir tus sentimientos. Sé que el rancho es importante para ti. No debí burlarme —giré el torso un poco más, dispuesto a estar más activo en la conversación y sentí al gato estirar sus patas para

sujetarse. ¿Cómo podía dormir una siesta en una posición tan incómoda? —  
¿Me perdonas?

Maisha arrugó su frente repleta de rizos oscuros e hizo un mohín con su boca. Dudó si aceptar mis disculpas, o tal vez solo fingió hacerlo para hacerme sufrir un poco. Esboqué un puchero con mis labios y pestañeeé exageradamente en busca de aquella risa que no tardó en llegar. Siempre lo hacía.

—Capullo. —Fue su única respuesta.

Sonreí, porque supe que me había perdonado.

Brownie escogió aquel momento para trepar por mi espalda, saltó al colchón y se acercó al móvil para olfatearlo con decisión. Le bastaron un par de segundos para decidir que aquel chisme le aburría y se dio la vuelta, dejándose caer sobre mi cama junto a mi regazo.

—Vaya, ¿todavía tienes al gato callejero? Se le ve muy cómodo en tu apartamento. Al final te has enamorado de él, ¿verdad?

—¿Enamorarme? ¿Yo? ¿De Brownie? —Bajé la mirada hacia el gato, acaricié su lomo con mi mano libre y escondí una sonrisa en la comisura de mis labios. No quería reconocer algo que, al parecer, era obvio.

—¡Oh, no! ¿Le has puesto nombre? —Maisha esbozó una gran sonrisa, mostrando una hilera de dientes blancos y dio varios saltitos al aire manifestando la alegría que sentía—. Lo sabía, estaba convencida de que esos ojitos verdes, tan parecidos a los tuyos, acabarían conquistándote. Ya lo supe el día que me llamaste pidiéndome consejo cuando lo recogiste de la calle. Encariñarte de él solo era cuestión de tiempo.

—Vale, lo reconozco. Le he cogido algo de cariño —alegué poniendo los ojos en blanco.

—¿Algo? —Una carcajada brotó de la garganta de mi hermana—. Seguro que a estas alturas ya has formalizado los papeles de la adopción, lo has llevado al veterinario para un exhaustivo reconocimiento y hasta lo has esterilizado.

Tensé los hombros, achiqué los ojos y carraspeé. ¿Acaso era un libro abierto? ¿O es que Maisha me conocía demasiado bien?

—¿Ves? Lo sabía —rio limpiándose la lagrimilla de un ojo.

Mierda.

Maldita compenetración fraternal.

Vencido, me dejé caer sobre la cama y me tapé los ojos con el antebrazo de mi mano libre. Al poco, las risas desaparecieron y el silencio se hizo eco entre nosotros.

—Me encanta, Owen. Me fascina lo que has hecho. No todo el mundo es capaz de rescatar a un gato asustado y desorientado de una fría tormenta en la gran ciudad de San Francisco, llevarlo a su hogar, bañarlo, secarlo, ofrecerle calor, alimento, cuidarlo y hacerse cargo de él. En serio, eres un buen hombre —habló Maisha. Sus palabras, sosegadas y sinceras, me invitaron a levantar el brazo y mirarla a través de la pantalla del móvil.

—Gracias —susurré.

Sonrió y sus oscuros e intensos ojos color café emitieron un brillo particular. ¡Qué guapa era mi hermana!

—Solo hace falta que te enamores de la chica indicada y serás el hombre perfecto a los ojos de mamá —soltó divertida.

—¡Oh Dios, no empieces! —resoplé.

—Vamos, no te quejes, que hace años que no te dejas caer por aquí.

—Exagerada —me quejé.

—¿En serio? ¿Cuándo fue la última vez que viniste a visitarnos?

Me incorporé dispuesto a contestar a mi hermana, convencido de hallar las respuestas idóneas que demostrarían que Maisha era total e indudablemente una exagerada.

—Veamos, el verano pasado estuve en la Feria de Medicina y Cirugía Estética de Boston. El anterior doblé turno en urgencias. Fue el año en el que un equipo de fútbol americano se contagió de malaria y tuvimos que poner el hospital y a los trabajadores en cuarentena. El caso se alargó hasta el otoño y el último paciente recibió el alta pasadas las navidades.

—Aún recuerdo lo preocupados que nos tenías a todos —convino mi hermana ladeando la cabeza.

—Lo sé y lo siento. Pero trabajar en un hospital conlleva estos riesgos —alegué. Maisha hizo una mueca con la boca y yo me llevé la mano a la barbilla en un intento por recordar cuales fueron mis últimas vacaciones del hospital.

—Hace tres años compraste un billete para venir a visitarnos, pero en el último momento lo cancelaste porque te invitaron a una conferencia sobre algo

de medicina y no viniste. Mamá se desilusionó mucho, se llevó una semana preparando esos pastelitos de canela que tanto te gustan.

—Se trataba de una ponencia sobre cirugía bariátrica, y no fue hace tres años, sino cuatro —repuse.

—No, fue hace tres, lo recuerdo perfectamente porque fue el mismo año en que Bobby se fracturó el brazo cuando tuvo el accidente de moto que tanto enfadó a papá. Prometiste echarle un ojo a la fisura y hablar seriamente con él. No lo hiciste.

Maldije en silencio.

Lo olvidé. No el accidente de Bobby, por supuesto, eso jamás podría olvidarlo, sino fracasar en la promesa que hice. Sentí un pequeño escozor en el pecho. Lo odié. Odié haberme olvidado, haber dejado pasar el tiempo y no preocuparme por él tanto como debería haberlo hecho, por no haberle tendido una mano a mi padre, por no haber sido un apoyo para mi hermano pequeño.

—Joder, ¿cómo está? —pregunté.

—¿Quién, Bobby?

Asentí en silencio.

Maisha arrugó el ceño.

—¿Sabes que me estás preguntando por un hecho concreto que ocurrió hace tres años?

—Sí, joder, lo sé —escupí. Estaba cabreado. No con ella, Maisha no tenía culpa ninguna, sino conmigo. Solo conmigo.

—Bien. Se fracturó solo la muñeca. No iba a gran velocidad y avanzó pocos metros. La cagó. No solo por robarle la motocicleta al señor Collins, nuestro vecino, que nos dio la voz de alarma, sino porque chocó contra sus calabazas, esas que siempre vende en el mercado cuando se acerca las fiestas de Halloween, y destrozó una buena parte de la cosecha que papá tuvo que pagar.

—Enano inconsciente —bufé.

—No le culpes, solo tenía catorce años y quería ir a verte. Te echaba mucho de menos. Siempre has sido su referente y de repente te marchaste.

—No fue una buena idea —capituleé.

—No, no lo fue, pero ¿qué querías que hiciera? Siempre fuiste su héroe: el hermano mayor que le rescataba de todos sus problemas, quien le enseñó a

montar a caballo, a nadar en el lago Jackson, a trepar por los árboles. Eras quien lo cuidaba por las tardes cuando papá y mamá trabajaban en el motel, quien lo acunaba la mayoría de las noches. Y entonces, te largaste.

—No os dejé en la estacada, solo acepté una oferta de trabajo.

—Lo sé, pero pudiste hacer la residencia de medicina más cerca de casa.

—Fue una gran oportunidad para mí. No pude rechazarla. El USCD Medical Center se ha considerado siempre como uno de los mejores hospitales del estado de California. No podía declinar la oferta, habría tirado por la borda todos mis años de estudios universitarios —me defendí. —Era mi momento de volar.

—Y lo hiciste. Alzaste el vuelo y todos nos alegramos mucho por ti, de veras, pero Bobby solo tenía once años cuando te marchaste y por mucho que se lo explicamos, nunca llegó a entender por qué te fuiste, por qué lo abandonaste.

Chasquéé la lengua.

Ni siquiera me había parado a pensar en ello. Vi mi oportunidad y me lancé de lleno a ella, buscando tan solo mi propio beneficio, mis objetivos profesionales, mi futuro. Y no, no pensé en Bobby, en sus sentimientos, en lo difícil que estaba siendo para él enfrentarse al mundo sin mi ayuda. Sin mi apoyo. Sin mi cariño. Sin mí.

Un gran sentimiento de culpa me aplastó el alma, como si una losa dura y fría cayera sobre mí.

—Maldita sea —escupí.

—No te atormentes más y ponle remedio. ¿Vendrás este año? ¿Pasarás algunos días de verano en el rancho? —Maisha lanzó las preguntas y las dejó en el aire, ofreciéndome un tiempo para meditar la respuesta.

No quería presionarme, pero tampoco se iba a rendir tan fácilmente. La conocía bien, muy bien.

No supe qué responder.

—No lo sé —resoplé—. Tenía pensado coger algunos días libres para irme de viaje con Hannah, aunque no es algo definitivo...

—¿Con Hannah? Venga ya, ¿en serio? ¿Aún sigues con ella? —Los grandes y oscuros ojos de mi hermana destilaron una mirada de decepción—. Ya la antepusiste a nosotros hace cuatro años, cuando comenzaste ese rollito que te

traes con ella. ¿En serio quieres que le diga a mamá que prefieres pasar otro verano lejos de la familia por una mujer?

—Puedes decirle lo que quieras.

—Le partirás el corazón, ¿no lo has pensado? Hace cinco años que no te vemos, Owen. No dejes pasar más tiempo. Ya te has perdido suficientes cosas.

Callé. Tenía razón y por más que quisiera rebatir, no pude hacerlo. No encontré ningún argumento para ello. Me había volcado de lleno en mi trabajo y sí, en cierto modo, los había abandonado.

Me jodió reconocerlo.

—Piensa en papá, en mamá, en el abuelo Menelik. En Bobby, Owen, piensa en Bobby. Se lo debes.

Maldita sea.

Odié que tuviera razón.

—Está bien Maisha, lo pensaré —musité—. Ni siquiera supe si me había escuchado—. Tengo que dejarte.

—¡Oh vamos! ¿Te has enfadado?

—No Maisha, no me he enfadado, al menos no contigo —bufé—. Estoy agotado, en serio, apenas he dormido... —Quise mirar la hora, pero no encontré mi reloj de pulsera. Lo había dejado en el baño cuando me duché al llegar a casa después del turno en el hospital—. ¿Qué hora es?

—Las diez y doce minutos.

—Joder, no he dormido ni cuatro horas. He llegado a mi apartamento pasadas las cinco... Estoy muerto. —Volví a quejarme. Dejé caer mi cabeza en la almohada y cerré los ojos.

—Cinco horas, no cuatro —reparó Maisha.

—Cambio horario, hermanita —repliqué aún con los ojos cerrados.

—Ups, verdad, había olvidado que en San Francisco es una hora menos que en Wyoming —la escuché decir—. Entonces te dejo descansar, ya hemos hablado suficiente.

—Te lo agradezco. —Abrí uno de los ojos lentamente. La vi sonreír.

—Descansa, Owen. Y piénsatelo. Nos encantaría verte de nuevo por el rancho —se despidió.

Asentí en silencio y, tras recibir un beso en el aire, el rostro de mi hermana



desapareció, mostrando de nuevo el fondo de pantalla de mi Smartphone. Dejé el móvil a un lado, entre las sábanas que tapaban mi cuerpo y suspiré.

Tenía mucho en lo que pensar.

Brownie se levantó despacio y desperezó su pequeño cuerpo peludo arqueando la espalda, como suelen hacer los gatos. Se frotó con mi torso desnudo y comenzó a maullar.

—Tienes hambre, ¿eh?

Maulló de nuevo.

—Cinco minutos, dame cinco minutos más y me levanto —prometí.

Brownie pareció entenderme. Levantó su cabecita grisácea y me miró durante unos inapreciables segundos con sus grandes y profundos ojos verdes. Después se bajó de la cama y abandonó la habitación con la cola en alto.

A los pocos minutos lo escuché arañar el mueble de la cocina donde guardaba su comida.

Gato listo.

Suspiré.

—En serio, ¿os habéis propuesto todos no dejarme descansar? —murmuré, a la vez que me deshacía de la sábana enrollada en mi pierna y bajaba de mi cómodo colchón.

Me dirigí a la cocina, despaché a Brownie con un gran cuenco de pienso idóneo para gatos esterilizados y bostecé. Un leve rugido en mi estómago me recordó que no había vuelto a comer desde el almuerzo y tenía hambre. Abrí el frigorífico y me dispuse a pensar un menú digno que degustar, cuando volví a escuchar la peculiar música que había elegido como tono de llamada en mi teléfono móvil.

—Joder, ¿ahora tampoco puedo cenar? —susurré.

Deshice mis pasos hasta el dormitorio, me incliné sobre el colchón, atrapé el móvil y me fijé en el contacto.

Era Terry.

Cogí la llamada.

—Colapso en Urgencias, te necesito —escuché al otro lado de la línea. Sonaba tenso, angustiado—. Ya.

Adiós a mi descanso.



## Capítulo 2

Owen.

—¡Maldita sea! Le partiría la cara a ese policía ahora mismo si no tuviera el uniforme puesto —bramé malhumorado en cuanto Terry, Hannah y yo abandonamos la sala de observación y dejamos atrás al par de agentes que vigilaban al paciente ingresado.

—Tranquilo, alterándote no conseguirás nada —pronunció Hannah en un intento por tranquilizarme.

Bufé disconforme.

—No puedo creerlo, ¿cómo han podido disparar a un crío de doce años en la puerta de casa de su abuelo?

—Los agentes dicen que estaba robando —informó Hannah.

—¿Y tú les crees? —repliqué.

—No lo sé, Owen, no estaba allí. Solo me limito a responderte lo que nos han contado.

—¿Y la versión del chico no cuenta? —pregunté. No le di tiempo a responder, continué con mi alegato mientras subía una octava el timbre de mi voz—. ¿Es porque es mulato como yo? ¿Por eso no le crees?

—¿¿Qué?! —Hannah dejó caer ligeramente la mandíbula, sorprendida—. No seas imbécil. ¿Acaso alguna vez te he discriminado por el color de tu piel? ¿Lo hemos hecho alguno de los que estamos aquí?

Miré a mi alrededor y los contemplé en silencio. No, no lo habían hecho. Ninguno de ellos. Aun así, continué enervado.

—Intentaba hacerle llegar a su abuelo los medicamentos que debía tomar por prescripción médica. ¿En serio le dispararon por eso?

—Owen, lo pillaron entrando por la ventana —convino Hannah.

—Llamó a la puerta, pero su abuelo no lo escuchó, tenía el volumen del televisor demasiado alto. Ya lo oíste cuando llegaron sus padres, había

olvidado las llaves en su casa. Quiso llamarlos, pero entonces, cuando sacó el móvil, le dispararon —gruñí—. No se puede ir por ahí disparando a todas las personas que creen ser sospechosos.

Ninguno contestó, se limitaron a darme espacio para soplar toda aquella rabia que se había apelmazado en mi pecho.

Era injusto, mucho, que en los tiempos que corrían aún hubiera personas que prejuzgaran a otras por algo tan simple como el color de su piel. Que creciera la desconfianza e incluso el miedo. Que la pigmentación oscura fuera sinónimo de delincuencia.

No pude controlarlo. Apreté los puños con fuerza a ambos lados de mi torso y tensé los músculos de la mandíbula.

«Respira. Cuenta hasta diez», pensé.

—Ve por un café. Tómate un respiro, y cuando regreses, hazlo con la cabeza fría. Deja tus sentimientos y empatías a un lado. Estamos aquí para salvar la vida de un paciente, lo que ocurra después no es asunto nuestro, estemos o no de acuerdo —pronunció Terry que hasta el momento se había mantenido en silencio, expectante al diálogo mantenido entre Hannah y yo.

Sus ojos marrones se encontraron con los míos y ambos nos mantuvimos la mirada durante unos segundos. Fue una orden, lo supe al instante. Terry Mayson no solo era mi mejor amigo en la ciudad, no, también era jefe del departamento de cirugía en el UCSD Medical Center y, por ende, el mío. Mi actitud no estaba siendo la adecuada, pero no podía controlarlo, era una persona después de todo. Cirujano o no, era un hombre con sentimientos.

—Tengo parte de culpa en esa frustración que sientes. No debería haberte llamado en tu descanso para pedirte que volvieras a Urgencias. Apenas has tenido tiempo para dormir —sostuvo Terry—. No tuve elección.

—Lo sé. No te preocupes —respondí—. Hice un juramento cuando decidí dedicarme a la medicina, te ayudaré cuantas veces lo necesites.

—Eres uno de los mejores cirujanos de trauma y urgencias de este hospital, Owen, te necesito cada día a mi lado.

Me crecí, no pude evitarlo. Tampoco quise, al fin y al cabo, había trabajado muchísimo durante todos aquellos años para llegar a escuchar aquella alabanza. Fue reconfortante, mucho, pero no podía olvidar que iba ligada a una gran responsabilidad.

—Gracias, Terry. Sabes que significa mucho para mí escucharte decirlo —

confesé.

—Es la verdad —me contestó. Sonreí—. Y ya estás tardando en tomar ese café. Los resultados de las placas que he solicitado no tardarán en llegar y quiero tenerte a mi lado para escuchar tu valoración.

Asentí.

—Desconecta, pero no tardes. Te necesito aquí —manifestó antes de darse la vuelta y desaparecer.

Hannah lo siguió en silencio y me quedé solo.

Era el momento de tomarme un respiro, sí, lo necesitaba. Giré mis talones y me adentré en el largo pasillo que tenía frente a mí, en dirección la cafetería. Seguro que un café doble calmaría mi estómago rugiente y me ayudaría a mantenerme despierto, dispuesto a continuar ayudando a los demás pacientes.

Un pitido breve y escueto llamó mi atención y metí la mano en uno de los bolsillos de mi bata blanca. Saqué mi Smartphone y leí el mensaje que había recibido. Era de Terry, ya estaban los resultados. Tiré el vaso de café en la primera papelera que encontré a mi paso y con grandes zancadas me dirigí a Urgencias. Cuando llegué a la sala de consultas, donde Max, nuestro paciente de doce años, continuaba postrado en la camilla bajo la atenta mirada de la pareja de agentes, Terry y Hannah ya se encontraban examinando la pantalla del dispositivo portátil que usábamos en aquella zona del hospital. En cuanto mi jefe me vio entrar, me hizo un gesto con la mano para que me acercara.

—No veo fragmento de bala ni fracturas vertebrales, le haré una angio TC —habló en cuanto estuve a su lado.

—Es mucha radiación para un niño —objetó Hannah mientras examinaba la pantalla.

—No tenemos muchas opciones. Podemos observar y esperar u operar a ciegas —mencioné—. No, lo mejor será hacerle la TC.

Un murmullo fue creciendo en el interior de la sala donde se encontraba Max, llamando nuestra atención. En cuanto atravesamos la puerta de la habitación nos dimos cuenta de la disputa que se había creado.

—Lo tratan como a un delincuente atándolo a la camilla con esas esposas. —Escuché cómo se quejaba el padre del pequeño—. Ya os ha dicho que no estaba robando, es un crío, ¿no lo ven?

Sonó desesperado. La impotencia que sentía me zarandeó despacio,

obligándome a examinar la situación con detenimiento.

Max, el paciente de doce años, se encontraba tumbado sobre la única camilla de la estancia, con el torso desnudo cubierto por una manta que dejaba al descubierto sus delgados brazos a ambos lados de su rígido cuerpo. Mostraba una herida en la parte izquierda de su cuello, que los servicios de emergencias habían tapado con varios apósitos. Una cánula de oxígeno se hundía por los orificios de su ancha nariz, extendiéndose por sus mejillas hasta ocultarse tras sus orejas, para unirse, con la ayuda de una tira de esparadrapo, en el centro de su cuello, cerca de la nuez que comenzaba a desarrollarse. En uno de sus brazos, una vía le suministraba solución salina, en el otro, unas frías esposas de metal ataban su muñeca a la barra protectora de la camilla.

—¿No piensa quitarle esas esposas? —pregunté arrugando el ceño.

Los ojos oscuros de Max dejaron caer un par de lágrimas, fruto del temor que corría por sus venas. Sentí de nuevo brotar la rabia dentro de mí. Tan solo era un niño, ¿tenían que tratarlo como a un criminal?

—Está retenido —me contestó uno de los policías.

—Quiero las esposas quitadas —exigí—. ¡Quítenselas! No va armado —bramé.

Nadie dijo nada.

El agente indeciso, giró la cabeza en dirección a su compañero y le preguntó qué hacer con la mirada. Éste, un hombre de mediana edad, veterano en el cuerpo de policía, hizo un gesto con su cabeza negativamente.

Sentí un golpe seco en mi estómago. Me cabreé.

—¿Por qué no me dicen quién le disparó? —requirió enfadado el padre del paciente, un hombre de color pulcramente ataviado de pies a cabeza. Dio un paso al frente y se colocó delante de la camilla, entre su hijo y los agentes de policía. Un destello de rabia se apoderó de sus grandes ojos oscuros—. ¿Dónde está ese tío?

—En comisaría, siendo interrogado. ¿Por qué no se calma?

—¿Qué se calme? —La voz de la madre se elevó una octava. Era una mujer guapa, mestiza como yo, de cabellos largos, oscuros, igual que sus ojos y sus largas pestañas, mojadas por aquellas lágrimas que aparecían sin avisar. Llevaba un vestido ajustado y unos tacones de salón. Junto a ella, una niña de unos ocho años se aferraba a su falda, asustada.



—Cálmese... —El policía levantó ambas manos al aire y las movió despacio de arriba abajo de manera repetitiva, exigiendo con su gesto que bajasen la voz.

—¿Qué me calme? —volvió a repetir la mujer totalmente airada.

—Cálmese y vamos a hablarlo. —El agente lo intentó de nuevo—. Documentación —solicitó.

—Después de que estén un rato a solas con su hijo y les quiten las esposas —requerí cruzándome de brazos. No iba a moverme de allí hasta que no consiguiera que se las quitaran.

Fue suficiente, al menos para mí. Me negué en rotundo a seguir consintiendo el desprecio que aquellos policías estaban ofreciendo a la familia de Max.

Repugnancia, no pude sentir otra cosa más que repugnancia.

Durante unos largos segundos mis ojos mantuvieron la mirada de aquel obtuso agente veterano, mostrándole mi determinación, aquella que no pensaba volver a ignorar, por mucho que Terry me lo ordenara.

—Hablarán con ustedes cuando estén listos. Déjenles, por favor —insté extendiendo las manos hacia adelante indicándoles la salida.

Sin más remedio, viéndose obligados, accedieron a regañadientes. En cuanto le quitaron al chico las esposas abandonaron la sala fulminándome con la mirada. Me pareció escuchar como uno de ellos esbozaba un pequeño gruñido disconforme.

Me importó una mierda.

Terry, Hannah y yo los seguimos fuera, permitiendo con ello que la familia pudiera estar a solas para calmarse.

—Yo no le digo cómo hacer su trabajo, no me diga cómo tengo que hacer el mío —me reprochó el agente más veterano en cuanto nos encontramos en el rellano.

—¿En serio? —le pregunté. Di un paso hacia adelante y volví a cruzar los brazos sobre el pecho. Erguí el mentón y entrecerré mis verdosos ojos—. Su compañero le disparó a un niño sin motivo. ¿No cree que debería hacer su trabajo de otra manera?

No contestó.

La tensión podía cortarse con unas tijeras.

—Si nos disculpan, tenemos más pacientes que atender. Owen, Hannah. — Terry, en un intento por mudar aquel ambiente, echó a andar por el pasillo examinando la tableta que llevaba entre sus manos con detenimiento, en busca de los expedientes clínicos en los que trabajábamos.

Lo seguí resoplando por la nariz.

Durante las siguientes dos horas, estuvimos trabajando sin descanso en Urgencias, pendientes en todo momento de Max y su familia. En cuanto la sala de TAC quedó libre, nos apresuramos a llevar al chico para realizarle la TC.

Suspiré en cuanto me senté frente al ordenador de la sala contigua, agradecido de tener un descanso, y coloqué mis manos tras la nuca mientras esperaba los resultados de la prueba. Hannah dejó caer sus caderas sobre la mesa del escritorio, paseó sus espectaculares ojos azules por mis bíceps y se mordió el labio inferior. Era guapa y sexy, muy sexy, pero eso ya lo sabía ella. Llevábamos años jugando con nuestros cuerpos, observándonos en silencio, compartiendo los días en el trabajo y fuera de él. Nos conocíamos bien. Y yo sabía que ella, caía rendida ante unos buenos brazos, fuertes, con músculos, unos que la supieran sujetar con firmeza. Oculté una sonrisa en la comisura de mis labios y examiné la cabina donde Max estaba tumbado. Terry se colocó de pie a mi lado, pendiente de la saturación del paciente.

Fuera, tras el dintel de la puerta de la sala del TAC, uno de los agentes, el más joven, permanecía vigilante, caminando cortos pasos de un lado a otro.

—Míralo, protegiéndonos de un niño de doce años en un escáner —bufé incómodo.

—Hace su trabajo —replicó Hannah.

—Claro, siempre lo hacen. ¿Y el policía que le disparó? ¿También hacía su trabajo?

—Las imágenes —interrumpió Terry. Se acercó a la pantalla del ordenador y señaló con su dedo índice—. Ahí está, la bala ha rozado la carótida.

—La pared está intacta —dije—. Se pondrá bien.

Sentí una gran calma. Me alegró saber que aquel chico tendría toda la vida por delante para alcanzar sus sueños. Aunque estaba seguro de que no volvería a ver la vida con los mismos ojos que antes. No, ya no. Ellos se habían encargado de destrozar su infancia.

—Lo dejaré en observación y le daré antibióticos. Podría haber acabado peor —pronunció Terry visiblemente aliviado.

Sí, tenía razón. Podría haber acabado mucho peor. Todo por culpa de un inepto policía que no sabía hacer bien su trabajo.

Suspiré algo más tranquilo, deseoso de que no hubiera complicaciones.

—Ya me encargo yo de Max, vosotros podéis tomaros un descanso. Id a cenar o a dormir un rato. Me relevaréis en una hora —nos informó.

Y después, sin más, se marchó.

Hannah no tardó en deshacerse la coleta y una melena rubia cayó sobre sus delgados hombros llamando mi atención. Sabía que me fascinaba aún más el cuerpo de una mujer cuando llevaba el cabello suelto, indomable. Me resultaba tremendamente sexy y ella, jugó conmigo.

—¿Quieres cenar fuera? —preguntó despacio, atravesándome con sus ojazos azules. La vi desabrocharse el primer botón de su bata blanca con una parsimonia asombrosa, sonriente. Se levantó y caminó con pasos cautelosos hacia la entrada, donde observé cómo el policía había desaparecido antes de que la puerta de la habitación se cerrase con sigilo. Colocó una de las manos en la cerradura y volvió a penetrarme con aquella mirada posesiva que me confundía rápidamente. — O ¿prefieres cenar dentro? — El clic del cerrojo fue suficiente para despertarme de aquel estado aletargado en el que me encontraba.

La vi recorrer con la mirada cada parte de mi cuerpo, deteniéndose en el bulto que había crecido en mi pantalón. Sonrió con descaro y sus ojos me devoraron antes de que su cuerpo llegara a mí. Se descalzó con rapidez y se desprendió de la parte inferior del uniforme que vestía, se atusó la melena y se colocó a horcajadas sobre mí, obligándome a permanecer sentado.

Gruñí. Lo que consiguió que Hannah gimiera y ambos nos excitamos más.

—Tenemos que dejar de hacer esto en el trabajo. Al final conseguiremos que nos pillen —mencioné cuando sus labios se cansaron de besar los míos.

—¿Seguro? —me contestó levantando una ceja. Despacio deslizó su mano por mi torso hasta llegar a mi miembro, que agarró con fuerza—. Si quieres paro —me susurró al oído.

Maldito embrujo femenino.

Enterré mi boca en su cuello y sujeté con fuerza sus muslos desnudos. Deslicé su ropa interior con premura y hundí mis dedos en su interior, provocando que Hannah gimiera sin control. Cuando noté su humedad aparté la mano y la miré fijamente a los ojos. No estaba enamorado de ella, no, hacía

mucho tiempo que no sentía esa clase de amor por una mujer, al menos no como la primera vez que destrozaron mi corazón; pero el sexo era fabuloso y ambos sabíamos compenetrarnos muy bien en la cama. O en una silla. Tiré del lazo de mis pantalones y cuando conseguí deshacerlo, me los bajé lo suficiente para que mi miembro erecto saliera fuera. No sé de dónde salió, pero las manos de Hannah me alcanzaron con rapidez y me colocaron con un asombroso manejo un preservativo. Levanté la mirada sorprendido y ella me guiñó un ojo.

—Soy una mujer con recursos, nunca lo olvides —murmuró antes de levantar las caderas y dejarse caer sobre mi verga.

Una y otra vez.

Fuerte.

Intenso.

Salvaje.

Nos dejamos llevar sin límites, como siempre ocurría cada vez que estábamos solos en alguna habitación, y continuamos dándonos placer hasta que de nuestras gargantas verbalizaron el placer del orgasmos.

Veinte minutos antes de la hora recibimos un aviso de Terry. Uno que me hizo sentir un mal presentimiento.

«Max», leí en silencio.

La miré arrugando el ceño, con la preocupación tiñendo mis pupilas oscuras. Nos terminamos de vestir deprisa y salimos de la habitación lo más rápido que pudimos. Cuando llegamos a la sala de consulta, nos encontramos a los padres del pequeño abrazados a los pies de la camilla, observando con temor todo lo que estaba pasando. La mujer lloraba desconsoladamente, mientras un pitido nos envolvía a todos en el interior.

Varios médicos trasteaban alrededor de Max, mientras Terry dirigía las funciones.

—¿Qué pasa?! —preguntó Hannah a la vez que cogía unos guantes de látex y se los colocaba.

Hice lo mismo atento a toda la información.

—La carótida, el hematoma le ha cerrado la garganta —nos explicó Terry preocupado. —La onda de la bala le debilitó la pared de la carótida. Se ha desgarrado.

—¡A quirófano! No hay tiempo que perder —ordené—. Yo seguiré con las compresiones —dije al sanitario que masajeara el pecho desnudo de Max a quien Terry acababa de intubar.

—Ya habéis oído —pronunció Terry.

—Sigo —mencioné cuando relevé al sanitario y comencé con el masaje RCP.

—¿Listos? —gritó Hannah—. ¡Vamos, moveos!

La camilla rodó deprisa por los azulejos del suelo y todos salimos de la pequeña habitación dispuestos a llegar lo antes posible a los ascensores, que nos llevarían a la zona de quirófanos.

—Mamá, ¿qué pasa? ¿A dónde se llevan a Max? —Escuché preguntar a la hermana de nuestro paciente. La niña se aferró asustada al cuerpo de la mujer.

—Dios mío, mi pequeño —sollozó la madre.

Me dolió, ver las lágrimas de esa madre me golpeó el pecho y dolió. Vi cómo se apartaban a un lado para que pudiéramos pasar a toda prisa con su hijo inconsciente en la camilla. Y cómo la mano de la madre palpaba con añoranza el abdomen donde había tenido a su pequeño durante nueve meses. Ignoré la masa sólida que se había formado en mi garganta y me centré en continuar con la reanimación cardiovascular.

—Se pondrá bien. —Escuché decir al padre antes de que entráramos en el ascensor y los rostros afligidos de los familiares desaparecieron de nuestras vistas.

Las puertas oscilantes del quirófano se abrieron de par en par en cuanto la camilla chocó contra ellas y entramos aprisa. Un equipo médico nos esperaba en el interior y se apresuraron a ayudarnos en cuanto nos vieron llegar. Colocaron a Max una bomba de aire manual que presionaban mientras yo continuaba con las compresiones sin desistir en mi empeño.

—Tiene que ponerse bien —susurré.

Hannah se apresuró a cogerle otra vía en el brazo, mientras Terry palpaba con cuidado cerca de la herida del cuello.

—Deja las compresiones —me ordenó. —Hay pulso.

Suspiré aliviado.

—¡A la de tres! Una, dos y tres. —Entre todos trasparamos a Max de la camilla a la mesa de operaciones.

—Otra unidad de sangre. —Escuché pedir a Hannah.

Todo el quirófano era un caos.

—Quiero un angio postoperatorio —ordené mientras me colocaba los guantes, la bata de operaciones y la mascarilla—. Preparadlo hasta las rodillas.

—Jefe, ¿qué hago? —preguntó Hannah una vez descubrió que todo estaba controlado.

—Reza, reza todo cuanto sepas.

Dos horas y cuarenta y cinco minutos. Ese fue el tiempo que pudimos conseguir que el corazón de Max continuara latiendo, antes de que se apagara definitivamente. Dos horas y cuarenta y cinco minutos.

La frustración me engulló como un pez se come a otro, dejándome aturdido, devastado, impotente.

¿Por qué? ¿Por qué se tuvo que ir? ¿Por qué no conseguimos salvarle la vida? ¿Por qué no pudimos impedir que hubiera complicaciones? ¿Por qué, joder? ¿Por qué?

Quise acompañar a Terry, pero se negó. Era el jefe y sentía suya la responsabilidad de notificar la muerte a los familiares. Una de las peores experiencias que sentir. Lo lamenté por él, por el mal trago que tendría que pasar, pero sobre todo por Max y su familia. Por el dolor indescriptible y desgarrador que atravesaría sus corazones en el momento en el que Terry les informara del fallecimiento de su hijo.

De su hijo de doce años.

Maldita sea.

Entonces los vi. De pie, impassibles ante los dolorosos y sofocantes sollozos de una familia rota, quebrada, destrozada. Unos padres que estaban recibiendo la peor noticia posible.

Y se me partió el alma.

Se me humedecieron los ojos.

Hannah, que me conocía bastante bien, apreció la tensión en mi mandíbula, la furia en mi mirada y se adelantó a mis movimientos colocándose frente a mí en un intento por frenar mis pasos. Sus delgadas manos, aquellas que tantas veces habían recorrido mi cuerpo, se posaron en mis brazos y me empujaron



levemente hacia atrás, invitándome a recular.

—Owen, no —susurró a un palmo de mi boca.

Nos encontrábamos fuera de la sala privada que Terry había elegido para reunir a la familia. Una habitación pequeña con una amplia ventana de cristal hermético que permitía observar el interior a cualquiera que pasara. Testigos de su mayor sufrimiento. Cerca de nosotros, la pareja de policías observaba expectante la reacción de aquella familia.

Me enfadé.

Mucho.

Porque esas personas tenían la culpa de lo que había pasado.

Ignoré la sensatez de Hannah y me dirigí hacia ellos con grandes zancadas.

—Ese agente tomó una decisión muy meditada —murmuró el policía más veterano en cuanto me coloqué frente a él.

—No, no meditó, simplemente reaccionó. Veis el color de la piel como todos, pero la reacción que tenéis con un niño blanco y con uno negro es diferente. Esa milésima de segundo es apreciable e irreparable. Prejuizar es humano, pero vosotros tenéis armas y la usáis, son letales —escupí con el ceño fruncido.

Me quemaba. Algo en mi interior quemaba mi pecho.

Condenada injusticia.

—No somos segregacionistas —musitó el agente más joven. Pude ver un atisbo de culpabilidad en sus castaños ojos—. Nunca sabes quién puede ir armado.

—No hablo de racismo, sino de prejuicios y son reparables. Existen protocolos que pueden ajustar para que todo esto no vuelva a suceder o pueden seguir ignorándolos si quieren. Los niños mueren. ¡Un niño ha muerto! —bramé señalando la sala donde lloraban los padres de la víctima—. ¿Por qué? Hay muchas personas que son como él, que son como yo —me señalé—. Que tenemos un color distinto en nuestra piel y mueren. ¿Por qué?

No les permití responder. Me negué a ello. Nada de lo que dijeran justificaría la muerte de ese niño. Nada, absolutamente nada.

Me marché con el único deseo de no volver a cruzarme en el camino a aquel par de ineptos, que lo único que intentaban era defender un hecho indefendible.

Terry, que abandonaba la sala privada en el instante en el que me encaraba con los agentes, y Hannah no tardaron en alcanzarme.

—Estás loco, Owen. ¿Cómo se te ocurre enfrentarte con la policía? —me preguntó Hannah con un gesto de sorpresa dibujada en su ovalada cara—. A mí también me parece injusto lo que han hecho, lo que ha sucedido, pero no voy por ahí acusando a la policía. ¿Acaso quieres que te detengan por desacato a la autoridad? ¿Sabes lo que supondría una noticia como esa en nuestro hospital?

—Quedarse callado no sirve para nada —bufé.

—Sirve para conservar tu trabajo. No olvides dónde estás, Owen. Aquí no existen segundas oportunidades —me advirtió.

La fulminé con la mirada.

—Necesitas unas vacaciones —declaró Terry.

—Sí, sí, ya te informaré de los días cuando me sienta a planificarlas —respondí con un ademán.

Lo último que me apetecía en aquel momento era realizar cualquier trabajo administrativo, como rellenar impresos y hacer fotocopias.

—No, creo que no me has entendido. He dicho que necesitas unas vacaciones. Ya. —Fruñí el ceño. La voz profunda y seria de Terry me indicó su estado de desacuerdo. Me alerté—. No me importa si disfrutas de tus vacaciones en el Caribe o en el sofá de tu apartamento, si quieres estar solo o acompañado, si te inflas a ver series en Netflix o te quedas embobado mirando por la ventana de tu habitación. Lo que hagas con tus días libres me trae sin cuidado, lo que no pienso permitir es que la cagues de nuevo. No, no pienso dejar que tires por la borda todo el trabajo que has hecho en estos últimos años porque estés desbordado. No pienso consentirlo. —Hizo una pausa para llevarse los dedos al puente de su nariz. Respiró profundo y prosiguió—. Estás saturado y eso ocurre cuando no descansas. Hace años que no disfrutas de vacaciones, que no desconectas del trajín del hospital, que vives sumido en un continuo estrés. Y parte de culpa la tengo yo, lo sé. He visto en ti un brillante cirujano, Owen, y me he centrado tanto en formarte profesionalmente que he olvidado que las personas necesitamos un respiro.

No supe reaccionar.

Ni qué decir.

Terry y sus malditas palabras. Terry y su eterna implicación en todo. Terry y

su sentido de la responsabilidad.

—Vete a casa. Desconecta de todo esto. —Hizo un gesto con las manos a su alrededor—. Respira, Owen. Respira.

Me quedé en blanco. Por un breve instante me dejé dominar por la inquietud. Vacaciones. ¿Qué se hacía en las vacaciones? Lo había olvidado.

Entonces lo pensé.

Sí, ¿por qué no?

Centré mi mirada en ellos y los observé durante unos segundos sin decir nada. Mis compañeros de trabajo, mis amigos en San Francisco, mi familia en la ciudad.

Mi familia.

Un vuelco en el corazón me ayudó a tomar una decisión, *la* decisión que cambiaría por completo mi vida. Una osadía que tambalearía mi mundo hasta el punto de hacerme perder la cabeza.

Era el momento de regresar a casa.

La ocasión perfecta para volver a Colte Bay, el pequeño paraíso del que escapé.

## Capítulo 3

Isabella.

Me di la vuelta, buscando una posición más cómoda en la cama, y me encontré con él. Sentí una explosión de gozo en mi corazón y sonreí. No pude evitarlo. Me había robado el corazón. Se apoderó de él desde el instante en el que lo conocí y lo hizo suyo. Se había adueñado de mi alma con una sutileza desconocida, inundando de amor mi existencia, transformando la suya en todo mi mundo.

Zac, mi pequeño héroe.

Extendí mi mano y la posé en su pequeña carita. Era tan suave y tan cálida, que me resultó de una ternura extraordinaria. Acaricié sus sonrojadas mejillas y examiné alegre cada una de las pecas que pintaban su piel. Siete, conté en silencio. Observé sus ojitos cerrados repletos de unas largas y oscuras pestañas, sus cejas castañas, su nariz respingona, su perfecta boca. Era hermoso y me henchí de orgullo. Enterré mis delgados dedos en su cabello ondulado y disfruté de su tacto. Jugué con algunos mechones y despejé su rostro para contemplarlo mejor. Era guapo, muy guapo. Paseé mis castaños ojos por todo su cuerpecito, comprobando que cada parte se encontrara en perfecto estado y suspiré agradecida.

Zac, mi niño.

Mi vida.

No fue nada fácil, pero lo conseguimos. Sí, lo hicimos, claro que lo hicimos. Rendirse no era una opción, nunca lo fue y jamás lo sería. Lo tenía claro, si quería algo en esta vida tendría que luchar por ello y para conseguirlo no debía desistir, aunque la fatiga hiciera estragos en mi estómago, o la incertidumbre a lo desconocido arañara mi espalda con sus garras, o la inexperiencia me empujara a dudar de mis capacidades.

No, no podía hacerlo, aunque mis inseguridades, mis temores, me animaran

a ello. No lo haría, por él, por Zac, por mi hijo.

Me acerqué un poco más a él, con cuidado de no aplastarle con el peso de mi cuerpo los frágiles dedos de la mano que descansaba en su almohada, y junté nuestras frentes. Cerré los ojos, acaricié su nariz con la mía e inhalé profundamente su aroma. Adoraba hacerlo. Tenía el poder de transportarme al pasado, a nuestro comienzo juntos. Me unía, en cierto modo, un poco más a él. Me hacía creer durante unas milésimas de segundos que aún se encontraba dentro de mí, en mi interior, en mis entrañas. Lograba que el vínculo que nos unía se hiciera más fuerte, irrompible.

—Buenos días, mi héroe. —Besé su frente con todo el amor de mi corazón y sacudí levemente su cuerpecito.

Se movió, solo un poco, y roncó ligeramente.

Sonreí.

—Despierta, mi amor. Llegarás tarde al colegio —susurré en su oído.

Nada.

Continuó durmiendo.

Al contrario que a mí, a Zac, le encantaba dormir. Disfrutaba hibernando como si fuese un oso, una marmota o un pequeño hámster; y a veces, me costaba horrores conseguir que abriera los ojos, como hoy. Pero tenía mis recursos, como todas las madres.

—¡Oh, Dios mío! Zac, despierta, ¡un pirata! ¡Acabo de ver un pirata!

—¿Dónde? —me preguntó incorporándose de la cama de un salto, con su carita soñolienta.

Me miró desorientado, con sus bonitos y profundos ojos caramelo entrecerrados, su cabello despeinado y la boca abierta, buscando nervioso al intruso del que le había hablado.

—¿Dónde, mami?

—Fuera, escondido entre los árboles. Ven, deprisa, vamos a vestirnos y salimos a buscarlo. ¿Te parece? —le engañé ingeniosamente.

No me dio tiempo a sujetarlo cuando Zac reculó colchón abajo y saltó de la cama en dirección a la cómoda donde guardaba sus ropas. Abrió el primer cajón que encontró a su altura y sacó una prenda.

—Corre, mami, corre. Se va a ir y no voy a poder verlo —mencionó emocionado balaceando en su mano un pantalón del revés—. Ha venido a por

mí, estoy seguro. Me va a convertir en un pirata, mami. Me va a enseñar a ser un buen *butanero* y vamos a encontrar todos los tesoros del fondo del mar — hizo una pausa para coger aire—. Vamos a ser ricos, mami, y ya nunca más tendrás que ir a trabajar. Estaremos juntos todo el tiempo, viviremos en un barco y nadie nos separará nunca.

—No se dice *butanero*, cielo, sino *bucanero* —le corregí a la vez que lo ayudaba a quitarse el pijama.

—Pues eso he dicho, *bupanero* —mencionó mirándome seriamente a los ojos, sin entender por qué narices le había llamado la atención.

Escondí una carcajada en la garganta y le seguí la corriente.

—Vaya, eso sería genial, Zac. Me encantaría navegar en un barco, debe ser una experiencia fascinante —declaré abriendo los ojos de par en par, mostrando una fingida sorpresa—, pero si nos vamos a vivir a un barco, ¿qué pasaría con Jazz? No podrías verla, ni jugar con ella como haces todos los días si estás aquí —terminé de colocarle los pantalones y le ayudé con la primera manga de su camiseta.

Se quedó pensativo, solo por un segundo.

—Pues nos la llevamos al barco y ya está —sugirió de la manera más natural.

—No puedes llevarte a la mascota de otra persona sin consultarle. Si lo hicieras, su dueña se quedaría muy triste, tanto que lloraría, estoy segura.

Arrugó la nariz y me miró en silencio. No parecía muy convencido. Consiguió meter el brazo que le quedaba por la otra manga y se alisó la camiseta.

—¿Maisha lloraría? —me preguntó muy serio.

—Sí, mi vida. Se pondría muy triste. Por eso, si nos vamos a vivir a un barco pirata, dejaremos a Jazz aquí, con ella, para que nos cuide la casa. ¿Qué te parece?

Zac afirmó con su cabeza convencido.

—Y ahora, mientras tú te lavas los dientes, voy a prepararte un rico sándwich para que te lo comas mientras buscamos al pirata camino al coche, ¿vale? —Le di una suave palmadita en el trasero a modo de cariño cuando lo coloqué frente a la puerta del baño y me dirigí a la cocina para preparar el desayuno.

Cuando Zac dio el primer bocado y se dirigió a la ventana del salón para buscar al pirata imaginario, me apresuré a asearme, cambiarme de ropa y peinarme. Unos vaqueros desgastados, una camiseta ajustada, unas sandalias planas y una coleta alta. Me miré al espejo, levanté una ceja y me di el aprobado. Preparé su mochila del colegio, rellené su botella de agua, me coloqué el bolso en el hombro y cogí las llaves. En cuanto abrí la puerta de la cabaña, Zac salió corriendo al exterior, dispuesto a encontrar a su corsario.

Como era de esperar, no lo encontró.

Me miró decepcionado.

—Habrá ido a inspeccionar la zona. Es lo que haría un buen pirata — declaré antes de subirlo al coche y colocarlo en su sillita reglamentaria.

—A buscar *promociones*.

—Provisiones —le corregí de nuevo—. Seguro que ha ido a buscar provisiones para su largo camino de regreso a casa. A su isla secreta.

Los risueños ojos de Zac se abrieron expectantes por la sorpresa y su amplia sonrisa inundó de amor mi pecho. Besé su cara varias veces seguidas, disfrutando de sus mofletes, los que mordí cuidadosamente.

—Para, mami, para —rio alegre mientras con sus manos intentaba separarme de su cara.

—Déjame comerte, por favor, es que no he desayunado y estás tan rico... —le supliqué.

—No, no, mami, para. Tienes que llevarme al cole. Tenemos que ensayar el baile de la fiesta.

—Oh, es verdad, el baile. En tres días finalizan las clases y comenzarán las vacaciones de verano. ¿Cómo ha pasado el tiempo tan deprisa? ¿Me lo explicas tú? —acerqué mi dedo índice a su nariz y la toqué—. ¿Acaso has hecho magia, pequeño bucanero?

—¡No! Los piratas no hacen magia, mami. No te enteras de nada —me contestó con el ceño fruncido.

Quise comérmelo a bocados.

Terminé de abrocharle el cinturón, le di un beso en su cabeza y cerré la puerta con cuidado de no pillarle los dedos de su mano o su inquieto pie. Me senté en el asiento del piloto, conecté la llave, encendí el motor y me coloqué el cinturón a toda prisa, dispuesta a llegar a tiempo al colegio.

De todos los condados de Wyoming, Teton fue el que me enamoró, no solo por su magnífica belleza, sus valles inmensos y verdes, sus rocosas y nevadas montañas en invierno, su paraje natural virgen, su fauna, su flora, su azulado lago. Sino por sus habitantes, tan cercanos, afables, confiados.

No, Teton no fue el primer condado que conocí cuando realicé el viaje que cambió *nuestras* vidas. No. Durante meses me dediqué a visitar distintas ciudades, diferentes condados, en busca de un trabajo, cualquiera que me permitiera vivir. Sheridan, Albany, Fremont, Lincoln, Weston, Johnson... Pero todos me cerraban las puertas cuando descubrían que estaba embarazada. Sola. Sin nadie que se hiciera cargo de la factura del hospital cuando llegara la hora del parto. Porque llegaría, claro que lo haría.

Por las mañanas me obligaba a levantar el mentón mientras intentaba labrarme un futuro, por las noches, cuando me escondía en el hostel con la habitación más barata que conseguía, lloraba acongojada por la decisión que había tomado. Dudé en muchas ocasiones si había hecho lo correcto, si abandonar aquella vida que conocía fue una buena idea. ¿Y si no conseguía una mejor? ¿Y si acababa tirada en la calle como una vagabunda? ¿Y si me era imposible acudir a un hospital en el momento del parto? ¿Moriría desangrada en mitad de la calle? ¿Qué pasaría con mi bebé si conseguía milagrosamente sobrevivir al alumbramiento? ¿Qué clase de vida podría darle?

Miedo, sí, pasé mucho miedo. Hasta que los conocí a ellos.

Con apenas cincuenta dólares en el bolsillo de mi pantalón y un gran pesar en mi alma, decidí volver a cambiar el rumbo. Me dirigí a la primera estación de autobuses que encontré y me senté durante una hora delante de las taquillas, observando los posibles destinos en la gran pantalla plana que colgaba en la pared, esperando que una corazonada me empujara de nuevo a tomar una determinación. La última. La correcta.

Me sentía tan triste y sola.

Recuerdo que me encontraba tan centrada en mi propia amargura que no presté atención a quienes se sentaron a mi lado en el *hall* de la estación.

—¿No sabes a dónde ir? ¿No te decides? —escuché cómo la voz de una mujer me preguntaba muy cerca de mi oído.

Tardé unos segundos en reaccionar.

—¿Cómo dice? —me giré despacio hacia mi derecha y me topé con la cara de una señora mayor, que me miraba afablemente.



Por su aspecto imaginé que su edad rondaría los setenta años. Pelo canoso, corto, complexión ancha, multitud de arrugas en su piel. Sus ojos cristalinos me miraban con mucha atención.

Demasiada.

No pude evitarlo, mi primera reacción fue desconfiar.

—Llevas aquí tanto tiempo sola, mirando esa pantalla de la pared, que una de dos, o no sabes a dónde ir o te han dejado plantada. —Sus vivos ojos no tardaron en dirigirse hacia mi abultada barriga, que corrí a tapar con la rebeca que cubría mi cuerpo.

Fruncí el ceño.

—No es asunto suyo —respondí tajante.

—Tienes toda la razón —me contestó sin perder la sonrisa.

La mujer cambió de postura y dirigió su atención hacia el anciano sentado a su lado, que imaginé sería su marido. El hombre miraba su reloj de pulsera una y otra vez, resoplando por la nariz.

—Querido, no vendrá —escuché decir a la mujer. Le habló con tanta dulzura que algo dentro de mí se conmovió. Sus manos se unieron en el reposabrazos y fui testigo de aquel apretón que compartieron, uno que plasmó la complicidad que existía entre ellos.

Sentí envidia.

¿Alguna vez compartiría un vínculo como aquel con alguien?

—¿Y qué hacemos con el billete? Ya no lo podemos devolver —se quejó el anciano apesadumbrado.

La señora carraspeó llamando mi atención y cuando decidí mirarla, me encontré sus veteranos ojos fijos en mí. Hubo algo en ellos que llamó mi atención. Me inspiraron confianza.

—Puede que hayamos encontrado una solución —respondió sonriéndome—. Mi hijo John iba a acompañarnos en este viaje, pero ha tenido un pequeño accidente doméstico y no podrá venir. Bueno, eso es lo que nos ha contado. Yo creo que la otra noche tuvo un ligue y algo se les fue de las manos, porque ayer cuando fuimos a visitarlo andaba regular, vamos, que no podía ni sentarse —dejé caer la mandíbula sorprendida—. Es gay. Harold no, mi hijo. Se cree el muy gachón que no tenemos ni idea, bueno, en realidad Harold no se entera de nada, pero yo no soy tonta. Nos presentó a su *amigo*, quien se ofreció a

cuidarlo encantado mientras estuviera convaleciente. Yo creo que se sentía culpable —se acercó un poco más a mí, bajó la voz y se colocó una mano en la boca a modo de barrera—, porque no se pudiera sentar, ya sabes. —Levantó las cejas y las movió varias veces seguidas.

Solté una carcajada. No pude evitarlo.

Nunca me había topado con una anciana que hablara tan libremente sobre el sexo homosexual como ella.

Me resultó divertida.

Me gustó.

—Bueno, ¿entonces qué hago con el billete? —preguntó el marido ladeando la cabeza.

—Oh, claro. Verás, el caso es que nos sobra un billete y si aún no has elegido tu destino, podrías acompañarnos, si quieres. Es un viaje largo, durará toda la noche, pero el lugar al que vamos es maravilloso, hermoso. No existe uno mejor en el mundo. Sería un buen lugar para criar a un hijo —mencionó alegre. Volvió a posar sus cristalinos ojos en mi barriga y me sonrió—. Nos dirigimos a Colte Bay Village, en el condado de Teton. Conocemos a los dueños del único hostel que existe. Son una familia adorable. Te gustará conocerlos.

—Yo...no sé qué decir —susurré aturdida.

—Di que sí, tendrás un billete gratis y nosotros tu compañía.

¿Sería aquella la señal que andaba buscando?

No pude negarme.

Accedí.

Fue la cancioncilla que Zac tarareaba, la que me devolvió al presente justo antes de doblar la calle y encontrarme de frente el Colter Elementary School. Aparqué en doble fila, apagué el motor y bajé a mi pequeño del coche.

—Disfruta mucho, mi vida. Aquí mismo estaré en la salida —abracé su delgado cuerpo y besé su mejilla con cariño.

—Invítalo a ron, mami —me dijo antes de dirigirse a la entrada. Arrugué la frente, confusa—. Al pirata, si lo ves cerca de casa invítale a ron, les encanta. Así no se irá tan pronto a su isla secreta.

—Oh, claro, ron. Apuntado —comenté guiñándole un ojo.

Me sonrió satisfecho y echó a andar mezclándose con los demás alumnos del colegio. Lo perdí de vista en cuanto se coló por la puerta principal y sonreí.

—Mi niño, qué mayor.

Cuarenta y cinco minutos después de dejar a Zac en el colegio, llegué al hostel donde trabajaba. Aparqué mi coche, un viejo Ford Focus Review del 2008, y subí los escalones de la entrada a la carrera. Llegaba tarde. Atravesé la doble puerta de madera acristalada que me daba la bienvenida, saludé con un gesto de la mano a un par de huéspedes que trasteaban con un mapa de la zona en el rellano, doblé a la izquierda, entré en la cafetería, recogí un par de platos sucios con restos de algún desayuno y me colé por detrás de la barra hacia una puerta oscilante que me daba paso a la zona de cocina. Utilicé las caderas para entrar, dejé los platos en el fregadero y me dirigí a la zona de los percheros, donde colgué mi bolso.

—Lo siento, llego tarde, lo sé. Había mucho tráfico en la carretera — pronuncié atropelladamente mientras me anudaba a la cintura el delantal que usaba a diario al servir las mesas.

Me di la vuelta y me topé con un par de mujeres que cuchicheaban distraídas sobre la isla de la cocina, mientras oteaban un libro de recetas. Ni siquiera se dieron cuenta de que había entrado por la puerta. Fruncí el ceño en un gesto divertido y me acerqué a ellas con una sonrisa en la boca. Sus pequeñas carcajadas me contagiaron de alegría y frené mis pasos a tiempo de contemplarlas un ratito más.

—Estaba tan agradecida de tenerlas en mi vida...

—Había cambiado tanto mi mundo gracias a ellas...

No podía negarse el gran parecido físico que ambas compartían. Eran claramente parientes, concretamente, madre e hija.

La señora Brooks era una mujer apuesta, con unas sensuales curvas que aún conseguía atraer alguna que otra mirada del sexo opuesto. De mediana estatura y una sonrisa arrebatadora, lucía con orgullo sus orígenes africanos; que lograban hacerla destacar, no solo por el color de su piel, sino por aquel talento oculto para la cocina. Su deliciosa repostería había conseguido conquistar el paladar de numerosos conciudadanos, que al finalizar su jornada de trabajo escapaban a Colte Bay Village para disfrutar de un merecido descanso a la vez que degustaban un rico trozo de pastel, mientras deleitarse

de las bellas vistas que ofrecía cualquier ventanal del hostel. Su piel oscura y su melena larga, rizada y negra, solo eran el envoltorio de un gran corazón que me arropó cuando más perdida me hallaba. Sus grandes ojos castaños repletos de inmensas y rizadas pestañas eran idénticos a los de su hija, Maisha. Ambas compartían la misma intensidad en sus miradas y aquella magia singular para leer en silencio a través de ellos.

Como hicieron conmigo.

Maisha poseía un rostro ovalado, terso y sedoso, limpio de impurezas. Pero a diferencia de su madre, su piel era mucho más clara, con un suave tono a café con leche, originado por el cruce de razas entre sus padres. Era guapa, atractiva, delgada, de estatura media y melena rizada como su progenitora.

Me fijé en ellas, se encontraban mucho más alegres de lo habitual. Sentí curiosidad. Di dos grandes zancadas y me coloqué entre ellas, esperando que se dieran cuenta de mi presencia.

Nada.

¿Qué rondaban por sus cabezas?

—¿Estás segura? Recuerda lo que ocurrió la última vez que confirmó que venía —mencionó la señora Brooks incrédula. Arrugó la nariz y se quedó mirando a su hija con cara de pocos amigos.

—Sí, mamá. Estoy segura. Esta vez es diferente. Le han «obligado» a coger unas vacaciones. Le sentará muy bien cambiar de aires por un tiempo —indicó Maisha convencida. Alargó sus dedos y acarició el dorso de la mano de su madre—. Vendrá, mamá. Esta vez vendrá.

Una amplia sonrisa se dibujó en el rostro de la mujer, que poco a poco se fue convirtiendo en una distinguida carcajada, una repleta de tanta historia que consiguió hacerme vibrar.

Mi risa, acompañada de alguna que otra lagrimilla que limpié con mi pulgar, delató mi presencia y ambas se giraron hacia mí con un particular brillo en sus miradas. Si no fuera por la diferencia de edad y el color de piel, podrían pasar como idénticas.

—Estás aquí... —Tanhisa se incorporó, abrió los brazos, caminó hasta mí y me dio un fuerte abrazo—. Vendrá, Isabella, después de tantos años, mi niño regresa a casa. ¿Lo crees? ¿Puede haber un día mejor que éste?

Estaba feliz.

Me alegré por ella.

Mucho.

—Relájate, aún falta un día. Mañana a estas horas ya lo tendrás en casa — comentó Maisha alisándose el delantal de su regazo, el mismo que yo vestía —. Pero hoy hay que seguir con el trabajo. Tenemos que preparar una habitación para Owen, ir a la tintorería a por los manteles del nuevo menaje, terminar de elaborar el menú de este fin de semana y reservar una ruta privada por las montañas para los señores Robinson.

La señora Brooks deshizo el abrazo para mirar a su hija con el ceño fruncido.

—¿Los Robinson? —preguntó.

—Habitación cinco. Llegaron hace tres días desde Arizona —contestó Maisha.

—¡Oh, sí! Llevas razón. Menos mal que te tengo a ti, mi bebé —declaró con los labios muy juntos, mientras se acercó a ella para apretar con cariño los mofletes de su hija. Maisha intentó inútilmente zafarse de aquella carantoña.

—¡Mamá! No me llames bebé, que ya tengo veintiséis años.

—¿Y? Crezcas lo que crezcas siempre seguirás siendo mi bebé. ¿No es así, Isabella?

Sonreí.

Pensé en Zac. Qué razón llevaba. Estaba totalmente segura de que, aunque pasara todos los años que fueran por él, continuaría viéndolo como mi pequeño héroe, mi niño chico.

—Menuda fiesta tenéis aquí montada, señoritas —pronunció una voz a nuestras espaldas. La puerta de la cocina se abrió de golpe y el cuerpo atlético de un hombre apareció ante nosotras—. No se os puede dejar solas, en cuanto me doy la vuelta revolucionáis el corral.

—Oh, vamos, no te quejes. Con lo que a ti te gusta que te revolucionen el corral, ¿eh? —Los ojos castaños de la señora Brooks destilaron una sensual mirada, que, unida a su pícara sonrisa, consiguieron que el hombre esbozara una amplia sonrisa mientras la estrechaba entre sus brazos.

Se besaron con dulzura en los labios.

—¡Oh, vamos! Venga ya. Iros a una habitación —Maisha arrugó el ceño

mientras los empujaba hacia la puerta de la cocina—. No sois nada profesionales.

El señor Brooks era un hombre muy guapo. Alto, atlético, delgado. Su pelo, castaño claro con betas plateadas, hacía contraste con sus bonitos ojos claros, de un verde espectacular. Una cuidada barba veteada acariciaba sus mejillas, ocultando unos labios delgados y grandes. Su nariz larga y recta sobresaltaba como la nuez de su garganta. Vestía una camisa de cuadros y unos tejanos. Soltó una carcajada en cuanto notó las manos de su hija empujarlo y levantó las manos en señal de rendición.

—Está bien, nos comportaremos hasta la noche —declaró.

—O hasta la hora de la siesta —sonrió Tanisha, divertida.

—Por el amor de Dios, estáis salidos. —Maisha puso los ojos en blanco y resopló quejosamente—. ¿En serio tenemos que aguantar esto?

—Oh, vamos. Ni que te fueras a traumatizar. ¿No acabas de decirme hace unos segundos que eres toda una mujer? —Tanisha levantó una ceja y la miró fijamente.

Maisha entrecerró los ojos y cerró la boca.

Oculté una sonrisa.

—Oh, querida, necesito que vayas a Jackson y te encargues de la compra. Este fin de semana voy a organizar una pequeña fiesta de bienvenida por el regreso de Owen y quiero que todo esté perfecto. Sé que tienes unas manos maravillosas para la decoración y un gusto increíble, ¿te encargas tú, por favor? —me suplicó Tanisha a la vez que me tendía la lista de la compra que había cogido de la encimera de la cocina.

—Por supuesto —declaré—. Cojo las llaves de mi coche y voy enseguida.

—Llévate la camioneta de Carl, hay más sitio libre para la compra.

—¿Seguro? —pregunté.

—Claro, sin problemas. Cógela —pronunció el señor Brooks lanzándome las llaves al aire.

Las cogí al vuelo.

—Está bien, pues si no necesitáis nada más, me voy a hacer la compra.

Una agradable brisa veraniega me acarició el rostro cuando salí al exterior

y me obligué a cerrar los ojos un instante. Libertad. Podía sentirla en cualquier momento. En cualquier movimiento. No había nada mejor en el mundo que aquella sensación. Abrí los ojos y contemplé el horizonte. Las grises montañas del fondo me saludaron en silencio, el inmenso cielo azul se mezcló con la calma del lago, los verdes prados me mostraron una gama maravillosa de colores. Respiré profundamente y sonreí.

Sí, había encontrado mi hogar.

La compra me llevó menos de una hora. Además de todos los productos de la lista, conseguí varios artículos de decoración que intentaría mezclar con algunas manualidades para el día de la fiesta. Había ojeado algunas revistas en el supermercado y me había quedado con la copla. Metí todas las bolsas en el carrito de la compra, pagué al cajero y salí al *parking* en busca del viejo Chevrolet C10 del 67 de Carl. Me puse a buscar las llaves cuando me di cuenta de que no las llevaba encima.

—Maldita sea —susurré inquieta—. Tienen que estar por aquí. ¿Dónde narices las he metido?

No tardé en dar con la camioneta. Dejé el carro a un lado, junto al maletero, y me asomé al interior del vehículo. Coloqué mis manos en modo prismáticos, para protegerme del sol y busqué entre los asientos. Ahí estaban, tiradas cerca de la palanca de cambio. Resoplé sintiéndome responsable. En un acto reflejo quise abrir la puerta del piloto, pero no lo conseguí, obviamente.

Me tomé unos segundos para pensar y, entonces, una lucecita se encendió en mi cabeza.

No había vuelto a hacerlo desde hacía mucho tiempo. Por unos instantes dudé de que pudiera acordarme todavía, pero en cuanto me vi con aquella palanca entre mis manos, descubrí lo equivocada que estaba. Vivir en la calle me había enseñado muchas cosas; abrir un coche fue una de ellas. Había sido una suerte encontrar aquella palanca entre las herramientas que el señor Brooks guardaba en la camioneta. Una suerte que me llevó a un imprevisto enfrentamiento.

Andaba tan atareada forzando la puerta de la camioneta que no me di cuenta de quién se colocó tras de mí, muy cerca.

—Menudo descaró, ¿ya ni siquiera espera uno a que caiga la noche para robar un coche? —oí a mi espalda.

Arrugué el ceño.

¿Iba aquella acusación destinada a mí? ¿En serio alguien me estaba llamando ladrona en mi propia cara? Bueno, literalmente en mi cara no, pero acusaba a mi persona, que era lo mismo.

Giré sobre mis talones molesta por aquel comentario ofensivo y me dispuse a enfrentarme a aquel capullo. ¿Cómo podía juzgarse a una persona sin saber? Me llevó poco más de cinco segundos encontrar la osadía necesaria para encararme con él. No, nada, ni nadie, conseguiría de nuevo que me tragara mis palabras, mi opinión, mi verdad. Entrecerré los ojos mostrando con claridad mi disconformidad y tragué saliva. Pero en cuanto me di la vuelta para atacarlo, unos inmensos ojos verdes me atraparon. Mis palabras se quedaron atrancadas en mi garganta y mi mandíbula cayó ligeramente, abriendo mi boca como una boba a la que solo le faltaba babear.

Humillante.

Me quedé embobada como una quinceañera.

Observé sin ningún reparo el imponente cuerpo que se alzaba ante mí. Me recreé con sus anchos hombros, con los fibrosos músculos que se escondían bajo las mangas de su camiseta, con aquel torso que parecía tan terso. Me fijé en su mandíbula cuadrada y en su barba de tres días. Tenía unos labios grandes y jugosos, una nariz perfilada, unas cejas anchas y pobladas, un cabello corto y rizado. Su color de piel, mucho más claro que el moca, me resultó bastante atractivo.

—¿Te ha mordido la lengua el gato, ladronzuela? —me preguntó.

—¿Qué?!

—Aparta tus sucias manos de mi camioneta —exigió.

—¿Tú no serás gilipollas, verdad? —contesté.

Obvió mi pregunta retórica y se acercó a mí con intención de quitarme la palanca de mis manos. Tensé los músculos de todo mi cuerpo y me dispuse a pelear. Sí, me sacaba medio cuerpo, pero aquel acto de defensa era otra de las cualidades adquiridas en las calles. Nada ni nadie importa, puedes con todo. O eso piensas para reunir fuerza en tu ataque.

—¿Por qué iba yo a robar una vieja camioneta? —pregunté con la intención de frenar sus pasos.

—¿Y por qué no? —me cuestionó. Continuó acercándose.



—Porque no soy una ladrona —me quejé.

—Eso es exactamente lo que diría alguien que pretende robar un vehículo y es descubierto.

Lo fulminé con la mirada. ¿En serio? ¿Todo esto estaba pasando de verdad?

Dio otro paso más hacia mí y se colocó a un palmo de mi cara, tan cerca, que pude distinguir con claridad una pequeña cicatriz en su ceja izquierda. Su penetrante mirada me intimidó de tal manera que me obligué a dar un paso hacia atrás, mis caderas chocaron contra la puerta de la camioneta frenando mi opción de escape. Tragué saliva. Observé intranquila cómo una de sus manos, grandes y cuidadas, sujetó con fuerza el extremo libre de la palanca impidiendo que continuara utilizándolo. Sentir su resistencia hizo sobresaltar mi corazón, tan acostumbrado a temblar. Recordé mi pasado y me asusté.

Un atisbo de miedo debió notarse en mi mirada, porque después de que aquellos intensos ojos verdes atravesaran mi alma, noté cómo la fuerza que utilizaba en su brazo disminuía, y sin decir nada, me la arrebató.

Me costó respirar.

Se echó hacia atrás y arrugó el ceño.

—No vas a salirte con la tuya, ¿me oyes? —murmuró mientras me miraba muy fijamente. Dejé caer la mandíbula, incrédula. Levantó un dedo en el aire y me lo acercó a la cara—. No vas a irte de rositas.

No, eso sí que no. Amenazas ni una.

Me dejé llevar. Algo dentro de mí me empujó a ello y no pude negarme.

Abrí las palmas de mis manos, las llevé hacia atrás hasta que topé con la carrocería de la camioneta, me impulsé con ellas, levanté una de mis piernas y propiné un rodillazo en los bajos de aquel acusador.

Ví la sorpresa reflejada en sus ojos cuando se dobló por la mitad sumido por el dolor. Un sonido metálico me reveló que el golpe había hecho que dejara caer la palanca al suelo.

Sonreí satisfecha. Al menos no la usaría contra mí.

Entonces el sonido de una sirena me alertó. Levanté la vista y me encontré con los ojos del ayudante del *sheriff*.

Chasqué la lengua. Se avecinaban problemas.

# Capítulo 4

Owen

—Joder, me cago en la... —gruñí furioso.

No, no lo vi venir. Y cuando lo hice, fue demasiado tarde. Ni siquiera imaginé que aquella ladrona de tres al cuarto, tuviera la osadía de encararse conmigo cuando le sacaba más de una cabeza. Fui un ingenuo por prejuzgarla antes de tiempo, pero claro, ¿quién iba a decirme que, dentro de aquel sinuoso cuerpo, había un volcán en erupción?

El agudo dolor que sentí cuando su rodilla golpeó mis huevos, me obligó a doblarme por la mitad.

¡Dios, quise matarla en aquel mismo instante!

—A ver, ¿qué es lo que pasa aquí? —preguntó una voz masculina a mi espalda. Sonó ronca y grave, parecía joven, como yo.

Intenté girarme para encontrarme con él, pero el dolor me lo impidió. Solo pude llegar a ver un par de piernas vestidas con el uniforme del *sheriff* del condado y unos zapatos negros de piel.

—¡Oh, eres tú! —la oí decir.

«Lo que faltaba. Ahora conoce al *sheriff*», pensé malhumorado.

Maldije en silencio.

—¿Qué ha ocurrido, Isabella? —preguntó el hombre.

«Con que ese es tu nombre», pensé.

—Este cretino me ha acusado de ladrona, no ha guardado las distancias y me ha amenazado —contestó indignada.

—Estaba forzando mi coche con esa palanca —murmuré.

—No es tú coche, deja de decir eso —se quejó—. Y lo de la palanca... Puedo explicarlo —oí cómo intentaba defenderse.

Carraspeé en un intento de recuperar la compostura.

—¿Intentabas abrir el coche con una palanca? —escuché cómo le preguntaba el *sheriff*.

Hubo silencio.

Sonreí.

—Aparqué la camioneta hace poco más de una hora, fui a hacer la compra y al volver, cuando intenté abrir el coche, me di cuenta que no llevaba las llaves encima. Las olvidé en el interior. Compruébalo tú mismo —hizo una pausa—. Intentaba abrir la puerta para no tener que romper la ventana, joder. Ni siquiera me ha dado la opción de defenderme. Me ha juzgado a la primera, sin conocerme de nada.

Arrugué la frente, me incorporé levemente y asomé la cabeza por la ventanilla que tenía más cerca, la del piloto. Vi unas llaves en un extremo del asiento.

—Mierda —bisbiseé.

—Aunque tuvieras razón, Isabella, no es motivo para agredir a nadie.

—Venga ya, Matthew, no me jodas —resopló la maleante. —¡Me ha quitado la palanca a la fuerza! ¿Qué esperabas que hiciera? ¿Quedarme quieta? ¿Y si me hubiera golpeado con ella?

—Dijo la exagerada —escupí.

No, no iba a consentir que creara una mala imagen de mí. No llevaba ni dos horas en mi pueblo natal y ya me había topado con un problema. Resoplé. ¿En serio había sido buena idea volver?

Erguí mi cuerpo y di una gran bocanada de aire, antes de girarme.

—Mira, imbécil, te voy a decir una cosa —bufó la chica. Acortó la distancia que nos separaba en apenas tres zancadas, que hicieron botar su cuerpo con gracia, levantó la mano derecha y me incrustó el dedo índice en el pecho con fuerza, mientras me fulminaba con sus ojos castaños. No, caramelo, sus ojos caramelo con algún destello dorado, como la miel. Me resultaron preciosos.

Levanté las manos al aire, con las palmas hacia arriba, en señal de rendición y la miré fijamente. Tenía carácter, mucho.

—Hey, hey, Isabella, ¡para!

Unos brazos aparecieron en mi campo de visión y se encargaron de sujetar el delgado cuerpo de la chica. El *sheriff* ejerció un poco de fuerza hasta que la

separó unos metros de mí y se colocó entre nosotros, evitando así que hubiera otro pequeño altercado.

—¡Suéltame! —la oí gritar—. Si ese chulo piensa que puede salirse con la suya, lo lleva claro. ¿Me oyes chaval? *Cla-ro*.

No supe lo que el *sheriff* le dijo, porque de repente bajó la voz para susurrarle algo al oído, haciéndola callar al instante. La vi morderse el labio inferior como muestra de su disconformidad y fruncir el ceño mientras movía una de sus piernas con nerviosismo. Estaba cabreada, solo hacía falta verla para darse cuenta.

Sentí curiosidad.

Observé cómo los hombros del *sheriff*, vestido con aquella inconfundible camisa color crema de mangas cortas, tan poco favorecedora, se relajaron un poco, irguió la cabeza y se dio la vuelta, para dirigirse a mí.

Menuda sorpresa sentí al descubrirle la cara. ¿De verdad existían las casualidades?

—¿Evans? —murmuré asombrado. Di un paso hacia adelante—. ¿Matthew Evans?

—¿Owen? ¿Eres tú? —La sonrisa que inundó la cara del *sheriff* me contagió de alegría—. ¿Has vuelto?

A la mierda los formalismos. Nos fundimos en un fuerte abrazo, de esos donde golpearse la espalda con la mano abierta quiere decir: «Tío, cómo te he echado de menos».

—Solo por unas semanas, estoy de vacaciones —contesté cuando nos separamos. Lo vi asentir. Joder, qué gozo sentí en mi interior—. ¿Con que *sheriff*, no? Menuda sorpresa.

—Ayudante del *sheriff* —puntualizó—. Aunque espero poder ocupar ese cargo lo antes posible.

No pude creerlo. Matthew Evans. El primer amigo que hice con cinco años. Mi leal compañero en la adolescencia. Mi confidente en los inicios de nuestra juventud. Mi hermano. Lo miré de arriba abajo y sentí un nudo en la garganta, me había emocionado al recordar fugazmente nuestro pasado juntos, los mejores años de mi vida. Nos convertimos en hombres a la vez, aprendimos a madurar, a conquistar corazones, a valorar a nuestras familias y la amistad, de la mano. Fui un completo gilipollas cuando decidí apartarlo de mi camino.

Un gilipollas total.

—Estoy convencido que lo lograrás. Éste fue siempre tu sueño. Me alegra saber que lo has hecho realidad —me sinceré, levanté una de mis manos y palmeé con afecto su hombro.

Joder, cuántos recuerdos.

—Habló el cirujano. ¿No pudiste optar por un sueño más alto?

Reí.

—¿Tú eres Owen? ¿Owen Brooks? —preguntó ella.

La había olvidado.

Por unos segundos, unos pocos, aquella chica castaña, de mirada enojada y brazos cruzados en el pecho, desafiante, había desaparecido de mi cabeza. Escuchar su voz me devolvió a la realidad, y me jodió.

Había ignorado la verdadera razón por la que me encontraba de pie en aquel *parking*, junto a la camioneta que tantas veces había conducido por las carreteras de aquel condado, al lado de quien había sido el copiloto perfecto en cada una de nuestras locas inspecciones, frente a la ladrona más atractiva que había visto en toda mi vida.

No, no tenía nada en común con Hannah, ni con ninguna de aquellas chicas que habían calentado mi cama las veces que a mí me había apetecido. No, pero era justo eso lo que llamaba mi atención. Lo diferente que era de todas las demás con las que había estado.

Giré la cara lentamente para encontrarme con sus ojos y respondí.

—Sí, ese soy yo. ¿Algún problema?

—Ninguno. Solo que te esperaba mañana y te había imaginado de manera diferente —escupió—. Dios, esto tiene que ser una broma.

—¿Te parece graciosa la patada que me has dado en los huevos? —Fruncí el ceño. Aún podía sentir el resquemor en mis bajos.

—No haberte atrevido a quitarme la palanca —volvió a encararse. Deshizo el nudo de sus brazos y los bajó hacia los costados en un enérgico gesto. Vi cómo cerraba sus manos en dos puños y daba un paso hacia delante.

Parecía ser toda una peleona.

—No haber forzado la puerta de mi camioneta.

Puso los ojos en blanco y fui testigo de cómo todo su cuerpo se envaró.

—Y dale con eso. ¡No es tu camioneta, cojones! ¡Es de tu padre!

Abrí la boca sorprendido. ¿Conocía a mi familia? ¿Se había atrevido a investigarlos para descubrir los bienes que sustraerles después?

—¿Cómo sabes tú eso? —quise saber.

—Está bien, vamos a calmarnos, chicos. —Matthew estiró sus brazos a ambos lados de su cuerpo, formando una barrera entre nosotros. Lo vi resoplar por el rabillo del ojo—. Owen, te presento a Isabella, trabaja para tus padres en el hostel. Isabella, te presento a Owen, el hijo mayor de los señores Brooks —hizo una pausa—. ¿Qué tal si os dais la mano?

Ninguno dijo nada. Nos mantuvimos en silencio, escrutándonos como leones que tienen delante a una presa.

La vi dudar un instante, para después relajarse y estirar una de sus manos al centro.

No, no iba a darle la mano, no después de la humillación vivida. Me mantuve serio, quieto en mi respectivo lugar y crucé los brazos en el pecho, mientras la miraba altivamente.

No iba a irse de rositas.

—*Sheriff*, quiero presentar una denuncia por agresión contra esta mujer —pronuncié alto y claro. Consciente de llamar su atención.

—¿Cómo?! —El desconcierto recubrió cada facción de su rostro.

—Owen, no creo que eso sea necesario —mencionó Matthew totalmente sorprendido. Dejó caer el escudo que nos separaba y me miró fijamente—. Trabaja para tus padres, ella es...

—No me importa quién sea, Matt.

Me pareció verla temblar.

Me gustó.

Así aprendería a no golpear a las personas antes de conocerlas.

—Eso es injusto. Me había intimidado —se defendió—. Me quitó la palanca de las manos.

—¿Lo dices en serio, Owen? —me preguntó mi amigo. Sus claros ojos me empujaron a claudicar.

—Completamente —afirmé tajante. Matthew se llevó una mano a la nuca y se frotó el cabello. Estaba nervioso. Siempre hacía el mismo gesto cuando lo

estaba, no había cambiado a pesar de los años.

—De acuerdo —murmuró.

Miró a la chica y comenzó a caminar hacia ella arrastrando los pies.

—Isabella, tienes que acompañarme —murmuró despacio.

—¿Qué dices, Matthew? ¿En serio? Olvidas que él me acusó de ladrona y me arrebató la palanca de las manos.

—Sí, Isabella, tienes razón, pero no te agredió físicamente. Tú, sin embargo, sí —mencionó.

Quiso rebatirle, pero no, no pudo.

Verla callar fue música para mis oídos.

Me fijé en su rostro ovalado, en sus pómulos sonrojados, en los músculos tensos de su mandíbula. Estaba deseando mandarme al carajo, lo noté en aquella furia que emanaban de sus bonitos ojos caramelo.

Pero no lo hizo.

Matthew recogió la palanca del suelo y la depositó con cuidado dentro del maletero de la camioneta, debajo de la lona protectora. Colocó una mano en la espalda de Isabella y la empujó levemente hacia el coche patrulla.

Sentí un pequeño remordimiento.

Sacudí la cabeza y lo obvié.

—Nos veremos por aquí —mencioné antes de que Matthew arrancara y desapareciera por la carretera con aquella mujer tan enigmática dentro.

No recuerdo el tiempo que pasé observando el asfalto por el que perdí de vista al coche. Quizás fue culpa de aquel sobresalto que sentí al ver al mejor amigo de mi infancia o el remordimiento de haberme pasado de la raya con mi venganza. No quise pensarlo demasiado.

El sol penetrante del mediodía fue quien me avisó de que era la hora de seguir mi camino.

Tenía dos opciones.

Sentarme en la parada del bus más cercano, a la espera de llegar a Colter Bay antes del almuerzo, o romper la ventanilla de la camioneta de mi padre y encaminarme al rancho por mis propios medios. Con una factura que pagar, obviamente, pero por mis propios medios. Dudé unos instantes. Al final opté por la alternativa más razonable y prudente. El bus. Ya me encargaría de la

camioneta más tarde, cuando hubiera aclarado aquel jaleo que incluía a la impulsiva ladronzuela.

El viaje en bus me reconfortó. Aplacó mi mal genio, mis ganas locas de joder al prójimo y aquel pellizco que se había instalado en mi estómago y no me dejaba en paz. En cuanto me apeé en la parada correspondiente, miles de recuerdos se agolparon en mi mente, sacudieron mi cabeza y zarandearon mi corazón.

Dios, cuánto tiempo había tardado en regresar.

Había olvidado lo hermoso que era aquel lugar. No había vuelto a ver nada parecido desde que me marché de aquí. Me gustó. Aspiré el aroma a hierba fresca, frondosa, y examiné el hostel que regentaba mi familia. Apenas había cambiado. Continuaba siendo aquel caserío de estilo rústico y bohemio que tanto seducían a los viajeros de todo el continente, hasta de otras partes del mundo. Admiré sus grandes ventanales de cristal, que dejaban entrar tanta luz natural, y aquellos ladrillos vistos que decoraban algunas esquinas de la construcción, como la chimenea. Sonreí al comprobar la zona del aparcamiento casi completa y me sorprendí de que aún, después de tanto tiempo, continuara marchando tan bien su negocio.

Entré esbozando una amplia sonrisa, dejé la maleta que me había acompañado todo el viaje en una esquina del rellano y me dirigí al despacho de mi padre, ubicado en la planta baja tras las escaleras que llevaban a las demás plantas. Golpeé la madera levemente y esperé. No oí nada. Empujé el pomo para entrar y me lo encontré cerrado. Arrugué el ceño. Me di la vuelta y me encaminé hacia la cocina. Estaba totalmente seguro de encontrarlos en medio de los fogones.

La cafetería había cambiado ligeramente. Le habían dado un toque más moderno y atractivo, consiguiendo así que los clientes se relajaran más, lo que daría paso a más consumiciones. Habían pintado las paredes de un tono claro, que contrastaba con las lámparas *vintage* que colgaban del techo. Habían colocado más mesas y banquetas repletas de cojines de colores pastel, donde decenas de espaldas reposaban tras un día duro, mientras disfrutaban de las deliciosas recetas de mi madre. Porque estaba convencido que la mayoría de los clientes acudían al hostel por su comida, además de las maravillosas vistas del lugar. Estaba casi al completo, por lo que supuse que estarían demasiados atareadas en la cocina para entrar y sorprenderlas. ¿Qué podía suceder si esperaba un poco más? Me senté en el único banco de madera tallada que



había libre en la barra y miré la carta. Era divertida, más actual, con más de diez platos nuevos para mí. Me sorprendí.

No me vio. Estaba completamente concentrada portando aquella bandeja repleta de platos en sus manos, por lo que ni siquiera reparó en mí cuando abandonó la cocina y se dispuso a servir las mesas. Maisha, mi hermana. Qué guapa. La vi levantar la cabeza un par de veces y dirigir la mirada hacia la puerta de la cafetería, como si estuviese esperando que alguien entrara de un momento a otro. Me pareció verla resoplar con disimulo mientras sonreía a los clientes y tomaba nota de las nuevas comandas. Caminaba con la cabeza gacha, tan entretenida en guardar la libreta de los pedidos en el bolsillo de su delantal, que se sorprendió cuando me escuchó.

—¿Qué tiene que hacer uno para pedir algo de comida en un lugar como este? —pregunté divertido.

Su expresión confundida se fue transformando poco a poco en un gran asombro, de esos que te sacuden el alma, se expanden por todo el pecho y te dejan un gran sabor de boca. Le sonreí, abrí mis brazos, bajé de la banqueta y la abracé con fuerza.

—Enana, sí que has crecido —le susurré al oído.

No me contestó. Lo cual me extrañó.

Ladeé la cabeza para encontrarme con su cara y vi dos silenciosas lágrimas recorrer su mejilla. Se me partió el alma. Deshice el abrazo y le limpié con mis pulgares. No iba a consentir que, por mi culpa, su alegre rostro se manchara.

—Te he echado mucho de menos —murmuró cuando se encontró con mis ojos—. Has tardado demasiado en volver.

—Lo sé. Lo siento. No volverá a ocurrir —le prometí.

Nos mantuvimos las miradas unos segundos más, ajenos al ajetreo que nos rodeaba, grabando en nuestros corazones aquel compromiso que había salido de mis labios sin pensar. La vi tomar aire con energía, recomponerse y sonreír.

—¿Preparado? —me preguntó.

No hizo falta decir nada más. La entendí perfectamente.

—Preparado —pronuncié decidido.

Afirmó con su cabeza, bordeó la barra y se perdió tras la puerta oscilante.

Me puse nervioso.

Noté la fuerza de una mano apretar mi hombro derecho y me sorprendí. El contacto era cálido, protector. En cuanto me giré, para comprobar de quién se trataba, una tremenda alegría me invadió. Mi padre me observaba orgulloso, con un brillo especial en su mirada, feliz de tenerme de vuelta. Estaba algo más envejecido que la última vez que recordaba, había más vetas plateadas en su cabeza, alguna nueva arruga bajo sus ojos cristalinos, una mancha nueva en su blanca cara. Pero permanecía igual de alto, fuerte y atlético que siempre. No me contuve y me lancé a él para abrazarlo con fuerza, gozoso de tenerlo como referente en mi vida.

—¿Estás bien, hijo?

Un nudo en la garganta me impidió responder a su pregunta y descubrí, para mi asombro, que los echaba de menos mucho más de lo que en realidad era capaz de admitir.

Un grito de júbilo inundó mis oídos y me obligó a mirar hacia atrás. Supe que pertenecía a ella en cuanto lo escuché, pero en un acto reflejo quise mirarla y comprobarlo con mis propios ojos. Mamá. Sonreí. Apenas había cambiado. Continuaba siendo la mujer con voluptuosas curvas tan característica de su raza. Su cabello oscuro y rizado, algo más corto que hace seis años, se balanceaba en el aire con gracia mientras corría hacia a mí. Sus oscuros ojos, tan parecidos a los de mi hermana, estaban inundados en lágrimas y su boca, grande y esponjosa, apenas podía estarse cerrada fruto de la emoción que invadía su cuerpo. Se abalanzó hacia mí con energía, rodeó mi cintura con sus anchos brazos y apretó con fuerza, mucha, sosteniéndome como si fuera a caer por algún gran barranco. O quizás estuviese sujetándose ella, para no desfallecer. Su cabeza se posó en mi pecho y rompió a llorar como una niña pequeña.

Se me paró el corazón.

Quise mantener el tipo, no mostrarme débil, pero la palmada de mi padre en el hombro y el abrazo de Maisha por mi espalda me derrumbaron. Dejé que algunas lágrimas resbalaran de mis ojos y me recreé con el aroma que desprendía mi familia.

Canela en el cabello de mi madre.

Madera en las manos de mi padre.

Flores silvestres en el cuello de Maisha.

Me sentí en el cielo.

—Hola, mamá —susurré cuando nos recompusimos. Me di cuenta de que la mayoría de los clientes nos observaban curiosos con sonrisas en sus labios y algunas gotas en sus lagrimales.

Fui el protagonista de una nueva historia y me sentí incómodo.

—Ay, mi Owen. Qué guapo estás —mencionó acariciando mi mejilla. Analizó mi cuerpo entero con sus bonitos y dicharacheros ojos comprobando que todo estuviera en su lugar, como hacía siempre con cada uno de nosotros desde que éramos niños, y volvió a abrazarme, tocando con sus cálidas y tiernas manos cada músculo de mi torso—. Qué fuerte te has puesto. Estás hecho todo un pincel —me guiñó un ojo—. Solo te falta la mujer ideal para tenerlo todo. Y yo, te he encontrado la mejor —me sonrió radiante.

Miedo me dio.

Arrugué el ceño y la miré temeroso.

—Mamá, ya soy mayorcito para elegir con qué mujer quiero estar —protesté—. No me hace falta tu ayuda.

—Y un cuerno. Así te va. Con casi treinta años y soltero. A tu edad tu padre ya lidiaba contigo y yo tenía en mis entrañas a tu hermana —declaró arrugando la frente y colocando sus brazos en jarra—. A mí no me engañas, te da miedo el compromiso, pero eso te ocurre porque aún no has conocido a la mujer perfecta para ti.

—Y tú vas a decirme que la has encontrado, ¿verdad?

—Y tanto que la he encontrado. Caerás rendido a sus pies en cuanto la veas —me aseguró—. Por cierto, ¿dónde está?

Mi padre miró su antiguo reloj de pulsera y negó con la cabeza. Maisha comprobó el móvil y una mirada de preocupación invadió su rostro.

—Es muy raro. Nunca suele retrasarse tanto. Es casi la hora de recoger a Zac. ¿Le habrá sucedido algo? —preguntó nerviosa. Miró a mi madre en busca de una respuesta.

Mi madre se separó del grupo y miró por uno de los grandes ventanales de la cafetería hacia el exterior. Negó con la cabeza. Se acercó frunciendo el ceño.

—No está la camioneta fuera, me extraña que aún no haya vuelto de la compra —mencionó retorciéndose las manos.

—Puede que haya pinchado una rueda —comentó mi padre en un intento

por calmar los nervios.

—No, Isabella nos habría llamado para avisarnos. Si no lo ha hecho es porque le ha ocurrido algo, Carl.

Un sentimiento de culpa me asaltó.

Isabella. La ladrona. ¿Hablarían de ella?

—Si os referís a una chica castaña, delgada y con un carácter de mil demonios, creo que os puedo ayudar. Hace unas horas la vi intentado robar la vieja Chevrolet C10 de papá en el *parking* del supermercado de Jackson y tuvimos un altercado. Matthew apareció, la denuncié y se la llevó a la oficina del *sheriff* —comenté con voz serena.

—¿Que hiciste qué? —El rostro desencajado de mi madre me demostró cómo la había cagado—. Pero ¿tú eres tonto?

Dejé caer la mandíbula.

—¿Pensaste que Isabella intentaba robar mi vieja camioneta? —me preguntó mi padre sorprendido.

—Estaba forzando la puerta con una palanca. ¿Qué quieres que pensara? No la he visto en mi vida —me defendí—. Había unas llaves dentro de la cabina, pero no creí que las hubiera olvidado. ¿Qué persona se deja olvidada las llaves dentro del coche?

Una carcajada me dejó descolocado. Mi padre dio un golpe en la barra con su mano y continuó tronchándose de la risa.

—Maisha, ve a Jackson y encárgate de recoger a Zac del colegio. Carl, deja de reírte y llama al *Sheriff*, habla con él e infórmale del error de tu hijo. Solúcionalo cuando antes y trae a Isabella de vuelta. Y tú... —Mi madre hizo una pausa y me fulminó con sus ojos—. Tú ponte un delantal y empieza a fregar platos. Valiente cacao acabas de formar.

¿En serio?

Maldita Isabella. Apenas la conocía y ya me caía mal.

# Capítulo 5

Owen

Un ruido molesto e inoportuno taladró mis oídos y me obligó a abrir los ojos incómodamente. Adormilado me pareció identificar a mi madre subiendo la persiana de la habitación que me habían preparado en el hostel cuando llegué. No fue sigilosa, ni discreta. ¿Cómo diantres había conseguido entrar? Arrugué el ceño mientras hacía un esfuerzo por recordar y me di la vuelta en la almohada para evitar que los dorados rayos de sol impactaran en mi cara.

«La llave maestra», pensé refunfuñando. «Adiós a mi tan deseada intimidad de San Francisco»

—Vamos levanta. No creas que después de lo que hiciste ayer, vas a irte de rositas —la escuché quejarse.

Una fresca brisa se coló por debajo de las sábanas que me cubrían en aquella cómoda cama y un escalofrío sacudió mi cuerpo. A pesar de ser verano, en Colter Bay el ambiente continuaba siendo fresco, como una primavera interminable, sobre todo por las mañanas. Supe al instante que mi madre había abierto la ventana de la habitación de par en par con la intención de hacerme levantar de la cama, como hacía siempre que se me pegaban las sábanas cuando era un mocoso. Resoplé por la nariz y hundí mi cabeza en la almohada.

—No tengo quince años, puedo despertarme solo —bufé.

—Pues ayer actuaste como tal. Te pasaste de la raya. No fuiste considerado con ella, ni te mostraste como el hombre respetuoso y educado que tu padre y yo nos encargamos de enseñarte. —Giré la cabeza y me la encontré con los brazos en jarra fulminándome con sus bonitos ojos color café.

—Te recuerdo que fue ella quien me dio una patada en los huevos. ¿Ni siquiera te preocupas por ello? —le pregunté molesto.

—Una buena razón tendría para hacerlo —me contestó furiosa—. Podrías

habernos llamado al móvil y preguntar antes de denunciarla y hacer que se la llevaran como a una criminal. Pobrecita, lo que tuvo que pasar por tu culpa.

—¿Qué?! —dejé caer la mandíbula totalmente sorprendido.

¿Qué tenía aquella mujer para haber encandilado a toda mi familia?

—Levanta el culo de una maldita vez y baja a la cocina, hoy me ayudarás con las comandas de la cafetería. Tu hermana e Isabella están encargándose de preparar tu fiesta de bienvenida, una que no te mereces por tu comportamiento, pero que no pienso suspender. Llevo años deseando tu regreso, aunque sea por unas pocas semanas, y quiero celebrarlo con todos los clientes del hostel, además de con todos los vecinos de la zona. Será una noche maravillosa y tú, señorito —me señaló con el dedo—, te mostrarás encantador y educado con todos los invitados, en especial con ella. ¿Te queda claro? Mi casa, mis reglas.

Casi había olvidado por completo el temperamento que gastaba mi madre. La batuta con la que dirigía no solo su negocio, sino a toda la familia.

Chasqué la lengua.

—Así no conseguirás que os visite más a menudo —repliqué.

—No te comportes como un cabrón y no recibirás este trato —me advirtió—. Te quiero, Owen. Mucho. Y lo sabes. Siempre me he encargado de demostrároslo a todos, pero no voy a consentir que uno de mis hijos vaya por ahí actuando como un canalla, cuando sé que no lo es. No mientras pueda evitarlo.

Tenía razón y me jodió reconocerlo. Me había comportado como un auténtico cabrón con Isabella, la nueva camarera que trabajaba para mis padres, y me había pasado con la denuncia. Es cierto que podría haber descubierto si la camioneta de mi padre había sido sustraída de muchas maneras distintas, pero me dejé llevar por la ira que me inundó cuando una de sus piernas se estampó contra mis huevos y la humillación que sentí me enfureció tanto que no me paré a pensar, simplemente actué. Fui consciente en todo momento de que quizás la había cagado con ella, pero preferí ignorar el sentimiento de culpa y centrarme en putearla. No sé qué había en aquella mujer que me volvía tan loco, desquiciado. ¿Sería su actitud desafiante?

—Tienes razón, mamá. Lo siento —mencioné. No quería pasar los días que estuviera allí, a su lado, maldiciendo y replicando en su contra. Me había equivocado en mi acusación y había sido perversa mi venganza. Lo reconocí.

No dijo nada. Se perdió en el baño de la habitación y salió al cabo de unos minutos con el mismo caminar intenso y decidido, pero con la mirada más relajada y una sonrisa escondida en la comisura de sus labios. Unos labios que me habían devorado con mucho amor desde que era un crío, con interminables besos y bocados repletos de carcajadas.

—No tardes en bajar, en cuanto desayunes quiero verte en la cocina.

Asentí en silencio.

—Mamá —la llamé antes de que colocara la mano en el pomo de la puerta y abriera para marcharse. Se giró despacio y me miró curiosa. Verla allí, de pie frente a mí, me hizo sentirme orgulloso de tenerla y un remordimiento se apoderó de mí con fuerza. Debería existir una norma que vetara la inconsciencia de los hijos, una que nos obligara a visitar más a menudo a nuestras familias y a cuidar de hacerlas felices con nuestras simples presencias—. Te quiero —le declaré.

Pronunciar aquellas dos palabras me hizo trasladarme al pasado en un salto vertiginoso, a un lugar donde las risas y los sentimientos iban de la mano. Donde la vergüenza a expresar lo que sentía mi corazón no contribuía a sonrojar mi cara, ni a temer por encontrarme un rechazo. Había arrinconado la libertad. Había olvidado lo pleno que me sentía en Colter Bay, en casa, junto a mi familia. Tan completo, que mis labios podían expresar mis sentimientos sin ningún reparo, algo que había dejado de hacer al poco de mudarme a la ciudad.

—Y yo también te quiero a ti, mi vida —me sonrió con una dulzura infinita y fue tan tierna, que me sentí en paz—. Pero no conseguirás escaquearte del trabajo, zalamero. Mueve el culo.

Después abrió la puerta y desapareció tras ella.

Sonreí. No pude evitarlo. La adoraba, adoraba a mi madre.

No tardé más de diez minutos en ducharme y arreglarme. Bajé a la cafetería y encontré a mi padre desayunando en la barra. Lo acompañé gustoso. Un par de tostadas con mantequilla y un café largo después, me sacudí las manos; listo para empezar a trabajar. Me planté en medio de la cocina y busqué a mi madre con la mirada.

—Lo primero que tienes que hacer es acompañar a tu padre a la oficina del *sheriff* y retirar la denuncia. Matthew aún no la había archivado cuando Carl fue en busca de Isabella. Nos hizo el favor de dejarla salir con la condición de

que fueras hoy —me indicó. Tenía las manos repletas de una masa blanquecina que amasaba en una de las encimeras—. Después vuelve y ayúdame en la cocina.

Asentí y salí. Vi cómo mi padre me esperaba en la entrada con una sonrisa en los labios y una chaqueta en las manos. Me la tendió en cuando me acerqué a él. Le correspondí con una sonrisa y nos dirigimos hacia el viejo Chevrolet que tanto problema me había causado con aquella mujer.

Fue rápido. Matthew nos había dejado los impresos correspondientes apartados para que los firmara nada más llegar y en cuanto lo hice, los rompió delante nuestra.

—Será como si nunca hubiera ocurrido —dictaminó.

Miré a mi padre con el ceño arrugado, esperando su reacción y me sorprendí al verlo asentir satisfecho. Sentí una repentina curiosidad por conocer a aquella mujer. ¿Por qué la protegían tanto?

El regreso al hostel nos trajo una agradable conversación en la camioneta, una que me sacó alguna que otra carcajada. Y una cosa fue llevando a otra.

—¿Dónde está Bobby? No lo he visto desde que llegué —pregunté interesado. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que lo tuve delante de mí y era consciente de que le había fallado. Le debía una conversación, lo sabía, pero no me había topado con él desde mi regreso. Lo que me extrañó bastante.

—Vive con el viejo Menelik, en el rancho —me contestó mi padre sin apartar la mirada de la carretera.

—¿No vive con vosotros en el hostel? —me sorprendí. Jamás lo hubiera imaginado—. ¿Ha dejado de tener relación con la familia?

—Tiene muy buena relación con la familia, de hecho, por ello decidió irse a vivir con el abuelo. El rancho conlleva mucho trabajo y Menelik no puede dedicarse a ello. Está demasiado viejo, pero continúa siendo igual de testarudo que en su juventud, igualito que tu madre, hijo. De tal palo, tal astilla —resopló. Sonreí divertido—. Se negaba a abandonar el único lugar que conoce como hogar y Bobby se ofreció a cuidar de él. Necesitaba independencia y tranquilidad, vivir con los clientes nunca le gustó, tú lo sabes mejor que nadie. La casa de Menelik es suficientemente grande para ellos dos y además de cuidar de la hacienda, lo hacen el uno del otro. No nos pareció una idea descabellada. Vienen a diario a comer al hostel y continuamos



reuniéndonos en el rancho todos los domingos para almorzar en familia.

Me quedé patidifuso.

¿Bobby ayudando al abuelo?

—¿Y se encarga él solo de cuidar el rancho? ¿En serio?

—Matthew y yo le echamos una mano.

—¿Matthew? —me quedé impresionado.

—Sí, el joven Evans. Fue quien relevó tu puesto cuando te marchaste a San Francisco. Si no fuera por él, el rancho no seguiría en pie. Se ha dejado la piel en la reforma de la casa, en adecentar los establos, segar la hierba, cuidar a los animales y buscar promotores para nuestro ganado. Le estamos muy agradecidos —informó mi padre henchido de orgullo.

Matthew, mi buen amigo de la infancia. Menuda sorpresa.

El claxon de un vehículo me sobresaltó y captó mi atención, giré mi cabeza hacia la ventanilla del copiloto con la intención de encontrarme a algún vecino de la zona conduciendo paralelamente a nosotros, pero en su lugar me topé con un antiguo modelo de turismo conducido por Maisha quien, sonriente, nos saludaba con la mano. Ella tan alegre siempre. Le correspondí con un leve movimiento de mano y la vi dirigirse hacia el asiento contiguo para hablar con alguien. Me incorporé ligeramente y agaché la cabeza para poder ver mejor a quien se escondía en aquel asiento. Isabella negaba con la cabeza mientras Maisha le hablaba. Volvió la vista al frente, a la carretera y soltó una carcajada. Sentí curiosidad. Mi padre aceleró un poco y pude encontrarme con los ojos de aquella mujer tan misteriosa. Pensé que aquel podría ser un buen momento para limar asperezas por lo que movido por mi remordimiento esboqué una tímida sonrisa y le saludé con mi mano. Me fulminó con la mirada y me correspondió con una peineta.

Escuché las carcajadas de mi padre y crucé los brazos sobre el pecho, molesto. Me recliné en mi asiento y miré hacia delante, a la interminable calzada gris que nos conducía a Colter Bay. Vi a Maisha morderse los labios en un intento por controlar su risa y aceleró carretera arriba.

«Maldita desconsiderada», pensé en silencio.

—No la conoces. Dale tiempo, habéis comenzado mal. En el fondo es una mujer encantadora —mencionó mi padre. Parecía haber leído mi mente—. Con carácter, impredecible, como tu madre, pero maravillosa.

—No te creo. Ese demonio no puede tener un ápice de encanto —dije incrédulo.

—Me darás la razón. Ya verás —aseveró—. Tiempo al tiempo.

No estaba seguro. No podía creerlo, pero no iba a comenzar un debate con mi padre acerca de una mujer a la que no conocía de nada. Ignoré el tema y me centré en buscar otras conversaciones más amenas con las que entretenerme.

Llegamos al hostel pasado el mediodía y, tras despedirme de mi padre, me adentré en la cocina para ayudar a mi madre. Me dediqué a sacar las comandas preparadas, tomar notas, servir bebidas y recoger mesas. Apenas recordaba cómo era el ajetreo en el mundo de la restauración. Cansaba, bastante.

Me sorprendí gratamente al ver a una cantidad considerable de vecinos subir al hostel para disfrutar de una buena sobremesa, en la que no faltaban ricas tazas de humeantes cafés y trozos de alguna de las deliciosas y famosas tartas de la cocinera. Era agradable ver cómo los clientes se relajaban entre aquellos cojines de colores que vestían la cafetería, que la hacían más moderna y acogedora. Los jarrones de flores que decoraban las mesas creaban un cálido ambiente y las vistas a los principales picos de la Cordillera Teton regalaban la serenidad que la mayoría venían a buscar. Se estaba de maravilla allí. Mis padres habían conseguido crear un trocito de cielo en la tierra, junto al gran valle de Jackson Hole y realmente era maravilloso. Terminé de limpiar las pocas mesas libres que quedaban y me preparé una taza de café, salí al porche y apoyé mi cuerpo en uno de los postes de madera. Cerré los ojos, suspiré profundamente y dejé que el aire limpio y fresco llenara por completo mis pulmones.

Me sentí verdaderamente a gusto.

—¿Por qué no pides una cama? —La voz de un niño, que apareció de repente, me sorprendió. Pestañeeé varias veces y bajé la cabeza para encontrarme con quien me había hecho una pregunta.

Un niño blanco, delgado, con el cabello revuelto y ondulado, me miraba con unos ojos expectantes y curiosos. Había ladeado la cabeza con un gesto divertido y llevaba un parche pirata pegado a la frente. Vi en unas de sus manos una espada de juguete y sobre su camiseta de dibujos un cinturón de tela torcido.

¿De dónde había salido aquel crío? ¿Sería hijo de algún huésped?

—¿Cómo? —No me había enterado de la pregunta.

—¿Por qué no pides una cama? Se duerme mejor tumbado en una que de pie. ¿No tienes dinero para pagar una? Yo puedo prestarte un poco de mi tesoro, ¿quieres? —De la manera más dulce e inocente, el niño se llevó la mano libre al bolsillo de su pantalón, la extendió y me tendió un puñado de botones, piedras pulidas y algunas monedas de poco valor.

Su gesto me enterneció. Era la primera vez que me topaba con un niño tan desinteresado como parecía ser él.

Sonreí sin poder evitarlo y me agaché a su altura. Merecía que le hablara como un igual tan solo por el detalle de querer ayudar a un desconocido. Era extraño que no saliera huyendo de mí, como haría cualquier otro niño de su edad.

—Oh no, no estoy durmiendo. Solo descansaba —le aclaré—. ¿Ves esa cafetería? —le señalé, él asintió—. He ayudado a los dueños del hostel a servir las comidas de los clientes y estoy cansado. Me tomaba unos minutos para recuperarme.

Lo vi torcer el gesto y mirarme con más intriga que antes, si eso era posible. Volvió a guardar en el bolsillo su tesoro.

—Oh, entiendo, has ayudado a mamá para que ella pueda trabajar en el jardín de atrás. Eso está muy bien. Mamá siempre dice que tenemos que ayudar a los demás porque nunca sabemos lo necesitados que pueden estar —comentó de la manera más natural posible.

—¿Tú madre? No, creo que te estás confundiendo. Los dueños del hostel son mayores, tu madre debe ser joven, como...

—¿Tú? —ladeó de nuevo la cabeza hacia el otro lado y me miró fijamente.

—Bueno sí, puede ser. Desde luego estará más cerca de mi edad que la de los dueños —convine—. ¿Te hospedas aquí, en el hostel? ¿Están tus papás dentro?

—¿*Hospidas*? —me preguntó arrugando su pequeña frente.

—No, *hospidas* no, hospedas. Me refiero a si vives aquí, si has venido de vacaciones con tus papás.

—Sí, vivo aquí, pero no duermo en las casas de ahí dentro —me señaló el hostel. Arrugué la frente. ¿Se refería a las habitaciones? —Duermo con mamá en la cabaña. —Estiró su brazo y me indicó un camino de tierra que se perdía

por una zona de árboles—. ¿Sabes? Falta un día para las vacaciones, mañana es la fiesta de mi cole, haremos una *fusión*, estoy nervioso pero seguro que me sale superbien.

—Creo que se dice función —le corregí.

Pestañeó varias veces e hizo una mueca con su boca.

—Eso he dicho —me contestó.

Escondí una sonrisa.

—¿Vendrás? —me preguntó.

—¿Yo? ¿Te refieres a tu fiesta del colegio? —dudé.

Con movimientos rápidos afirmó con su cabecita muy sonriente. Abrí la boca para responder, pero sus pequeñas manos se posaron en mis mejillas y me sujetaron la cara con firmeza. Sus ojitos castaños me escrutaron con detenimiento y me quedé paralizado.

¿Por un niño? Sí, por uno.

—Eres de la familia, ¿a qué sí? Y a la familia hay que cuidarla, aunque no tengamos la misma sangre o el mismo color de piel. Eso dice mamá —hizo una pausa—. Todos vendrán a verme. ¿Lo harás tú?

Me quedé boquiabierto. No dije nada. Me limité a contemplar en silencio a aquel niño risueño que sin querer había llegado a mi corazón. No entendía a qué demonios se refería con todo eso de la familia, consideré que estaba del todo confundido, pero no quise corregirlo. Me maravilló la labor que aquella madre estaba haciendo con su hijo. Era muy difícil, a pesar del paso del tiempo, que se educaran y se consiguiera que los niños ignoraran la segregación de las distintas razas. Sin duda, algo que se debía hacer desde bien temprano. No la conocía de nada, pero tuve la certeza de que aquella mujer y yo, si llegáramos a encontrarnos, nos caeríamos muy bien.

Los ladridos de un perro distrajeron nuestra conversación y llamó la atención del niño, que bajó los escalones del porche a la carrera. El animal saltó emocionado al verlo a su vera y se colocó a dos patas sobre los hombros del pequeño, que cayó al suelo entre carcajadas. Se conocían, era indiscutible. El can, un pastor belga joven con un pelaje largo y brillante que mezclaba dos colores, blanco y negro, movió la cola de manera enérgica mientras lamía la cara de aquel crío que rodaba por el suelo entre las patas perrunas.

Un fuerte silbido hizo que las orejas y la cara del perro giraran hacia un

lado, apartando su húmeda lengua de las mejillas sonrosadas del pequeño niño. El animal reculó ágilmente y corrió hacia su dueño. Me entretuve siguiendo el camino que tomó y me impresioné al descubrir hacia quién corría. Maisha. Cómo no. Ella y su loca pasión por los animales. El perro chocó contra sus delgadas piernas y mi hermana palmeó su lomo con cariño, lo que provocó que el animal se emocionara y diera vueltas a su alrededor, impidiéndole su avance. Reí divertido.

Los pasos acelerados del niño atrajeron la atención del can y, dejando a Maisha a punto de trastabillar, corrió dando brincos hacia el pequeño que lanzaba piedras a lo lejos con la intención de que fuera a por ellas. Me encontraba tan centrado en aquellos dos, que no me di cuenta de quien apareció tras mi hermana. Isabella, la camarera. Andaba distraída, ajetreada en la conversación que mantenía con Maisha, alzando al aire varios papeles que portaba en una mano, mientras sostenía con su otro brazo una maceta repleta de flores amarillas. Nunca he sabido cuál flor es mi preferida, tampoco me he parado a pensarlo un segundo, pero si tuviera que decidirme ahora, diría sin ninguna duda que serían esas, exactamente las que trasladaba ella. ¿Sería casualidad? Llevaba unos pantalones vaqueros cortos, una camiseta de tirantes, una rebeca caída que dejaba al descubierto sus hombros y unas botas cortas estilo cowboy.

De repente, me resultó sexy. Mucho más que en la mañana cuando me mandó a paseo con su dedo corazón.

El niño y el perro no dudaron en echar a correr en cuanto ella apareció en su campo de visión y, entre risas, la alcanzaron a los pocos segundos. Impactaron contra su esbelto cuerpo con brusquedad, toda la que conlleva una carrera de veinte metros lisos, haciendo que los papeles que tenía en la mano cayeran al suelo, esparciéndose con la brisa del día. En un acto reflejo, Isabella sujetó fuertemente con ambas manos el macetero, que en el aire amenazaba a caer sobre alguno de ellos y perdió el equilibrio, cayéndose de culo al suelo, volcándose la tierra de la maceta encima.

Una carcajada brotó de mis labios antes de que me diera tiempo a reaccionar y tres pares de ojos me miraron sorprendidos. Maisha dejó caer levemente la mandíbula, negó varias veces con su cabeza y me reprendió en silencio. Isabella me fulminó con sus penetrantes ojos caramelo a la vez que dejaba la maceta a su lado, en el suelo, y se sacudía la arena del cuerpo, y el niño, pestañeó risueño esbozando una radiante sonrisa en su redondita cara.

Bajé los escalones del porche de dos en dos y recogí las hojas de papel que habían echado a volar. Cuando llegué hasta ellas, Isabella ya se había puesto de pie y Maisha golpeaba sus muslos con precisión para retirarle los restos de arena. Tuve celos de mi hermana, me pregunté cómo sería tocar aquellas piernas tan firmes.

—Creo que esto es tuyo —murmuré tendiéndole las hojas de papel. Isabella dejó de sacudirse la arenilla del pecho y se concentró en mí. Su expresión seria me asustó, me fue imposible predecir qué escondía aquella mirada airada, y de forma inconsciente, bajé los ojos hacia sus piernas temiendo que volviera a usar una de ellas contra mis huevos—. Te has dado un buen golpe. ¿Estás bien?

—Pregunta quien se ha descojonado de la risa —respondió arrugando la nariz. Me encandilé de aquel gesto. No puedo decir por qué, solo sé que me resultó adorable y en vez de replicarle me quedé observándola embobado un poco más.

Vi cierta incertidumbre en la expresión de sus ojos.

—¡Zac! —la escuché quejarse. Desvió la mirada hacia el niño y colocó sus manos en forma de jarra, igual que mi madre hacía con nosotros cuando nos regañaba de críos.

—Lo siento, mami. —El niño se cogió las manos, colocó la puntera de uno de sus pies sobre el suelo y se meció lentamente mientras le dedicaba una mirada repleta de dulzura—. Jazz empezó —dijo señalando al perro.

Isabella resopló por la nariz, se acercó al niño y cogió sus manitas. Se agachó, como hice yo antes, para colocarse a su altura y ladeó la cabeza.

—Tienes que tener más cuidado, casi consigues que se rompa la última maceta de la fiesta. Podrías haberte hecho daño, o habérselo hecho a Jazz, a Maisha o a mí. No corras de esa forma, no aquí en el hostel, donde hay personas cerca con las que puedes tropezar. ¿De acuerdo? —El niño asintió en silencio—. Un buen capitán debe saber controlar a su tropa, así que mantén a Jazz a raya para que no haya más incidentes, o al menos ninguno peor.

—¿Has escuchado, Jazz? Hay que mantenerte a raya —comentó el pequeño mirando al perro. El animal pareció entenderlo porque se quedó muy quieto observándolo—. ¿Sabes tú lo que significa eso?

Volví a reír. Me gustaba ese crío.

—Significa que debéis tener más cuidado —habló Maisha colocándose

entre medio de ambos. Los acarició con cariño—. Aún nos queda un poquito para terminar de decorar el jardín, ¿queréis ayudarnos? Seguro que encontramos algo que podáis hacer. Déjame pensar.

Zac la miró expectante mientras ella se llevaba la mano a la barbilla con fingido interés. Escudriñó los ojos y tamborileó con sus dedos unos segundos. El niño comenzó a impacientarse y a moverse nervioso. Parecía que estaban muy unidos y me sorprendió bastante. No pude apartar la sonrisa de mi cara en ningún momento y me pregunté por qué. ¿Qué tenía aquel niño que me embobaba tanto?

—¡Oh, ya lo tengo! Podéis ayudarme a colgar los farolillos. Os encargaréis de sacarlos de las bolsas y entregármelos para que los cuelgue en los árboles, mientras mamá termina de colocar las plantas. ¿Sí? —propuso. El rostro del niño se iluminó por completo—. Es una tarea muy importante, ¿sabes? Sin luz no puede haber fiesta.

Los ojos del pequeño Zac se abrieron como platos y su divertida boca esbozó una enorme O.

—Jazz, ¿has oído? Es la tarea más importante de toda la fiesta. Y es para nosotros. ¡Para nosotros! Hay que hacerlo bien, muy bien. Nada de salirse de la raya ¿eh? —sermoneó Zac al animal.

Me reí por lo bajini.

—Pues venga, comencemos —ordenó Maisha que inició la marcha seguida de ambos aludidos.

La sonrisa de mi boca permaneció intacta cuando giré la cabeza y volví a encontrarme con Isabella, la impredecible camarera, que reía alegre viendo el camino que tomaba su hijo. No se percató de que la miraba, lo que me permitió una breve libertad para escrutarla. Me fijé en su perfil, delicado, bonito. En el tamaño perfecto de su oreja, su cutis fino moteado por alguna impureza me resultó precioso, su pequeña nariz, sus largas y oscuras pestañas, sus labios rosados, sus ojos... aquellos ojos que tanto ocultaban. Me gustó el corte de su cabello, sobre los hombros, práctico. Su color castaño, sus betas doradas. Su blanca piel. Deseé tener más tiempo para recrearme con su cuerpo, pero no lo tuve. Isabella, de un tirón, recogió los papeles que aún mantenía en el aire, los dobló, los guardó en el interior de uno de los bolsillos de su pantalón y se agachó para coger la maceta desmoronada. Me regaló una perfecta visión de sus glúteos que me reseco la garganta. Debí de darse

cuenta, porque al instante se agachó y murmuró algo que no llegué a escuchar.

—Así que tienes un hijo —mencioné en cuanto se puso de pie con la maceta en brazos—. Nunca lo hubiera imaginado.

—¿Y por qué? —me preguntó arrugando de nuevo su nariz—. No me conoces de nada.

Era cierto. No la conocía.

Dios, qué bonita estaba cuando hacía aquel gesto.

—Me refiero a que no pareces la típica madre. Eres joven, guapa...

—¿Y cómo es la típica madre que conoces? Porque modelos de madre hay miles. Dudo que te hayas visto con muchas en la ciudad donde vives —frunció el ceño desafiante.

—No, la verdad es que no, pero lo que quería decir es...

—Mira, déjalo. Después de haber experimentado qué se siente al ser tratada como sospechosa de un robo que no cometí, no haber podido recoger a mi hijo del colegio por estar retenida en la oficina del *sheriff* y ver cómo te has descojonado de mí cuando me he caído al suelo hace tan solo unos minutos, lo último que me apetece seguir haciendo es hablar contigo. Piensa lo que te dé la gana, me trae sin cuidado —me cortó. Se apartó un mechón de la cara e inició la marcha por el mismo camino que habían tomado mi hermana, Zac y el perro—. Tengo demasiado que hacer y no me apetece perder el tiempo, sobre todo si es con alguien como tú.

Me quedé en blanco. Estaba enfadada y no era para menos. No sabía que tenía un hijo, ni que tenía que ir a recogerlo al colegio, si lo hubiera sabido nunca habría seguido adelante con mi denuncia. Pero claro, tampoco me interesé en preguntar.

—Espera, yo...Solo pretendía halagarte —aceleré el paso un poco para lograr alcanzarla. Me miró extrañada, como si hubiera hablado en un idioma distinto.

—¿Halagarme? ¿Y quién te ha dicho que yo necesito un halago? —escupió.

Dios, que testadura era esa mujer. Un hueso difícil de roer. ¿Acaso no era evidente que pretendía disculparme por mi comportamiento del día anterior?

—Solo pretendo que tengamos una relación lo más cordial posible, ya que trabajas para mis padres y tendremos que vernos las caras el tiempo que esté por aquí —aclaré.



—Y ese tiempo, ¿es mucho?

—Define mucho.

—Un solo día más a tu lado. —Escudriñé sus bonitos ojos color miel y me dedicó una mirada repleta de desconfianza. Era descarada. Desafiante. Sentí una repentina curiosidad por conocerla solo un poco más. ¿Qué escondía aquel entresijo de huesos? —No te soporto, es obvio, me pareces un capullo descomunal, arrogante y egocéntrico, pero eres su hijo —señaló hacia el hostel. Supe que hacía referencia a mis padres—, el hijo que no ven desde hace seis años. No sabes lo que han llorado por ti, lo mucho que todos te han echado de menos. Así que haré de tripas corazón, por ellos, por cada uno de ellos, porque son *mi* familia, lo más parecido a una que tengo, y a la familia hay que cuidarla, aunque haya algún que otro gilipollas en ella.

*Touché.*

¿Qué diantres había pasado en mi ausencia? Quise rebatirle, pero no pude encontrar un argumento sólido para hacerlo. Así que me limité a cerrar el pico y ver cómo Isabella se alejaba de mí con un movimiento de cadera que me hipnotizó.

¿Mi familia, era *su* familia? ¿Qué había querido decir con eso?

Con aquel pensamiento rondando en mi cabeza, regresé a la cafetería y me centré en ayudar a mi madre.

No sé el tiempo que transcurrió, pero al cabo de las horas, el hostel había tomado una imagen diferente e Isabella había sido la culpable de ello. Se había dedicado a decorar cada rincón con detalles rústicos y elegantes que anunciaban un evento con claridad. Demasiado recargado para una simple fiesta de bienvenida, a mi parecer. Pero armonioso y encantador para mi madre, que se emocionó en varias ocasiones cuando mi hermana y ella le mostraron varios centros de mesas artesanales, obra de Isabella, y el jardín trasero. No, no supe cómo estaba decorado porque mi madre me prohibió rotundamente acercarme al lugar hasta la cena, hora en la que comenzaría la fiesta en honor a mi regreso. Totalmente exagerado, lo sé, pero era su deseo y a las madres hay que concederles todos los deseos que pidan, aunque parezcan ridículos o desmesurados.

De repente me sentí nervioso. Estaban organizando todo aquello por y para mí. Debería mostrarme más agradecido.

Me topé varias veces con el pequeño Zac y las carcajadas regresaron a mí

como las olas lo hacen al mar. Era divertido, extrovertido y cariñoso. Muy cariñoso. Me sorprendí cuando lo vi sentado en las rodillas de mi padre leyendo aquel gran periódico que no entendía, esperando encontrar el mensaje de algún pirata. O cuando encontré a mi madre ofreciéndole un bol con restos de chocolate que había usado para la elaboración de un pastel para la fiesta y jugaron a pintarse la cara con las sobras. Encontré demasiada familiaridad entre ellos y me admiré. Mucho.

Zac se negó a bañarse, se había empeñado en defender una tesis propia en la que sostenía que ningún pirata se lavaba tantas veces en un mismo día, y debo decir que ahí llevaba razón, el crío era muy inteligente, pero no hubiera sido muy acertado apoyarlo frente a los demás. Ver a Isabella correr tras él para alcanzarlo supuso más de una carcajada, y al final, después de más de diez minutos detrás de él, se rindió tumbándose en un sofá de la sala de descanso. O eso pensé.

Matthew irrumpió en la sala energicamente, saludando a todos con su radiante sonrisa, esa que había enamorado a más de una chica, y en cuanto vio a Zac correr hacia él, comenzó a jugar a disparar colocando su mano como si fuese una pistola. El niño empezó a correr a su alrededor ocultándose tras los sillones de orejas que encontraba a su paso, hasta que chocó con el cuerpo de Maisha, que utilizó como escudo entre él y el joven *sheriff*. Matthew y mi hermana estaban tan cerca, que podían rozarse sin ningún problema. ¿Se había sonrojado mi amigo? ¿Maisha sonreía más de lo habitual?

—*Sheriff*, tenemos un problema. Aquí hay alguien que no quiere bañarse —mencionó Isabella con voz cansada—. Sostiene que un buen pirata no necesita enjabonarse y limpiarse los manchurriones de la cara.

—¿Cómo?! ¿Quién ha dicho eso? Como yo me lo encuentre... —Matthew miró a su alrededor con una de sus manos colocadas a modo de visera en la frente, buscando por toda la estancia—. Ayudante, te necesito. ¿Sabes de qué persona se trata? —preguntó mirando al niño.

Zac se mordió los labios mostrando su apuro. Miró de reojo a su madre y después negó con la cabeza.

—Creo que ya no está aquí, se ha ido —contestó.

—¿Seguro? —Matthew dudó. Zac movió afirmativamente la cabeza—. Está bien, pues vamos a demostrarle a todos los que están aquí sentados que a los agentes de la ley nos gusta estar limpios. Mira, yo vengo preparado para la

fiesta que está a punto de comenzar, ¿y tú, estas igual de guapo que yo? —Zac movió negativamente la cabeza, apurado—. ¿Qué me dices, vamos? —Matthew señaló con una inclinación de su cabeza la zona de los dormitorios que mi familia usaba en la planta baja y el niño asintió despacio. —Díganos, señora Brooks, ¿disponemos, los hombres fuertes como nosotros, de algún baño privado para una buena ducha?

—Claro que sí, cómo no. Venid conmigo, el baño de Bobby os servirá perfectamente —pronunció mi madre sonriente, indicándoles el camino—. Id dentro, voy a por toallas limpias.

Y los tres desaparecieron tras el arco del recibidor.

Me quedé helado.

Cuánto amor se derrochaba en mi familia, entre las paredes del hostel.

—Bueno, ya va siendo hora de que los demás también nos preparemos para la fiesta —comentó mi padre poniéndose en pie. Dejó el periódico sobre la mesita auxiliar que había frente a él y se despidió con un gesto de su cabeza.

—Dúchate conmigo, apenas te dará tiempo de ir a casa y volver. Tengo ropa que prestarte —le dijo Maisha a Isabella. Ella cerró un ojo mientras pensaba.

—Había pensado ir a por ropa para Zac, pero usaré la que tengo guardada en el armario de tu habitación. A veces pienso que tengo más ropas de él aquí, en el hostel, que en la cabaña —mencionó convencida.

—Pasas más tiempo aquí que allí, es normal. Aún recuerdo cuando, no hace mucho, te traías el pijamas de Zac y le dabas de cenar sobre la barra de la cafetería —sonrió Maisha—. Creo que aún conservo algunas mudas de esas edades.

¿Cuánto tiempo hacía que mi familia la conocía? Parecía que demasiados...

La fiesta comenzó a la hora indicada y me sorprendí de encontrar tantas caras conocidas entre los invitados, la mayoría viejos vecinos que me habían visto crecer en Colter Bay. Desde la recepción del hostel podía escucharse la música que, con mucho mimo, habían elegido las organizadoras del evento. Unos grandes altavoces reproducían la melodía con ritmo, alegrando el ambiente. Cuando atravesé las puertas francesas del patio trasero, me quedé maravillado. Todo lucía de manera distinta a como yo lo recordaba. Los árboles que rodeaban el jardín estaban decorados con farolillos de papel de distintos colores, que refulgían con una brillante luz, creando un lugar de

ensueño. Parecía como si cientos de luciérnagas se hubieran escondido entre sus ramas oscuras, regalando una estampa increíble.

Habían preparado mesas tipo cóctel vestidas con unos manteles color crema, en el centro de cada una de ellas había un bonito tarro de cristal con un adorno de encaje, repleto de flores blancas. Algo apartadas, otras ofrecían ricos manjares tipo bufé libre, repletas de diferentes platos que degustar, y a su vera, una barra improvisada con varios barriles de madera, invitaba a los recién llegados a remojar sus secas gargantas con alguna rica bebida.

Todo me pareció asombroso. Valiente trabajo habían desempeñado Maisha e Isabella. Tendría que encontrar un hueco en algún momento para darles las gracias. Avancé despacio, saludando a quien me iba encontrando a mi paso, intentando retener en mi memoria cada detalle que iba encontrando. Como aquel rincón de flores amarillas que vi cerca de una fuente de piedra que jamás había estado allí. ¿De verdad todo aquello era para mí? ¿Merecía tanto?

—Menuda fiesta te han organizado. Ni que hubieras vuelto de la guerra —oí a alguien decir tras de mí. Aquella voz... me resultaba tan familiar.

Me giré tan deprisa que no me dio tiempo a reaccionar cuando me encontré a Bobby de pie frente a mí, observándome de arriba abajo sin ningún reparo.

—¡Bobby, hermano! —exclamé alegre. En apenas dos zancadas borré la distancia que nos separaba y le di un abrazo, uno fuerte que no fue correspondido con el mismo entusiasmo.

Dolió. Apremiar su aparente rechazo escoció.

Deshice el abrazo lo más rápido que pude y observé a mi hermano sin ningún reparo. Había cambiado mucho, muchísimo. Estaba bastante más alto y fuerte, supuse que se habría apuntado a algún gimnasio de la zona puesto que sus brazos lucían unos buenos bíceps y su torso recto manifestaba un esmerado entrenamiento. Llevaba unos viejos vaqueros raídos, de esos que podías encontrar en casi todos los escaparates de las tiendas de la ciudad, una camiseta oscura, unas bambas deportivas y la melena larga recogida en una coleta. Parecía otra persona.

Rectifiqué.

Era otra persona.

—Pásate y saluda al abuelo, está sentado bajo el árbol más cerca de la barra —sonrió. Parecía forzado—. Disfruta de la fiesta y almacena bien los recuerdos, antes de que los olvides, igual que hiciste con nosotros —escupió.

*Zasca.* En toda la boca.

—Bobby, sé que tenemos una conversación pendiente, pero ahora no es el momento —repliqué.

—Claro, cómo no. Es tu momento, ¿cómo voy a estropear tu fiesta?

No esperó mi respuesta, sencillamente se dio la vuelta y desapareció entre los invitados. Me pareció verlo hablar con alguien al fondo del jardín y me puse de puntillas unos instantes para ver mejor. Bobby abrazaba a una mujer con cariño, de manera afectuosa, recreándose en su cuerpo. Acarició su espalda descubierta con mimo y ella alzó sus brazos alrededor de su cuello para estrecharlo un poco más. Le sonrió y ella besó su rostro con dulzura. Entonces vi a Zac danzando a su lado y Bobby lo cogió en alto para darle un achuchón. La mujer giró su rostro y la vi sonreír.

Isabella.

Bobby colocó una de las manos en su cintura y la atrajo un poco más hacia él, sentí una sacudida en mi interior. Zac alargó sus brazos y rodeó con cada uno de ellos ambas cabezas, las juntó y se sumieron en un gran e íntimo abrazo.

Fruncí el ceño sorprendido.

¿Bobby e Isabella?

No sé por qué, pero me enfadé. Sentí una gran decepción al verlos juntos y dejé caer los hombros malhumorado.

Fue la voz de mi madre lo que me sacó de aquel ensimismamiento y la media hora siguiente la dediqué a seguirla por el jardín agarrado de su mano. Levanté mi jarra de cerveza en multitud de ocasiones y brindé otras tantas por una larga vida en Colter Bay. Apenas probé el trozo de pastel que me tendió Maisha, había dejado de tener apetito, y entré en el hostel para ir al baño. Estaba vacío, apenas encontré un alma en el interior. Estaban todos en la fiesta, por eso me llamaron tanto la atención aquellas risas escondidas. Nunca fui un hombre curioso, de hecho, me daba igual lo que los demás hicieran con sus vidas, siempre y cuando me dejaran tranquilo y nada me salpicara, pero en aquella ocasión... Solo tuve que seguir las carcajadas para descubrir que, quienes fueran, se escondían en la lavandería, sala que descubrí horas antes cuando bajé mis ropas sucias.

—Hazlo —escuché tras la puerta de madera.

¿Era Bobby?

—No estoy segura —escuché decir a Isabella. Su voz era inconfundible. ¿Cómo podía distinguirla con tanta claridad?

Me acerqué un poco más movido por la curiosidad y mi mano, sin querer, entreabrió la puerta. Pero ninguno se dio cuenta, lo que supuso un alivio. Los vi al fondo de la habitación, uno frente al otro, mirándose fijamente. Mi corazón comenzó a latir aceleradamente.

—Hazlo —volvió a repetir Bobby con mucha más convicción.

Arrugué el ceño.

Entonces las manos de Isabella se colaron por debajo de su vestido, uno ajustado y oscuro que le sentaba como un guante, y bajaron temblorosas su ropa interior, unas braguitas rojas que me excitaron al instante. Dejó que cayeran al suelo y su risa nerviosa me zarandeó. Abrí la boca sorprendido al ver su cuerpo de espaldas, abierto de piernas con aquellas braguitas rojas rozando sus tobillos.

Apreté los labios y cerré los ojos.

No, no estaba dispuesto a ver nada más. Reculé lentamente, cerré con sigilo la puerta y desaparecí convencido de que me quedaba por delante una noche muy larga de insomnio.

# Capítulo 6

## Owen

No, no quise ir. Me negué en rotundo a acompañarlos, a pesar de que el objetivo fuera alegrar a un niño, satisfacerlo. Apenas tuve contacto con mi familia cuando me levanté, quise evitarlos, sobre todo a mi madre y a sus bonitos ojos cafés que podían analizarte el alma en cuestión de segundos. No estaba del todo seguro de que se diera cuenta, pero no quise ponerla a prueba, por eso me negué a desayunar con todos ellos. Porque estarían todos.

Mi fiesta de bienvenida acabó bien entrada la noche y cuando los invitados se marcharon, mi madre y Maisha aconsejaron a Isabella que durmieran en el hostel, puesto que a la mañana siguiente volverían a verse para acudir juntos a la función de teatro del pequeño Zac. No lo pensó demasiado y accedió sonriente. Bobby ofreció su habitación para el descanso de ambos y con cuidado, cogió en brazos al pequeño niño que dormía plácidamente sobre su madre, susurró en su oído un siseo cuando lo notó moverse y se encargó de llevarlo a la cama y acostarlo. Me sorprendí al ver a mi hermano actuar así, me asombré mucho. Parecía que existiera una conexión peculiar entre ellos y sí, me jodió verlo con mis propios ojos. ¿Por qué? No estaba seguro.

Cuando Mattew se despidió de todos y me abrazó con cariño, dándome la bienvenida una vez más, me subí a mi habitación y me di una buena ducha. Sabía que me iba a ser tremendamente difícil conciliar el sueño, no solo por el ajetreo del día, al que estaba acostumbrado por mi ritmo de trabajo en el hospital de San Francisco, sino por lo que mis ojos habían presenciado sin querer.

Bobby e Isabella.

¿De verdad?

No sé qué me sorprendió más, si ver el hombre en el que se había convertido mi hermano o el hecho de descubrir que mantenía una relación sexual con Isabella. Rememoré de nuevo en mi cabeza todo lo que vi, buscando una explicación distinta para lo que parecía obvio y no, no lo conseguí. Me resultaba tan difícil de creer que ellos pudieran estar juntos...

Ella era al menos diez años mayor que él y tenía un hijo al que mantener, no parecía la clase de mujer que pierde el tiempo divirtiéndose con hombres más jóvenes que ella. ¿O quizás sí? ¡Qué sabía yo! En el fondo no la conocía de nada.

¿Por qué me molestaba tanto verlos juntos?

Un inesperado pensamiento me asaltó de repente, acelerándome el pulso. ¿Y si el niño era de mi hermano? Quizás, por eso Zac se había referido a mí como su familia. No, no podía ser, eso sería totalmente ilógico. Si el niño tenía cinco años, Bobby tendría cuando lo concibió... once. ¡Once! ¿Pero qué estaba pensando? ¡Dios, estaba mal! Rematadamente mal. Eso habría sido algo ilícito de haber sucedido, cosa que descarté tan rápidamente como se me atornilló en la cabeza. Y estuve seguro de que, aunque ella resultara ser irritante y descarada, no sería capaz de acosar a un niño sexualmente. Jamás. Era madre por el amor de Dios, ¿cómo se me había ocurrido aquella horripilante idea?

Sin embargo nada les impedía mantener una relación ahora, a pocos meses de que Bobby cumpliera la mayoría de edad. ¿De verdad aquellos dos mantenían un idilio en secreto?

La imagen de aquellas braguitas rojas descender por las firmes piernas de Isabella se instaló en mi cabeza y gruñí cabreado.

No, no me apetecía volver a verlos juntos. Al menos no después de haber estado toda la noche en vela fantaseando con ella y sus bragas rojas.

Miré la hora en mi reloj de pulsera y fui en busca de mi teléfono móvil. Marqué el contacto de Hannah y mantuve una conversación con ella. Necesitaba algo con lo que distraer mi mente enrevesada y volver a mi rutina diaria, aunque fuese por unos efímeros minutos. Le pregunté por los pacientes, por Terry, por el volumen de trabajo y por Brownie. Hannah se había ofrecido amablemente a hacerse cargo de él mientras yo estuviera fuera por vacaciones y se lo agradecí enormemente. Prefería mil veces dejar a mi gato en manos de ella, que en cualquiera de esas clínicas veterinarias tan modernas que se multiplicaban cada vez más por la ciudad. Fue agradable olvidarme de todo aquel embrollo que me quitaba el sueño por un momento. Me despedí de ella al cabo de diez minutos de conversación y bajé a la cafetería a desayunar. El volumen de clientes había bajado considerablemente y me pregunté si aquella fiesta escolar a la que toda mi familia había acudido, tenía mucho que ver.



Pensé en Zac y en aquella *fusión* a la que se refirió el día anterior, cuando nos conocimos, y sonreí al recordarlo. Yo no le había prometido acudir a verlo, ni a él ni a nadie, no tenía por qué dar explicaciones, ni sentirme mal. Sin embargo, algo dentro de mi pecho, me pesó.

Sentí que me había equivocado.

Chasqué la lengua.

Odié esa sensación.

Entré en la cocina y me preparé una taza de café. Saludé al pinche que ayudaba a mi madre con la cafetería y atrapé dos bollos de canela que descansaban apetitosos en una bandeja recién sacada del horno. Me los llevé a la nariz y aspiré su aroma. Me hizo deleitar. Salí al porche, me senté en una de las mecedoras de madera y desayuné tranquilo mientras divisaba las doradas montañas al fondo, a pies de aquel lago tan magnífico. Hacía tanto que no comía algo sin prisas que me pareció mentira. Me sermoneé para mis adentros y me prometí cambiar en la medida de lo posible, aquel ritmo desenfrenado que me perseguía en la ciudad.

Respiré profundamente, llenando mis pulmones con el fresco oxígeno de aquellas praderas y decidí salir a dar un paseo. El rancho no se encontraba muy lejos, a diez minutos a pie y me animé a visitarlo, preparado para enfrentarme a aquellos recuerdos que me asaltarían sin dudar nada más pusiera un pie en el terreno.

Estaba convencido de que jamás olvidaría el lugar donde nací, seguro de que todo permanecería igual a como lo recordaba antes de marcharme a conseguir mi sueño. Encontrarme con aquella realidad me desarmó. No estuve seguro de si la culpa la tuvo aquella explosión de sentimientos que sigilosamente eclosionaron en mi interior al contemplar desde la colina todo el horizonte donde se encontraba el lugar a donde iba, o fue la incuestionable mejoría que encontré a simple vista. Me emocioné, por un segundo dejé que mis ojos se humedecieran e ignoré aquel picor molesto en mi nariz, solo pude centrarme en mi hogar, ese lugar donde nací, crecí y aprendí a vivir. Alabé la extensión del terreno vallado que rodeaba el rancho, el cercado donde pastaban los caballos ajenos a mi escrutinio y la arboleda del fondo que tanto había crecido. Bajé la colina contemplando cada rincón con verdadera admiración. Me fijé en una zona de siembra situada a un lado de la casa y en aquel tractor inerte a la entrada de las caballerizas, que habían pintado de un verde oscuro, resaltándolas más. Llegué al valle con una expresión de

asombro en cada músculo de mi cara, todo estaba mejor que antes. Bastante mejor. Un ruido chirriante y molesto llamó mi atención, obligándome a girar la cabeza a mi derecha, hacia la vivienda. Allí, apoyado en el dintel de la puerta de entrada, me esperaba mi abuelo. Menelik. Le sonreí en la distancia y lo observé con detenimiento mientras avanzaba hacia la casa. Había envejecido notablemente, pude comprobarlo en las arrugas de su piel y su cabello rizado y canoso. Se mantenía en pie con cierta dificultad, lo vi sujetarse al dintel de la puerta y hacer un esfuerzo por sonreír. Su espalda, algo más curvada que la última vez que lo vi, se erguía orgullosa ante mis ojos verdes. No quería que viese su debilidad, el paso innegable del tiempo, su ancianidad. Subí las escaleras del porche y abrí los brazos.

—Abuelo —murmuré cuando nos sumamos en un gran abrazo. Me pareció notar sus piernas temblar y le agarré con fuerza del brazo—. Ven, vamos a sentarnos aquí afuera. El día está fabuloso.

Asintió lentamente y se dejó llevar hasta el banco más cercano a nosotros.

—Has vuelto —comentó cuando se sentó. Me miró fijamente a los ojos—. Te hemos echado de menos.

Sentí una punzada de remordimiento en mi corazón. ¿Cómo había podido apartarlos de mi vida con tanta facilidad?

—Lo sé y lo siento, pero no es fácil trabajar de médico en un hospital de San Francisco —intenté justificarme—. ¿Sabes cuánto tiempo llevaba sin dar un paseo como el que acabo de dar esta mañana al venir aquí?

—No haber elegido irte tan lejos —me contestó—. Nadie te dijo que lo hicieras.

¿En serio? ¿El abuelo también? ¿Cuántos frentes abiertos tenía delante de mí?

—Fue una gran oportunidad, abuelo. Gracias a ello, ahora soy un gran cirujano muy valorado y remunerado.

—¿Y? ¿De qué te sirve si no puedes siquiera salir a pasear? —soltó. Arrugué el ceño molesto y lo miré fijamente. Sus grandes ojos oscuros me contemplaban con detenimiento—. Lo has dicho tú mismo hace un momento, no me mires así.

Joder con el abuelo.

—A veces hay que hacer sacrificios para conseguir lo que uno quiere. Tú mismo lo hiciste cuando llegaste a estas tierras desde África —expuse.

—Cierto, pero olvidas algo importante. No sacrifiqué mi vida en vano, lo hice por ellas, mi familia, *tu* familia. ¿Y tú, a quién le debes todas tus renunciaciones?

Abrí la boca para debatirle, pero la cerré al instante cuando descubrí lo solo que me encontraba.

Hace muchos años, a finales de los años cuarenta, una jovencísima familia negra dispuesta a todo, atravesó el pacífico en busca de una mejor vida, huyendo de los conflictos armados de su país de origen. La integración fue difícil, los sacrificios de ambos, duros, pero con perseverancia y fuerza consiguieron, con el tiempo, dinero suficiente para invertir en la compra de un terreno, uno que les permitiera vivir tranquilos y en paz.

El valle de Jackson Hole permaneció como propiedad privada hasta la década de 1930, cuando los conservacionistas dirigidos por John D. Rockefeller, Jr. comenzaron la compra de tierras para añadirlas al parque nacional ya existente. El empeño y el tesón de mi abuelo, junto con algunos favores laborales, consiguieron que le fuera vendida una extensión de tierra en el deshabitado e inhóspito Colter Bay Village, un trocito de cielo virgen. Poco después, en contra de la opinión pública y con repetidos esfuerzos del Congreso para rechazar las propuestas, gran parte de Jackson Hole fue separado del parque y establecido como Monumento Nacional. En 1950 fue eliminado y la mayor parte del terreno fue añadido al Parque Nacional Grand Teton. Excepto la pequeña cabaña que mis abuelos construyeron con sus propias manos en medio de aquella extensa arboleda.

—Has olvidado vivir la vida, hijo. Te has dejado seducir por el dios Mammón, el dios del dinero. Tus días se consumen en penumbra y ni siquiera te das cuenta de ello. ¿Sabes? De nada sirve tener una vida rica en abundancia si no tienes con quién compartirla —declaró—. ¿Por qué tienes tanto miedo de entregar tu vida a alguien?

—¿¿Qué?! No, yo no tengo ningún miedo. Aún no he encontrado a la mujer perfecta con la que quiera vivir el resto de mi vida —expliqué algo incómodo.

—Y nunca la encontrarás, desde luego no mientras sigas esperando a que aparezca ese prototipo de mujer que te has creado en la cabeza, porque no existe. La mujer de tu vida no es perfecta, Owen, igual que no lo eres tú, es una persona con defectos y virtudes, de verdad, real. —Mi abuelo alargó sus manos y las colocó sobre las mías, bañándome con su calidez. Su piel oscura, tan negra como el tizón, destacó con diferencia con mi tono mestizo, mucho

más claro. Sentí su apretón de manos y llené de aire mis pulmones—. No seas estúpido, deja de tener miedo a enamorarte —me susurró al oído.

—Yo no tengo miedo a...

Su penetrante mirada acalló mis palabras y me perdí en sus ojos unos segundos. Recordé a mi abuela, su esposa, la madre de mi madre y un nudo me encogió el estómago. No, despedirnos de ella no fue fácil. Esa maldita enfermedad nos la fue robando silenciosamente con el paso de los días y ninguno pudimos hacer nada por evitarlo. No fue justo, no después de cuánto habían lidiado juntos en busca de la felicidad. Era tan hermosa como mi madre, tan dulce como Maisha, tan buena persona... Sí, fue por ella, por mi abuela, por aquella odiosa enfermedad por la que me hice médico. Decidí transformar el mundo con mis manos, me obliqué en cambiar el destino de miles de personas por mi fuerza, por mis santos cojones.

Y no, en el fondo no todo dependía de mí. No. Yo solo era un hombre, uno obstinado en salvar vidas, sin embargo, ellas no dependían de mi intelecto o mis decisiones, sino de la voluntad de un Dios que nos miraba desde lo alto.

—Abre tu corazón, Owen, no tengas miedo. No te aferres al sufrimiento de perderla cuando aún ni siquiera la has encontrado.

Maldito embrujo africano.

Maldita aquella fe cristiana que tantos secretos le ha proporcionado con el paso del tiempo.

Menelik y su eterna sabiduría. Lo olvidé.

El sonido del motor de un vehículo nos reveló la llegada de alguien. Levanté la vista al frente y me topé con la vieja camioneta azul de mi padre. La puerta del copiloto se abrió de golpe antes incluso de que las ruedas hubieran frenado en el albero amarillento, y Zac bajó de un salto para dirigirse hacia donde estábamos nosotros corriendo.

—¡Estás aquí! —gritó en cuanto me vio.

Subió los escalones dando saltitos y se lanzó a mis brazos como si me conociera de toda la vida. Me quedé en shock.

—Hola, pirata —le saludé sacudiendo su melena ondulada. Me sonrió y yo le devolví la sonrisa.

—No has venido —dijo con su carita ladeada hacia un lado. Me fijé en aquella máscara de pintura azul que habían dibujado alrededor de sus castaños

ojitos.

—No, es cierto. No pude. Vine a visitar a Menelik —mencioné a modo de excusa.

No funcionó.

—¿A *oupa*? —preguntó.

Fruncí el ceño y miré a mi abuelo.

—¿Le has enseñado africano?

Ambos sonrieron.

Puse los ojos en blanco y negué con la cabeza.

—¿Qué haces tú aquí? —le pregunté.

—Pues enseñarle mi disfraz a *oupa* — dijo levantando los hombros como si fuera lo más obvio del planeta—. Espera, me falta la capa. ¡Mamá! —gritó dándose la vuelta para correr hacia la camioneta.

Seguí sus pasos con la mirada y entonces la vi, de pie junto a la puerta del copiloto, alisándose la falda larga que cubría sus piernas. Llevaba un top palabra de honor que dejaba sus hombros desnudos, donde descansaba su melena ondulada, y unas sandalias planas que mostraban sus uñas pintadas. Su rostro se iluminó cuando el niño se abalanzó a su cuello y le dio un sonoro beso al recibir la capa que había ido a buscar. Me quedé embelesado con la sonrisa que mostraron sus labios, unos labios que me resultaron tremendamente apetitosos.

Isabella anudó la capa de superhéroe al cuello de Zac y éste se dedicó a correr a su alrededor con los brazos extendidos como si estuviese volando por un cielo cubierto de nubes blancas. Bobby irrumpió en mi campo de visión y sentí una patada invisible en la boca de mi estómago. Lo vi jugar con el manojito de llaves de la camioneta mientras se dirigía hacia la casa, cosa que parecía divertir al chico, y se las tendió a ella antes de subir al porche. Isabella le sonrió y le dio un beso en la mejilla antes de guardárselas en un pequeño bolso que le colgaba del hombro.

Gruñí molesto.

—Eh, viejo, te has perdido la mejor actuación de superhéroes de la historia. Este pequeño volaba tan rápido como el viento —comentó Bobby cogiendo a Zac y colocándolo por encima de sus brazos haciéndole volar en el aire. El niño comenzó a reír nervioso—. Así abuelo, lo hacía así de bien.

—Buenos días, abuelo —saludó Isabella sonriente. Se inclinó un poco, justo para llegar a la altura de la cara de Menelik y le dio un dulce beso en la mejilla.

—Hola *vegter* —murmuró él.

¿Guerrera? ¿Por qué la llamaba así?

Ladeé la cabeza para encontrarme con los ojos de mi abuelo, pero me ignoró.

—Zac quería verte antes de volver al hostel. Está emocionado con el disfraz que han hecho ellos solitos en el colegio —explicó Isabella.

¿Cuándo pensaba saludarme?

—Oh, ya veo. Pues has hecho un excelente trabajo *dapper* —convino mi abuelo elevando los ojos al techo del porche donde se encontró con un emocionado Zac.

Bobby bajó al pequeño al suelo y éste comenzó a dar vueltas para enseñarle cada detalle de su obra de arte al viejo Menelik.

—Habíamos pensado aprovechar la mañana y dar de comer a los caballos antes de regresar al trabajo. ¿Qué me dices Zac, me ayudas? —comentó Isabella—. Siempre que os parezca bien a los dos.

Isabella miró a Menelik y a Bobby esperando una negativa por alguna parte, lo que no ocurrió.

—Sabes que esta casa es tan tuya como mía, *vegter*, puedes venir a dar de comer a los caballos tantas veces como quieras. Además, estoy seguro que Bobby nunca se opondría a ello. ¿O me equivoco? —preguntó mi abuelo.

Vi a Bobby sonreír, acercarse a Isabella, pasar un brazo por sus hombros y besar su cara con cariño.

—Nunca —aseguró mi hermano—. Jamás de los jamases.

Apreté los labios con fuerza y contuve en lo más hondo de mi garganta aquel gruñido que amenazaba por salir. Maldita sea, ¿por qué nunca corría el aire cuando estaban cerca?

Carraspeé llamando la atención de los presentes y los miré seriamente.

—Oh Hola, hermano —mencionó Bobby.

—Estaremos en el establo —dijo Isabella a Bobby—. Zac, ¿vamos?

¿Me ignoraba? ¿En serio?

El niño bajó las escaleras a la carrera y dobló hacia el camino que conducía a las caballerizas. Me negué a sentirme como un fantasma, así que cuando ella pasó por mi lado, la saludé.

—Capullo —susurró fulminándome con sus bonitos ojos castaños.

Creí que la había escuchado mal, pero las risas de Bobby y Menelik me confirmaron lo contrario y cuando desapareció de nuestras vistas los aniquilé con mi mirada.

—Madre mía, sí que te odia —rio Bobby divertido—. No creo que te consiga perdonar en la vida.

—Todo puede perdonarse en esta vida, si hay verdadero arrepentimiento en el corazón —manifestó Menelik con calma sin apartar la mirada de mis ojos—. Verdadero arrepentimiento —repitió.

Me levanté, dispuesto a estirar las piernas y dejar que aquella humillación se evaporara como el humo de una barbacoa. Me sentía incómodo.

—Bobby, ¿por qué no le enseñas a tu hermano todos los cambios que hemos hecho en el rancho mientras él ha estado fuera?

Pude apreciar, a pesar de la distancia que nos separaba, un gesto de disgusto en los ojos claros de mi hermano. No, no quería estar a solas conmigo y lo entendía, pero me desilusionó tremendamente presenciarlo. Menelik movió la cabeza afirmativamente un par de veces en silencio, y fue suficiente para que Bobby irguiera los hombros y me buscara.

—Acompáñame, comenzaremos por el terreno de cultivo —me indicó a la vez que iniciaba la marcha y bajaba los escalones del porche.

Pestañeeé dudando que fuera lo más acertado.

—Abre tu corazón, Owen, ábrelo para todos —murmuró mi abuelo con voz cansada. Hizo un gesto con su mano para que siguiera a mi hermano y le obedecí.

Hablamos durante un rato de cosas superficiales: del trigo que cosechaban o de las calabazas que habían intentado plantar en vano. Me explicó cómo habían conseguido multiplicar los ingresos del rancho con los entrenamientos de caballos para las competiciones de los condados y cómo había decidido dedicarse a ello. Me contó algo acerca de la madera del vallado y de la reforma de la cocina que Matthew y él habían hecho en la casa. Nos apoyamos en una de las barreras que cercaba en ruedo que habían creado para los entrenamientos y miramos al horizonte.

Parecíamos dos desconocidos.

Me dolió.

—Lo siento —murmuré—. Siento haberte dejado solo todo este tiempo. Haberme volcado en el trabajo y haber descuidado nuestra relación. De verdad que lo siento.

Fuera. Ya lo había soltado. La disculpa llegaba tarde, era consciente, pero llegaba. Noté cómo me quitaba un peso enorme de encima. No quise mirarle, sabía que si lo hacía acabaría sintiéndose presionado y no era lo que pretendía. Quería recibir su perdón, claro que sí, pero no lo lograría bajo presión. Pude ver cómo su cuadrada mandíbula se tensaba y supe que intentaba controlar sus emociones. Siempre había sido un niño muy afectuoso y aunque hubiera crecido mucho, estaba seguro de que dentro, muy dentro de su corazón, continuaba aferrándose a los afectos.

—Yo... te prometí venir a vigilar tu fractura del brazo aquella vez que tuviste el accidente con la moto del señor Robisons y no lo hice. No voy a excusarme, lo olvidé. El volumen del trabajo en el hospital cada vez era mayor y... creo que te debo una disculpa —continué.

No dijo nada. Se limitó a observar los caballos que Isabella y Zac sacaban del establo y yo, me sumé a ello.

Decidí darle tiempo.

Las risas de Zac me encandilaron y dejé de prestar atención a mi hermano. Isabella lo tenía agarrado de la mano y juntos tiraban de las riendas de un ejemplar con cuidado, acercándolo a la zona de pasto que había en el cerco preparado para ellos. El niño danzaba alegre mientras el caballo seguía sus pasos y ella, ella resurgía hermosa en medio de aquella tierna estampa. Me perdí durante unos minutos en el movimiento de sus caderas y me sorprendí cuando la vi saludar en mi dirección.

Abrí los ojos asombrado al mismo tiempo que la mano de Bobby se alzaba por encima de nuestras cabezas y la agitaba enérgicamente. Lo saludaba a él, no a mí. Me sentí decepcionado.

—Tenéis una relación muy estrecha, ¿no es así? —solté de carrerilla. Bobby giró su cabeza con un gesto rápido y me miró arrugando la frente—. ¿No es algo mayor para ti? Además tiene un hijo, eso es mucha responsabilidad para alguien tan joven, ¿no crees?

No supe descifrar aquella expresión que embadurnó el rostro de mi



hermano, no, no supe. Su boca ancha parecía esconder una sonrisa, pero sus ojos me fulminaban fascinados. No tenía por qué contestarme, por mucho que yo estuviera deseando saber.

—¿Es especial? —le pregunté.

Por un segundo deseé que no me respondiera, que mantuviera aquella contestación lejos para permitirme recrearme un poco más en aquellas fantasías que habían comenzado a perseguirme desde la noche de mi fiesta.

Pero no, lo hizo.

Bobby miró al frente y sonrió. Sus labios se curvaron alegres, provocando que unos hoyuelos aparecieran en sus mejillas. Estuve seguro de que los miraba a ellos, a ella en concreto, y sentí una terrible envidia.

—Mucho —pronunció henchido de orgullo.

Un puñetazo invisible se estampó en mi estómago.

—Ya veo...

Se acabó. Si alguna vez había fantaseado con poder tocar aquellas piernas firmes, mirar aquellos ojos desafiantes o besar los labios de la imprevisible camarera, aquel se había convertido en el final definitivo. No, no podía tener pensamientos impuros con la novia de mi hermano. No. No tenía derecho.

La miré con deseo por última vez y me costó un mundo despedirme.

—Es preciosa, ¿verdad? —oí decir a mi hermano.

—Sí, mucho —declaré sin pensarlo. Solo tenía ojos para ella.

Entonces, arrepentido, sacudí la cabeza, había perdido la compostura y había babeado por Isabella delante de mi propio hermano. Allí, a un palmo de distancia, después de haber sido informado de aquella relación tan especial que mantenían.

¿Qué carajo había hecho?

Una carcajada brotó de los labios de mi hermano con tanta fuerza que hasta Isabella, en la lejanía, nos dedicó una mirada de extrañeza. Me sentí tan aturdido como sobrecogido y fruncí el ceño a la espera de una pulla. Pero no llegó. Bobby negó la cabeza mientras comenzaba a deshacer el camino hasta la casa y yo, atolondrado, lo seguí.

Zac apareció trotando convencido de que sería una buena idea construir un pequeño establo dentro de un barco pirata; así cuando saliera a navegar por los océanos del mundo, podría llevarse a uno de aquellos caballos que había

sacado a pasear, consigo. Menelik aprobó su decisión y comenzaron a tramar un plan para conseguirlo.

Aquel crío nunca dejaría de sorprenderme.

Entonces vi como Bobby se acercaba a Isabella, aún con la risa en sus labios, y sujetaba sus manos para ayudarla a bajar de la valla en la que se había puesto de pie. Se arrimó mucho a su esbelto cuerpo, más de lo estrictamente necesario y pasó uno de sus brazos por debajo de sus piernas. La cogió en brazos y comenzó a andar con ella en volandas, hacia el establo. Una expresión de duda se instaló en los ojos de Isabella y él rio con más fuerza.

—Ven, preciosa, tengo algo que contarte —oí decir a Bobby antes de que ambos desaparecieran tras la pared laminada de las caballerizas.

Cerré los ojos y gruñí.

Menudas vacaciones me esperaban a mí.

# Capítulo 7

Isabella.

Cerré la ventana enérgicamente y anudé con fuerza el lazo de la rebeca que cubría mi cuerpo. Hacía frío. Me froté los hombros en un intento de entrar en calor y coloqué en mis pies unos calcetines de algodón. Era temprano y Zac aún dormía. Ahora que habían comenzado las vacaciones de verano podía dejarlo remolonear en la cama un poco más, antes de tener que ir al trabajo. Sabía lo mucho que le gustaba dormir, por eso siempre que podía, lo dejaba disfrutar de sus sueños un ratito más.

Miré hacia atrás y contemplé a mi hijo desparramado entre las sábanas de mi cama, con la boca abierta y un hilito de baba colgando por ella. ¡Qué feliz era! ¡Qué feliz estaba creciendo! Y aquel lugar tenía mucho que ver. Colter Bay. Me sentí dichosa y orgullosa de haber tomado la decisión que cambió nuestras vidas, que nos ofreció otra salida. Una mucho mejor.

«Bien, Isabella, bien. Lo estás haciendo muy bien. Sigue así», me dije sonriente. Inflé mi pecho de aire modestamente y erguí el mentón hacia arriba, dispuesta a no dejarme infravalorar nunca más. Ya no.

Zac disponía de habitación propia desde hacía dos años, una pequeña y acogedora que preparé lo mejor posible para él, para darle su propio espacio, uno donde se sintiera a gusto consigo mismo. Sin embargo, aún había días en la semana que se despertaba en mitad de la noche, venía a mi habitación, trepaba por las sábanas y se colocaba en mi regazo buscando el calor de mi cuerpo. Y yo... yo me rendía a sus pies.

Estaba totalmente enamorada de él.

Entré en la cocina, enchufé la cafetera y me dispuse a recoger un poco la cabaña antes de tomarme la primera taza de café del día. Algunos juguetes de Zac por aquí, ropas que doblar y guardar por allá, una mancha de alguna bebida por el suelo... Me encontraba de espaldas a la puerta de entrada, atusando los cojines del sofá cuando sentí la frescura del amanecer acariciar mis costados y supe que alguien había entrado en casa. Apenas me dio tiempo a darme la vuelta cuando su particular voz me saludó.

—Buenos días. ¿Listos para la aventura? —Maisha, ataviada con una buena chaqueta de abrigo, unos pantalones largos y unas botas de montaña, irrumpió en el salón con energía, como era habitual en ella, esbozado una amplia sonrisa. Atravesó la estancia con pasos firmes y cogió una manzana del cesto de las frutas que tenía en la encimera de la pequeña cocina—. Ummm, deliciosa.

Puse los ojos en blanco.

Unos pasos ligeros me anunciaron denunciaron la presencia de *cierto* dormilón que, sin ninguna duda, habría despertado al escucharla a ella, una de las personas por las que se desvivía. Lo vi correr hacia Maisha que lo cogió al vuelo y le dio varias vueltas en el aire.

—¿Una aventura? —le oí preguntar.

Sonreí sin poder evitarlo.

Maisha afirmó lentamente con su cabeza y me miró con detenimiento. Arrugué el ceño y ladeé la cabeza un poco hacia un lado. Miedo me daba aquella mirada.

—Matthew tiene el día libre y me ha propuesto llevar a Zac de excursión a las montañas. Vamos hacer una expedición. ¿A qué mola, Zac? —Maisha levantó una ceja y Zac comenzó a saltar como un loco.

Me mordí el labio pensativa.

—No sé, ¿qué dices, Zac? ¿Quieres ir? —le pregunté.

—¡Sí! ¡Sí! ¡A la montaña! —gritó como un loco—. ¡A la montaña con el tío Matthew!

—Matthew no es tu tío, cariño —le corregí.

—Oh, vamos, déjalo. Matt es parte de la familia, puede llamarle tío si quiere —contestó Maisha haciendo un ademán con su mano—. Es el mejor amigo de Owen, se conocieron en el colegio cuando ambos tenían cinco años, justo la edad que tiene ahora Zac, y se hicieron inseparables. Con los años Matt llegó a pasar más tiempo con nosotros que con su propia familia y desde que se hizo adulto, no se ha perdido ni uno solo de nuestros almuerzos familiares de los domingos en el rancho, junto al abuelo Menelik. Él es uno más de la familia. Así que deja que lo llame tío si quiere, porque en el fondo lo es.

Zac sonrió de oreja a oreja y yo puse los ojos en blanco.

—¿Eso significa que le das permiso a mi pequeño pirata para acompañarnos? —me preguntó Maisha expectante.

Miré a Zac y me lo encontré con las manitas muy juntas, rogando en silencio con su carita medio dormido.

Asentí en silencio y vi a Zac dar saltitos de alegría.

—Por cierto, mi madre me ha pedido que te diga que necesita que vayas a hacer algunos recados. Te espera en el hostel. ¿Por qué no te cambias de ropa mientras yo visto a Zac y nos vamos todos juntos? Matt nos recogerá allí también —mencionó Maisha alcanzando la manita de mi hijo y tirando de ella camino a su dormitorio.

Ni siquiera esperó a escuchar mi respuesta, ya sabía cuál sería antes de desaparecer.

Me serví una taza de café, apagué la cafetera y di dos buenos sorbos antes de adentrarme en mi habitación y asearme. Me perdí en el cuarto de baño unos minutos y al salir me vestí con un mono veraniego de pantalón corto, unas sandalias de cuero marrón y una rebeca de manga larga con la que paliar aquel frío mañanero. Me atusé el pelo, lo dejé suelto y coloqué una gomilla en mi muñeca izquierda. Era habitual que el día amaneciera frío, incluso con viento, para llegado el mediodía, tornarse cálido e incluso seco. Una buena coleta me aliviaría, sin duda, del calor del verano.

Cuando salí al exterior, Zac ya estaba sentado en el asiento de atrás, en su respectiva silla reglamentaria y Maisha tamborileaba inquieta, con sus largos y delgados dedos color café, sobre el volante del coche.

—¡Vamos! ¿Por qué tardas tanto? —me preguntó al verme en la puerta de la entrada.

Levanté una ceja, curiosa.

—¿Y tú? ¿Por qué tienes tanta prisa? —le contesté—. ¿Tienes algo que contarme? —insinué mirándola detenidamente a través de la ventana bajada del piloto y vi como sus mejillas se sonrojaron levemente. Su color de piel ayudaba a disimularlo mucho mejor que si hubiera sido al revés.

Me pareció escucharla titubear, pero se recompuso enseguida. Me pregunté qué diablos se traía entre manos.

—Anda, sube. No hagas esperar a mi madre —pronunció esquivando mis preguntas a la vez que encendía el motor.

La fulminé con mis ojos un instante, esperando encontrar un pequeño atisbo de aquel secreto que sabía estaba escondiendo, pero se negó a cruzar su mirada con la mía. Miraba al frente intentando aparentar normalidad.

Di la vuelta al coche y me senté en el asiento de copiloto, me puse el cinturón, comprobé que Zac tuviera el suyo abrochado y ladeé mi cuerpo lo suficiente para tener a Maisha frente a mí. Era mi coche, cierto, pero ella tenía la misma libertad que yo para usarlo. Fue quien me lo consiguió a un precio irrisorio, disparatado y quien se encargaba de su mantenimiento. Podía usarlo tantas veces como quisiera, jamás le pondría objeción por ello.

La vi meter la primera marcha.

—¿Qué hay entre Matthew y tú? —le pregunté de sopetón.

Tal fue su sorpresa que al querer arrancar el coche se le caló. Vi cómo sus ojos se abrieron desorbitados y sus manos temblaron. Por más que se lo propusiera, no atinaba con el contacto para volver a encender el motor.

—¿Qué estás diciendo? —soltó incrédula, mirándome de soslayo—. Valiente gilipollez acabas de decir. Somos familia.

Estaba nerviosa.

Mucho.

Olía a gato encerrado.

—No, no lo sois. Solo habéis crecido juntos —mencioné con voz calmada. Ignoré su comentario y me dispuse a buscar mis gafas de sol en el interior del bolso que llevaba encima.

No las encontré. Debí haberlas olvidado en algún mueble de la cabaña.

Maisha carraspeó. Se removió inquieta en su asiento buscando la postura correcta y fingiendo encontrarse algo más calmada, intentó de nuevo encender el motor. Lo consiguió. Decidí no decir nada, por el momento, para evitar que volviera a suceder lo mismo de antes. Si cada vez que nombraba a Matthew se le calaba el coche, nos sería muy difícil llegar a nuestro destino. Levanté la vista y miré a Zac a través del espejo retrovisor, lo encontré jugando con dos animalitos que corrían por sus rodillas. Sonreí. No estaba enterándose de nada, ni siquiera nos prestaba atención.

El coche avanzó despacio por el camino de tierra y cuando se incorporó a la carretera, aceleró.

Maisha parecía algo más relajada. Supe que era el momento para continuar

con el interrogatorio.

—Así que Matt y tú tenéis algo, ¿verdad?

—¿Qué?! ¡No! —me contestó elevando la voz.

Me reí.

Conocía a Maisha muy bien y sabía que estaba deseando fulminarme con la mirada, pero no, no podía. Era una excelente conductora y cumplía las normas a rajatabla. No podía fundirme con sus bonitos y chispeantes ojos cafés porque debía mantener la mirada en la carretera.

—Así que te gusta Matthew... Umm que calladito te lo tenías — chinché.

Estaba disfrutando como una cría.

—¡Shh! ¡Calla! Zac... —Maisha bajó la voz apurada. La oí mascullar algo, pero no pude entenderlo.

—No te preocupes, está entretenido jugando —hice un ademán con la mano para restarle importancia—, está en su propio mundo, no presta atención. Así que puedes contarme tu secreto libremente.

Le guiñé un ojo.

—No hay nada que contar. Deja de decir tonterías.

—¿Por qué es una tontería? —pregunté seriamente.

A mí no me lo parecía.

Volví a girar mi cuerpo un poco más para encontrármela de frente. La vi pestañear varias veces seguidas. Volvió a ponerse nerviosa.

—Él es como un hermano para mí y yo como una hermana para él. Sería imposible que sucediera lo que quiera que estés pensando en tu cabeza —suspiró—. Sería demasiado complicado.

—Discrepo —mencioné. La vi mirarme por el rabillo del ojo—. No es complicado, en realidad es bastante sencillo. Si a ti te gusta y a él le gustas, ¿dónde está el problema?

Maisha dobló a la derecha y aminoró la marcha. Frente a nosotros apareció la hermosa construcción del *hostal*, iluminada por los primeros rayos de sol de la mañana. Contemplé el coche del *sheriff* aparcado junto al porche y la figura de dos hombres apoyados en el chasis. Los vi mirar en nuestra dirección en cuanto se percataron de nuestra llegada. Maisha paró el vehículo a un lado de la entrada y se quedó pensativa mirando al frente. Oí el *clic* del cinturón de

Zac y lo vi saltar de su asiento, abrió la puerta y echó a correr hacia ellos.

—Es... —murmuró Maisha cabizbaja.

No me gustó verla así. De todas las personas que conocía, ella era sin lugar a dudas, la más alegre de todas, siempre con una adorable sonrisa en su cara, transmitiendo una paz a la que envidiar. Por eso sentí pena al encontrarme con aquella mirada melancólica y aquella desesperanza que parecía haber teñido su corazón.

Seguí los pasos de Zac y sonreí al contemplar como Matthew daba un paso al frente, extendía sus brazos y lo lanzaba al aire con suma facilidad.

Me maravillé del amor con el que todos trataban a mi hijo. ¿Qué había hecho yo para merecerlo?

Era guapo, muy guapo. Matt lucía el pelo ondulado, algo demasiado largo para mi gusto, de un rubio tan claro que podía confundirse con el heno que comían los caballos del rancho. Sus ojos claros, cubiertos por unas extensas capas de largas pestañas, podían seducirte sin mucho esfuerzo. Su barba recortada, su sonrisa encantadora, su cuerpo atlético, fibroso, aquel tatuaje escondido en uno de sus bíceps... No había que ser demasiado listo para descubrir por qué Maisha bebía los vientos por él.

Era muy buena persona.

Giré la cabeza para encontrarme con Maisha y me fijé en que no apartaba los ojos de él.

—Un partidazo, Maisha. Matthew es un partidazo. Ya no existen hombres así. Si de verdad sientes algo por él, no lo dejes escapar.

Coloqué mi mano sobre la suya, que aún descansaba en el volante y la apreté con cariño. No hacía falta que le dijera que estaba allí, que podía contar conmigo para lo que quisiera, que la quería mucho. Era consciente de que lo sabía, ambas nos habíamos apoyado la una en la otra en multitud de ocasiones, nuestro vínculo era fuerte, de verdad parecíamos hermanas. Así lo sentía yo y sabía con certeza, que también Maisha sentía lo mismo. Solo quise inspirarle un poco de confianza en sí misma, algo más de seguridad, una pizca de valentía quizás. Quise regalarle un poquito de mi fuerza y sentí que así lo hice cuando me encontré con sus ojos y la vi sonreír.

—Gracias—susurró.

—Gracias a ti por llevar a Zac de excursión. Ya sabes cuánto os adora y lo mucho que se aburre cuando no hay colegio —curvé mis labios y le guiñé un



ojo—. Te quiero—mencioné.

Nos abrazamos con cariño y me alegré enormemente de tenerla en mi vida.

Maisha Brooks.

*Mi* hermana.

*Mi* familia.

Me despedí de Zac con uno de esos abrazos pegajosos repletos de besos húmedos y babosos. Estaba emocionado por salir de excursión con Matthew y Maisha, y subió al coche del *sheriff* en cuanto Matt abrió la puerta. Lo vi abrocharle el cinturón correctamente sobre el alzador que había adaptado en el asiento y me dijo adiós con su manita cuando Maisha se sentó en el asiento del copiloto y Matt arrancó el motor.

En apenas unos segundos, vi como el coche del *sheriff* desaparecía en la carretera y suspiré. Sabía que iba a estar bien con aquellos dos, pero una parte de mí ya lo echaba de menos.

Mi niño.

Mi vida.

Subía las escaleras del porche para entrar en el hostel y encontrarme con Tanisha, cuando la voz de Owen me frenó. Había estado presente todo el tiempo, observándonos expectante sin decir palabra. Había dejado caer su ancha espalda sobre el tronco de uno de los árboles que vestían la entrada y había esperado pacientemente nuestra despedida para hablarme.

Yo, sin embargo, había decidido ignorarle.

—Vamos, se nos hace tarde—pronunció incorporándose.

Caminó lentamente hacia mí, con las manos metidas en los bolsillos de su pantalón. Su aire prepotente me hizo arrugar la nariz.

—¿Qué quieres decir?—le pregunté.

Yo no tenía que ir con él a ninguna parte. ¿Qué narices estaba diciendo?

—Pues lo que oyes, se nos hace tarde. Mi madre me ha pedido que te acompañe a hacer unos recados a Lizard Creek. Se le ha acabado la compota de manzana y la mermelada de frambuesa que usa para las tartas. También quiere que compremos algunas verduras del huerto ecológico de la señora Smith y...

—¿A Lizard Creek? ¿Contigo? —abrí la boca sorprendida.

No, eso no podía ser.

Lizard Creek se encontraba a nueve millas al norte de Colter Bay, unos veinte minutos en coche por la carretera 191. Veinte largos minutos recluida en apenas dos metros cuadrados con aquel egocéntrico cirujano con aires de grandeza.

No, me negaba a ello.

Giré sobre mis talones y continué subiendo los escalones. Mi enojo podía percibirse en cada una de las pisadas que daba sobre la madera al subir. Ni siquiera me quedé a escuchar la respuesta que pudiera darme.

Era un error.

Cualquier asunto que lo incluyera a él, era un auténtico error.

—No están—lo escuché decir cuando agarré el pomo de la puerta, lista para entrar en el hostel—. Han salido. Puedes comprobarlo tú misma, no está la vieja camioneta de mi padre.

No. ¿Se habían ido? ¿En serio?

Me di la vuelta lentamente y lo miré con detenimiento. Su gesto de póquer me impidió predecir lo que escondían aquellos profundos ojos verdes y fui incapaz de descubrir si sus gruesos y perfilados labios, escondían una sonrisa de triunfo.

Gruñí.

Me gustaba tenerlo todo controlado y con él, el control escapaba de mis manos. Y no, no me gustaba esa sensación.

—No te creo—mencioné cruzando los brazos sobre mi pecho.

—Puedes creer lo que quieras, pero aquí tengo la lista de la compra que lleva escrita una nota a tu nombre—respondió extendiendo su brazo y zarandeando el papel que agarraba con la mano.

Fruncí el ceño y bajé los escalones. Le quité el papel sin decir nada y leí la nota que había escrita previa al listado de la compra.

En efecto iba dirigida a mí.

La letra, sin dudar, era de Tanisha. Se disculpaba por no estar presente pero Carl y ella habían llevado al abuelo Menelik al médico para un chequeo rutinario antes de las vacaciones y le iba a resultar imposible conseguir lo que necesitaba para los postres del mediodía. Me pedía que la ayudara y que me animara a ir con Owen.

«No es mala persona, Isabella, solo habéis comenzado con mal pie. Dale una oportunidad y te llevarás una gran sorpresa», volví a leer por segunda vez, sorprendida de aquella repentina petición.

Levanté la vista, dudando en la decisión que tomar y me topé con una mirada verde, arrebatadora, que me contemplaba de una manera distinta a la de todos aquellos días en los que me había encontrado con él.

Me puse nerviosa.

«¿Habrá leído la nota?», me pregunté. Por su repentina actitud, supe la respuesta. ¿Sería cierto lo que me dijo Bobby días atrás en el rancho? ¿De verdad Owen se sentía atraído por mí?

No, no podía ser.

Bobby y sus locuras.

—¿Todo aclarado? ¿Preparada para partir?—me preguntó.

Asentí en silencio y guardé la lista en el interior del bolso. Saqué la llave del coche y me dirigí a él dispuesta a darle una oportunidad a aquel mulato de ojos claros tan desconocido para mí.

—Guárdalas, no van hacerte falta. No vamos en coche—escuché que decía por mi espalda.

Me di la vuelta y me encontré a Owen parado a un lado de la calzada, con las manos en los bolsillos de su pantalón, esperándome. Hizo un gesto con su cabeza y señaló el letrero de madera que había al otro lado de la carretera, al inicio de un camino rocoso oculto por árboles frondosos repletos de vida.

«Embarcadero», leí.

Fruncí el ceño.

Me pareció ver una pequeña sonrisa en aquellos labios rojos.

—¿Vamos en barco?—pregunté.

Owen asintió y un escalofrío recorrió todo mi cuerpo.

Un barco. Agua. Miedo.

Estuve a punto de darme la vuelta y salir corriendo, de alejarme todo lo posible del lago, de refugiarme en la seguridad de mi viejo coche y conducir por la carretera hacia Lizard Creek, lejos de todo lo que tuviera que ver con el agua, en el suelo firme. Pero el escrutinio al que estaba siendo sometida por sus bonitos ojos me atemorizó mucho más y me armé de valor.

No, nadie debía traspasar la barrera que con tanto sacrificio había conseguido construir. Nadie podía conocer mi secreto, mi gran secreto. Aquel que me empujó, sin saberlo, hacia ellos.

¿Qué pensarían de mí si lo conocieran?

—¿Vamos?—dudó.

—Te sigo—murmuré fingiendo normalidad.

Noté la humedad de la brisa del valle en cuanto descendimos la colina. Me abracé a mi cuerpo y maldije para mis adentros. Si hubiera sabido que íbamos hacer los recados en barco, me habría abrigado a consciencia. Contemplé a Owen, iba delante de mí. Me fijé en la cazadora de piel de ante que cubría su ancha espalda, parecía tan cálida que tuve ganas de refugiarme en ella. Bajé la mirada hacia sus piernas, fuertes y atléticas incluso a través de sus pantalones largos y oscuros, tenía buen culo, todo había que decirlo. Sus pies cubiertos por unos cómodos botines, parecían ser el mejor calzado para aquella zona. Desde luego iba mejor preparado que yo, sin lugar a dudas.

Cuando llegamos al embarcadero quise parar el tiempo. No solía bajar allí y me sorprendí de la estampa que mis ojos divisaron al pisar la tarima flotante que nos llevaría hasta el barco de la familia Brooks. El agua del lago reflejaba los picos de las altas montañas como si fuera un enorme espejo, la calma de las corrientes ofrecía un lienzo repleto de colores, creado por el contraste de los verdes árboles del valle, el impasible cielo celeste, las nubes blancas traspasadas por los dorados rayos del sol, las decenas de canoas colocadas una al lado de la otra y los barcos de vela que querían tocar el cielo.

Me quedé maravillada.

—¿Sorprendida?—oí como Owen me devolvía a la realidad—. ¿Nunca has bajado aquí?

Negué con la cabeza.

—¿Nunca has bajado al embarcadero en...?—dejó la pregunta al aire a la espera de mi respuesta.

—Seis años—contesté.

—¿En seis años? ¿Jamás has pisado el embarcadero en seis años?—Owen dejó caer la mandíbula totalmente sorprendido—. No te creo.

—No me gusta mucho el agua—respondí.

—¿Por qué?

—Tengo mis razones.

—¿No te gusta mojarte el pelo?—rio.

Puse los ojos en blanco.

Capullo.

Ahí estaba de nuevo el Owen que conocía desde hacía poco.

—Anda, tira. Vayamos a comprar de una maldita vez, quiero estar de vuelta lo antes posible—murmuré extendiendo mi mano hacia el camino de tarima flotante que nos precedía.

—En serio, ¿eres una de esas chicas a las que no le gustan que le salpique el agua?—se giró un instante para contemplarme.

No le contesté.

—¿Te gusta hablar poco, verdad?—me preguntó.

—¿Y a ti demasiado, no crees?—le respondí.

Soltó una carcajada y gruñí. No pretendía ser divertida, más bien todo lo contrario, pero no, no funcionó.

Lo seguí durante un par de metros, hasta que se paró frente a una pequeña embarcación. Era bonita, no demasiado elegante, de color blanca casi en su totalidad, con una franja ancha y oscura en sus laterales que dejaba ver el modelo de fabricación.

«Barracuda 545», leí.

Tenía un diseño innovador y excelentes acabados, como tapicería en la proa, en el interior de la cabina, en la popa y dos asientos deportivos que parecían bastantes cómodos, bajo un toldo que los protegía de los rayos del sol. Yo no entendía mucho de barcos, pero a mi parecer, podía asegurar que se trataba de una embarcación de gran calidad.

Vi a Owen saltar con suma facilidad al interior del barco, donde comenzó a trastear con las cuerdas de amarre.

Me puse nerviosa.

¿Cómo diablos iba a llegar hasta la popa sin caerme al agua? Mis piernas, a diferencia de las de Owen, eran cortas, pequeñas y la masa de agua que había bajo mis pies, no me ayudaba a tranquilizarme.

Dudé si saltar o salir corriendo.

—¿Necesitas ayuda?—Levanté la vista y me encontré a Owen de pie, frente

a mí, extendiendo una de sus manos en mi dirección, mirándome con determinación, y una extraña sensación de seguridad se apoderó de mí.

No lo pensé dos veces y me agarré con brío a su mano. Pude ver un atisbo de sorpresa en sus verdes y profundos ojos cuando salté y me sujeté con fuerza a sus anchos hombros por temor a caer a la borda.

—¿Primera vez que subes a un barco?—pronunciaron sus labios a un palmo de los míos.

Sentí su aliento cálido acariciar mi boca y me puse nerviosa, tanto que mis piernas flaquearon y trastabillé cuando quise separarme. Noté su mano grande sujetar mi espalda con firmeza, evitando que cayera al suelo y aprecié cómo me acercó más a él, haciendo que nuestros cuerpos se pegaran el uno al otro. Advertí un vuelco en mi estómago y temí por un momento, que pudiera oír los acelerados latidos de mi corazón.

—Sí—susurré.

Me mordí el labio inferior, fruto del nervio que invadía mi cuerpo.

—Pues prepárate para la aventura que te espera vivir hoy—murmuró sonriente atravesándome con sus verdes esmeraldas—. Ven, siéntate aquí y agárrate a la barandilla. Zarpamos en un minuto.

Me condujo con mucha delicadeza hacia uno de los asientos deportivos que había tras el timón y se entretuvo comprobando las cuerdas de amarre, la escalerilla del baño y el ancla. Se sentó en el asiento de al lado, muy cerca de mí, y encendió el motor, deslizó una palanca y en un abrir y cerrar de ojos nos encontramos en medio del lago Jackson, navegando rumbo a Lizard Creek.

Estaba asustada, lo admito, pero Owen condujo calmadamente evitando que la embarcación botara por la velocidad y me hiciera temblar de pánico. No dijo nada, pero parecía querer regalarme un primer viaje en barco inolvidable, uno en el que pudiera gozar de las vistas que nos rodeaban y buah, qué vistas, qué maravillosa naturaleza a mi alcance. Se lo agradecí, en silencio por supuesto. Disfruté de aquel instante y me alegré, pues hacía mucho tiempo que no lo hacía.

Los encargos de la señora Brooks no nos entretuvieron demasiado, había sido clara con su lista de la compra y se había encargado de avisar a los propietarios de dichos comercios para que tuvieran preparados los pedidos antes de que llegáramos. Era una mujer eficiente, con muchos años de experiencia a su espalda. No me esperaba nada menos de ella. Miré el reloj de

pulsera que descansaba en mi muñeca izquierda y me sorprendí de que tan solo fueran las once de la mañana, habíamos terminado los recados mucho antes de lo que tenía previsto y levanté las cejas asombrada al encontrarme tan relajada en un sitio tan maravilloso como el parque nacional Gran Teton. Eché la vista atrás en busca de Owen y ladeé la cabeza confundida al verlo avanzar hacia mí con dos vasos enormes de limonada en sus manos.

—¿Qué tal un merecido descanso tras una ardua mañana de trabajo?— bromeó divertido al pasar por mi lado.

Levanté una ceja y lo seguí con la mirada. Avanzó hasta una de las mesas libres que había más cerca de la orilla del lago, en una pequeña cafetería de Lizard Creek donde habíamos parado a comprar algo de la lista. Colocó ambas bebidas sobre la mesa, se sentó, me miró y me indicó que me acercara con un gesto de su cabeza.

No sé por qué, me apeteció acompañarlo. Me guiñó un ojo, sonreí y me senté frente a él.

El sol acariciaba cada palmo de nuestros cuerpos y la temperatura, más cálida a esas horas, nos obligó a despojarnos de nuestros abrigos. Me peiné el cabello con los dedos y me hice una coleta. Di un sorbo a mi bebida y cerré los ojos al saborear aquella delicia. Se estaba a gusto allí, muy a gusto. Respiré profundamente, guardando en mis pulmones un poco de aquel oxígeno puro de las montañas y me dispuse a examinar el paisaje. Ninguno dijimos nada, nos limitamos a observar el terreno hasta que nuestras miradas se encontraron y decidimos escrutarnos en silencio.

Creo que aquella fue la primera vez que contemplé a Owen con otros ojos, unos distintos a los de aquel primer día en el aparcamiento del supermercado. Había, quizás, menos rencor en mis pupilas. En los pocos segundos que transcurrieron, nuestras miradas no pudieron desligarse la una de la otra. Esos ojos verdes eran como un canto de sirena al cual no podía evitar rendirme, unas esmeraldas verdes que me devoraban con descaro, ruborizando mis mejillas. Lo vi sorber de la pajita que sobresalía de la bebida y relamerse los labios al atrapar aquella gota que amenazaba con caer de su boca, y enderecé los hombros, incómoda. Owen se sentía incapaz de apartar la mirada y me observaba embelesado, tuve la sensación de que en cualquier momento se inclinaría hacia delante para besar mis labios y me tensé. Era guapo, bastante, con un particular encanto exótico que me resultó interesante, atrayente. Consideré extraño percibirlo de aquella forma, puesto que Tanisha, Maisha y

Bobby compartían la misma raza, con sus encantos y diferencias, y estaba acostumbrada a relacionarme con ellos. No sé por qué Owen despertó mis instintos más sexuales, aquellos que mantenía tan escondidos. Pestañeeé inquieta, esforzándome porque mis mejillas no se sonrojaran y rompí el contacto visual que manteníamos por miedo a que descubriera lo que andaba pensando en mi cabeza. Bajé la vista a su torso y lo analicé con detenimiento. Me gustó. No tenía un cuerpo demasiado fuerte y musculoso, como esos hombres que se pasan las horas en un gimnasio levantando pesas y hormonándose, no, él era normal, real, con un pecho que parecía firme y unos brazos fuertes, con sus bíceps marcados bajo aquella camiseta rosa que vestía.

Examiné la prenda con curiosidad y me sorprendí al descubrir lo bien que contrastaba con el color de su piel, le sentaba realmente bien. Pude atisbar diferentes tonos de color rosa en algunos extremos de la prenda y me mordí el interior de la boca ocultando una sonrisa cuando descubrí lo que había ocurrido.

Me olvidé de aquella jugada y quise aprovechar el instante para regocijarme en mi venganza.

—Te queda muy bien ese color de camiseta, no sabía que eras un aficionado a los tonos pastel —me burlé sonriente.

Lo vi arrugar el ceño mientras me miraba algo atolondrado. No parecía entender nada de lo que decía.

—Si llego a saber que te favorece tanto, lo hubiera hecho antes—murmuré antes de dar un sorbo a mi bebida.

Poder contemplar la cara que se le quedó fue un verdadero regalo. La hubiera enmarcado para la posteridad si hubiera encontrado una forma de hacerlo, pero me tuve que conformar con grabarla en mi memoria y almacenarla en mis recuerdos.

Owen dejó caer la mandíbula completamente sorprendido y me mostró parte de su blanca dentadura. De algún modo la expresión de su rostro se desencajó, mostrando incredulidad ante aquella repentina confesión.

—¿Qué?! ¿Fuiste tú?—preguntó atónito—. No puede ser... ¿Cómo?

—Se me coló cierta prenda roja mientras hacia la colada y...

—¡No! ¿Fueron tus bragas rojas?

—¿Qué?! ¿Cómo sabes tú que fueron mis bragas?—consulté desconcertada.



—Joder, porque os vi—Owen se pasó la mano por la nuca con cierto apuro—. Os vi a Bobby y a ti juntos en la lavandería y pensé que... bueno, tú y él...

—¡Oh, Dios mío! ¡¿Qué?!—grité horrorizada—. ¿Pensaste que Bobby y yo estábamos liándonos? ¡Estás enfermo!

Lo miré pasmada, con los ojos totalmente abiertos de par en par.

—Vi cómo te quitabas las bragas delante de Bobby mientras él te animaba a que lo hicieras. Joder, ¿qué querías que pensara? La escena era obvia —se justificó.

—Me animaba a putearte, a devolverte la jugada que me hiciste al denunciarme, no intentaba acostarse conmigo. ¿Serás bruto? ¡Tiene nueve años menos que yo! ¿Cómo crees que sería capaz de hacer algo así? ¿Y en el mismo lugar donde trabajo, a riesgo de perder lo único que me mantiene a flote, si me descubrieran? ¿El mismo hostel donde viven tus padres? Estás fatal tío, muy mal.

—Pero...

Había que ser bruto para pensar como él. ¿Cómo era posible que se hubiera imaginado que Bobby y yo...? Bah, no, no quise pensarlo. Jamás podría ver a Bobby con otros ojos diferentes a los de una amistad incondicional, al vínculo que podría conseguir como un hermano menor. Lo había visto convertirse en el hombre que hoy era a la par que crecía mi pequeño pirata, ¿cómo verlo con esos ojos a los que se refería Owen?

Me molestó que pensara de aquella manera y me levanté de la mesa enfadada. De repente dejó de apetecerme estar cerca de él y me dirigí al barco con grandes zancadas, resoplando por el juicio que aquel hombre había hecho acerca de mí. Sutilmente me había comparado con una fulana y estaba muy equivocado. Mucho.

—¡Espera! ¿A dónde vas? —lo escuché gritar, mientras se apresuraba a pagar la cuenta e ir tras de mí.

Lo ignoré, llegué al embarcadero de Lizard Creek, me agarré al pasamanos de la embarcación y salté al interior. Me senté en uno de los asientos tapizados de la popa, con los brazos cruzados al pecho y un mohín de disgusto en la cara. No tardó mucho en llegar y cuando lo hizo, dejó clara su postura.

—Soy yo, no tú, yo, el que debería estar cabreado. ¡Te has cargado toda mi colada de ropa blanca! ¡Toda la que tenía para estas semanas de vacaciones! ¿Y desapareces así, dejándome con la palabra en la boca?—bramó enojado a

la par que quitaba las cuerdas de amarre. No hablé. No le dirigí palabra alguna. Lo vi pararse por unos segundos frente a mí, quizás en busca de una respuesta, mas mi descaro lo impulsó a esconderse tras el timón y encender el motor—. Enfermo me llamas, ¿en serio? ¿Yo soy el enfermo? ¿Quién juega a quitarse unas bragas frente a un adolescente para gastar una broma? ¿Qué tiene de maduro ese comportamiento? ¿Me lo explicas?

La embarcación salió despedida con ímpetu y tuve que asirme con fuerza a la barandilla por miedo a caer por la borda. Sentí el pulso acelerado bajo mi piel y me tensé. Estaba enfadado, bastante, sus hombros erguidos, su cabeza alta y su ceño fruncido lo delataron. Hablaba y hablaba ajeno a todo, ofuscado en aquella humillación que había experimentado mientras mi estómago se revolvía asustado por la velocidad que el barco estaba tomando.

—Para, por favor —murmuré con voz entrecortada.

No pudo oírme, el ruido del motor y el zambullir del agua menguaban cualquier palabra que no saliera de sus fruncidos labios.

Me asusté.

A pesar de la inestabilidad que sentía sobre aquella embarcación, me levanté, no sin esfuerzo, con la intención de llegar hasta Owen y rogarle que bajara la velocidad con la que con toda seguridad, intentaba calmar su enfado. Pero no pude llegar hasta él, ni siquiera tuve opción de tocarlo, de agarrarme a su camiseta rosa desteñida por mi culpa para sujetarme. Mientras farfullaba a gusto, maniobró bruscamente hacia la derecha, como si de repente hubiera decidido dar la vuelta y regresar a Lizard Creek, consiguiendo que mi cuerpo perdiera el equilibrio, se tambaleara y cayera por la borda a las frías aguas del lago Jackson.

Recuerdo que grité, fuerte, muy fuerte, pero no surtió efecto. Lo último que vi antes de hundirme en aquel manto helado fue la popa de la embarcación diciéndome adiós en silencio.

Entonces la mano de Roger apareció sobre mi cabeza, me agarró del pelo y me impidió que saliera al exterior a respirar. O eso recordó mi mente antes de que perdiera el conocimiento y me ahogara, abandonándome de nuevo en aquel oscuro pasado al que temía regresar.

## Capítulo 8

*Owen*

Estaba cabreado, tanto, que era incapaz de abandonar aquel soliloquio en el que me encontraba, hasta que escuché un fuerte grito en la lejanía, uno que me obligó a frenar en seco y echar la vista atrás. Al principio no vi nada, nada que llamara mi atención, hasta que me percaté en la ausencia de Isabella. Y me asusté. Encendí nuevamente el motor, giré despacio y rehíce el camino temeroso de no encontrarla.

«Maldita sea, ¿pero qué he hecho?», me recriminé.

Sabía que navegar le asustaba, que el agua, en cierto modo, le creaba angustia, me lo había confesado aquella misma mañana antes de dirigirnos a Lizard Creek a por los recados que nos habían reunido. Y yo, yo... me había olvidado de sus temores y me había centrado en la ira que recorría cada vena de mi cuerpo, descuidándola por completo. Ella no sabía nada de embarcaciones, nada, y yo, en vez de protegerla y vigilarla, había decidido accionar el acelerador mientras me perdía en mi propio monólogo.

Tragué saliva en un vano intento por calmarme y presté atención a la superficie, rogando en mis adentros al Dios del que me había olvidado, que apareciera, que me ayudara, que me indicara dónde había caído la mujer que tenía encandilada a toda mi familia. Aquella que conseguía sacarme de mis casillas. Entonces lo vi, a unos tres metros frente a mí, un leve chapoteo que escondía unos dedos al aire pidiendo socorro.

—Joder —gruñí y aceleré lo más rápido posible hasta llegar a ella.

Dejé el motor encendido y me incliné por la borda todo cuanto pude, hasta conseguir atrapar su pequeña mano. Tiré de ella con cuidado de no hacerle daño y en cuanto vi su cuello, coloqué mi mano con fuerza a su alrededor volteándola al instante para conseguir sacar su cabeza del agua. Apenas habían pasado unos minutos, los suficientes para conseguir que su piel palidiera por la temperatura del agua, en aquella fría mañana de julio.

—¡Isabella! —la llamé.

No respondió.

—¡Maldita sea! —murmuré nervioso.

Atrapé la cuerda de amarre, que descansaba en los asientos de la popa, y la pasé por debajo de su inerte cuerpo de la mejor manera que pude, lo anudé sobre su pecho y tiré de ella con fuerza para sacarla del agua. Conseguí meterla de nuevo en la embarcación y me apresuré a reanimarla, comenzando con las compresiones pertinentes en su pecho.

—Uno, dos, tres, cuatros, cinco... Vamos, vamos...

Cogí aire, coloqué su cabeza recta, abrí su boca con cuidado e insuflé en su interior todo el oxígeno que fui capaz. Una vez, otra, otra más.

Una tos se abrió paso entre nosotros manchando de agua mi cuerpo, abriendo los ojos de Isabella, a la que giré de prisa para que vomitara todo aquel líquido que había tragado.

—Eso es, ya está. Tranquila —susurré masajeando su temblorosa espalda completamente empapada—. Respira, despacio. Respira.

Dejé caer mi cuerpo a su lado, aún con los hombros rígidos, y suspiré aliviado.

«Gracias», recé en silencio mirando al despejado y celeste cielo que nos contemplaba desde lo alto.

Primero fueron los débiles gemidos que brotaron de sus pálidos labios, mojados aún por aquella agua dulce que la había devorado. Después, aquel repentino abrazo en el que se escondió para resguardarse de ese miedo que la obligaba a tiritar de aquella manera. Un acercamiento que me sorprendió y confundió de igual manera. Abrí los brazos, totalmente perplejo ante su repentina actitud, y los cerré en torno a su cuerpo cuando sentí sus uñas clavándose en mi espalda y su cabeza buscando un rincón donde cobijarse.

Estaba asustada.

Aterrada.

Mi corazón se conmovió y sentí lástima por ella.

El nudo de mi garganta y el peso que vapuleaba mi pecho, me empujaron a olvidar toda aquella riña que nos traíamos entre manos, y me impulsó a ofrecerle el refugio que parecía necesitar con tanta urgencia.

La escuché toser.

La oí llorar.

Y solo me atreví a guarecerla entre mis brazos, en silencio, ofreciéndome por completo. Como jamás había hecho con ninguna otra persona a lo largo de mi vida.

—Estás empapada y helada, debes entrar en calor —murmuré con voz ronca, sin apartarme un ápice de su lado. Quería que supiera que estaba allí, junto a ella, para ayudarla, escucharla y protegerla, pero debía procurar evitar que enfermara. Y bien sabía yo que con mucho menos, habían llegado hasta mí pacientes que atender en urgencias—. Tienes que quitarte esa ropa mojada y ponerte otra seca, antes de que tu cuerpo se enfríe mucho más y sufras un colapso por hipotermia. En ese arcón que ves enfrente —le señalé—, guardamos una manta. Déjame ayudarte.

—Estoy bien, no... no sufro hipotermia —balbuceó acurrucada entre mis brazos.

Vi cómo cerraba los ojos y me preocupé. Coloqué mis dedos en su cuello y le tomé el pulso. Era débil, como sospechaba. No, no estaba bien.

No podía confirmarlo con seguridad, pues no tenía a mi alcance el instrumental necesario para corroborarlo, pero supe que su temperatura corporal había descendido de los 33°C y que su corazón, su sistema nervioso y sus otros órganos, comenzaban a dejar de funcionar como lo hacían normalmente. Era médico, sabía de lo que hablaba, conocía los riesgos y por ello, se me habían acelerado tanto los latidos de mi corazón. Si una hipotermia no se trataba a tiempo, podía provocar que el corazón y el sistema respiratorio dejaran de funcionar, provocando, finalmente, la muerte.

No. Aquella no era una opción. No mientras yo estuviera allí para evitarlo.

—No, no lo estás. Estás sufriendo los primeros síntomas de una hipotermia, esos escalofríos que no puedes controlar son lo primero que notas cuando la temperatura de tu cuerpo comienza a bajar, debido a que son la defensa automática del cuerpo contra la temperatura baja para calentarse —declaré deshaciendo nuestro abrazo para encontrarme con sus agotados ojos. La oí suspirar y chasquéé la lengua—. Tu respiración es lenta y poco profunda, tu pulso débil, balbuceas, estás agotada, confundida y tienes la piel más fría que un hielo. Perdona que te corrija, pero estás equivocada. Yo soy médico y tú no, sé de lo que hablo. Por lo general, una persona con esta patología no se da cuenta de su afección debido a que los síntomas se presentan de manera gradual, la confusión de pensamiento relacionada con la hipotermia evita que uno sea consciente de lo que ocurre. Así que, con o sin tu permiso, pienso

evitar que esto vaya a mucho más —y sin más preámbulo, me dispuse a quitarle la ropa mojada.

Creí que iba a sentir su rechazo en cualquier momento y me preparé para ello. Era consciente de encontrarme violando su intimidad, lo que no le agradaría en absoluto, pero me debía a aquel juramento que proclamé años atrás cuando decidí entregar mi vida a la ciencia, para cuidar, proteger y salvar tantas vidas como encontrara en mi camino.

Isabella era una de ellas. Y como tal, me debía a su persona. Sin importar nada.

Eludí los movimientos bruscos, para evitar latidos irregulares y peligrosos en su corazón, y bajé la parte superior del mono que vestía hacia abajo, con cuidado, muy lentamente, esquivando cualquier tipo de sobresalto que pudiera amenazar su estado. Sus delgados hombros quedaron descubiertos, a los que les siguieron sus senos, cubiertos por un sujetador liso de color negro, y el abdomen. Paré, saqué sus brazos de las mangas y levanté la vista al frente para analizar su semblante. Isabella no me miraba, tenía la mirada perdida en el horizonte, parecía desorientada. Le di una pequeña cachetada en la mejilla, para llamar su atención, y dos lágrimas rodaron por su cara desapareciendo en su barbilla, allí, en el mismo lugar donde se habían apelmazado varios mechones de su cabello despeinado. Levanté mis pulgares y limpié aquel recorrido húmedo que había manchado su bonita cara. Un vuelco en mi estómago me dejó sin aliento cuando la observé cerrar sus ojos al sentir el tacto de mi piel contra su piel.

Me levanté deprisa, atrapé la manta del arcón y regresé a su lado, al mismo lugar que segundos antes había ocupado, para continuar con mi objetivo. Sujeté sus manos y la aupé con cuidado, coloqué la manta sobre sus hombros y la enrollé en su cuerpo. Vi temblar sus rodillas y la sujeté por su cintura, la empujé hacia uno de los asientos deportivos, apoyé sus caderas en la cabina de mandos e introduje mi mano por la abertura de la manta, hasta que llegué a sus piernas.

—Solo voy a bajarte el resto de tus ropas mojadas, no voy a tocarte, no tienes por qué preocuparte —murmuré cerca de su oído con voz calmada.

La vi afirmar en silencio y procedí hasta que aquel mono de algodón cayó a sus pies, cubriendo por completo sus oscuras sandalias de piel marrón. Levanté sus piernas, una a una, para quitarle la prenda de vestir, y coloqué su cuerpo entre mis brazos de nuevo para darle el calor que necesitaba. Me senté

frente al volante, introduje la marcha pertinente y aceleré. Era el momento de regresar a casa. A Colter Bay.

Era consciente de que, si en cualquier momento me topaba con la seguridad marítima del puerto, recaería en mí una buena sanción económica por la infracción que me encontraba cometiendo. Sí, lo sabía, pero a pesar de ello me negué a dejar a Isabella en el asiento del copiloto, donde debería estar, y en contra de las normas, coloqué su delgado cuerpo en mi regazo, entre el volante y yo, la abracé fuertemente con mi brazo izquierdo, para evitar que se moviera, y conduje la embarcación a nuestro destino con la otra mano.

Atraqué, intentando mantener el control, y la senté en los asientos de la popa mientras amarraba la cuerda al poste del puerto. La vi temblar cuando la animé a saltar a la tarima flotante del muelle y me las ingenié para improvisar un puente con una vieja puerta de madera que encontré cerca, en el embarcadero.

—¿Te ves con fuerza para andar? —le pregunté cuando la tuve frente a mí y comprobé una vez más el pulso de su cuello.

—Sí —susurró.

Arrugué el ceño dudoso.

—Está bien. Vamos. Camina lento, no quiero que te esfuerces —no quise comenzar un debate, así que me limité a asentir y a acompañarla muy cerca, sujetando sus codos en cada paso.

No rechistó

Cuando llegamos al hostel, no lo pensé dos veces. Atrapé su pequeño y delgado cuerpo entre mis brazos, y me dirigí hacia el interior con premura.

—No. Por favor. No —suplicó. La miré a los ojos sin comprender—. No quiero que me vean así. Se preocuparían demasiado por mí y Zac... —Se le quebró la voz. Frené mis pasos y me detuve—. Bájame, iré a la cabaña, descansaré un poco y volveré a estar como antes.

—Solo con descansar no conseguirás recuperarte —alegué.

—Pues haré lo que me mandes, de verdad, pero bájame —volvió a rogar. Intentó moverse y descender de mis brazos, pero la abracé con más fuerza, evitando cualquiera de sus movimientos—. No quiero que nadie me vea así, ni tus padres, ni Maisha, ni Bobby, ni Zac, ni ninguno de los huéspedes que se alojan en el hostel, y aquí, en medio del porche, contigo sujetándome como un bebé, difícilmente podré pasar desapercibida.

Tenía razón, pero estaba preocupado por ella.

—Por favor, ya me encuentro mucho mejor —suplicó moviendo sus largas pestañas con lentitud.

—Te darás un buen baño de agua caliente, aunque estemos en pleno mes de julio. Descansarás tumbada y con ropa de abrigo al menos un par de horas —mencioné a regañadientes—. Come algo caliente, que te haga entrar en calor. Puedo llevarte una buena sopa si me dejas ir a la cocina y...

—Lo prometo —mencionaron sus labios. Su tono rosado me relajó un poco más.

Despacio, con cuidado, bajé su cuerpo al suelo y le coloqué la manta, que cubría su cuerpo, con más esmero. Con el ajetreo del trayecto, uno de sus hombros había quedado al descubierto, dificultando la tarea de mantener el calor. Isabella esbozó una mueca de victoria y yo me deshice como la mantequilla cuando la tuve frente a mí, tan cerca de mi boca.

En apenas unos instantes, se dio la vuelta y comenzó a bajar los escalones sin demora.

—Cuidado, no vayas a tropezarte con la manta —indiqué corriendo tras ella.

—No hace falta que me acompañes —me dijo—. Sé perfectamente cómo llegar a mi casa. No he perdido la memoria.

La ignoré.

Ni loco iba a dejar que caminara todos aquellos metros sola, sin vigilancia, tras haber sufrido un principio de hipotermia. Quisiera o no, observaría cada uno de sus pasos hasta verla entrar en perfecto estado por la puerta de la vieja cabaña de mis antepasados.

Estaba nerviosa, lo noté en sus pasos cortos, medio ligeros, y en aquel labio que no hacía más que morder. Parecía haber recuperado la compostura, pero aún podía apreciarse el cansancio en sus gestos, en su respiración y el temblor de sus manos, que se empeñaba en mantener ocultas bajo el tejido de la manta.

Isabella levantó el felpudo que descansaba ante la puerta de entrada de la cabaña y sacó una llave, la introdujo en la cerradura, abrió la puerta y entró. Antes de cerrármela en las narices, sacó la cabeza y me miró tímidamente.

—Yo... —balbuceó. Parecía que las palabras se le habían quedado



atascadas en la garganta.

—Tú, tienes que darte un baño caliente ahora mismo, lo demás, puede esperar —insté sin contemplaciones—. Descansa y no te preocupes por la cafetería, te cubriré si alguien me pregunta por ti. Es lo menos que puedo hacer después de haberte tirado por la borda.

Recordarlo me confirmó lo imbécil que había sido.

Se relajó, aquel rictus que mantenía su perfecta boca, toda ella en tensión, se disipó por arte de magia, y su semblante, agotado y pálido, me regaló una dulce estampa cuando la comisura de sus labios ocultó una sonrisa, una, que sin duda, habría sido radiante de haberla dejado volar.

Afirmó en silencio y se dispuso a cerrar la puerta.

—*Ella* —la llamé. La hoja de madera se abrió unos centímetros y su cóncava nariz asomó por el dintel—. Ten cuidado, por favor.

Durante unos segundos no dijo nada. Se limitó a contemplarme en silencio con sus intensos y penetrantes ojos caramelo, escrutándome, traspasándome con detenimiento, consiguiendo intimidarme.

Sentí un escalofrío recorrer mi nuca y tragué saliva. ¿Cómo podían unos ojos tan comunes, atravesarme el alma?

—Lo tendré —susurraron sus labios antes de desaparecer, dejándome atolondrado ante una puerta oscura con cientos de años de historia.

Disconforme por no vigilarla con mis propios ojos, me di la vuelta y regresé por el mismo camino que, minutos antes, había tomado con ella a mi lado. Conociéndome como me conocía, sabía que las horas siguientes las pasaría nervioso, pendiente de la evolución de Isabella, a la que ya, extrañamente, echaba de menos. El médico que había en mí me empujaba a contar los minutos para volver a examinarla y mi paciencia, esa que brillaba por su ausencia, me soplaba en la oreja con constancia.

Frené mis pies en cuanto el hostel apareció frente a mí, inspiré con fuerza, intentando sosegar mis nervios, y exhalé despacio serenando aquellos latidos que amenazaban con volverme loco. Recordé que, con las prisas, había dejado las bolsas de la compra en la embarcación y me dirigí a ella con premura. Miré la hora en el reloj que descansaba en mi muñeca y supe que era tarde. Todo aquel alboroto nos había entretenido más tiempo del que teníamos pensado. Si quería que mis padres no se dieran cuenta de aquel incidente, debía correr y ponerme a trabajar en la cafetería antes de que regresaran, y eso

no tardaría en suceder. Saqué todas las bolsas y las coloqué en el suelo del embarcadero; mis ojos se depositaron en cierta prenda mojada que permanecía enrollada en medio de la popa. Suspiré nervioso y subí para recogerla. Se trataba del mono que vestía Isabella aquella mañana. Exprimí el agua que se escondía en el algodón y junto con las bolsas, me encaminé hacia el hostel. Se lo devolvería más tarde.

Se me había olvidado el ritmo frenético de una cafetería en pleno mes de verano. Había archivado aquellos recuerdos de mi infancia en algún rincón de mi cerebro, para crear espacios libres que rellenar con todo lo relevante a la medicina, y sí, había arrinconado aquella realidad que me había abrazado durante los años en los que crecí. Ni siquiera pude pararme a mirar la hora de mi reloj de pulsera. En cuanto entré en el hostel y dejé la compra en la despensa, el ayudante de cocina comenzó a requerir de mis servicios para elaborar los menús que en el mediodía se servirían a los huéspedes del hostel, además de los clientes que aparecieran por la zona. Mi madre le había dejado instrucciones para ello, y yo me limité a ayudar en lo que me pedían. Poco a poco el establecimiento fue llenándose de comensales hambrientos en busca de un rico menú que llevara impreso el sello de Tanisha Brooks. Descubrí que, con los años, la cocina de mi madre se había hecho bastante popular entre los vecinos y me sentí orgulloso de ella. Sí, muy orgulloso. No lo tuvo fácil cuando su familia emigró a este país, y ella, a pesar de las dificultades, nunca perdió esa sonrisa que tanto la caracterizaba. Era fuerte, inteligente y constante. Una verdadera guerrera. Preparé y serví alrededor de treinta mesas, saqué la basura en tres ocasiones y puse cara de póquer cuando mi madre me preguntó por Isabella.

No, no sabía mentir. Había obviado aquel detalle.

—Owen, ¿no me has oído? ¿Dónde está Isabella? No la he visto en la hora del almuerzo. ¿Le ha pasado algo?

Maldita intuición femenina...

—Hola, Tanisha, disculpa, estaba limpiando las habitaciones de los huéspedes —habló una voz a mis espaldas.

No tuve que girarme para descubrir de quién se trataba. Aquel timbre de voz se había adherido a mi cerebro sin darme cuenta, sin proponérmelo, como la fina arena de la playa en unos pies mojados. Sorprendido, giré mi torso para encontrarme con ella y me sorprendió verla tan activa, manteniéndose de pie con tanta firmeza.

—Oh, pensé que ibas a ayudarme en la cocina —mencionó mi madre mientras se limpiaba las manos en el delantal que llevaba anudado a la cintura.

—Sí, así era, pero Owen se ofreció a sustituirme porque quería pasar más tiempo contigo —improvisó maravillosamente bien.

Me quedé estupefacto. ¿Cómo podía una mente elaborar una mentirijilla piadosa con tanta rapidez?

—¿Es eso cierto? —preguntaron los labios de mi madre—. ¿Querías pasar más tiempo conmigo?

Vi sus ojos vibrar de alegría, incluso diría que se emocionaron, y no, no pude negarlo, porque en cierto modo era verdad, aunque no se lo hubiera confesado a nadie en particular. Pero Isabella era lista, demasiado inteligente, admití, y se había dado cuenta sin que hiciera falta reconocerlo en voz alta. Supo que, de esa manera, conseguiría que mi madre se olvidara de su repentina ausencia, empujándola a mis brazos y manteniéndose así al margen, lo que sin duda buscaba.

—Claro, mamá. No hay nada que me apetezca más que estar contigo —murmuré.

Los brazos de mi madre se arremolinaron alrededor de mi cintura y me dieron un fuerte abrazo. Mis mejillas no tardaron en sonrojarse cuando varios clientes rieron divertidos al contemplar la escena. De lejos, pude otear la radiante sonrisa de mi padre que, asintiendo con su cabeza, agradecía aquel gesto de cariño.

Busqué a Isabella con la mirada y me centré en aquel guiño que me regaló. Parecía encontrarse bien, mas aquel sudor que se apelmazaba en el inicio de su cuero cabelludo y aquellas rojeces en los contornos de sus ojos, me indicaron todo lo contrario. Estaba fingiendo. Quise acercarme a ella para conocer con más detalle cómo se encontraba, pero varios clientes nos asaltaron pidiendo los postres estrella de la cocinera y me vi arrollado por el entusiasmo de mi madre, que ni corta ni perezosa, comenzó a presentarme a todos como su querido hijo pródigo.

Adiós a la privacidad.

Cuando quise darme cuenta, me encontré rodeado de personas sonrientes, que me palmeaban la espalda y me felicitaban por tener una familia como la que tenía, tan encantadora, trabajadora y querida por todos. Agradecí los comentarios, de verdad que lo hice, pero chasqueé la lengua cuando descubrí

que había vuelto a perder el rastro de Isabella.

El atardecer llegó tan rápido como aquel alboroto que trajeron quienes habían ido de excursión a la montaña. Las risas y la ilusión de Zac inundaron cada rincón de la cafetería, donde decidió descansar tras aquel intenso día lejos de la familia. Las palabras de su boca se atropellaban unas a otras en su intento por revelar todo cuanto había descubierto en aquella aventura. Isabella lo abrazó con tanto amor que hasta mi corazón tembló y, después de besar su cara alrededor de cincuenta veces, le obsequió con un gran trozo de tarta de manzana y un buen batido de fresa, que Zac devoró en apenas unos minutos.

—Menuda hambre traes, cualquiera diría que algunos se han olvidado de darte de comer —bromeé, a lo que todos respondieron con carcajadas.

Me pareció ver cómo los dedos de Matt acariciaron con disimulo la mano de Maisha, mientras todos nos centrábamos en los comentarios del pequeño Zac, y ladeé la cabeza en un acto reflejo al fruncir el ceño. Achiqué los ojos y observé sus comportamientos con más ahínco. Aquellos dos parecían estar más cerca el uno del otro que de costumbre. Levanté la vista y me topé con los ojos azules de mi amigo, que descubrió mi escrutinio, y le pregunté en silencio qué ocurría allí. Ignoró mi inquietud y se separó de Maisha unos centímetros, con la excusa de deshacer las mochilas que habían llevado a la expedición.

—¿Ya te vas, tío Matthew? —preguntaron los pequeños y melosos labios de Zac, cubiertos por compota de manzana.

—Sí, campeón. Es hora de irme. Mañana debo madrugar para regresar al trabajo y tú —comentó revolviéndole la melena de su cabeza—, debes irte a la cama y descansar. Hemos hecho mucho ejercicio físico y no tardarás en caer rendido muy pronto.

Zac movió la cabeza afirmativamente e Isabella se agachó a su lado y susurró algo en su oído. Entonces, el niño, dio un respingo, se levantó de su asiento y corrió a los brazos de Matt.

—Gracias por este día, lo he pasado *supergenial* —mencionó contento mientras lo abrazaba—. Y gracias a ti también, tía Maisha, sois los mejores tíos del mundo mundial —elogió el pequeño, agarrando de la mano a mi hermana y atrayéndola hacia aquel abrazo tan íntimo, que plasmaba pura felicidad.

—No tienes que agradecernos nada, estar contigo en un gran regalo —respondió Maisha henchida de orgullo.

Paseé mis ojos por la estancia y pude ver cómo las caras de todos los presentes, de mis familiares y amigos, esbozaban una risa tonta, fruto de aquella estampa creada por aquellos tres aficionados a la montaña. Me detuve en una en particular.

Isabella.

Se encontraba totalmente embelesada contemplando a su hijo, igual que me ocurría a mí observándola a ella. De todas las sonrisas presentes, la suya era la que irradiaba más felicidad, la que transmitía más gratitud de todas, la que me conquistó en apenas un segundo. No supe averiguar si la culpa de aquel hechizo la tenían aquellos ojos caramelo que de vez en cuando me miraban de soslayo. Aquellos rojos labios, que dejaron escapar una risa contagiosa, en los que quise perderme deteniendo el tiempo. Aquel cabello castaño, ondulado y revuelto que jugaba con su cara, o aquella piel blanca que recorría su cuerpo y que me pedía a gritos acariciarla con mimo y devoción.

De repente, sentí una fuerte sacudida en mi sexo que me confirmó lo evidente.

Me gustaba.

Me sentía atraído por Isabella.

Mi teléfono móvil comenzó a sonar, devolviéndome a la realidad, y salí al exterior para atender la llamada. Era Terry, con el que me entretuve más de lo que hubiera imaginado. Anduve por el porche contemplando el paisaje de aquellas montañas alzándose delante de mí y me sentí afortunado de estar allí, en aquel bello lugar, rodeado de las personas que más me querían y a las que había abandonado durante tanto tiempo. Me despedí de Matt cuando lo vi montarse en la camioneta e incorporarse en la carretera y me pregunté qué había ocurrido con ellos allí arriba, en la montaña.

—Owen, ¿estás ahí? —oí al otro lado del teléfono. Por un instante había olvidado que estaba hablando con Terry, mi amigo.

—Sí, sí, dime —contesté.

—Te preguntaba si ya tienes prevista la fecha de vuelta a San Francisco. No pretendo presionarte, aún podemos sustituirte un tiempo más, pero me he acostumbrado a tenerte como mi mano derecha y me resulta tedioso lidiar con los residentes. —Le escuché quejarse—. Anderson es un zoquete, aún le resulta complicado realizar una laparotomía de urgencias.

—Pues sinceramente, no lo he pensado —contesté.

Y decía la verdad.

Apenas llevaba una semana en Colter Bay y si era sincero conmigo mismo, me había sabido a poco. Había estado tanto tiempo fuera, que había olvidado lo que se sentía estando en casa. Y me gustaba. Me gustaba mucho. Sobre todo, ahora que ella había conseguido desestabilizarme.

—Está bien, no te preocupes, sigue disfrutando de tus merecidas vacaciones. Volveremos a hablar. Tengo que dejarte, debo regresar a Urgencias, ya sabes, no pueden vivir sin mí —bromeó Terry mientras se despedía.

Reí alegre por el comentario y pulsé la tecla roja de mi teléfono.

Pensé en la pregunta de Terry y me inquieté. Era una realidad, una cuestión de tiempo regresar, en cualquier momento debería volver al trabajo, regresar a mi vida, pero la idea se me antojó inconcebible y la rechacé tan rápido como pude.

Cuando me di la vuelta para regresar al hostel, me di cuenta de que había caído la noche, los grandes ventanales que se alzaban ante mí dejaban escapar una luz amarillenta tan cálida, como pensé sería una caricia de *Ella*. Me guardé el móvil en el bolsillo de mi pantalón y entré al interior con una sonrisa boba en mi cara. Yo mismo me sorprendí, pues no recordaba la última vez que exhibí otra igual.

Me estaba esperando. Isabella no, mi madre. Nada más puse un pie en el rellano, la vi andar hacia mí con grandes zancadas. Su expresión de angustia me preocupó. Aceleré mis pasos y me encontré con ella junto a las escaleras que daban paso a la primera planta.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—Es Isabella. No se encuentra bien —mencionó mientras se frotaba las manos con nerviosismo.

—¿Dónde está? —cuestioné, y con premura di unos pasos hacia la habitación de Maisha. Supuse que se encontraría allí.

—En la cafetería. Se niega a dejar de trabajar. Hoy le toca cerrar —contestó. La vi acercarse un poco más a mí, hasta que atrapó mis manos y las apretó con fuerza—. Owen, sé que le ocurre algo, pero ella le resta importancia. No te lo pediría si no lo considerara importante, sé que no os lleváis muy bien, pero por favor, ve y examínala. Creo que está enferma —me suplicó.

Y lo hice, claro que lo hice.

No había nadie. Todos los clientes se habían marchado, dejando la cafetería completamente vacía. El hilo musical que Maisha decidió instalar para hacer más gratificantes las horas de la sobremesa había desaparecido, igual que la mayoría de la iluminación de la habitación. Entré con cuidado, esperando unos segundos para acostumbrarme a aquella oscuridad, y entonces la vi, al fondo, cerca de aquel tocadiscos anticuado que tantos recuerdos traía al viejo Menelik, limpiando una mesa con una bayeta húmeda. Continuaba trabajando, ajena a todo aquel malestar que invadía su cuerpo. Me acerqué despacio y contemplé al pequeño Zac completamente dormido sobre el banco de una de las mesas contiguas. Me resultó tan tierna la imagen, que me sorprendí a mí mismo de haber sucumbido a los encantos de aquella personita.

—Para, no hace falta que continúes, hoy puedo cerrar yo. Déjame que te ayude. —susurré cerca de su oído, para no despertar al pequeño. Coloqué mi mano sobre la de ella, con la intención de frenar sus movimientos repetitivos y me alerté.

La noté caliente al tacto. Demasiado caliente.

No sé cómo lo hizo, pero percibió mi preocupación y retiró su mano con premura, separándose unos centímetros de mí.

—No, no hace falta, estoy bien. Ya me has cubierto en la hora del almuerzo, no tienes por qué hacerlo ahora también. Me faltan solo dos mesas y termino —mencionó sin contemplarme, centrada en aquella maldita mesa a la que parecía sacar brillo.

—No, no estás bien. Tienes fiebre —fruncí el ceño. Ignoré por completo aquella mirada radioactiva con la que quiso fundirme y acorté la distancia que nos separaba con una zancada. Coloqué mi mano izquierda en su cintura, le di la vuelta y le toqué la frente. No había duda, tenía fiebre, y demasiado alta, vaticinaba.

—Solo es... —quiso excusarse, de nuevo.

—Se acabó —decidí. Le quité el trapo de las manos y lo lancé a la barra —. Nos vamos para casa, no pienso permitirte que continúes trabajando estando enferma.

—Tú no tienes potestad para darme órdenes, ¿me oyes? No pienso obedecerte —bramó enfadada.

No me separé de su lado, por mucho que mostrara su inconformidad. Lo

que la cabreó más.

—Él no, pero yo sí —dijo una voz a nuestras espaldas—. Vete a casa, Isabella, es una orden.

Giramos nuestras cabezas a la vez y nos topamos con el semblante adusto de mi madre y sus brazos en jarra. Nos había observado en todo momento y me sentí, por un instante, incómodo. Pero no lo manifesté, le di la razón y decidí actuar aun siendo consciente de que me metía en la boca del lobo.

—Ya la has oído. Nos vamos —sentencié.

Me separé de ella y me dirigí a la mesa contigua. No lo pensé. Pasé mis brazos con cuidado por el cuerpecito de Zac y lo cogí en volandas. En un acto reflejo movió su cabeza y buscó mi pecho, creando un perfecto hueco donde descansar.

Me derretí.

A regañadientes y empujada por mi madre, Isabella se vio obligada a seguir mis pasos hacia la cabaña. Ninguno dijimos nada en el camino, nos limitamos a andar uno al lado del otro, en silencio, con miedo de despertar al pequeño Zac. Titubeé en un par de ocasiones, en un intento de entablar alguna conversación que nos hiciera el camino más llevadero, pero en vez de ello me limité a contemplarla de soslayo, y fue una buena decisión. No se encontraba bien, por mucho que fingiera en cada paso que había recuperado la compostura que tanto le caracterizaba, no se encontraba bien. El ritmo de su caminar fue ralentizándose a medida que íbamos avanzando y sospeché que no solo sería por el ritmo de trabajo del día, sino por aquella enfermedad que había invadido su cuerpo.

Y me sentí culpable.

El trayecto se hizo demasiado corto y cuando vi a Isabella agacharse para coger la llave que escondía bajo el felpudo, un nudo se instaló en mi estómago. No quería despedirme de ella, de ninguno de ellos. Cuando la puerta de madera se abrió y ella encendió la luz del interior, la seguí hasta la habitación donde me indicó que dejara a Zac. Isabella retiró la sábana que cubría la cama y yo coloqué al pequeño con mucho cuidado en ella, sobre su pequeña almohada. Zac se removió un poco buscando la postura más cómoda y su madre lo tapó con cariño, después de besar su frente.

Sentí envidia. Sí, de un niño de cinco años. Pues yo también quise recibir un beso de buenas noches de aquellos labios.



Salí de la habitación de Zac despacio, andando de puntillas, evitando hacer cualquier tipo de ruido para no despertarlo. Detrás de mí pude sentir los pasos de Isabella, muy cerca, tanto que podía oír su respiración. Y me puse nervioso. Cuando llegamos al salón, antes de abrir la puerta para marcharme, me di la vuelta, tan rápido, que nuestros cuerpos chocaron. Necesitaba examinarla de nuevo, comprobar su estado febril, averiguar qué tipo de enfermedad estaba incubando, porque sabía que había enfermado por mucho que ella se negara a admitirlo.

—Lo siento, solo quería examinarte antes de irme —me excusé con rapidez cuando sentí nuestros cuerpos totalmente pegados—. Déjame que... ¿Isabella?

La vi desfallecer lentamente, allí, delante de mí y me apresuré a atenderla. Dejé de hablar y me limité a actuar. Su delgado cuerpo se desplomó como un castillo de naipes y rodeé su cintura con mis brazos para evitar que cayera al suelo laminado que pisábamos. Su cabeza se desplomó hacia atrás y me aligeré a cogerla en brazos para evitarle cualquier tipo de lesión. Estaba ardiendo. Me preocupé. La tumbé sobre el sofá que nos vigilaba impassible y coloqué un pequeño cojín bajo su cabeza.

Le tomé el pulso, no era muy débil. Suspiré aliviado.

—*Ella*, ¿me oyes? ¿Dónde guardas los medicamentos? ¿Tienes paracetamol? —pregunté nervioso.

No me respondió.

Gruñí.

En contra de mi voluntad, me vi obligado a registrar su casa en busca de algún maletín de emergencias donde guardara medicamentos. Era madre, debía tenerlo escondido por algún lugar. Todos lo hacemos, ¿por qué ella sería diferente? Pensé durante unos segundos, esforzándome por no tardar demasiado y decidí hurgar por los muebles superiores de la pequeña cocina. Si fuera una buena madre, cosa que no dudaba, los tendría escondido fuera del alcance de Zac, para que este no los pudiera encontrar y tomar por accidente. Abrí la puerta del primer mueble que encontré; nada, no había nada. Resoplé. Me dirigí al siguiente, abrí la puerta y arriba, en la segunda estantería, cerca de unos moldes de pastelería, vi un pequeño neceser que atrapé deprisa. Volteé todo el interior sobre la encimera de la cocina y suspiré aliviado cuando encontré los medicamentos que buscaba.

Me acerqué nuevamente a Isabella y la examiné con cuidado, palpando su

cuerpo con delicadeza. Cuando llegué a su garganta, la escuché quejarse de dolor.

—Duele —susurró. Apenas podía hablar.

—Toma, abre la boca, es ibuprofeno, te aliviará el dolor y te ayudará a bajar la fiebre —mencioné tendiéndole una pastilla y un vaso de agua.

Se incorporó lentamente, se tragó el medicamento y volvió a cerrar los ojos antes de dejarse caer sobre el sofá.

Fui a la cocina, abrí varios cajones hasta que me topé con lo que buscaba, un trapo de algodón, abrí el grifo, lo empapé en agua fría y me lo llevé junto con una cacerola al sofá. Me tiré al suelo, dejé la olla a un lado, exprimí el trapo y fui pasándolo por todo su cuerpo despacio, con una ternura exquisita que ignoraba dominar. Retiré varios mechones de su cara y acaricié su mejilla con el dorso de mi mano. Me gustó el tacto de su piel. Me gustó mucho.

—Eso es, descansa, es todo lo que necesitas —susurré cerca de su oído—. Aquí estaré hasta que despiertes, cuidándote como mereces.

## Capítulo 9

Isabella.

Desperté aletargada, como si me hubiera hallado en un largo sueño, uno muy profundo. Uno que me había hecho volar muy alto, pero que me había borrado la memoria, porque no recordaba absolutamente nada. Abrí los ojos lentamente, para acostumbrarme a la intensa luz que se colaba por la ventana abierta del comedor, y me descubrí tumbada en el sofá. Me extrañé. ¿Cómo había llegado hasta él? Me noté la lengua pastosa, demasiado, y un gran bostezo me invadió. Estiré los brazos hacia el techo y me desperecé. Tragué saliva y un punzante dolor me hizo cerrar los ojos. Dudé haberme tragado un puñado de agujas.

Un ruido en una de las habitaciones de la cabaña me anunció que no me encontraba sola. Pestañeeé haciendo un esfuerzo por recordar. Retiré la sábana que tapaba mi cuerpo y me senté en el borde del sofá.

—¿Zac, eres tú? — pregunté con voz cansada. Un fuerte dolor me invadió de repente y escondí la cabeza entre mis piernas mientras me apretaba con fuerza las sienes.

Escuché unos pasos acercarse con premura y una voz femenina salió a mi encuentro.

—¡Oh, Dios mío, te has despertado! Menos mal, ya pensaba que tendríamos que llevarte a un hospital de verdad —mencionaron los labios de Maisha. Se sentó a mi lado y, preocupada, me tomó de las manos y las apretó con fuerza—. Cómo te he echado de menos —suspiró mientras se abalanzaba hacia a mí y me abrazaba con fuerza, ignorando mi dolor de cabeza.

Arrugué la frente totalmente extrañada. ¿Qué demonios había ocurrido? ¿Qué me había perdido?

—¿Qué pasa? ¿A qué viene tanta muestra de cariño? —le pregunté.

Maisha deshizo el abrazo y me miró frunciendo el ceño. Ladeó la cabeza y achicó sus bonitos ojos color café.

—¿No te acuerdas de nada?

Negué con la cabeza.

—No, no puede ser. ¿En serio? —dudó.

—Totalmente en serio. ¿Puedes contarme de una maldita vez qué me he perdido? —exigí molesta.

Sabía que ella no tenía culpa alguna, pero era consciente de lo que ocurría. Necesitaba conocer respuestas y ella parecía saberlas.

Maisha carraspeó y su semblante serio me presagió una conversación peliaguda.

Me inquieté.

Me preparé.

—Enfermaste, Isabella. Caíste por la borda de nuestra embarcación cuando fuiste con mi hermano Owen a comprar a Lizard Creek. Te hundiste en las aguas y durante unos segundos desapareciste. Si Owen no te hubiera socorrido quién sabe lo que hubiera pasado —la voz de mi amiga se quebró y vi como su mirada se humedeció, dejando caer una lágrima que se aligeró en borrar. Me conmovió—. Owen tuvo que reanimarte y te cubrió en la cafetería para que ninguno nos preocupáramos, como tú querías —hizo una pausa—. A lo largo del día fuiste empeorando y comenzaste a tener mucha fiebre, muy alta, y mi madre, que sospechaba que no te encontrabas bien, rogó a mi hermano que te examinara. Te obligaron a dejar de trabajar y Owen te acompañó a casa. Te desmayaste, Isabella. A Dios gracias que Owen se encontraba contigo cuando todo ocurrió. Él se ha encargado de cuidarte todos estos días —me reveló.

—¿Me desmayé? ¿Todos estos días? ¿Cuánto tiempo he estado dormida?

Maisha se mordió los labios unos segundos y contuve mis ganas de zarandearla para escuchar su respuesta. Se percató de mi impaciencia y tomó aire para reunir fuerzas.

—Tres. Dos inconsciente, uno delirando.

Mi mandíbula se abrió de forma automática y cayó a mis pies, dejando mi boca totalmente abierta.

—¿Cómo? —consulté sorprendida.

—Has estado mal. El principio de hipotermia se agravó con una infección

de garganta que te provocó fiebres tan altas que te hicieron delirar. Perdiste la conciencia por lo débil que te encontrabas. Owen nos informó que tus órganos habían dejado de funcionar con normalidad, debido al descenso de la temperatura de tu cuerpo, y nos preocupamos muchísimo. Mi padre mandó llamar a Peter Williams, el viejo amigo de la familia director del hospital Jackson, que conjuntamente con Owen se encargaron de administrarte los medicamentos necesarios para recuperarte. —Me quedé en *shock*—. Williams quería ingresarte en el hospital, pero mi hermano se opuso. Alegó que aquí, en la cabaña, encontrarías la fuerza necesaria para salir adelante, con Zac, con todos nosotros a tu lado. Él mismo se comprometió a vigilarte las veinticuatro horas del día.

No le faltó razón. Me sorprendió gratamente.

Me quedé sin palabras.

Cerré los ojos un instante, pues todo comenzó a darme vueltas. Demasiada información en tan poco tiempo.

—¿Estás bien? —noté la cálida caricia de Maisha en mi espalda y afirmé en silencio.

Necesitaba un momento.

Unos segundos.

La imagen de Zac se dibujó en mi cabeza y sentí una tremenda sensación de culpa. Mi niño, mi pequeño. Si era verdad todo lo que Maisha me había revelado, lo que no dudaba en absoluto, me había llevado tres días desaparecida en combate, desatendiendo todas y cada una de las funciones que, como madre, debía haber realizado para atender a mi hijo. Y me sentí mal.

—¿Y Zac? ¿Cómo ha estado todos estos días sin mí? —me dolió realizar la pregunta. Me escoció de verdad.

—Muy bien atendido, Isabella, entre todos lo hemos cuidado muy bien. Ya sabes cuánto lo queremos. Bobby se ha encargado de traer cada día la comida que mi madre preparaba, no ha habido un solo día que no haya venido a verte. Matt le ha dado varios paseos en la camioneta del *sheriff*, yo he traído a *Jazz* para que corree por los alrededores y Owen, él nos ha sorprendido a todos.

Arrugué el ceño sin comprender.

—De día, mientras yo me encargaba de cuidarte un poco para que él descansara, por las noches en vela que ha pasado, se ha dedicado a construir

un fuerte pirata en un árbol para Zac, incluso le ha dejado que le ayude, y se le ha dado realmente bien el martillo —sonrió.

—¿Qué? —no daba crédito.

—Le ha construido un fuerte, Isabella, le ha dado de comer cada día y le ha contado cientos de cuentos al caer la noche hasta que se ha quedado dormido a tu lado, en el sofá. —Tomó aire y me miró muy seria, mucho más si aún era posible—. Nunca, en toda mi vida, le he visto hacer lo mismo por otra mujer. Se siente muy culpable por todo lo que pasó y muy responsable por tu enfermedad. Está devastado. No sabe cómo espiar su culpa.

No dije nada. No pude. Me limité a no dar crédito, a digerir toda aquella información, a agradecer al cielo en silencio haberme topado con un hombre como él. ¿Lo había juzgado antes de tiempo?

Un leve rugido en mi estómago llamó la atención de Maisha que se dispuso a calentarme un caldito de ave que había sobrado del almuerzo. Me sorprendí de la hora que era, pasadas las seis, y me levanté con urgencia de ir al baño. Vacíé mi vejiga y me perdí largo rato bajo la alcachofa de la ducha. Aquella agua tibia que acarició mi piel me reconfortó tanto que se llevó lejos, muy lejos, aquella sensación de debilidad que me había apresado todos aquellos días. Elegí un vestido corto de algodón, me calcé mis sandalias de piel y me peiné el cabello mojado, que decidí dejarlo secar al aire. Quise que aquella sensación, *recién salida de la ducha*, me acompañara largo rato más.

—Gracias, Maisha, por todo. Siento haber estado ausente estos días y haber desatendido el hostel, yo... —dejé el cuenco de sopa a un lado y la miré a los ojos.

—Oh, vamos, deja de pedir continuamente perdón por algo en lo que no has tenido elección alguna. ¿Cuándo vas a entender que eres parte de nuestra familia? Nos has tenido muy preocupados, tu trabajo ha sido lo de menos, tú, eras lo realmente importante —me contestó.

Me emocioné.

—Anda, ven aquí, deja que te de uno de esos abrazos que tanto me gustan a mí —dijo acortando la distancia que nos separaba, envolviéndome con sus largos brazos repletos de distintos tipos de pulseras. Escuchar el tintineo de los metales me sacó una sonrisa y por unos segundos dejé de pensar.

—Ve a buscarlos. Se alegrarán muchísimo de verte. Y no lo digo solo por Zac... —Dibujé una expresión de sorpresa en mi rostro, a la que ella

correspondió con un guiño de ojo—. Sigue el sendero de los helechos hasta llegar al río. Los encontrarás allí. Toma, llévate unos bocatas, estarán hambrientos de tanto trabajar. —Me tendió una bolsa con dos sándwiches y una botella grande de agua fresca. Me empujó al exterior y cerró la puerta tras de mí—. ¡Vamos, mueve el culo!, te vendrá bien andar un poco, vaga —la escuché gritar desde el otro lado de la puerta.

Me reí, no pude evitarlo.

Me adentré en el bosque que había tras la cabaña y seguí el sendero de los helechos que me había indicado mi amiga. Respiré todo aquel oxígeno que encontré y me alegré de vivir rodeada de tanto verde. Cuando estaba en Boston, Massachusetts, el bullicio de la ciudad era tan intenso que me dificultaba respirar con normalidad. Fue una suerte encontrar este lugar, una fortuna toparme con aquella pareja de ancianos que me regaló un billete para el paraíso. Aún los recordaba, jamás sería capaz de olvidarme de ellos, de aquel gesto altruista que nos ayudó a cambiar nuestras vidas.

No tuve que andar mucho, ni esmerarme en buscarlos, pues una inocente risa me hipnotizó al instante.

Zac, mi pequeño amor.

Me acerqué despacio, con sigilo, deseosa de ver con mis propios ojos aquella construcción que habían decidido alzar en aquellos días, y cuando los encontré, un intenso sentimiento vapuleó mi alma, de forma imprevista, como cuando una gran ola te engulle en la orilla del mar, y no pude esconderme.

Me enamoré.

Arriba de un gran árbol, a una altura considerable, sobre las primeras ramas crecientes, una pequeña casita de madera se alzaba orgullosa ante mis ojos. A la construcción le faltaba la pared frontal, por lo que podía ver sin ningún tipo de problema el interior de la cabañita, donde encontré a Zac encorvado, riendo a carcajadas, y a un Owen desconocido, algo desaliñado, esbozando una mueca de dolor mientras levantaba el dedo índice de su mano izquierda y tiraba el martillo bien lejos.

—No es justo, a ti se te da mucho mejor clavar clavos. A este paso me voy a quedar sin dedos y te aviso que eso no sería nada bueno para mi profesión. ¿Cómo voy a operar a mis pacientes si tengo los dedos más hinchados que un pepino? —escuché a Owen quejarse.

Zac rio con más fuerza y su risa fue tan contagiosa que tuve que taparme la

boca para no dejar escapar la mía.

Anduve unos pasos más, para verlos mejor, pero me mantuve escondida entre los arbustos en silencio, con una sonrisa boba en mi cara, henchida de orgullo, plenamente agradecida. Examiné mejor la edificación y me sorprendí de encontrar tan buena obra. Observé unas escaleras de madera ancladas al tronco del árbol por la que, supuse, habrían subido al fuerte.

—Falta la bandera —escuché quejarse a Zac—. Tenemos que ponerla bien alta.

—Es verdad. Déjame que piense —mencionó Owen a la vez que se colocaba de rodillas y se llevaba una mano al mentón, para pensar. A los pocos segundos, lo vi sonreír satisfecho y a Zac se le iluminó la cara—. Coge ese palo que hay al fondo de la cabaña y tráemelo —dijo y Zac corrió a realizar la orden.

Cuando volvió, Owen se desprendió de la camiseta que llevaba, dejando su torso oscuro al descubierto, e introdujo el palo de madera por las mangas, fijando estas con un par de clavos para que no se desprendiera cuando se alzara con el viento. Zac lo contemplaba impaciente, deseoso de adivinar qué tramaba aquel hombre que había llegado a su vida de la manera más insospechada y ladeó la cabeza cuando Owen se incorporó, sacó medio cuerpo por la cabaña, sujetándose al tronco del árbol, y fijó la bandera improvisada al techo de la cabaña, al que aún le faltaban varios tablones.

—*Voilà* —mencionó orgulloso con una sonrisa que le iluminó la cara—. No está nada mal para un cirujano de ciudad como yo, ¿eh?

Zac le correspondió con un tierno abrazo.

Y yo...

Me derretí.

Sentí una tremenda explosión de amor en mi interior que me desestabilizó y me infundió miedo. El día que escapé de aquel pasado tenebroso, juré que nunca jamás volvería a entregar mi vida a un hombre, sin excepciones, porque todos, tarde o temprano, acabarían haciéndome daño. Y no, no estaba dispuesta a pasar por ello, otra vez no. Roger ya se había encargado de pisotear bien fuerte mi corazón, de hacerme sufrir en mi propia carne el dolor más extremo, había conseguido traumatizarme de tal manera que aún lo llevaba grabado a fuego en mi cabeza, como un sello impreso en la piel de algún animal de carga.



No.

No volvería a dejarme engañar nunca más.

Jamás de los jamases.

Pero él parecía tan distinto...

Y a Zac se le veía tan a gusto a su lado, disfrutando tanto de su compañía que, por un segundo, uno solo, se me pasó por la cabeza que quizás, aquel hombre semidesnudo que le hacía cosquillas con tanta delicadeza a mi pequeño, podría ser un buen padre para él.

«Respira, tranquila. Solo ha sido un pensamiento. No significa nada, absolutamente nada», murmuré para mí misma en un vano intento de deshacer aquel entresijo emocional que se estaba apelmazando en mi atolondrada cabeza.

«Demasiados días fuera de combate», pensé.

Pero no funcionó.

Quizás me había aventurado demasiado rápido a dar aquel largo paseo después del incidente sufrido, o tal vez observar a Zac en compañía del hombre que me había rescatado del lago, vigilado, cuidado y atendido todos aquellos días mientras me encontraba convaleciente, resultó demasiado para mí.

No sé bien cuál fue la razón, lo único que puedo afirmar es que me desestabilizó y me dejó fuera de combate. A mí, una luchadora empedernida...

Mis rodillas comenzaron a temblar tanto como las gelatinas que a Zac le gustaba devorar, y sentí un intenso escalofrío recorrer mi espalda. Intenté mantener la calma, respiré profundamente y cerré los ojos con la intención de recuperar la estabilidad, pero conseguí el efecto contrario y me tambaleé lentamente hacia el suelo.

Sentí que caía al vacío.

Me preparé para el impacto, fui consciente del golpe que iba a recibir en cuanto chocara con el suelo arenoso que pisaba, cuando unas grandes manos rodearon mi cintura con una delicadeza infinita, evitando que me desmoronara como una hoja seca que se desprende de un árbol.

—Te tengo —susurró en mi oído.

Abrí los ojos sorprendida, totalmente sobrecogida, pues esperaba desplomarme sobre el suelo, y entonces, su cara apareció tan cerca de la mía

que me dejó sin aliento.

Owen.

—¿Estás bien? —me preguntó preocupado. Sus chispeantes ojos verdes me analizaron con determinación de arriba abajo, en busca de algo sospechoso que le hiciera pensar lo contrario.

Con suavidad, irguió mi cuerpo hasta situarme frente a él, muy cerca.

—¿Cómo has llegado hasta aquí tan rápido? Hace unos segundos estabas subido a ese árbol —le señalé con el dedo—. ¿Cómo sabías dónde me encontraba? —cuestioné sorprendida.

—No eres nada sigilosa, ¿lo sabías? —sonrió y unas traicioneras mariposas decidieron revolotear en mi estómago en ese preciso instante.

Tenía una sonrisa tan arrebatadora...

—Pero si he puesto mucho cuidado en cada paso que he dado... —me quejé.

—Olvidas que soy médico y como tal tengo un oído bastante desarrollado —me informó—. Te descubrí cuando colgué la bandera en el techo del fuerte, pero me hice el tonto cuando vi que te escondías tras este arbusto. Imaginé que querías comprobar por ti misma cómo se encontraba tu hijo conmigo —hizo una pausa. No supe que decir—. Me preocupé cuando observé esa mueca de dolor en tu cara y bajé a toda prisa, asustado por tu estado.

Una de sus manos aún sujetaba con firmeza mi cintura, como si no tuviera claro que pudiera mantenerme de pie sola, y me sentí tan segura con el contacto de su piel que estuve a punto de echarme a llorar. Pero me contuve, porque era una mujer fuerte y luchadora, valiente para enfrentarme a cualquier sentimiento.

O eso creía.

Con su mano libre, Owen me atusó la melena, alojó varios mechones sueltos tras mi oreja, despejando mi cuello, y colocó dos dedos en él para tomarme el pulso.

—¿Cómo te encuentras? —quiso saber. Lo miré a los ojos perpleja y quedé atrapada en la profundidad de su mirada.

—Algo cansada, pero muy bien —murmuré.

Despacio situó la palma de su mano en mi frente y perdió la vista en el horizonte unos instantes. Me palpó con cuidado las glándulas de la garganta y

yo me dejé hacer sin impedimento.

Oculté mi desagrado cuando la calidez de su mano abandonó mi espalda.

—¿Todo en orden? —pregunté.

Afirmó en silencio.

—Mucho mejor de lo que esperaba. No sabes cuánto me alegra verte tan recuperada.

Volvió a penetrarme con aquella mirada.

Y yo...

Deseé fundirme en aquellos labios carnosos que sonreían con tanta dulzura.

—¿Mami?

La voz de Zac rompió aquel ambiente íntimo que mágicamente se había creado y de forma mecánica, ambos pusimos más distancia entre nosotros.

—Hola, mi vida —le saludé sacudiendo mi brazo en el aire. Lo vi sonreír en lo alto del fuerte y sentí una inmensa alegría en mi corazón—. Menuda construcción. Estás hecho un auténtico pirata.

—Soy todo un *sacarió* —gritó.

Arrugué el ceño al no entender la última palabra y la carcajada que brotó de la garganta de Owen, me obligó a ladear la cabeza y pedirle explicaciones.

Puse los brazos en jarra y levanté el mentón.

—Saqueador. Se refiere a saqueador —aclaró.

Me reí, no pude evitarlo, y me sentí dichosa.

—Imagino que después de un gran trabajo tendréis un poco de hambre, ¿verdad? La tía Maisha los ha preparado, no sé de qué son, pero tienen una pinta... Hay uno para cada uno —comenté sacudiendo en el aire la bolsa donde guardaba los bocadillos.

—¡Comida! —gritó Zac al tiempo que abría la trampilla de la cabaña y bajaba por las escaleras del árbol.

—Despacio, no vayas a caerte —Owen se alejó de mí y se colocó junto al tronco de madera, vigilando cada uno de sus pasos—. Cuidado con el último escalón, aún tengo que fijarlo con otro clavo —indicó sujetándolo de la cintura en cuanto lo tuvo a su alcance. Lo cogió en volandas y lo depositó despacio en el suelo—. Eso es, tranquilo.

Cuando Zac notó la arena bajo las suelas de sus zapatos, echó a correr en

mi dirección muy rápido y me dio un fuerte abrazo, uno tan grande y repleto de tanto amor que me hizo flotar.

—Te he echado mucho de menos —gimoteó ocultando su carita en mi vestido. Se me partió el corazón—. ¿Ya estás buena?

Acaricié su melena castaña con devoción, ocultando mis dedos entre sus mechones rebeldes y aspiré su aroma. Vinieron a mí tantos recuerdos... Atrapé sus mofletes con mis manos y con la mayor ternura del mundo, moví su cabecita hacia arriba para que pudiéramos encontrarnos con la mirada.

Le sonreí con dulzura.

—Sí. Estoy genial, lista para comerte a besos como me gusta hacer cada día —le respondí.

Sus pequeños ojitos se abrieron como platos al descubrir mi propósito y unos agudos grititos brotaron de su garganta cuando me abalancé sobre él y comencé a morder con cuidado su preciosa y tersa cara.

—¡Para! ¡Para! —gritó.

—No puedo, estás tan rico, tan rico que no puedo controlarme y tengo tanta hambre...

Hubiera parado el tiempo en aquel mismo instante, si existiera realmente la posibilidad de conseguirlo. Disfruté tanto escuchando su risa que me puse a cantar bien alto, sin ese miedo que siempre me había perseguido, que tanto me hacía temblar.

Y en ningún momento Owen me prohibió hacerlo.

Al contrario, y en contra de cualquier pronóstico, se unió a mí sonriendo de oreja a oreja.

Y el gozo de mi pecho se expandió por cada poro de mi piel, regalándome un recuerdo tan dulce que me permitió creer que quizás, no todo estaba perdido.

# Capítulo 10

Owen.

Solté los caballos dentro del cercado, atento a que ninguno se despistara en el camino, y los dejé trotar libremente durante unos minutos. Después de pasar toda la noche encerrados en la cuadra, correr conseguiría desentumecer sus músculos adormilados y los mantendría en forma para el paseo, ese que le había prometido al pequeño Zac.

Lo admito, juzgué mal a mi familia, ahora entiendo por qué ese niño había conseguido deslumbrarlos a todos. Era imposible escapar del amor que emanaba cada poro de su blanco y pequeño cuerpo. Su dulzura, inocencia y cariño me habían encandilado tanto como su madre.

En otro momento y lugar enamorarme de una madre soltera habría sido algo inverosímil. Sin duda, habría descartado la idea tan solo pensarla y me habría reído de mí mismo cuando me encontrase ingeniando una buena excusa para no volver a verla. Era simple y sencillo, rehusaba todo aquello que no fuese un buen polvo sin responsabilidades. Demasiadas desempeñaba ya en mi trabajo.

Ahora había descubierto cuán equivocado estaba.

Me había pasado los últimos años de mi vida pensado y actuado como un completo gilipollas y me avergoncé de ello.

Regresar a Colter Bay había reseteado mi cerebro, como si de un viejo disco duro se tratase, archivando al prometedor cirujano en un pequeño rincón y resurgiendo al joven vaquero desinteresado, enamorado y atento que siempre había estado oculto en mí. Y debo admitir que me gustó volver a encontrarme con el joven y aventurero Owen Brooks, me devolvió la sonrisa y me ayudó a lanzarme al ruedo sin ningún miedo que temer.

Por primera vez en mucho tiempo me sentía dichoso, feliz. ¿Por qué iba a darme la vuelta ante aquella oportunidad que se me presentaba? Me olvidé de los contras, por una vez, y decidí actuar.

Cerré la valla del cercado atento a las carreras de los caballos y me dirigí

al porche de la casa del rancho. Era temprano, demasiado temprano para verlos aún aparecer y decidí que una buena taza de café conseguiría calmar esos nervios que me devoraban por dentro. Al subir las escaleras de madera, me encontré con el escrutinio de dos pares de ojos que consiguieron inquietarme.

—Eh, abuelo, ¿no crees que *olifant* se ha arreglado demasiado esta mañana? —mencionó Bobby con una amplia sonrisa en su cara. Buscaba rabiarme, no había que ser demasiado listo para saberlo.

Bajo el techo de la casa, sentados en dos viejas mecedoras de madera, desconchadas y sin pintura, Menelik y Bobby se balanceaban sin prisa, disfrutando de la ligera brisa de la mañana. Me mordí la lengua e ignoré a mi hermano. Era demasiado temprano para comenzar el día con una discusión.

Menelik no dijo nada. Continuó contemplando el horizonte, respirando acompasadamente, obviando cualquier comentario que salía de nuestros labios.

—¿De verdad piensas que tu plan funcionará? —preguntó Bobby acechándome con su mirada. Dejó escapar una sonrisa altanera y se recostó en el respaldo de la mecedora a sus anchas—. Eres patético. No lo conseguirás, *olifant*. No lo permitiré.

—Deja de llamarme así, nunca me ha gustado —gruñí.

—Yo no tengo la culpa de que el abuelo te haya bautizado con el nombre de un animal que no te gusta, ese es tu problema. Yo, por ejemplo, no tengo quejas —murmuró complacido sin apartar los ojos de mí.

—Claro, ¿quién va a quejarse de ser comparado con un león? —protesté poniendo los ojos en blanco.

Bobby levantó los hombros, extendió los brazos y sonrió con más énfasis.

Lo analicé durante unos segundos y aquella actitud arrogante me sorprendió. De niño, cuando corría tras de mí en busca de protección, nunca se comportó de aquella manera, y ahora, después de tantos años sin verlo, se había transformado en un hombre que se alzaba ante mí como un completo desconocido.

Desafiante.

Arrogante.

Posesivo.

¿Qué había pasado con el pequeño e inocente Bobby Brooks?

Suspiré apenado, pero le mantuve la mirada con firmeza. No estaba dispuesto a permitir que él, ni nadie, truncaran el día espléndido que tenía organizado en mi cabeza.

No, no lo consentiría.

Bobby se levantó de la mecedora en un impulso, dejando atrás la taza de café que descansaba sobre el suelo, a un lado de sus pies, vestidos con unas viejas botas camperas, y caminó lentamente hacia mí, desafiándome con aquellos ojos claros, tan parecidos a los míos. Cuando nos encontramos uno frente al otro, irguió la espalda, sacó pecho y me amenazó.

—Si crees que conquistando a Zac, la conseguirás a ella... —negó con su cabeza y los rizos oscuros de sus cabellos, se balancearon levemente—. Isabella es una mujer muy especial. Zac es un niño único, y yo no te voy a consentir que destruyas sus vidas, que juegues con sus corazones prometiéndoles un futuro que no podrás darles. Porque, ¿qué crees que ocurrirá cuando eches un polvo con ella, hermano? ¿Crees que podrás apartarla de tu vida tan fácilmente, como haces con cada una de esas mujeres con la que te diviertes en San Francisco?

—Yo no busco un polvo de una noche —me defendí—. Yo... me he enamorado de Isabella, Bobby, me he enamorado como nunca antes he hecho con otra mujer —confesé—. No pienso apartarla de mi vida, ni a ella, ni a Zac.

—¿Seguro? ¡Y un cuerno! —bufó. Se acercó un poco más a mí, intimidándome—. Dime, ¿cómo lo harás? ¿Cómo conseguirás que sean felices? ¿Acaso te lo has preguntado? ¿Dejarás tu brillante carrera profesional para regresar a Colter Bay y vivir juntos y comer perdices?

—Ni siquiera sé si ella quiere estar conmigo —murmuré—. Aunque sería una posibilidad.

—¿De verdad? —preguntó.

Afirmé en silencio.

—O podríamos elegir otra opción. Vivir todos juntos en San Francisco, es una gran ciudad, repleta de muy buenos colegios para Zac y de multitud de puestos de trabajo para ella. Puede estudiar una carrera y conseguir ser alguien en un futuro próximo —comenté.

—Ella ya es alguien aquí, no te olvides de ello. No todos podemos ser

grandes y brillantes cirujanos de trauma. A algunos no nos hace falta llegar tan alto para sentirnos realizados —apostilló.

—No me refería a eso, claro que es alguien, todas las personas lo somos. Nunca he menospreciado a nadie por su estatus social o su profesión. No le des la vuelta a la tortilla. Solo pensaba en las posibilidades que ofrece una gran ciudad. Si ella quiere, allí podría estudiar lo que más le gustase y trabajar en algo que le apasione de verdad —expliqué.

Bobby me fulminó con la mirada y cerró la boca.

No, aún no había acabado la conversación, lo conocía demasiado bien.

—¿Y qué sucederá cuando les falles? Porque ocurrirá. Como pasó conmigo... ¿Qué harás cuando no puedas cumplir tus promesas porque el volumen de trabajo no te lo permita? ¿Y cuando tengas que salir de viaje para acudir a esas conferencias internacionales que duran tantos días? ¿Qué crees que pasará cuando dejes de asistir a los partidos de béisbol del pequeño Zac, o cuando no puedas estar en su fiesta de cumpleaños? —me interrogó—. Te lo diré yo. Les romperás el corazón y les harás llorar, maldecirán su nueva vida y les robarás la oportunidad de crecer en el lugar donde deberían haberlo hecho.

—¿Junto a ti? —ironicé.

Lo vi tensar la mandíbula. Le dolió.

—No podrás hacerla feliz —declaró Bobby con convicción. Un destello de desilusión salpicó sus grandes ojos.

Recibí un golpe seco en el pecho, como si las palabras de mi hermano se hubieran transformado en una patada invisible.

Esta vez fue a mí a quién le dolieron las palabras.

Suspiré.

Descubrir que tenía razón escoció, pero más lo hizo comprobar lo mucho que se preocupaba por ella, porque me demostró cuánto la quería. ¿Se había enamorado él también de Isabella? ¿Acaso tendríamos que competir por su amor?

Pensar en esa posibilidad me entristeció.

«No, no puede ser. Jamás saldría con alguien tan joven, me lo dijo», recordé.

No dije nada, me limité a contemplarlo lo más serenamente que pude, evitando que la rivalidad que parecía haber crecido entre nosotros llegara a



más y descubrí que nada iba a ser tan fácil como me había imaginado.

—Quedas avisado. Déjala en paz —me advirtió cuando pasó por mi lado y chocó adrede con mi hombro.

Bajó las escaleras del porche, atrapó un par de ovillos de heno y comenzó a repartirlos a los caballos para que comieran.

Gruñí enfadado.

—No estás siendo inteligente, *olifant* —pronunció la voz ronca de mi abuelo—. Te has separado de la manada y así conseguirás morir solo, como hace el animal al que representas.

—¡Dios, abuelo, deja de compararme con un maldito elefante! No son más que grandes mamíferos torpes y lentos —escupí alterado frunciendo el ceño—. ¡Y no estoy solo! ¿Cuándo vas a darte cuenta de ello?

—¿Cuándo lo harás tú? —los oscuros y experimentados ojos de Menelik me retaron y tuve ganas de golpear el pilar de madera que se alzaba impasible a mi derecha.

Me contuve.

¿Acaso todos se habían puesto de acuerdo para fastidiarme el día?

—¿Por qué elefante, abuelo? ¿Por qué no pudiste elegir otro animal más fiero, que diera miedo? —le pregunté resignado.

—Porque tú no eres fiero, ni das miedo —respondió. Resoplé por la nariz—. ¿Cuándo vas a dejar de menospreciar tu apodo y alabar sus virtudes, las tuyas? —No dije nada. Tomé aire por la nariz, le di la espalda a mi abuelo y me dispuse a contemplar el horizonte, como había hecho él minutos antes. Oí cómo se levantó tras de mí y arrastró los pies hasta colocarse a mi lado, apoyó sus delgadas manos en la baranda de madera y perdió la vista en el paisaje que nos rodeaba. Suspiró apesadumbrado—. De todos los animales terrestres el elefante es el que tiene el cerebro más grande y tiene avanzadas habilidades cognitivas. Son altruistas, se sacrifican por la manada, se automedican cuando se encuentran enfermos, sus relaciones sociales son muy íntimas, unas de las más complejas del reino animal, y sus lazos familiares únicamente se rompen con la muerte. Aprenden rápido y tienen una gran memoria. Son los más inteligentes. Tienen un corazón que le hace peso a su tremendo tamaño, ya que ellos no solo se enamoran, sino que incluso pueden llegar a morir por penas afectivas. Su cerebro privilegiado les permite sentir y expresar una serie de emociones de manera compleja, entre ellas el amor. El lazo entre la elefanta y

su cría, es uno de los más fuertes del mundo animal y es justamente esa capacidad para formar lazos casi a perpetuidad, lo que hace de los elefantes capaces de amar y sentir desamor o dolor cuando un ser querido es separado del resto. Los elefantes sufren del síndrome del corazón roto, sobre todo cuando se enamoran y su ser amado está en peligro o muere. Su amor es uno de los más verdaderos y fuertes del reino animal.

Abrí la boca sorprendido por aquellas revelaciones y pestañee aturdido unos segundos cuando giré la cabeza para encontrarme con mi abuelo.

—Nunca me lo habías dicho —murmuré sorprendido.

—Nunca me lo preguntaste —respondió.

Tenía razón.

No, no lo había hecho.

—Eres un ser brillante, Owen, pero no lo quieres ver. Te dejas influenciar por ese ego tan grande que te domina y te nubla el sentido común. Demasiados años perdiendo el norte —mencionaron con calma los labios de Menelik. Le dejé hablar. Había olvidado lo que se sentía al recibir un baño de realidad y sabía que vendría en mi ayuda—. Tienes un gran corazón, uno tan grande que no te cabe en el pecho, pero has olvidado darle vida y si no lo riegas, si no le permites amar, conseguirás que acabe marchitándose. El hombre ha nacido para amar, hijo, y lo has olvidado. Jamás alcanzaremos la plena felicidad si no entregamos nuestra vida por el otro, y qué mejor manera de hacerlo que por el ser amado, ¿no crees? Olvídate de tener miedo, deja de pensar que entregar tu corazón a otra persona te hará perder tu libertad masculina, no seas necio. No hay error más grande que ese. Sé valiente, déjales entrar en tu vida y protégelos, como buen *olifant* que eres. Escucha a tu corazón, te ha gritado bien fuerte para que le prestes atención, no solo con ella, sino con él...

Me quedé en *shock*.

—¿Cómo sabes que me he enamorado de ellos? —pregunté asombrado.

—Sé muchas más cosas de las que crees, *olifant*. Tantas que caerías de espaldas si te las contara —confesó.

Lo mire admirado. Totalmente pasmado.

¡Dios, cuánta sabiduría! ¡Cuánto embrujo africano! Me sentí orgulloso de tener aquel abuelo.

El ruido de unos neumáticos rodando por la gravilla del terreno que

rodeaba el rancho llamó mi atención, y erguí la espalda impaciente por descubrir a los visitantes. La pose altanera y el semblante complaciente de mi hermano me desvelaron de quiénes se trataban incluso antes de verlos llegar.

El viejo coche de Isabella irrumpió ante mis ojos despertando a mi adormilado corazón, que saltó de gozo tan solo al verlos y todas aquellas palabras que habían salido de boca de Menelik cobraron sentido.

Mucho sentido.

Por primera vez encontré una buena razón de peso para animarme a dar el paso y abrir mi corazón, abrirlo de verdad, de par en par, permitiendo que irrumpieran en mi vida aun poniéndolo todo patas arriba. Temblé de emoción. ¿De verdad estaba preparado? Algo dentro de mí me dijo que no me equivocaba, que debía hacerlo, aunque supusiera un riesgo.

Suspiré nervioso.

Bobby apenas tardó dos segundos en reaccionar, todo lo contrario que me ocurrió a mí, y salió a su encuentro para darles la bienvenida con una amplia sonrisa dibujada en su rostro. Entorné mis ojos cuando lo observé jugar con el pequeño Zac lanzándolo al aire y gruñí furioso cuando sus manos se posaron en la delgada cintura de Isabella. No me pasó por alto la mirada insolente con la que me retó cuando ella pasó los brazos por su cuello para darle un cariñoso abrazo.

—Maldito descarado —bufé.

Sentí una mano cálida en mi hombro y miré hacia mi izquierda para encontrarme con mi abuelo. Me contemplaba detenidamente, atravesándome con aquellos negros ojos que tanta vida escondían.

—Ve a por ellos —susurraron sus labios.

—Pero Bobby...

—Solo se aferra a ella porque aún no ha encontrado a su verdadera alma gemela. Se han convertido en muy buenos amigos. Te fuiste, te necesitó, no apareciste, ella llegó y te suplió. La tiene idolatrada.

—Eso es malo —me quejé—. Sufrirá si me interpongo entre ellos.

—Lo hará si te la llevas contigo y desaparece de su vida.

Enmudecí.

—*Sacarió* al frente, preparado para aprender —la voz chillona de Zac rompió el ambiente privado que se había creado en el porche, devolviéndonos

a la realidad, sacándonos una sonrisa de nuestros fruncidos labios. Cuando me di la vuelta, me lo encontré con la mano en la frente, cual saludo de un soldado, mirándome con devoción.

Me contuve ante aquellos ojitos castaños que me desestabilizaron en apenas un segundo. ¿Cómo me había rendido tan fácilmente?

—Se dice saqueador —le corregí.

—¿Y qué es lo que he dicho? —preguntó levantando sus manitas al aire.

Puse los ojos en blanco.

—¡*Dapper*, pequeño pirata, cuánto has crecido! —murmuró mi abuelo a modo de saludo.

Zac sonrió, se acercó a él y lo abrazó. Acto seguido corrió hacia mí, sujetó con sus pequeños dedos mi mano y tiró con fuerza hacia el cercado.

—¡Vamos! ¡Vamos! ¡Enséñame ya! —rogó nervioso.

Sonreí.

—Está bien, no hagamos esperar más al pequeño saqueador —mencioné dejándome guiar por él.

—Disfruta, *olifant*, en eso consiste la vida —murmuró Menelik mientras regresaba a su vieja mecedora—. Disfruta.

Había olvidado qué se sentía al estar sobre el lomo de un caballo, había permitido que aquellas excitantes emociones se disiparan como el humo de un cigarro, llevándose bien lejos una de las experiencias más bonitas de mi infancia. Y me lamenté de ello en cuanto coloqué a Zac delante de mí, sobre la silla de montar. Anclé mis pies en los estribos para obtener mayor comodidad al cabalgar y sujeté las riendas con fuerza.

No podía ver su carita porque estaba de espaldas a mí, pero estaba convencido de que sería todo un poema de sensaciones eufóricas, porque podía sentir su respiración entrecortada, su pulso acelerado y sus continuos suspiros de sorpresa.

Dimos varias vueltas al cercado, permitiendo que el animal se adaptara a nosotros y viceversa, y cuando comprobé que no había peligro, le tendí las riendas a Zac.

—Ahora mandas tú —susurré en su oído.

—¿Yo? —me preguntó sorprendido girando su cabecita hacia atrás para encontrarse conmigo. Sus risueños ojos y su pequeña boquita se abrieron de

par en par completamente incrédulo.

Me encantó aquella expresión dibujada en su cara.

—Sí, tú. Ahora eres el jefe —murmuré—. Vamos, cógelas. Eres capaz de hacerlo —le animé.

Despacio, agarró las correas de cuero y cerró sus puños con fuerza.

—¿Así? —me preguntó.

—Eso es, sujétalas bien fuerte. Así —coloqué mis manos sobre las de él y apreté con cuidado de no hacerle daño, para que entendiera cómo tenía que hacerlo—. Ahora ponte recto, mira hacia el frente y dirige a Arizona. Cuando quieras girar a la izquierda, tira de esta rienda —le mostré cómo hacerlo. No necesitaba saber nada más, estábamos en un cercado, solo había dos direcciones que tomar, recto y a la izquierda para girar en círculos. Era sencillo.

Zac afirmó con su cabeza y yo solté sus manos para dejarle libre en su aventura.

Recordé con una nitidez asombrosa el día que enseñé a Bobby a montar, hacía ya varios años, y la nostalgia se apoderó de mí. La relación con mi hermano había sido tan estrecha que me afectó seriamente la distancia que de repente había aparecido entre nosotros. Claro que gran parte de la culpa la tenía yo, por no haber ni siquiera intentado mantener aquella mágica relación, por haberme centrado de lleno en mi profesión, por olvidarme de todos, excepto de mí mismo.

Una sacudida zarandó mi pecho, obligándome a recapacitar. ¿Ocurriría lo mismo con Zac? ¿Se sentiría traicionado cuando regresase a San Francisco? Porque regresaría, tenía que hacerlo, estaba de vacaciones. A no ser que una buena razón...

Suspiré apenado.

—¡Mami! ¡Mami! —gritó. No quiso soltar su agarre por miedo a caer, lo resguardé entre mis brazos para que se sintiese más protegido—. ¡Mira lo que hago! ¡Yo solo!

No pude contenerme y dirigí mi mirada hacia ella. Llevaba toda la mañana deseando hacerlo. Contemplar aquella sorpresa dibujada en su rostro me hinchó de orgullo y me sentí feliz. Afortunado. Era tan bonita... La vi acercarse al cercado con una amplia sonrisa en sus labios, unos labios que aun en la distancia me resultaron perfectos para saborear. Estaba arrebatadora con

aquel vestido de tirantes que caía hasta sus pies, con ese estampado floral resaltando desde la distancia. Me gustó que llevara el pelo suelto. Alzó la mano en el aire para saludarnos.

—¡Oh, Dios mío! ¡Qué bien lo haces! —pronunció alegre.

Se le caía la baba. Solo hacía falta observarla para darse cuenta.

Me encontré con sus bonitos ojos caramelo y una intensa mirada me traspasó el alma.

Me miraba a mí.

El estómago me dio un vuelco.

Tuve ganas de saltar de la silla y abalanzarme sobre ella.

—Gracias —susurraron sus rojos labios. Se llevó una mano al pecho y se emocionó.

Me derretí.

Le dediqué un ademán con mi cabeza, a modo de agradecimiento y continué contemplándola en silencio.

Bobby la siguió unos pasos por detrás y se acarameló a su lado al llegar al cercado. Me ignoró por completo y saludó a Zac moviendo los dedos de su mano. Después cuchicheó algo demasiado cerca de su oído, para darme celos, y ella rio divertida.

Lo consiguió.

—Tiene nombre de chica —mencionaron los labios de Zac.

—¿Eh? —no prestaba atención. Andaba demasiado centrado en aquellos dos.

—El caballo, tiene nombre de chica —volvió a repetir.

—Oh, eso. Sí, tienes razón. Será porque lo es —le contesté.

Me sorprendí de lo rápido que aprendía. Se le daba bastante bien montar a caballo.

—¿Es una *caballa*? —me preguntó impresionado.

—Se dice yegua —le corregí—. A los caballos hembras, se les llaman yeguas. Y esta, pequeño saqueador, es nuestra yegua Arizona. Lleva en la familia desde que tenía doce años —expliqué acariciando el cuello del animal.

Vinieron a mí tantos recuerdos.

—¡Hala, sí que es vieja! Tanto como tú —parloteó Zac asombrado.

—¿Perdona? ¿Acabas de llamarme viejo en mis narices? —Ladeé la cabeza para encontrarme con sus chispeantes ojitos y arrugué la nariz mostrando mi desacuerdo—. Pero si aún no he cumplido los treinta. ¡Serás pirata! —sacudí su pelo con cariño y dejé que su risa inundara mis oídos.

Me gustó tener a Zac entre mis brazos.

Mucho.

Demasiado.

Me hizo sentir especial. Muy especial.

Mi cuerpo tembló.

—Pues este viejo, como tú me llamas, sabe organizar las mejores acampadas del mundo y Arizona, sabe encontrar los lugares más divertidos —murmuré mirándolo de soslayo, fingiendo no prestar atención—. Aunque da igual, total, como somos tan viejos...

Sus ojitos castaños se abrieron de par en par, mostrando la fascinación que de repente le había invadido, y oculté una sonrisa en la comisura de mis labios.

—¡Por favor! ¡Por favor! ¿Podemos ir de acampada? —rogó uniendo sus manitas delante de mí con desesperación.

Sabía la respuesta que iba a darle antes de que me preguntase, me era imposible negarle nada, pero quise hacerlo sufrir un poco.

—Mmmm... no sé. Tendrás que preguntarle a tu madre. Hace poco que nos conocemos y no creo que ella acepte...

—¡Mami! ¿Podemos ir de acampada con Owen? —gritó a pleno pulmón cortando mi comentario.

Me quedé paralizado.

No imaginaba que aquel pequeño saqueador le preguntara a su madre a los cuatro vientos, allí delante de todos. No me pasó por alto la mirada airada con la que me fulminaron los ojos de Bobby. Tragué saliva.

Ni siquiera pensé en la posibilidad de que aceptara, mas sentir aquella adrenalina recorrer mi cuerpo a la espera de su respuesta, me insufló de vida. Me demostró que ella me importaba, más de lo que imaginaba.

Me armé de valor y la busqué con la mirada. Descubrí que me contemplaba

pensativa, como si le costase tomar una decisión.

Me ruboricé.

Era tan bonita, tan hermosa...

Entonces vi su cabeza afirmar en silencio, mostrando una sonrisa de oreja a oreja que me desconcertó tan rápido como el grito de victoria de Zac.

Nos íbamos de acampada.

Los tres.

Solos.

Juntos.



# Capítulo 11

Isabella.

Bostecé disimuladamente mientras rellenaba mi taza de café por segunda vez y di un gran sorbo, llenando por completo mi boca con aquel brebaje. El amargor que sentí en mi lengua me obligó a dibujar una mueca de desagrado en mi somnoliento rostro, y recordé que no le había puesto azúcar. Tragué aquel buche lo más rápido que pude, puesto que necesitaba la mayor cantidad de cafeína posible por mis venas y me froté la lengua con un par de servilletas de papel, en un vano intento de hacer desaparecer aquella amarga sensación.

—¿Has vuelto a olvidar echarle azúcar al café? —Me preguntó Maisha mientras dejaba caer su cuerpo en mi sofá—. Es la segunda vez que te pasa esta mañana. ¿Aún sigues dormida?

Cómo decirle que aún no había conseguido pegar ojo...

Zac se había emocionado tanto con la propuesta de la acampada, que Owen lo organizó todo para el día siguiente. Lo que provocó que mi estómago se encogiese por los nervios y el sueño se esfumase, dejándome multitud de minutos libres con los que fantasear a mi antojo.

¡Y, Dios, cómo lo hice!

Mentiría si dijese que mi cuerpo no reaccionaba físicamente cuando él se encontraba cerca, provocando ciertas palpitaciones en mi sexo que me obligaban a morderme los labios y a cruzar las piernas en un intento por hacerlas desaparecer. Hacía días que sentía una atracción irrefrenable hacia Owen, unas ganas locas por acariciar su terso pecho, sus musculosos hombros, su pelo, se habían apoderado de mí. Deseé que sus intensos ojos verdes me contemplaran solo a mí, y que sus cálidas manos me desnudaran como había hecho su mirada tantas veces. Fantaseé con el sabor de sus labios y mojé mis braguitas cuando lo imaginé sobre mí, hundiéndose lentamente.

Había olvidado lo que se sentía cuando se deseaba a otra persona. Y me gustó tanto...

Evocar de nuevo aquellos pensamientos trajo consigo una sonrisa boba que me apresuré a hacer desaparecer cuando descubrí a Maisha mirándome con una ceja arqueada. Me apresuré a dar otro sorbo a mi taza de café, con el propósito de evitar su exhaustivo escrutinio, y continué doblando las ropas de la colada, esparcidas sobre la isla de la cocina.

Murmuré entre dientes cuando volví a sentir el amargor del café en mi boca.

Escuché sus pasos acercándose hacia mí y respiré profundamente. La conocía demasiado bien y sabía que era incapaz de mantener la boca cerrada cuando algo le rondaba por la cabeza. Se plantó frente a mí, en el otro extremo de la isla con los brazos sobre la encimera, y me preparé.

—¿Qué me ocultas? —preguntó mirándome con detenimiento.

—¿Quién, yo? ¡Nada! ¿A qué viene esa pregunta? —me quejé.

Maldita intuición africana...

Maisha se puso de puntillas, colocó medio cuerpo sobre la encimera, extendió su brazo, abrió su mano y la movió en círculos alrededor de mi cara.

—Por ese aire que tienes —murmuró.

Aparté sus dedos de mi cara de un manotazo y fruncí el ceño.

—No sé de qué me hablas —bufé.

—Pues yo creo que sí, que lo sabes muy bien, pero te da vergüenza contármelo —comentó.

—Estás fatal, ¿lo sabías? —gruñí.

Puse los ojos en blanco y cogí otra prenda de vestir para doblarla.

—Está bien, si no quieres contármelo... —mencionó.

—No tengo nada que contarte —subrayé.

—Si tú lo dices...

Maisha bajó de la encimera, se pasó las manos por el pelo, lo peinó con sus dedos, recogéndolo en una coleta y se sentó sobre una de las banquetas que rodeaban la isla. No dijo nada más. Atrapó una camiseta de Zac y comenzó a doblarla.

Arrugué la nariz.

Nos mantuvimos en silencio unos minutos, hasta que terminamos de hacer la colada. Dejé las montañas de ropa a un lado, sobre el mueble, para guardarlas

más tarde y preparé dos tazas de café con leche, esta vez con azúcar. Le tendí una a mi amiga y nos centramos en sorber nuestras bebidas.

Se mostró moderada.

Demasiado.

Cuando terminó de tomarse el café, depositó la taza en el fregadero y se tumbó en el sofá. Colocó sus piernas en alto, sobre el reposabrazos, giró su cabeza hacia mi dirección y me acechó con la mirada.

—¿Qué le has hecho a mi hermano? Nunca le he visto babear tanto por una mujer.

Ahí estaba de nuevo.

—¿Qué?! —bramé. Estuve a punto de escupir el buche de café que había tomado.

Maisha arqueó una ceja y se quitó los zapatos.

—Venga ya, no me lo trago. ¿Qué hay entre Owen y tú?

—¿Entre Owen y yo? ¡Nada! ¡Absolutamente nada! Valiente tontería —resoplé.

—No es ninguna tontería —replicó.

—Sí, lo es —rebatí.

—No, no lo es. ¿Sabes por qué? — me preguntó. No le contesté—. Porque está deseando follarte.

—¡Maisha! Zac juega en el porche —le reprendí. Su sonrisa de oreja a oreja me noqueó—. Desde luego qué poco romántica eres...

—¡Oh, disculpa! Lo diré de otro modo —carraspeó exageradamente—. Porque está deseando besarte, acariciar todo tu cuerpo, oler tu pelo, contemplarte eternamente y... empotrarte en la pared. ¿Te vale así?

Dios, era incorregible.

La escuché descojonarse de la risa cuando descubrió mis mejillas sonrojarse y le di la espalda en un intento de evadirme de aquella disparatada conversación.

—Maldita piel blanca incapaz de sonrojarte con disimulo —murmuré entre dientes.

—¡Oh, vamos, no te enfades! No me creo que no te hayas dado cuenta —mencionó.

La ignoré. No quise contestarle. En realidad no sabía qué responder. Lo que me hizo pararme a pensar.

Resoplé.

Reconocí, aunque me costó admitirlo, que existía una gran atracción entre Owen y yo, una tan obvia, que hasta Bobby y Maisha la habían descubierto. Era innegable el cambio establecido entre nosotros. Tras el incidente del lago Jackson, Owen se había mostrado más comedido, atento y dulce, mucho más encantador que en nuestros primeros encuentros. Y aquello, hizo que los muros de piedra con los que nos habíamos presentado comenzaran a resquebrajarse.

Después, me había traspasado con aquellos ojos y...

—¿Estas visualizando cómo la tiene de grande? —me preguntó Maisha lanzándome un cojín a la cabeza.

Tapé mi cara muerta de la vergüenza.

Se rio a carcajadas.

—Dios, estás fatal —murmuré. Me agaché, cogí el cojín del suelo y lo coloqué sobre la mesa, junto a la pila de ropas dobladas y limpias—. ¿Desde cuándo estás tan caliente? ¿Acaso estás ovulando?

—Venga ya, ¿acaso tú no lo estás? Babeas por mi hermano, aunque intentas disimularlo. Estás deseando que te eche un polvo, la sola idea de imaginártelo te pone cachonda... ¡Vamos, confíesalo! —Maisha se levantó del sofá, caminó hacia la cocina, cogió un plátano del frutero y lo abrió lentamente delante de mí. Le dio un bocado, arqueó una ceja y sonrió—. ¿De verdad no lo deseas?

—Joder, Maisha, ¿en serio? No, no necesito que me echen un polvo —mencioné incómoda.

¿Cómo era posible que no le diera pudor hablar del miembro de su propio hermano?

No podía creerlo.

—¿Un polvo? ¿Qué es un polvo, mami? —me preguntó Zac ladeando su pequeña cabecita.

No lo había visto llegar. Me encontraba tan atónita con aquella absurda conversación que ni siquiera había escuchado sus pasos en la tarima de madera, cuando entró en casa. Sus pequeños ojitos pestañearon curiosos, y yo maldije en silencio.

—Eso, mami, ¿qué es un polvo? —repitió Maisha sonriendo de oreja a

oreja.

Estaba disfrutando de lo lindo. Alguna vez, se lo haría pagar.

Oh, sí. Lo haría.

—Te odio —susurré tapando los oídos a Zac. No podía creer lo que estaba ocurriendo.

—Lo sé —pronunció sin perder la sonrisa—. Pero no puedes vivir sin mí —me guiñó un ojo.

—Mami, ¿qué es? —Zac retiró mis manos de sus orejas y me miró impaciente.

—Se trata de una experiencia maravillosa, que te hace gritar tanto como cuando un pirata encuentra un gran tesoro —respondió Maisha en cuclillas frente a él—. Pero tu madre no está interesada, dice que no lo necesita.

—¿En serio, mami? ¿No quieres gritar de alegría? —Zac frunció el ceño y me miró extrañado.

Iba a matar a Maisha en cualquier momento.

—¿Sabes lo que pasa, Zac? —Mi hijo la miró y negó con la cabeza—. Para vivir esta experiencia se necesita otra persona, es muy difícil conseguirlo sola, aunque bueno, existe algunas maneras de... —Carraspeé molesta. Maisha entendió mi mensaje y cerró la boca. Aunque no tardó en proseguir con su alegato—. Yo le he sugerido que llame a Owen para no tener que hacerlo sola, pero no quiere. —Chasqueó la lengua y Zac abrió la boca sorprendido.

—¿No quieres gritar de alegría con Owen? ¿Por qué? Es supergenial. Sabe construir fuertes y montar a caballo, es divertido y hace muchas cosquillas en la barriga. ¿Qué más tienes que pensar? —Me preguntó.

Dejé caer la mandíbula.

—Eso, mamá, ¿qué más tienes que pensar? —repitió Maisha divertida.

Se acabó.

Menudo lío acababa de formar mi amiga. Divertido, sin duda, sobre todo para ella. Puse los ojos en blanco y suspiré. ¿Por qué se empeñaba en ponerme más nerviosa en aquel día?

—Zac, ve a tu habitación, cámbiate las sandalias por los botines, coge una sudadera y mete dentro de tu mochila una botella de agua. La vamos a necesitar cuando vayamos a montar. Deja de escuchar las locuras de tu tía o te olvidarás de ir de acampada —le ordené. Sus risueños ojos se abrieron de par

en par al escuchar mi amenaza y corrió sin demora pasillo arriba hacia su dormitorio—. Y tú... ponte los zapatos y desaparece de mi vista. ¿Cómo narices me haces esto minutos antes de quedar con tu hermano? —recriminé a Maisha con un dedo acusador.

—Solo intentaba ponerte a tono... y veo que lo he conseguido —sonrió satisfecha.

—Zac viaja con nosotros, ¿acaso lo has olvidado?

—Pues ahora que lo dices... Llevas razón —se mordió la lengua—. Esperad a que se quede dormido para montároslo. Seguro que no se entera de nada.

—¿Cómo?

Maisha levantó los hombros y me guiñó un ojo.

—Anda, vete de aquí si no quieres que te eche a patadas —murmuré empujándola hacia la puerta abierta—. Fuera, no quiero que tu hermano te vea cuando venga a recogerlos.

—Está bien, me voy —comentó colocándose sus zapatos en el rellano, antes de salir—, pero no te olvides de encontrar el tesoro de Owen, disfrutarás mucho con él —susurró antes de saltar al porche y correr por el sendero dirección al hostal.

Gruñí, sacudí la cabeza y cerré la puerta.

Incorregible, lo que yo decía.

Escuché sus carcajadas desde lejos y oculté una sonrisa en la comisura de mis labios.

El paseo a caballo me gustó mucho. Muchísimo. Tanto que cuando paramos en lo alto de una colina a descansar, se me quedó una cara de tonta que tardó largos minutos en desaparecer. Zac había flipado durante todo el trayecto al manejar él solo las riendas de Arizona, la yegua que Owen y él montaban juntos. Había sonreído tanto que sus mofletes debían dolerle, aunque no se había quejado en ningún momento. En un par de ocasiones decidió qué camino tomar, lo que le hizo pavonearse como un pavo real, y lo dejé ganar en aquella carrera que echamos antes de parar a almorzar. Estaba feliz, más que ningún otro día, pletórico, y Owen tenía mucho que ver.

Dejé de engañarme.

Me gustaba. Me sentía atraída por Owen. Tenerlo cerca estaba consiguiendo ciertas reacciones físicas en mi cuerpo que hacía mucho no sentía y sí, lo confieso, fue una sorpresa agradable descubrir que mi sexo tenía vida propia, pero sentí pudor y no supe cómo gestionarlo. Lo cual me obligó a replantearme mucho las cosas.

Estaba nerviosa y me negaba a reconocerlo, sería como darle la razón a Maisha y no, aquello no podía pasar. Sería incapaz de soportar sus continuas burlas si lo averiguaba. Solo de pensarlo sentí ruborizarse mis mejillas.

Procuré controlar mis emociones a lo largo del día, mantenerme al margen en la excursión esquivando sus miradas, aquellas que me devoraban en silencio, pero cuanto más tiempo pasábamos juntos, todo se hacía más difícil. Quise centrarme en Zac, estaba segura de que con él todas mis revolucionarias hormonas se apaciguarían al instante, devolviéndome la cordura que siempre me había caracterizado, pero Owen había eclipsado mi presencia sin querer y lo tenía embelesado con todas aquellas lecciones de la naturaleza. Le había enseñado el árbol más antiguo que conocía, un enorme pino de corteza blanca que ya existía cuando Menelik y su esposa se instalaron en Colter Bay. Habían distinguido a distintas especies de aves, encontrado el nido de una grulla blanca, divisado una manada de bisontes en las faldas de un valle y ahora, le había prometido enseñarle a cazar ranas.

No tenía nada que hacer. Owen había cobrado protagonismo en el mundo de mi hijo, y para qué negarlo, en el mío también.

Dejamos atrás la colina para buscar un lugar cómodo y raso cerca del lago donde instalarnos. Un poco de sombra donde cobijarnos del sol y descansar del largo paseo que tantas sonrisas nos habían sacado a todos.

Estaba siendo una maravillosa experiencia para Zac.

¿Sólo para él?

Owen decidió llevar a los caballos a la orilla, para que bebiesen y se refrescaran con el agua, mientras yo me dediqué a preparar la merienda bajo la sombra de un gran árbol. Zac no tardó en seguirlo, y la risa brotó de su garganta cuando Owen comenzó a salpicarle con aquella agua dulce que los rodeaba.

Una fresca brisa acarició mi cara y cerré los ojos. Quise parar el tiempo.

—¡Enséñame a nadar! —oí gritar a Zac mientras chapoteaba en el agua con los brazos, empapando todas sus ropas.

—Espera, cálmate o asustarás a los caballos —pronunciaron los labios de Owen—. Déjame que amarre sus correas en algún tronco, para que puedan descansar tranquilos y seré todo tuyo. —Zac afirmó en silencio y se quedó contemplándolo con devoción—. Ve buscando ranas, ahora mismo vuelvo.

Los ojos de mi hijo se iluminaron ante aquella idea y corrió a examinar cada palmo de la orilla, ajeno a la sonrisa que se dibujó en mi cara.

Intenté no mirarlo cuando comenzó a dirigirse hacia mí, de verdad que lo intenté, me centré en aquellos bocadillos de carne que dispuse en mi regazo, pero mis traicioneros ojos me obligaron a otearlo de soslayo y yo... me recreé en la vista. Vi cómo dedicó unos segundos a acariciar a los animales alrededor de sus cuellos, despacio, con ternura, susurrándoles al oído, asegurándose de que el sol no alcanzaba sus cuerpos y que la brisa los refrescaba. Me sorprendió descubrir cómo cuidaba con tanto esmero de aquellos caballos y me inspiró confianza. ¿Qué persona que ama a los animales puede hacer daño a alguien? A escondidas, mientras continuaba de espaldas a mí, decidí examinar su cuerpo con más detenimiento y me resultó una tarea de lo más gratificante. Lo analicé de arriba abajo y fantaseé con él, de nuevo, mientras lo hacía. Me gustó su pelo corto y oscuro, con aquellos rizos pequeños y escondidos tan característicos de sus orígenes africanos. Me pregunté qué tacto tendría entre mis dedos. Babeé con su ancha espalda y sus fuertes brazos que podían distinguirse con claridad bajo su camiseta empapada de agua. Tuve que controlar mi repentino impulso para ir hasta él y tocar esos bíceps que me llamaban en silencio. Me mordí el labio cuando contemplé su culo prieto y disfruté con sus robustas piernas. Tenía un cuerpo de infarto, muy parecido al de Bobby, pero solo con Owen sentía aquel deseo incontenible.

Dejé a mi mente divagar más de lo preciso y su voz me sorprendió.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó. Se colocó frente a mí de cuclillas y me contempló con detenimiento.

Estaba cerca, muy cerca.

—Aja... —susurré como una tonta.

Extendió su mano, atusó mi melena y colocó un mechón detrás de mi oreja. Un vuelco en el estómago me obligó a tragar saliva.

—Genial, eso es lo que quiero —pronunció despacio esbozando una sonrisa arrebatadora que me cortó la respiración—. Estoy aquí para lo que necesites —musitó, antes de incorporarse y quitarse la camiseta mojada



delante de mí—. Para *todo* lo que necesites —repitió.

Ver aquellos pectorales desnudos a pocos centímetros a mi alcance, me desestabilizó. Menudo cuerpo. Sus ojos verdes me traspasaron con una intensidad abrumadora y una repentina sacudida humedeció mi sexo.

Me dejó fuera de juego.

Me mordí los labios y asentí en silencio muy rápido, tanto que casi estuve a punto de marearme.

—¿Te importa? —me preguntó tendiéndome su camiseta mojada.

Alargué mi mano, cogí su ropa y me quedé contemplando aquel cuerpo esculpido caminar de vuelta al lago.

—Maldita abstinencia —murmuré entre dientes.

Me pareció escuchar una carcajada, pero los gritos que Zac comenzó a dar cuando lo vio llegar, me impidieron averiguarlo.

Después del repentino baño, la búsqueda de ranas y la rápida merienda, montamos la tienda campaña. Jamás había dormido en una de ellas. Nunca había ido de acampada, y si ocurrió en mi infancia, no lo recordaba. Me resultó divertido, aunque nos llevó más tiempo del que había imaginado. Mi incapacidad para interpretar el manual de instrucciones junto con la falta de costumbre de Owen, nos llevó a deshacer algunos pasos y a aburrir a un emocionado Zac que no paraba de dar vueltas alrededor de nosotros.

Dimos de comer a los caballos unas cuantas zanahorias y nos sentamos sobre la manta para jugar a las cartas. No reparé en el tiempo y cuando descubrí la sombra anaranjada tiñendo nuestros cuerpos, me sorprendí.

Qué bonito paisaje a mi alcance.

Qué sensación tan maravillosa inundaba mi alma.

Era extraño, nunca me había gustado adentrarme en un lugar desconocido, me producía urticaria pensar en todas aquellas desventuras que nos acecharían, porque después de tanta vida en la calle, era capaz de asegurar que los lugares extraños nunca traían nada bueno. Sin embargo, con él cerca... el miedo desaparecía y un sentimiento de seguridad me envolvía, haciéndome creer que junto a Owen no había peligro que temer.

Sí, lo sé, era una auténtica estupidez, puesto que no podía prometer mi seguridad y la de mi hijo, él era humano, no un superhéroe de esos que tanto le gustaban a Zac, pero ese sentimiento que se había instalado dentro de mi

pecho, allí en mi corazón, me hizo creer en cualquier locura. Y esa, fue la primera de muchas.

No existían las acampadas sin historias que contar y Owen se animó a ello, mezclando fantasía con viejas fábulas que de niños nos contaban. Me gustó vernos juntos, sí, a los tres, y me emocioné cuando Zac descendió de mi regazo y se escondió entre los brazos de Owen.

Bostezó y alargó su manita hacia a mí. Se la agarré con cariño.

Tierno, como solo él podía ser.

—¡Menudo escondite! ¡Así es imposible encontraros! —oí a nuestras espaldas.

—¡Tía Maisha! —voceó Zac, abriendo los ojos de par en par, saltando de los brazos de Owen para correr hacia ella.

Maisha desmontó de su caballo y extendió sus brazos para estrujar a mi pequeño pirata. Dejó suelta las riendas del animal y caminó hacia nosotros con una sonrisa sospechosa en sus labios. Se agachó, cogió mi vaso de refresco y le dio un largo trago.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté arqueando una ceja—. ¿Ha pasado algo?

—Buah, estaba sedienta —respondió.

Owen escudriñó sus ojos y la miró seriamente.

—Maisha, ¿a qué has venido? —le cuestionó.

—He venido a llevarme a Zac. Tanhisa tiene una sorpresa que no puede esperar a mañana y me ha mandado a buscarlo —mencionó sonriente.

Demasiado.

¿Tanhisa? ¿Una sorpresa? Me resultó de lo más extraño. Me olía a gato encerrado.

—¿Una sorpresa para mí? ¿De verdad? —Zac gritó nervioso.

—Una bien grande —le contestó ella guiñándole un ojo—. ¿Qué me dices, nos vamos?

Mentiría si dijese que una repentina desilusión no se apoderó de mí cuando Zac comenzó a saltar loco de alegría. Había tenido demasiado tiempo para fantasear con Owen durante aquella excursión, que tanto aire puro me había ofrecido para respirar, y ahora, cualquier remota oportunidad de que ocurriera algo entre nosotros se había esfumado, tan rápido como una estrella fugaz.

Resoplé con disimulo y me puse en pie.

—Está bien, empecemos a recoger —murmuré con desgana.

—¡Oh, no! Tú no vienes con nosotros. No, no. —Los brazos de Maisha me sujetaron con fuerza y me empujaron lentamente hacia atrás—. Esta sorpresa es solo para Zac, tú te quedas aquí, con Owen.

—¿Qué? —bufé. De repente mi corazón comenzó a latir muy rápido—. Déjate de tonterías, es tarde. No voy a dejar que cabalgues sola con Zac por ahí. Podrías perderte —me quejé.

—¡Oh, por el amor de Dios! Conozco todos los senderos hasta el rancho de Menelik —Maisha puso los ojos en blanco—. Apenas hay diez kilómetros de distancia. He crecido aquí, Isabella, ¿acaso lo has olvidado?

Me mordí la lengua. Sí, tenía razón, pero no contaba con aquel imprevisto y el hecho de pensar en ello me hizo temblar de pies a cabeza.

—Tiene razón, *Ella*. No se perderán. Ni imaginas la de veces que hemos hecho este camino juntos cuando éramos unos críos —comentó Owen, incorporándose. Se acercó a Zac y le revolvió el pelo—. Maisha lo cuidará muy bien.

*Ella*, me había llamado *Ella*, lo había vuelto hacer.

Me derretí.

Nunca nadie había usado aquel diminutivo conmigo, y en sus labios sonaba tan dulce, tan especial, tan suyo...

—Yo... No sé qué decir... —murmuré.

—Di que sí —la petición de Owen me sorprendió. Mi pulso se descontroló—. Quédate conmigo, solo esta noche —susurró cerca de mi oído.

Dios, sentí que iba a desfallecer.

Me giré lentamente, temblando, para encontrarme con él. La determinación con la que me contempló pudo desnudarme en aquel mismo instante y sentí una arrolladora inseguridad. ¿De verdad me miraba a mí?

—Está bien, si Zac quiere ir... —susurré en apenas un hilo de voz.

—¡Oh, gracias, mami! —gritó abalanzándose hacia mí.

Besé su cabeza, le coloqué bien la camiseta y dejé que Owen lo subiera a lomos del caballo oscuro que acompañaba a Maisha. Mi amiga se acercó a mí y me lanzó una bolsa.

—Toma, puede que lo necesites —murmuró.

Arrugué el ceño. Abrí la bolsa y me topé con un neceser. Lo coloqué entre mis manos y lo abrí despacio. Entre medio de varias braguitas limpias, un cepillo del pelo, un bote de desodorante y un frasco de colonia, variadas unidades de preservativos se esparcían en su interior.

Abrí la boca totalmente perpleja.

La iba a matar. Decidido.

—Cuando lleguemos al rancho te mandaré un wasap, para que te quedes tranquila —mencionó Maisha, antes de montarse a caballo, dar la vuelta y marcharse.

Respiré nerviosa.

—Dejemos que mamá encuentre el tesoro de Owen —pude oír aun desde la distancia.

—¡Maisha! —le amonesté.

Una risa a mi espalda me confirmó que Owen lo había oído. Quise que me tragara la tierra.

—¿Owen tiene un tesoro? —preguntó Zac sorprendido.

—¡Oh, sí! Ni te imaginas los gritos que dará mamá cuando lo descubra —rio mientras desaparecía entre las sombras.

«Ay, Dios», pensé.

Me eché a temblar.

## Capítulo 12

Owen.

Me aseguré de comprobar, a través de la densa arboleda, que el camino que Maisha y Zac tomaron hacia el rancho de Menelik era el correcto y relajé los hombros cuando confirmé que no se habían equivocado. Respiré profundamente, convenciéndome de que todo estaba bien y decidí aprovechar al máximo aquella inesperada oportunidad que mi hermana nos había brindado. No tenía la menor idea de cómo había descubierto lo que sentía por Isabella, ni tampoco cómo había conseguido que ella aceptara pasar una noche a solas conmigo. Me quedé verdaderamente sorprendido. Por mucho que hubiese fantaseado con esa idea, cosa que hice en varias ocasiones, jamás imaginé que pudiera hacerse realidad.

Había aceptado quedarse conmigo.

A solas.

Ella y yo.

Temblé emocionado.

Contemplé su cuerpo, de espaldas al mío, y me maravillé de su perfección. Aquel amasijo de huesos parecía haber sido creado para mí, en mi justa medida, y un escalofrío recorrió mi espalda cuando admití que la mujer que se encontraba frente a mí, tenía encandilado a mi corazón.

Se encontraba nerviosa, como yo.

No quiso darse la vuelta por miedo a enfrentarse a mis ojos, que no habían dejado de vigilarla durante todo el día, y decidí ofrecerle su tiempo, todo el que precisara. Si su corazón se encontraba tan desbocado como el mío, iba a necesitarlo. No me importó ni me incomodó y decidí no presionarla.

No, nunca lo haría.

Caminé hasta la manta esparcida sobre la hierba y me senté. Trasteé con mi móvil y sonreí cuando una música cubrió el trocito de valle donde nos encontrábamos, creando un ambiente calmado y agradable.

Observé cómo se debatía consigo misma y agradecí su valentía cuando giró sobre sus talones y caminó hacia mí. Rodeó mi cuerpo y se sentó a mi lado, aunque no demasiado cerca como en realidad me hubiera gustado. No dijo nada. Intranquila se frotó las manos y comenzó a morderse el labio.

Sabía que no se quedaría tranquila hasta que no recibiera aquel mensaje de wasap que Maisha le había prometido, donde confirmara que su pequeño pirata se encontraba perfectamente. Sano y a salvo. Deseé que se relajara y solo se me ocurrió una forma de hacerlo. Levanté la tapa de la pequeña nevera que nos acompañaba, saqué dos botellines de cerveza, los abrí y le tendí uno. Levantó la mirada hacia mí y me sonrió tímidamente.

—Por nosotros —mencioné guiñándole un ojo.

Choqué mi cerveza con la suya y ambos le dimos un buen trago a las bebidas.

—Lo has hecho muy bien —murmuré pasado unos segundos, después de que el amargor de la cebada abandonara mi boca. Isabella ladeó su cabeza y me dedicó una mirada repleta de incertidumbre—. No ha debido ser fácil criar a un hijo sola. Te felicito. Zac es un niño encantador.

—Gracias, sí, lo es. —Contestó con modestia.

Dimos otro trago a nuestras cervezas y contemplamos el horizonte. Los rayos anaranjados del Sol habían cubierto de un color ambarino las aguas del lago, ofreciendo un paisaje insólito y muy romántico. Las montañas del fondo nos saludaron en silencio y yo tuve el presentimiento de que todo aquello había sido creado solo para nosotros dos.

La vi morderse una uña y con disimulo, todo del que fui capaz, me acerqué un poco más a ella.

—Estará bien. No te preocupes. Maisha lo adora, igual que el resto de la familia. No se dará cuenta de tu ausencia —comenté con la intención de aligerar su angustia.

—Sí, lo sé, pero no puedo evitarlo, me da pavor separarme de él —murmuró contemplándose los pies—. Como ves soy una madre demasiado protectora.

—¿Y qué buena madre no lo es? —le pregunté.

Sus grandes y rasgados ojos buscaron los míos y me contemplaron con detenimiento durante unos interminables segundos. El brillo que emanó de sus pupilas me advirtió que había tocado a su corazón y me perdí en sus ojos sin

poder remediarlo. Me fascinó la mezcla de colores que pintaban el iris de sus luceros y no supe confirmar si eran marrones o dorados. Lo que sí pude apreciar fueron aquellas vetas de un verde oliva que jugaban a entremezclarse entre aquella base tan maravillosa. Isabella movió sus pestañas lentamente, llamando mi atención, y abrió su boca arrastrándome a sus pies.

—Gracias —susurró.

—No hay porqué —comenté. Choqué mi hombro con el suyo y sonrió.

Tenía una sonrisa tan bonita...

El sonido de un estornudo hizo que Isabella pegase un brinco, y nerviosa, se inclinó sobre mis piernas para alcanzar su mochila, que descansaba a pocos centímetros de mí. Ni siquiera se dio cuenta, pero cuando sus caderas rozaron mi entrepierna una sacudida zarandeó mi miembro despertándolo.

Hice fuerza de voluntad y me contuve.

Pero la tenía tan cerca...

Isabella deslizó la cremallera de uno de los bolsillos de su mochila, sacó el móvil y leyó con premura el wasap que había recibido. Su suspiro de alivio me confirmó que se trataba de Zac.

—¿Todo bien? —le pregunté.

No quise tocarla, por más que lo deseara, por lo que coloqué mis manos sobre la manta, mientras me reclinaba ligeramente hacia atrás.

Dios, había deseado tantas veces en los últimos días tenerla sobre mí, que ahora que por fin sucedía, ella ni siquiera había recaído en ello.

—Sí —sonrió—. Ya están en el rancho. Me ha mandado una foto —comentó alegre tendiéndome el móvil para que pudiera verla.

No me moví. Evité todo cuanto pude el contacto entre nosotros y cerré la boca en un intento de reprimir los espasmos que comenzaban a martirizarme. Fue justo en aquel momento cuando descubrió la postura en la que se encontraba y su dulce cara, esa que me tenía encandilado, se sonrojó. Deprisa, retiró su cuerpo del mío, despejando mi entrepierna, y se sentó encogiendo las piernas en el otro extremo. Una expresión de bochorno se apoderó de ella y escondió su cara entre las manos.

—Joder, lo siento mucho, ni siquiera me he dado cuenta —se disculpó contemplándome a través de sus dedos.

—¿Por qué te disculpas? ¿Por esto? —Me señalé la entrepierna—. ¡Oh, no

te preocupes! No has sido tú, creo que mientras estabas encima ha debido picarme una abeja y por eso se me ha hinchado así...

Isabella cerró los ojos y contuvo una sonrisa.

—¿Una abeja? —me preguntó.

—Ajá, y ha debido ser una bien grande... —bromeé—. Así que, si me disculpas, voy a darme un baño. Creo que necesito unos minutos para que todo vuelva a su lugar.

La vi afirmar en silencio y apartar su mirada cuando me levanté. Chasqué la lengua, me hubiera gustado que me contemplara en todo mi esplendor. Me quité el pantalón allí mismo, lo dejé sobre la manta y me metí en el lago tan solo con mi bóxer.

La temperatura del agua me sentó muy bien pero no consiguió el propósito que buscaba. Por mucho que me esforcé en pensar en otras cosas que relajaran mi duro miembro, no pude lograrlo. Intenté dejar la mente en blanco, pero mirara donde mirara me la encontraba a ella desnuda sobre mí. A horcajadas en mi cintura dentro del lago, sobre las pequeñas piedras de la orilla, en el interior de la tienda de campaña, sobre la manta del picnic... Me esforcé en cambiar de ambiente y me centré en mi trabajo, pero cualquier rincón del hospital me parecía perfecto para rozarnos como dos adolescentes.

Maldije en silencio.

Haber sentido aquel contacto físico despertó mis instintos más sexuales y tenerla a ella a unos metros de distancia toda para mí, no me ayudó en absoluto.

—¿Mejor? —preguntaron sus labios.

Me mordí la lengua y negué con la cabeza.

Isabella se llevó una mano a la boca y arrugó la nariz.

—No, la nariz no, no puedo resistirme a ese gesto —resoplé.

Una sacudida en mi miembro brotó de nuevo y hundí mi cabeza en el agua.

La ahogadilla no solo me refrescó el cogote, sino que me hizo despertar y dejé de pelear contra mí. Tenía una maravillosa oportunidad delante de mis narices y no, no iba a desperdiciarla. Cuando salí al exterior y sacudí la cabeza para retirarme el agua de la cara, caminé decidido hacia la orilla, donde Isabella me esperaba algo inquieta, me acerqué a ella, la tomé de la mano y tiré suavemente de ella dirección al lago.



—Ven, nada conmigo —murmuré.

—No, no, no, al agua no, Owen, por favor —rogó tensando su espalda. Frenó sus pies en seco asustada.

Se resistió y negó con su cabeza.

—No tengas miedo, yo estaré contigo —pronuncié con voz sosegada—. No te pasará nada.

—No puedo, Owen —gimoteó pretendiendo zafarse de mi agarre—. Tú no lo entiendes, me pasó algo hace mucho tiempo y desde entonces...

Le solté la mano e intenté tranquilizarla. Cuando se notó libre, deshizo varios pasos hacia atrás y se abrazó a su cuerpo. Vi como temblaba su labio y sentí una sacudida de dolor en mi pecho.

—¿Confías en mí? —Me acerqué a ella y le froté los brazos con mis manos, con sumo cuidado.

No contestó y supe que no se encontraba bien. La escuché sorber por la nariz y levanté su mentón con mi dedo índice.

—Eh, estamos aquí para disfrutar. Si no quieres meterte en el agua, no pasa absolutamente nada, ¿me oyes? —mencioné con voz calmada. Por nada del mundo la obligaría a hacer algo que no quisiera—. Yo solo quería que nos diéramos un baño.

—Me asusta el agua —confesó.

—Lo sé. Lo vi el día que te rescaté del lago cuando regresábamos de Lizard Creek —pronuncié contemplándole con detenimiento—. ¿Qué te pasó? ¿Caíste al agua desde algún lugar, quedaste atrapada y no pudiste salir?

Negó con su cabeza.

—¿El barco donde ibas se hundió y tuvieron que ir a rescataros?

Volvió a negar con la cabeza.

—¿Alguien quiso ahogarte?

No me miró. No pudo. Agachó la cabeza, la apoyó en mi pecho y comenzó a llorar.

Se me partió el corazón.

¡Dios, cómo dolía!

—¿Quién fue, Isabella? ¿Quién intentó ahogarte?

Negó con su cabeza y continuó escondida entre sus manos.

Me enfadé. No con ella, jamás podría hacerlo, sino con aquel mal nacido que tocó su precioso cuerpo y decidió un buen día, destrozarse su vida. Noté cómo la ira crecía dentro de mí y apreté los dientes con fuerza, tensando mi mandíbula.

—Eh, mírame —le pedí—. Dime quién fue. Déjame ayudarte.

—No, no puedo. Debo proteger a alguien — murmuró en apenas un hilo de voz—. Nadie debe saberlo. Si esa persona se enterase algún día de todo lo que hizo conmigo... moriría. Y no, no puedo permitirlo.

Sus grandes ojos me miraron fijamente rogándome en silencio que guardara aquel secreto. Me atormentó ver los fragmentos de su alma hecho añicos, allí delante de mí, y gruñí.

—Fue él, ¿verdad? El padre de Zac... —mencioné.

El desconsuelo que la invadió, me lo confirmó. Sus hombros comenzaron a sacudirse y un llanto arrollador se apoderó de ella.

«Maldito hijo de puta», pensé.

Rodeé con mis brazos su delgado cuerpo y la abracé con la mayor ternura que encontré, resguardándola en mi pecho, donde debería haber estado siempre.

Dejamos correr el tiempo, sin prisa, sin ninguna prisa.

Le acaricié el pelo con suavidad, entrelazando mis dedos por su castaña melena y continué sujetando su espalda con fuerza, ofreciéndole el apoyo que necesitaba. Quería que supiera que estaba allí, con ella, preparado para protegerla de cualquier peligro. Dispuesto a entregar mi vida por ella, decidido a compensarle cada día de su vida.

¿Por qué? ¿Por qué había tenido que encontrarse con semejante alimaña en su vida?

—Lo siento —murmuró—. Por estropear este momento. No... tenía pensado hablar de... Todo ha surgido tan de repente, que...

Deposité un casto beso en su frente y la abracé con más fuerza.

—No pidas disculpas. Tú no tienes la culpa —mencioné. Enterré mi nariz en su melena y me deleité con su aroma—. Dios, qué bien hueles...

Atisé una sonrisa en la comisura de su boca y me sentí feliz. Si había podido hacerla olvidar aquel trauma por un segundo, había merecido la pena pasar todas aquellas horas junto a ella.

—¿Qué te apetece hacer? —le pregunté. Deshice nuestro abrazo por un segundo y la contemplé con devoción—. Dime lo que quieres y yo te lo daré.

La vi tragar saliva mientras su pecho comenzaba a subir aceleradamente y sentí un vuelco en el estómago. Noté una cálida caricia sobre mi torso, allí, cerca de mi corazón, y se me erizaron todos los vellos de mi cuerpo. Estábamos tan cerca el uno del otro que nuestros alientos se entremezclaban. Reparé en cómo la mano de Isabella buscaba la mía y se la tendí con gusto. Entrelazó sus dedos con los míos y apretó con fuerza, haciéndose notar. Suspiré cuando sus pechos rozaron mi piel y me asombré cuando la vi colocarse de puntillas para unir sus labios con los míos.

—Bésame, a tiempo y a destiempo, y haz crecer lo que siento —musitó a un milímetro de mi boca.

Alcé las cejas sorprendido y la atravesé con mi verde mirada. Quería estar seguro de que ella sentía lo mismo que yo, que nada lo hacía por obligación y que lo deseaba de verdad. Cuando sus ambarinos ojos se fundieron conmigo, me armé de valor y di el paso.

Acuné su hermosa cara entre mis manos y acaricié con mi nariz la suya, lentamente, despacio, contemplándola sin prisas. Demostrándole que todo entre nosotros estaba bien, y después, cuando ella entrelazó sus dedos por mi pelo, me lancé a su boca con furor. Introduje mi lengua con premura y ella entreabrió su boca para recibirla. Gruñí cuando percibí su cuerpo pegado al mío buscando mi erección y morí lentamente.

La cogí en volandas y ella entrelazó sus piernas alrededor de mi cintura, colocándome sus pechos a la altura de mis labios. Me relamí gustoso y pasé mi lengua por su escote.

—¿Confías en mí? —volví a preguntarle.

Me miró fijamente un instante y yo, abrí mi alma por completo. Toda para ella.

—Sí —murmuró su boca.

Busqué sus labios de nuevo y pasé mi lengua por ellos, recreándome en su sabor, mientras con ella en brazos, me dirigí al lago. Cuando el agua alcanzó nuestras cinturas, noté las uñas de Isabella arañar mi espalda y supe que estaba asustada. La abracé con fuerza, para que supiera que no pensaba soltarla, y me dirigí hacia unas piedras que había cerca. Me apoyé sobre la más grande y dejé que sus pies tocaran el suelo, sin separarla de mí.

—Shhh, tranquila. Él no está aquí para hacerte daño. No voy a permitir que te pase nada —susurré en su oído y ella se emocionó—. Déjame demostrarte que no soy un mal tipo —le rogué.

—Nunca he dicho que lo fueses —replicó.

Sus manos bajaron hasta mi cintura y acariciaron mi espalda.

—Cierto, pero lo has dudado. Y si lo has hecho es porque te has encontrado con uno de ellos en el camino —manifesté. Acaricié su mejilla con veneración y pasé mis dedos por sus sonrojados e hinchados labios—. Déjame demostrarte que no todos los hombres somos iguales. Permíteme enseñarte lo diferente que soy de aquel que te ha infundido tanto temor. Concédeme amarte como mereces, *Ella*. Déjame ser tu refugio.

—Oh, Owen, ¿dónde estabas escondido? —formuló antes de perderse nuevamente en mis labios.

Una canción comenzó a sonar en el listado de reproducción de mi móvil, perdido entre la manta del picnic, y la vi sorprenderse cuando *Ever Enough* de A Rocket To The Moon sonó de fondo. Le sonreí y uní mi frente con la suya dejando que la letra de aquellas estrofas zarandearan nuestros corazones.

### *Ever Enough*

(¿Acaso es un fracaso?)

*No I'm never gonna leave you, Darling*

(No, nunca te abandonaré, amor)

*No I'm never gonna go regardless*

(No, nunca me iré pase lo que pase)

*Everything inside of me is living in your heartbeat*

(Todo dentro de mí, está viviendo en tus latidos)

*Even when all the lights are fading*

(Aun cuando todas las luces se estén apagando)

*Even then if your hope was shaking*

(Incluso, si tu esperanza estaba temblando)

*I'm here holding on...*

(Aquí estoy resistiendo...)

Nueve fueron las pecas que conté una a una mientras la contemplaba en silencio. Nueve, ni una más ni una menos. Y todas eran para mí. No me resistí y comencé a besar su cuello dulcemente. Al llegar a sus hombros aspiré el aroma de su cuerpo y retiré con mis dedos los tirantes de su vestido negro. Deshice el nudo del bikini que llevaba debajo y me deleité la vista con sus pechos desnudos.

—*Ella*, oh, mi *Ella*. Lo quiero todo contigo —jadeé antes de llevármelos a la boca y succionar con avidez.

Gimió tímidamente y escuchar aquel sonido brotar de su garganta hizo que mi erección creciera mucho más. La sujeté por la cintura, le di la vuelta y apoyé su espalda en la roca, atrapé sus manos, entrelacé mis dedos entre los suyos y las coloqué extendidas en alto a ambos lados de su cuerpo. La examiné de nuevo y me enamoré de ella. El deseo que la consumía me excitó tanto que me lancé a devorar cada resquicio de su cuerpo.

Coloqué mis manos en sus caderas, por debajo del agua y levanté su vestido, acaricié sus muslos y me perdí con uno de sus pezones, lo mordí con cuidado y chupé de él como había soñado tantas veces días atrás. La escuché jadear y exploté de gozo. Separé sus piernas, introduje mi mano por sus braguitas y busqué su clítoris. El gemido que nació de su garganta me indicó dónde se encontraba y me dediqué a masajearlo con ímpetu para regalarle el mayor placer posible. Isabella agarró con fuerza mi cabeza y comenzó a besar mi boca con avidez, me encendí más de lo que estaba e introduje varios dedos en su interior. Gritó y los saqué, para luego volver a sumergirlos de nuevo.

—¡Oh, Dios mío! —musitó.

—¿Quieres más? —susurré en su oído.

—Sí, mucho más —jadeó—. ¡Ya!

No le hice rogar. Volví a cogerla en brazos negándome a romper el contacto físico, salí del lago y la tumbé con mucho cuidado sobre la manta donde habíamos brindado con nuestras cervezas. Le quité sus ropas mojadas y me embelesé de su desnudez. Bajé mis labios hacia su barriga y comencé a dejar un reguero de besos por todo su abdomen. Cuando llegué a sus caderas, abrí sus piernas y pasé mi lengua por su sexo, provocando tal gemido que estuvo a punto de hacerme correr. Me deshice de mi bóxer y me quedé petrificado

frente a ella.

—*Ella*, no he traído condones... —pronuncié fuera de juego.

La vi sonreír e incorporarse, buscó algo alrededor nuestra durante unos segundos y estiró su brazo para atrapar un neceser. Ese que Maisha le había traído antes de marcharse. Lo abrió delante de mí y levantó una ceja.

—¿Cuál te gusta más? —me preguntó.

Su sonrisa lasciva provocó que mi cuerpo reaccionara de nuevo y una sacudida impactó mi miembro contra el suyo. Isabella suspiró y yo, me derretí. La dejé que me colocara el preservativo y lamí mis labios cuando la observé tumbarse bajo mi cuerpo y abrir las piernas para darme la bienvenida.

—Eres tan bonita... —mencioné besando sus rodillas. Deslicé mis manos por la parte interna de sus muslos y me cautivé con sus quejidos.

Sujeté sus caderas con convicción y la acerqué a mi entrepierna con lentitud, me gustó contemplar como mi pene se hundía en su interior mientras ella gemía con brío. Saqué mi miembro de su sexo y volví a penetrarla, esta vez con más ímpetu, buscando el mejor ritmo para nosotros. Me fascinó el jadeo que brotó de su boca y me abalancé sobre ella para devorarla. Bajé mi mano hacia su monte de Venus y volví a acariciar su clítoris, de arriba abajo, como parecía gustarle, me tumbé sobre ella teniendo especial cuidado de no dejar caer todo mi peso sobre su cuerpo y la embestí una vez más. Gruñí absorto de placer. Volví a hacerlo, otra vez, esta vez aumentando las acometidas y no paré hasta que la última estrella del firmamento escuchó el culmen de nuestros orgasmos.

Feliz, con una cara tonta y satisfecha, me dejé caer a su lado y pasé mi brazo por debajo de su cabeza para acercarla hacia a mí. Me sentí dichoso cuando noté sus brazos rodear mi cuerpo y su cabeza buscar un hueco bajo mi barbilla, resguardándose en mi pecho

Sonreí.

Besé su frente y descansamos a gusto, mientras la naturaleza nos envolvía regalándonos su belleza.

Cuando comenzó a refrescar, nos metimos en la tienda de campaña y el roce de nuestros cuerpos nos llevó de nuevo a la perdición. Pero esta vez le dejé hacer a ella y quedé atónito de sus movimientos de cadera cuando cabalgó sobre mí. Adoré su cuerpo y disfruté de sus orgasmos, más que un niño pequeño el día de Navidad. Se desmoronó sobre mí y acaricié su espalda

desnuda hasta que el sueño la venció. Parecía encontrarse tan segura a mi lado que mi labio tembló.

Se sentía a salvo conmigo.

Me emocioné.

Me deleité con la combinación de colores que crearon nuestras pieles juntas y suspiré agradecido a Dios por este regalo que consiguió sacarme de mi comodidad, que obligó a latir a mi corazón de nuevo. Si no hubiera regresado a Colter Bay no la habría encontrado a ella, ni lo hubiera conocido a él, el pequeño saqueador, y mi vida habría acabado vacía y sin sentido. Porque ahora que los conocía sabía que había nacido para estar con ellos, para formar parte de su mundo.

Me acomodé sobre el saco de dormir, cubrí nuestros cuerpos desnudos con una sábana y me quedé contemplándola decidido a retener en mi memoria cada rasgo de su delicada piel.

# Capítulo 13

Isabella.

Abrí los ojos lentamente para acostumbrarme a la luz y me encontré rodeada por los brazos de Owen. Sonreí. Mi cabeza había encontrado el hueco perfecto en su pecho, allí, muy cerca de su cuello, levanté mi nariz y acaricié su mentón lentamente, aspirando su aroma.

¡Dios, que bien olía!

Noté cómo se removía debajo de mí y cómo una de sus manos entrelazaba los dedos entre mi melena revuelta. Me gustó. Sin embargo, fue aquella tierna caricia en mi cara lo que acabó enamorándome. Nuestros ojos se encontraron a mitad de camino y me sorprendí al descubrir aquel brillo resplandecer en los suyos. Me penetró intensamente con sus grandes y almendrados ojos verdes y sentí que mi corazón daba un vuelco. Uno tan grande que me dejó sin respiración.

—Eres preciosa —susurró rozando mis labios.

Me estremecí.

Le sonreí tímidamente.

Se acercó un poco más y besó mi nariz, para luego comenzar a dejar un reguero de dulces besos por toda mi cara. Besos sinceros, repletos de mucho amor. Dejé que lo hiciera. Era sin duda uno de los gestos más dulces y románticos con los que me había encontrado.

Me emocioné.

«No te enamores, Isabella, no lo hagas. Se marcha en unas semanas», me dije.

Pero ya era demasiado tarde.

Ese apuesto y atractivo mulato de ojos verdes, cirujano e hijo de los dueños del hostel donde trabajaba, hermano de mi mejor amiga, Maisha, y de



aquel que había conseguido sacarme de nuevo la sonrisa después de mi pasado gris, Bobby, nieto del hombre más sabio que conocía, de mi familia, había entrado en mi alma con una fuerza bruta capaz de mover montañas.

Y yo no pude negarme a ello.

No, no quise hacerlo.

Mi garganta emitió un gruñido de placer cuando sus dedos comenzaron a recorrer mi espalda suavemente, regalándome caricias repletas de devoción en cada palmo de mi piel. Cerré los ojos, rodeé su cuello con mis brazos y lo abracé con fuerza. Quise fundirme de nuevo con él. Owen acercó sus labios y yo los atrapé con avidez.

—Dios, me vuelves loco —susurró con voz ronca contra mi boca.

Sentí como una de sus manos bajaba hacia mi nalga y apretaba con fuerza, sin provocarme daño. Reí cuando sentí su erección en mi vientre.

—¿Eso significa que te alegras de verme? —le pregunté juguetona.

—¿El qué? ¿Esto? —pronunció mientras me sujetaba por las caderas y me acercaba más hacia él, obligándome a sentir mucho más su miembro duro y palpitante—. Que va, esa debe ser la abeja de anoche que no contenta con lo que probó ayer, viene a buscarme de nuevo —bromeó divertido.

—Oh, vaya... y yo que creía que lo que querías era echar otro polvo conmigo —chasquéé la lengua—. Entonces lo mejor será que te deje aquí solo con tu querida abeja, no quiero ser yo la que rompa vuestra maravillosa relación.

Deshice nuestro abrazo, me coloqué de rodillas, gateé hacia la salida de la tienda de campaña, reculando lentamente, sin apartar los ojos de él y salí al exterior.

Owen levantó una ceja, desconcertado y dejó caer su mandíbula.

Sonreí ladinamente.

No lo vi venir. De repente unos brazos me sujetaron por detrás, rodeando todo mi cuerpo y me levantaron en volandas.

—Ven aquí —murmuró mordiendo el lóbulo de mi oreja—. ¿A dónde crees que vas? No puedes soltar esa bomba e irte de rositas.

Mi garganta emitió un grito de sorpresa y me agarré con fuerza a sus hombros. Sus bíceps se habían acentuado por el peso de mi cuerpo y se me cayó la baba de la boca.

—¡Owen, no, al agua no, está muy fría! —rogué en cuando lo vi entrando en el lago. El agua salpicó mis muslos y todos los vellos de mi piel se erizaron.

—No hay nada mejor que un buen baño por la mañana —me sonrió guasón y continuó andando hasta que el agua alcanzó nuestras cinturas.

—¡Oh, Dios mío! ¡Está helada! —me quejé.

—¿Pero qué dices? Está buenísima —sonrió y después me soltó permitiendo que mis piernas tocasen el suelo.

—¿Estás loco, lo sabes? —negué con la cabeza mientras me pasaba las manos por el pelo.

—Sí, es verdad. Lo estoy —pronunció atrapando mi cintura y atrayéndome hacia él. Sus grandes manos se posaron en mi espalda y yo rodeé con mis piernas su cintura. Su miembro erecto rozó mi sexo y gemí—. Loco por ti.

Acorralé su cuello con mis brazos y lo miré con determinación. ¿Era verdad todo lo que me decía?

Sí, lo era. Sus ojos no podían mentirme.

Besé sus labios y sentí cómo se introducía dentro de mí. Gemí de placer.

—¡Oh, Owen! —murmuré en su oído.

—¡Ella! —gruñó.

Sus manos enmarcaron mi cara y sus intensos ojos verdes me contemplaron con devoción. Ninguno dijimos nada, nos limitamos a observarnos fijamente.

Owen volvió a embestirme y nuestras cabezas se juntaron. Su frente tocó la mía y jadeé en su boca. Su mirada se acentuó y volvió a arremeter contra mí. Me sujeté con fuerza a sus hombros, para no caerme, y dejé que sus manos sujetaran con firmeza mis caderas y las moviera a su antojo.

¡Qué maravilla!

¡Qué placer!

Sentir la calidez de su miembro me nubló la mente y por un segundo me dio igual no habernos provisto de un condón. Lo sentí dentro de nuevo y eché la cabeza hacia atrás. Estaba tan excitada que estaba a punto de llegar al clímax.

—Owen —gemí—. El condón.

—Tranquila, antes de alcanzarte me he puesto uno. No tienes nada que temer —susurró a unos milímetros de mí y volvió a embestirme.

Jadeé cada vez que lo sentí dentro y no quise contenerme. Cuando llegó el

momento, un fuerte orgasmo me sacudió y dejé escapar un grito de placer que acabó provocándome una risa contagiosa.

Vi a Owen alzar sus cejas sorprendido antes de que una sonrisa iluminara su cara, atrapó mi boca y volvió a besarme con veneración hasta que nos olvidamos del tiempo.

Terminé de cerrar la cremallera de mi mochila, justo al tiempo que Owen cargaba la tienda campaña a lomos de Arizona. Apretó bien las correas de amarre, fijando el bulto al cuerpo del animal y me subí a mi caballo. Owen hizo lo mismo y se acercó a mí.

—¿Preparada? —me preguntó.

Afirmé en silencio.

—Genial. Pues volvamos a casa.

Me gustó el paseo que compartimos juntos, fue totalmente distinto al del día anterior y no pude estar más agradecida a Maisha por su divina ocurrencia. Sí, Maisha era alocada, divertida y a veces imprudente, pero sabía cómo vivir la vida y acababa de darme una lección.

Observé a Owen montado en su yegua preferida y me recreé la vista. Su porte elegante y relajado le daba la apariencia de un dios de ébano, fuerte y atractivo, la seguridad con la que recorría el camino hacia el rancho me atrajo tanto, como la idea de tenerlo cerca de mí hasta el final de mis días. Y tensé la espalda. Estaba teniendo unos sentimientos bastantes intensos hacia él y me asusté. No porque creyera que él pudiera hacerme daño, oh, no. Sino por la posibilidad de que desapareciera de mi vida de repente, desmenuzando mi corazón herido.

Vi cómo giraba su cara para observarme y le sonreí levemente. Arrugó el ceño y se acercó más a mí.

—¿Qué te ocurre? —me preguntó.

—Nada, no te preocupes, no me pasa nada —le contesté restándole importancia.

—Cuando las mujeres decís eso, significa todo lo contrario. Vamos, sé valiente. Dime qué te pasa.

Tragué saliva y lo miré.

—¿Qué hemos hecho, Owen?

—¿Hace falta que te lo explique? —enarcó una ceja y sonrió ladinamente.

—Es en serio. ¿Qué hemos hecho? —le pregunté. La seriedad con la que brotaron mis palabras le hizo frenar a Arizona y alargar su mano para que mi caballo dejase de caminar. Ladeó la cabeza y me dedicó una mirada repleta de desconcierto.

—¿Te arrepientes de lo que hemos hecho? —dudó expectante.

—No, no me arrepiento, claro que no. ¡Cómo podría hacerlo! Han sido los mejores polvos de mi vida —él sonrió. Me gustó su sonrisa—. Pero... tú tienes tu vida Owen, estás aquí de vacaciones y yo soy madre, tengo responsabilidades que atender y un hijo al que cuidar. No sé si esto se trata de una aventura o si es algo más —lo miré nerviosa. Owen me contemplaba seriamente, sin apartar los ojos de mí. Tragué saliva de nuevo. Me estaba costando que salieran las palabras—. Me gustas, mucho, pero no quiero volver a equivocarme otra vez y estos sentimientos que están aflorando —me llevé una mano al corazón—, me asustan.

Owen respiró profundamente y se acercó a mí un poco más, todo lo que nuestros caballos nos permitían. Alargó su mano, acarició mi mejilla y colocó un mechón suelto tras mi oreja. Cerré los ojos complacida. Había descubierto que sus caricias me hacían volar.

—No lo sé —pronunció. Abrí los ojos y nos encontramos con la mirada—. No puedo confirmarte qué somos, ni el tipo de relación que tenemos, pero sí que estoy dispuesto a ir más lejos contigo. Mucho más lejos, si tú me dejas —suspiré embelesada—. *Ella*, lo que siento por ti y por Zac... —se le quebró la voz.

Un pellizco, en lo más hondo de mi alma aceleró los latidos de mi corazón hasta tal punto que creí que en cualquier momento saltaría de mi pecho para irse a los brazos de Owen.

Como decidí hacer sin pensar.

Alargué mis manos hacia él y rodeé su cuello con ímpetu. Escondí mi cara en su cuello y sus manos tiraron de mi cintura, llevándome hasta él. Mis piernas dejaron atrás la silla de montar y se posaron sobre Arizona. Me encontré entre sus brazos, resguardada y sentí mi pecho explotar de júbilo.

—*Ella*, déjame ser tú refugio —rogó abrazándome con fuerza—. Déjame, por favor.

Busqué su boca desesperadamente y me perdí en ella mientras unas lágrimas recorrían mis sonrojadas mejillas, ajenas al paso que acabábamos de

dar.

Llegamos al rancho de Menelik cerca del mediodía, antes de que el almuerzo que cada domingo celebrábamos todos juntos en familia estuviese listo para servir, y suspiré nerviosa ante los ojos que de repente comenzaron a escrutarnos en silencio desde el porche. No había pensado en ellos y ahora, la vergüenza me hacía agachar la cabeza. Zac gritó desde lejos para que lo saludara y alcé mi mano al aire para complacerlo. Owen sonrió, me miró y me guiñó un ojo.

Me derretí.

Cuando pasamos por delante de la casa, no me pasó inadvertida la sonrisa picarona que Maisha dibujó en su cara, ni la expresión de sorpresa de Matt que, aturdido, ladeó la cabeza mientras pestañeaba incrédulo. Tampoco pude obviar el ceño fruncido con el que Bobby me saludó, ni la sonrisa placentera del viejo Menelik. No vi a Tanisha, ni Carl por allí, lo que fue un respiro. Imaginé que estarían en la cocina terminando de preparar el almuerzo.

—Ve con él, está deseando verte. Ya me encargo yo de guardar a los caballos —mencionó Owen cuando Zac bajó los escalones del porche y comenzó a dar saltitos de alegría.

—¿No te importa? —le pregunté.

—¿Qué me va a importar? Ya le he robado suficientes horas a su madre, ahora es su turno —susurró a mi oído—. Ve, después te alcanzo.

Sonreí, asentí y desmonté del caballo. Le tendí las riendas a Owen y abrí los brazos en el aire para recoger en ellos a mi pequeño pirata.

—¡Mami! —gritó mientras corría hacia mí.

Su impulso me hizo tambalear unos pasos hacia atrás y revolví su pelo con cariño. ¡Cuánto lo había echado de menos! Sí, solo había sido una noche, era consciente de ello, pero Zac y yo jamás nos habíamos separado el uno del otro. Y ahora que por fin había dado el paso, supe lo difícil que es para una madre separarse del hijo que ha crecido en sus entrañas.

—Hola, mi amor. ¿Qué tal has dormido con tía Maisha? ¿Lo has pasado bien? —Besé su carita al menos cinco veces y lo cogí en brazos. Me acerqué al porche y subí las escaleras.

—¡Sí! ¡*Supergenial!* Me han preparado una fiesta sorpresa por ser mayor. ¿Sabes que he crecido tres centímetros? Hemos visto una película hasta que se hizo de noche, muy, muy de noche mami. Y no me asusté de la oscuridad. El tío

Bobby trajo algodón de azúcar y me dio refresco de cola para cenar —se rio entre dientes. Alcé una ceja y se llevó las manos a la boca para ocultar su sonrisa traviesa.

—Mmm... Tendré que hablar con el tío Bobby más tarde... —le comenté fingiendo mi enfado dirigiendo una mirada burlona al aludido, mas Bobby apartó sus chispeantes ojos claros y se perdió dentro de la casa.

Arrugué el ceño. Algo en mi interior se quebró.

¿Estaba enfadado conmigo? ¿Por qué?

Respiré profundamente, para serenar aquellos latidos nerviosos de mi corazón y saludé a todos los demás.

—Buenos días, *oupa* —dejé a Zac en el suelo—. Matthew, Maisha —les sonreí.

—Hoooolaaaa, muy bueeenos días. Que cutis tan brillante traes, ya me dirás cuál es la receta ¿eh?... —Maisha me guiñó un ojo y Matthew soltó una carcajada.

—Buenos días, Isabella —comentó Matt cuando recuperó la compostura—. ¿Has podido dormir bien en el lago o te has encontrado con algún mosquito que no te haya dejado?

Oh, venga ya... ¿en serio? ¿Eso era lo que me tocaba a partir de ahora? ¿Risitas y comentarios irónicos?

Puse los ojos en blanco y ambos volvieron a descojonarse de la risa.

Unos pasos tras de mí me alertaron y cuando giré mi cabeza me encontré con Owen. Sentí un escalofrío por todo mi cuerpo cuando se colocó junto a mí, muy cerca, y pasó una mano por mi cintura con cariño, acercándose hacia él. Me encantó su sonrisa radiante y aquella seguridad en su porte.

— ¿Mosquitos? No, que va, no se encontró con ninguno, sin embargo, hubo una abeja que... —murmuró Owen pegándose a mi cuerpo por detrás mientras sujetaba con sus manos mis caderas. Posó su nariz en mi pelo y aspiró con disimulo mi aroma, provocando que mis piernas temblaran—, quiso jugar mucho —susurró en mi oído.

—¡Owen! —abrí la boca para regañarle, pero lo único que conseguí fue que mis mejillas adoptaran el color de un tomate y los ojos de mis amigos se abriesen de par en par totalmente perplejos.

—¿Qué? —pronunció como si nada—. Ellos han preguntado. Solo he dicho

la verdad.

Besó mi hombro y se dirigió hacia Zac, lo cogió en brazos y lo lanzó al aire.

—¿Dónde está mi saqueador preferido? —preguntó mientras giraba en torno a sí por el porche, regalándome una estampa que difícilmente se borraría de mi cabeza.

—¡Aquí! ¡Aquí! —grito mi niño con inmensa felicidad.

—¡Oh, madre mía! Ven aquí —mencionó Maisha acercándose tan rápido como una bala. Pasó su brazo por debajo del mío y tiró de mí unos metros para apartarme del grupo—. ¡Cuéntamelo todo! ¿Pero qué ha pasado?

Arrugué el ceño y la miré con detenimiento.

—¿Una fiesta sorpresa por haber crecido tres centímetros? ¿En serio? ¿Se te acabaron las buenas ideas? —le pregunté enarcando una ceja.

—Bah, no te quejes. Fue la única excusa que se nos ocurrió —comentó haciendo un ademán con su mano restándole importancia.

—¿Se nos ocurrió? —la miré expectante.

Me eché a temblar.

—Sí, no actué sola —murmuró con naturalidad, como si no hubiera dicho nada alarmante. Se me transformó la cara—. La idea de la fiesta fue de mi madre. La de los condones fue mía, lo confieso. Os vinieron de perla, ¿eh? —me sonrió.

¡Oh Dios! Quise morir en aquel mismo instante. Aquellas dos habían conspirado contra mí a mis espaldas y... y...

¡Maldita sea! Ni siquiera pude enfadarme con ellas.

—No puedo creerlo, Maisha, ¿pero cómo se os ocurrió?

—¡Oh, Isabella! Vamos, sois el uno para el otro, ¿acaso no te has dado cuenta? —me miró alzando las cejas. No dije nada. Tenía razón... yo también lo creía—. Claro que te has dado cuenta —sonrió—. Cuando surgió la idea de la acampada lo vimos tan claro... Era el momento ideal para dejaros solos. Os hemos dado un empujoncito...

Me guiñó un ojo, otra vez. ¿Qué le había dado con aquel gesto?

—Verás cuando se entere mi madre —rio.

—¡Oh, no! A Tanhisa no puedes contarle nada. ¡Dios, moriría de vergüenza!

—le amenacé con un dedo.

Sentí unas manos en mi cintura y un cálido aliento en mi cuello. Owen. Supe quién era al instante y me giré nerviosa para encontrarme con él.

—Quiere contárselo a tu madre —mencioné.

Quise salir de allí corriendo.

—¿Y por qué no? —comentó. Su voz calmada tensó mi espalda.

—¿Lo dices en serio? Owen, es tu madre. ¿Y si todo va mal? Trabajo para ella, ¿recuerdas? También está Zac, no podemos ser unos inconscientes... —murmuré inquieta.

Los brazos de Owen me rodearon con más fuerza, envolviéndome entre ellos, y sus labios buscaron mi cuello.

—No tengas miedo, *Ella*, estamos juntos en esto —me susurró al oído, sellando sus palabras con un suave beso.

Sentir su abrazo me insufló el aire que faltaba en mis pulmones y me brindó una protección que jamás sentí con otro hombre. Fue un abrazo tan paternal que me obligó a pensar en mi padre y chasquéé la lengua al recordar lo rápido que se marchó de mi vida.

Y entonces el miedo penetró en mis entrañas.

¿Y si a Owen le ocurría lo mismo? ¿Y si por manos del destino un accidente lo apartaba de mi vida y de la de Zac? ¿Del lado de la familia Brooks? ¿Podríamos resistirlo?

No, no estaba preparada.

Me di cuenta que abrir el corazón asustaba mucho, bastante, y que desconocía la forma de enfrentarme a ello. Yo, que siempre me había sentido tan segura ante los demás.

—Tranquila. No estás sola. Ya no —murmuraron los labios de Owen y sentí cómo su abrazo se intensificaba.

Tocaba confiar.

¿Sería capaz?

—¡No puede ser! ¿En serio? ¿Por fin? —la voz de Tanhisa brotó de repente en el porche llamando la atención de todos, en especial la mía, y me eché a temblar cuando Owen giró nuestros cuerpos y nos topamos con la figura de su madre bajo el dintel de la puerta del porche, sonriendo de oreja a oreja.



—Carl, sal fuera, tienes que ver esto —gritó hacia el interior posando sus manos sobre sus anchas caderas.

—No, por favor, más espectáculo no —bisbiseé cerrando los ojos.

Owen rio.

—¿Habéis conseguido limar todas vuestras asperezas? —nos preguntó observándonos con detenimiento.

Owen y yo nos miramos de reojo y asentimos en silencio.

Tanhisa sonrió.

—¿Y cuántas veces? —preguntó a la vez que subía y bajaba sus cejas en repetidas ocasiones.

—¡Mamá! — Esa vez fue Owen quién se quejó.

Me mordí los labios apurada.

¿De verdad estaba ocurriendo todo eso?

Carl asomó su cabeza y arrugó el ceño cuando nos vio abrazados. Quise separarnos, pero Owen me lo impidió apretando más mi cuerpo hacia el suyo. Tragué saliva.

—Menos mal, ya iba siendo hora —pronunció guiñando uno de sus bonitos ojos azules, tan parecidos a los de sus hijos—. Vamos, entremos, la comida está lista y hoy tenemos un buen motivo por el que brindar.

Suspiré aliviada.

Parecía que se había acabado el escrutinio por ahora. Mas me olvidé de alguien, que se situó delante de nosotros con el ceño fruncido y los brazos sobre sus caderas, moviendo la nariz sospechosamente. Zac escudriñó sus bonitos ojos castaños y ladeó su cabecita hacia un lado.

Nos mantuvimos en silencio unos largos segundos contemplándolo con minuciosidad.

Tragué saliva.

Valoraba todas las opiniones de la familia, las deseaba y significaban mucho para mí, pero de todas ellas, la que más me importaba era sin duda la de aquel pequeñín que nos observaba sin pestañear.

Me puse nerviosa.

—¿Lo encontraste, mami? —me preguntó mirándome a los ojos.

—¿A qué te refieres, cariño? —dudé agachándome frente a él para

colocarme a su altura.

Vi a Owen hacer lo mismo y los tres nos quedamos solos en el porche.

—El tesoro de Owen, mami. ¿Lo encontraste?

Unas risas al otro lado de la pared me confirmaron que no estábamos solos. Me imaginé a Maisha y a Tanhisa desternillándose de la risa.

Owen se encontró con mi mirada y escondió una sonrisa en la comisura de su boca.

Me centré y tomé aire. Cogí sus manitas y le contesté.

—Sí, lo encontré —contesté.

—¿Y gritaste tanto como dijo la tía Maisha?

Esta vez la aludida no procuró pasar desapercibida, sino que comenzó a reír tan alto que hasta Zac giró la cabeza en su busca.

Iba a matarla. Valiente ocurrencia la suya.

—Oh, sí. Gritó mucho, muchísimo. Y a mí me encantó que lo hiciera —mencionó Owen con una gran sonrisa en su cara.

Le di un codazo.

Gruñó.

—¿Puedo verlo, mami? ¿Puedo ver el tesoro de Owen? —preguntó emocionado.

—Oh, no. Eso es imposible —comenté apurada.

Maldita Maisha.

—¿Por qué? Yo quiero verlo —se quejó Zac.

—Pues porque ese tesoro es solo para tu madre —respondió Owen. Con uno de sus brazos rodeó su cuerpecito y lo acercó hacia él—. Mi princesa.

Zac arrugó su frente y miró a Owen confundido.

—¿Princesa?

Owen afirmó con su cabeza.

—Pero si mamá no tiene dinero... No puede ser una princesa —murmuró Zac contemplándolo con seriedad.

—¿Sabes? No hace falta tener dinero, ni vivir en un castillo para ser una princesa, a veces las mejores princesas se esconden en los lugares más recónditos del planeta, pasando desapercibidas. Como tu mamá. —Owen me

dedicó una mirada repleta de cariño y yo le sonreí encandilada—. Déjame decirte una cosa, Zac, escúchame bien: Todas las personas del mundo tienen un enorme y valioso tesoro escondido, uno tan grande e importante que solo pueden enseñar a una única persona, aquella que sea especial.

—¿Todos tenemos un tesoro? ¿Yo también?

—Ajá, y el tuyo es muy grande —mencionó Owen.

—¿Muy grande? —Sus ojitos se abrieron como platos—. ¿Y dónde está? Porque yo no lo he encontrado todavía.

—Ahí dentro, en tu corazón —Owen extendió su mano y le tocó el pecho. Zac miró hacia abajo y arrugó la nariz—. Se llama amor y no todas las personas son capaces de apreciar el tesoro que tienen.

—Pero yo no lo veo —se quejó Zac.

—Eso es porque no se puede ver ni tocar. Pero sí habrá alguien que lo pueda hacer —murmuró con voz calmada. Zac lo miró con expectación—. Tu persona especial.

—¿Mi princesa?

—Sí, tu princesa.

—¿Mami es tu princesa? ¿Tu persona especial? ¿La única que ha encontrado tu tesoro?

Owen me miró y yo tragué saliva.

—La única.

Zac paseó sus ojos de uno al otro, despacio, sin prisa, contemplándonos con esmero y se mordió el carrillo interior con los dientes.

—¿La protegerás? —le preguntó Zac a Owen—. Todo buen pirata debe hacerlo.

—Con mi vida —respondió Owen imperturbable.

—¿Lo prometes? —dudó.

—Lo prometo.

Exploté de gozo.

# Capítulo 14

Owen.

Me miré al espejo analizándome de arriba abajo y sonreí nervioso. Me alisé la camiseta, abroché el botón de mis tejanos y me pasé la mano por el pelo peinándolo con los dedos. No sabía por qué estaba tan nervioso, pero desde que Isabella y yo habíamos dado aquel paso, sentía la necesidad de arreglarme y cuidarme para ella. Me fijé en la barba de varios días que había crecido en mi rostro y achiqué los ojos contemplándome con detenimiento. Me sentaba bien. Me gustaba. La ducha que me había dado al despertar había conseguido despejar mi atolondrada mente, esa que no había parado de recrearse una y otra vez en las caricias que Isabella y yo nos habíamos regalado en aquella escapada inesperada, los besos repletos de tantos sabores y aquellos sentimientos que zarandearon mi corazón cuando hicimos el amor.

Recordarlo de nuevo me hizo sonreír de oreja a oreja y me sentí el hombre más afortunado del mundo.

No, del Universo.

El almuerzo del día anterior me sorprendió con creces y me obligó a reprenderme a mí mismo por haber abandonado a mi familia durante tantos años. Recordé el sentimiento que me invadió cuando nos contemplé a todos juntos alrededor de la gran mesa del abuelo y algo arañó mi garganta, creando un picor que solo desapareció cuando tragué saliva. Cuando Isabella, Zac y yo nos sentamos a la mesa, me sorprendió sentir la ancha mano de mi padre palmear mi espalda y aquella sonrisa de satisfacción en su cándido rostro. Estaba orgulloso de mí, sus grandes y vivos ojos me lo revelaron y no hizo falta que me dijera nada. Asintió en silencio y me dio un fuerte apretón en mi hombro. Sentí tal gozo en mi interior que aún hoy podía disfrutar de ello. Me di cuenta que todos habían cambiado sus posiciones alrededor de la mesa para dejarnos tres asientos consecutivos, y sonreí cuando Maisha me guiñó un ojo y obligó a Isabella a sentarse a mi derecha. Disfruté como un adolescente cuando jugamos con nuestras piernas bajo la mesa y me sentí feliz cuando mi

madre, pletórica, nos rodeó a ambos en un íntimo abrazo aprovechando la excusa de servir el postre.

Reí cuando Isabella se sonrojó y me derretí cuando Zac se lanzó a mis brazos en busca de juego.

—Lo hiciste, *olifant*, lo hiciste —murmuró Menelik cuando me acerqué para despedirme al caer la tarde—. Ahora solo tienes que conservarlo. Enamorarte no es el reto, mantener el amor, sí.

Me quedé pensando en las palabras de mi abuelo mientras perdía la vista a través del espejo, cuando escuché la peculiar voz de Zac en el exterior. Pestañeeé y observé cómo mi boca dibujó una sonrisa tonta. Me acerqué a la ventana de mi habitación, la abrí y descubrí al hijo de Isabella dando vueltas mientras Jazz ladraba a su lado persiguiéndolo.

—Hola, pequeño saqueador —le saludé desde el primer piso alzando mi mano en el aire.

Zac alzó su cabecita en mi busca y cuando me encontró sacudió su mano energicamente, sonriendo con alegría. Jazz ladró a su lado y ambos comenzaron a correr de nuevo.

Sentí acelerarse los latidos de mi corazón y supe que era debido solo a una causa. *Ella*. Mi dulce *Ella*. Ver a Zac correteando fuera del hostel me confirmó que su madre se encontraba dentro, y me puse nervioso. Me guardé el móvil en uno de los bolsillos de mi pantalón, cogí la llave de mi habitación y salí a buscarla con una sonrisa en los labios y un pellizco en mi estómago que no sabía de dónde había salido.

Bajé las escaleras de dos en dos entusiasmado por encontrarme con ella, cuando la presencia de Bobby llamó mi atención. No era muy habitual verlo entre las paredes del hostel, cuanto menos a aquellas horas de la mañana. No pude confirmar cómo ni por qué lo intuí, pero supe que la buscaba a ella y me quedé paralizado cuando vi cómo una de sus manos se cerró en torno a la muñeca de Isabella, cuando la localizó, y tiró de ella con cierta fuerza, para ocultarse bajo las escaleras del rellano.

Gruñí y los seguí.

No me olía bien, nada bien.

Me coloqué lo suficientemente cerca como para escuchar toda la conversación y fingí trastear con el móvil para que ningún huésped pudiera sospechar nada.

Se trataba de Bobby, jamás le haría daño, pero aquella expresión de enfado en su cara...

—¿Por qué? —Oí como le preguntaba—. ¿Por qué has caído tan rápido en sus manos?

—Ay, Bobby suéltame, me haces daño —se quejó ella.

Tensé la mandíbula e intenté mantener la calma.

—Apenas lleva un mes aquí y a ti ¿ya te ha parecido suficiente?

—¡Suéltame! No pienso hablar contigo en este estado. Pero, ¿con qué derecho me reclamas explicaciones? —preguntó Isabella sacudiendo su brazo para soltarse.

—Yo... perdona, no era mi intención. —Bobby soltó su brazo con rapidez y se pasó las manos por su cabeza avergonzado.

Isabella lo fulminó con la mirada y se frotó la muñeca con cuidado. Observé la zona enrojecida y quise estrangular a mi hermano.

—Joder, ¿te he hecho daño? —Bobby se acercó a ella totalmente arrepentido, pero Isabella dio un paso atrás y se separó de él.

—¿Qué quieres Bobby? ¿A qué has venido? —le preguntó secamente.

Bobby agachó la cabeza y guardó las manos en los bolsillos. Estaba nervioso y se mostraba inseguro.

—Yo... necesito saber por qué, Isabella. ¿Por qué lo has elegido a él y no a mí?

Me quedé paralizado.

¿Bobby estaba enamorado de Isabella? No, no podía ser. La sorpresa que trajeron sus palabras golpearon mi estómago, desestabilizando mis pasos.

—Bobby, creo que estás confundido. Tú y yo siempre hemos sido muy buenos amigos, nunca...

—No, Isabella, no estoy confundido, sé muy bien lo que siento —le interrumpió Bobby acercándose un poco más a ella. Con suavidad cogió sus manos—. Yo te quiero.

Dejé de respirar.

Los ambarinos ojos de *Ella*, se abrieron de par en par revelando la sorpresa que se escondía en ellos. Miró a Bobby totalmente aturdida y luego a sus manos, para regresar de nuevo a él. Cuando entendió la importancia del

asunto, retiró sus manos de las de mi hermano y pegó un bote.

—¿Qué?! —gritó.

—¡Oh, vamos, Isabella! ¿De verdad nunca te has dado cuenta? Adoro estar contigo, me muero por abrazarte y desde el día que me besaste... —Bobby bajó la voz.

Me quedé atónito.

No, no había escuchado bien. No podía ser. Ella me lo habría dicho. ¿Verdad que lo habría hecho? ¿Qué había entre aquellos dos? Ya había descubierto desde el principio que había algo especial entre ellos. Estuve tentado a ir hacia ellos y gritarles a la cara. ¿Acaso estaban jugando conmigo?

—¿Cómo? ¡Oh, venga ya, no te creo! —Isabella arrugó el ceño y se encaró con él—. Tenías trece años, Bobby, y me rogaste que te enseñara a besar porque todos tus amigos sabían hacerlo excepto tú. Fue un gesto totalmente inocente. ¡Si ni siquiera usé la lengua!

—Eso da igual, el caso es que desde ese día comencé a mirarte con otros ojos y ahora cuando he visto cómo te has lanzados a los brazos de mi hermano, ha sido cuando todo lo que tenía aquí dentro —se señaló el corazón—, ha explotado y he decidido actuar.

Isabella puso los ojos en blanco, negó con su cabeza y cruzó los brazos.

—No, Bobby, no da igual. Nunca he actuado de modo que creyeras que había algo entre nosotros, todo ha sido pura amistad, inocente y casta, y ahora, al verte así, he descubierto que no he actuado correctamente. Quizás me equivoqué en excederme brindándote mi confianza.

—No, Isabella, no te equivocaste, pero lo harás al confiar en él —pronunció con convicción.

Supe que se refería a mí.

Gruñí.

—Eso no lo sabes, te mueves por ese sentimiento de despecho que ahora te domina, pero no, no lo sabes. Owen es un buen hombre —replicó Isabella levantando el mentón.

Me gustó verla defenderme así.

—Oh, sí, lo hará y cuando eso suceda, me darás la razón. ¿Y sabes qué ocurrirá? Que seré yo quien recogerá los destrozos de tu corazón, porque él estará bien lejos viviendo una vida donde ni Zac ni tú tendréis cabida.

—¡Basta! —vociferé saliendo de mi escondite. Me dirigí hacia Isabella y la rodeé con mi brazo. Me negaba a seguir tolerando aquel tono arrollador que Bobby estaba usando contra ella—. Deja de asustarla y asume de una maldita vez su rechazo. Nunca te ha visto con los mismos ojos que tú a ella, te lo acaba de decir. Vete, airea esas ideas y regresa cuando decidas comportante como un hombre, no como un niño caprichoso que se revela ante lo que no puede conseguir.

—¿Espionando a sus espaldas? —si Bobby se sorprendió de verme allí, no lo manifestó. Sus almendrados ojos azules me desafiaron con conciencia y me enfadé—. ¿Así es como piensas demostrarle cuánto confías en ella? ¿O quizás te da miedo que otro pueda arrebatártela? —escupió malhumorado.

—No soy propiedad de nadie. Maldita sea, Bobby, ¿por qué narices decides arruinarme este momento de felicidad? ¿Por qué? Sabes que no he tenido una historia fácil, ¿acaso no puedo enamorarme? ¿Quién eres tú para impedírmelo? —Isabella deshizo nuestro abrazo, se acercó a él echa un basilisco y hundió uno de los dedos en su pecho—. Escúchame bien, no, no voy a permitir que ni tú ni ningún otro hombre en la faz de la tierra me vuelva a decir lo que tengo que hacer, ¿me oyes? Jamás. No quiero perderte, Bobby, porque te quiero, como quiero a Maisha, a Tanhisa, a Carl y a Menelik, como quiero a Matthew también. Todos formáis parte de mi pequeña familia y os adoro, pero si alguno no es capaz de respetar mis propias decisiones, me lleven estas al fracaso o no, se olvidará de mí para siempre.

Bobby no dijo nada. Su orgullo, aquel que se apelmazaba en su garganta y le impedía hablar, se había encargado de herir sus sentimientos y el recelo que comenzaba a crecer dentro de él, le obligó a escudriñarnos con sus ojos antes de desaparecer. Lo oí gruñir antes de que se marchase.

Cuando la figura de mi hermano se perdió de nuestras vistas, Isabella dejó escapar un suspiro tan profundo que creí iba a desinflarse de un momento a otro. Me acerqué a ella y la rodeé por detrás con delicadeza.

—¿Estás bien? —susurré en su oído.

—No —me contestó—, pero debo seguir trabajando.

Y sin añadir nada más, giró sobre sus talones y abandonó el rellano.

La vi marchar, sin atreverme a ir tras ella, que era lo que realmente deseaba hacer: estar a su lado y ofrecerle consuelo y apoyo. Pero pensé que, en esos momentos, tal vez Isabella desearía estar unos instantes a solas, rumiar que



Bobby no iba a dar marcha atrás sobre sus enfrentamientos y asumir que, con bastante probabilidad, había perdido a su mejor amigo por culpa de una decisión que le correspondía tomar a ella y a nadie más.

Decidí darle su tiempo y su potestad. Después de todo el recién llegado era yo y me había metido de lleno en su relación de amistad, empujándolos a enfrentarse sin querer.

Me dirigí a la cafetería con la intención de desayunar algo, aunque el apetito tan voraz con el que me había levantado aquella mañana había desaparecido considerablemente, cuando en una de las mesas más próximas al gran ventanal de la entrada, contemplé a mi padre desayunando frente a un hombre de pelo cano que desde atrás no llegué a identificar. Su conversación parecía bastante amena y en cuanto sus ojos se cruzaron con los míos, alzó su mano en el aire, llamándome. Me acerqué al tiempo que mi madre alcanzaba la mesa y colocaba las tazas de café en ella.

—Buenos días —saludé.

Mi padre sonrió alegremente.

—Owen, querido —mencionó mi madre al verme llegar. Le di un beso en su blanda mejilla—. Qué alegría verte por aquí. —Aquella sonrisita que apareció en sus labios me hizo sospechar—. ¿Te acuerdas de Peter Williams? Se ha tomado la molestia de venir a saludarnos y comprobar cómo se encuentra Isabella tras el incidente.

—Buenos días, doctor, bienvenido — le saludé estrechándole mi mano—. Todo un detalle que haya venido hasta aquí para conocer la evolución de Isabella. Déjeme decirle que ya se encuentra bastante recuperada —comenté.

—Oh, para nada, no ha sido ninguna molestia, era lo menos después de tantos años de relación con tus padres. —El señor Williams sujetó la taza de café que mi madre depositó sobre la mesa y se la acercó a su cuerpo, cogió un sobre de azúcar, lo abrió, lo echó dentro de la taza y comenzó a remover el líquido con la cucharilla que acompañaba el platillo—. Debería haberme acercado antes para preguntar, pero el volumen de trabajo en el hospital no me lo ha permitido. Lo siento.

—Oh, no tiene por qué disculparse, lo entendemos perfectamente. Ser el director de un hospital no debe ser precisamente sencillo —mencionó mi madre colocándose la bandeja donde había portado los cafés bajo el brazo—. Hemos tenido la suerte de contar con la supervisión de un excelente médico

las veinticuatro horas del día —los ojos de mi madre se depositaron en los míos y sentí cómo todos me observaban con interés. Tragué saliva—. Owen no se separó de ella ni un solo segundo. Fue muy atento y profesional. Su compromiso fue tal que se negó a dejarla sola y durmió en el suelo de la cabaña de Isabella los tres días que estuvo inconsciente. Dime, Peter, ¿qué médico hace eso?

—Oh, vaya... ¿de verdad hiciste eso? —los castaños ojos de aquel viejo vecino me escrutaron con detenimiento, pude ver un destello de admiración en ellos.

—Solo hacía mi trabajo —murmuré algo tímido. Me llevé la mano a la nuca y nervioso me froté la piel.

«Y volvería a hacerlo mil veces más si a quién tenía que cuidar era a ella», omití.

—Te sorprenderías gratamente si lo vieras trabajar. Revolucionaría tu hospital, fijate lo que te digo —pronunció mi madre con convicción. ¿Por qué me halagaba tanto? —¿Te he dicho que ha sido uno de los pocos cirujanos especialistas en trauma y emergencias que ha reconstruido la columna vertebral de un joven «partido en dos» en San Francisco?

La mandíbula de Peter Williams se abrió, sorprendido, y movió su cuerpo hacia un lado del banco para dejarme sitio a su lado.

—Oh, vamos, siéntate. No pienso irme de aquí hasta que me cuentes toda la intervención con detalle —pronunció interesado. Miré a mi madre con cierto recelo y me senté a su lado, frente a mi padre que me miraba orgulloso—. ¿De verdad reconstruisteis la columna rota de un joven?

Asentí en silencio.

—Se trataba de un joven guatemalteco que quedó tetrapléjico a los nueve años por una bala perdida cuando estaba jugando cerca de casa de sus abuelos, con los que vivía. Estuvo dos meses y medio en coma y, al no moverse durante ese tiempo, le salieron varias úlceras. Todas cerraron menos la del sacro, que se complicó —comencé a relatar ante la atenta mirada de aquellos tres pares de ojos. Mi madre, con disimulo, había cogido una silla libre de la mesa contigua y se había sentado al lado de mi padre sin rechistar. Colocando el codo en la mesa y apoyándose sobre el anverso de la mano—. Tuvo que dejar de estudiar, y se pasó dos años tumbado y con dolores. Había acudido a varios hospitales de Guatemala y le habían dicho que su caso no

tenía solución.

—Pero mi niño no se rindió —sonrió mi madre que buscó mi brazo con su mano libre.

—No, no lo hice. Ni el paciente tampoco —murmuré—. Era una infección masiva con pérdida de la parte inferior de la columna y de la pelvis. Estaba partido en dos. Eso es diferente a una úlcera sacra. Le obligaba a estar en cama todo el día y había una situación de riesgo vital porque podía sufrir una meningitis y morir —advertí. Peter Williams asintió con su cabeza y continuó contemplándome con aquellos dos ojos relucientes—. Se programó una doble intervención: una para limpiar la zona afectada y colocar un fijador externo entre ambas partes, y otra, que se prolongó más de nueve horas, para unir la columna vertebral a la pelvis mediante una transferencia del hueso peroné y la piel de la pierna. Fueron tres meses de camino difícil y doloroso, pero acabó siendo una historia feliz —sonreí—. Sigue sin poder caminar, pero ya puede sentarse sin dolores y eso le ha cambiado la vida.

—Dios mío, eso ha sido brillante —manifestó el doctor eufórico.

—Imagínate el reconocimiento que daría a tu hospital si estuviese trabajando para ti —musitó mi madre levantando una ceja.

—Invertirías en innovaciones que harían de tu hospital el mejor de todo Wyoming, y tendrías al mejor personal que jamás hayas imaginado —mencionó mi padre tras dar un sorbo a su café con leche.

Peter Williams afirmó pensativo y me miró frunciendo el ceño.

—¿Vendrías a hacerme una visita al hospital antes de regresar a San Francisco?

—Desde luego —asentí sorprendido—. Cuando a usted le venga bien, hágamelo saber y me acercaré encantado. Así, si quiere, puedo acercarle algún trozo del pastel que ese día haga mi madre —le guiñé un ojo.

Todos soltamos una carcajada.

—Oh, eso no me lo pensaba dos veces, los dulces de Tanisha Brooks son los mejores de toda la comarca —halagó el señor Williams con una amplia sonrisa en su rechoncha cara—. Ha sido un placer y una gran sorpresa haber podido compartir esta conversación con todos vosotros, pero debo ausentarme. El deber me llama.

Me levanté deprisa, para dejarle el paso libre y le tendí la mano cuando carraspeó ante mí.

—El placer ha sido mío, señor Williams. Esperaré impaciente su llamada —mencioné cuando me la estrechó.

—Carl, Tanisha, muchas gracias por el café —se dirigió a mis padres e hizo un leve gesto con su cabeza a modo de despedida—. Me alegra saber que Isabella está perfectamente gracias a este joven tan seductor. No me extrañaría que la pobre muchacha cayera rendida en sus manos, potencial no le falta — soltó una carcajada y se dirigió a la puerta.

Las miradas de mis padres se encontraron y ambos soltaron una risita.

Puse los ojos en blanco.

¿En serio?

—Adiós, Peter, esperamos volver a verte pronto —recitó mi madre agitando la mano en el aire mientras el señor Williams bajaba los escalones del porche de la entrada.

—¿A qué ha venido eso? —formulé en cuanto pude comprobar que no había moros en la costa. Entorné los ojos y fulminé a mis padres con la mirada.

—No sé a qué te refieres —respondió mi madre dirigiéndose a la barra.

La seguí.

—¡Ja, y un cuerno! Mucho me temo que tú tienes demasiado que ver en todo esto. ¿Qué te traes entre manos? ¿Por qué tienes tanto interés en que el señor Williams me cite en su hospital?

No me contestó. Depositó la bandeja sobre la encimera y entró a la cocina.

—¡Eh, no me ignores! —me quejé

—No vuelvas a hablarle a tu madre así, ¿me oyes? —La voz grave de mi padre se oyó a mi espalda, tensando mi cuerpo—. Nos debes un respeto. No importa la edad que tengas, Owen. Siempre seremos tus padres.

—Es verdad, lo siento. No era mi intención —me desinflé. Dejé caer mi cuerpo sobre una banqueta y me miré las manos—. Es que odio que manipulen mi vida y desde que he llegado aquí... —miré a mi madre. Ella dejó de jugar con el trapo de cocina y me atravesó con sus bonitos ojos color café—, lo has hecho.

—¿Qué te he obligado a hacer yo, Owen? —La vi acercarse un poco más a mí.

—Te empecinaste en que conociera a Isabella, me enviaste a ir a comprar

con ella, te llevaste a Zac de la acampada...

—¿Y? ¿Te ha ido mal? —me preguntó irónicamente.

—No, la verdad es que no. Me ha ido muy bien —le sonreí tímidamente.

—Pues deja de quejarte y déjame cuidar de ti ahora que te tengo cerca. Mañana, cuando estés lejos, lo echarás de menos —susurró acariciándome la cara—. Si es que decides irte...

Besó mi frente, se dio la vuelta y desapareció de allí dejándome fuera de combate. Miré a mi padre desconcertado. Su carcajada me hizo abrir tanto los ojos que tuve que pestañear varias veces seguidas para conseguir hidratarlos como se merecían.

¿Qué diantres planeaba esa mente africana e inquieta?

## Capítulo 15

Isabella.

—¡Venga, cuéntamelo todo! To-do —Maisha se sentó sobre el colchón de su cama, agarró la almohada y se abrazó a ella. Me miró con tanto interés que me hizo tragar saliva—. Llevo días esperando a encontrarnos a solas para ello y me mata la curiosidad. ¿Es mi hermano Owen todo un *rompebragas*?

Abrí los ojos despavorida ante aquel comentario y Maisha soltó una carcajada.

—No pienso contestarte a eso —murmuré mientras me daba la vuelta y me observaba en el espejo de pie que decoraba un rinconcito de la habitación. Me estaba probando los nuevos modelitos que Maisha había adquirido en unas compras de internet—. Mira que eres bruta. ¿No puedes buscar otro apelativo?

—Sí, puedo, pero no quiero —sonrió. Puse los ojos en blanco—. Dime, ¿lo es?

Maisha se acercó al borde de la cama y se colocó de rodillas tras de mí. Podía verla a través del espejo suplicarme con aquellos ojitos color café, tan similar a su tono de piel, con sus manos juntas y sus rojos labios dibujando aquella divertida mueca. Le faltó pestañear sin descanso para hacer de su ruego un completo *home run*.

—Es mona la falda, ¿la había de más colores? —pregunté volteando mi cuerpo para verme de espaldas.

—No me cambies de tema, no te vas a librar de mí tan fácilmente. ¿Por qué te cuesta tanto contármelo? Siempre lo has hecho cuando has conocido a algún chico de los alrededores... —se quejó.

—Por dos razones. La primera: se trataba de un *guiiri*, bebí más de la cuenta y ocurrió una sola vez. Además, ni siquiera llegamos a...

—¿Follar? Pues me dijiste que el muchacho no la tenía nada mal —Maisha enarcó una ceja.

—Sí, exacto —fruncí el ceño.

—¿Entonces sí follasteis o sí la tenía como la torre de pisa? —Maisha ladeó la cabeza y alzó las cejas. Estaba esperando una respuesta y parecía divertirse de lo lindo.

—No y no. Deja de liarme. Estuvimos a punto, ya lo sabes, me entró un calentón y fuimos a su coche, situado a un *parking* no muy lejos de donde nos encontrábamos. Empezamos con los preliminares, pero se quedó sopa —resoplé recordando cómo la libido que recorría en aquel momento mi cuerpo se congelaba al instante. ¿Cómo podía alguien dormirse estando tan excitado? Negué con la cabeza. Me di la vuelta y la miré con determinación—, y la segunda: en este caso él es tu hermano. No voy a contarte como la tiene de grande.

—¿Y por qué no?

—Porque es tu hermano, ya te lo he dicho —volví a girarme hacia el espejo y comencé a desnudarme.

Bajé la cremallera de la falda con cuidado de no estropearla y cuando vi mi ropa interior, vinieron a mí todos los recuerdos de aquellos encuentros fortuitos que habíamos tenido. Me imaginé las manos de Owen recorriendo de nuevo mis caderas, sus gruesos labios dejando un reguero de besos en mi vientre y su miembro duro y erecto dándome la bienvenida.

Sonreí embelesada ajena al escrutinio de su hermana.

Sus carcajadas me obligaron a regresar y arrugué la nariz cuando me la encontré tumbada en la cama bocarriba, limpiándose las lágrimas que brotaban de sus rasgados ojos.

—Déjalo, no hace falta que me contestes. Ya sé cuál es la respuesta.

—¿Qué?! Pero si no te he dicho nada... —me quejé.

—No hace falta que lo digas, eres un libro abierto. Solo te ha faltado bajarte las bragas y jadear para demostrarme lo bien que te lo pasaste con él —murmuró entre risas—. ¿Sabes? Me alegro muchísimo Isabella. Eres mi mejor amiga y has sufrido mucho antes de conocernos a todos. Te mereces un final feliz. Uno que te haga gritar de puro placer —me guiñó un ojo. Sonreí. Se levantó de la cama y me colocó un brazo sobre los hombros —. Owen te necesita más de lo que tú puedas imaginar, aunque se niegue a reconocerlo. Vais a ser muy felices juntos.

Nos encontramos con la mirada y me emocioné.

—¿De verdad lo crees? —le pregunté indecisa.

Maisha deshizo nuestro abrazo, se colocó delante de mí, me sujetó la cara con sus manos y me traspasó con sus bonitos ojos africanos.

Sí, tenía dudas. Y también miedo. Pero... ¿qué persona no se enfrenta a ello cuando el amor le explota en la cara?

Tomé aire e intenté serenarme. No lo conseguí.

—No es que lo crea —susurró—. Es que lo sé.

Y después nos fundimos en un cariñoso abrazo fraternal.

Lo vi andar nervioso de un lado a otro del porche desde la ventana de la cafetería y arrugué la nariz. ¿Con quién hablaba? Su porte relajado me indicaba que se trataba de alguien conocido, cercano, ¿un amigo? Pero aquella forma de pasarse la mano por el pelo y aquellos largos paseos inconscientes me desvelaba que atendía una llamada muy importante.

Me puse nerviosa.

—¿Vas a limpiar la mesa por undécima vez o puedo sentarme ya? —me preguntó una voz a mi espalda.

Di un respingo y me giré sobresaltada.

Carl me observaba desde el pasillo atento a cada uno de mis gestos. Sus chispeantes ojos azules me sonreían alegres mientras se perdían sin disimulo a través de la cristalera hacia el porche. Sostenía en sus manos una gran taza de café humeante y, bajo uno de sus brazos, un periódico doblado por la mitad.

—Por supuesto —respondí echándome a un lado—. No te había visto.

—Lo daba por hecho. No has apartado la vista de mi hijo desde que decidiste limpiar esta mesa —comentó Carl sentándose en una de las sillas. Extendió su periódico, sorbió de su taza y fingió leer un artículo—. ¿Preocupada?

Miré a Owen y después a Carl. Asentí en silencio.

—¿Con quién habla? ¿Cuánto tiempo lleva enganchado al teléfono? —pregunté arrastrando una de las sillas que rodeaban la mesa de Carl. Me senté a su lado apoyando los codos sobre la madera y la barbilla en mis manos.

—Con Terry Mayson, su jefe. Lleva hablando con él desde hace más de media hora —me comunicó Carl.

Una sacudida en el pecho me sorprendió. ¿Del trabajo? ¿Eso significaba



que debía regresar ya? Pero si aún le quedaban varias semanas... ¿Verdad?

—¿Ha pasado algo? —Mi voz tembló vagamente pero me las ingenié para que apenas se notara.

—La verdad, no lo sé. Normalmente Owen y Terry hablan durante bastante tiempo, son muy amigos. ¿Sabes que fue su mentor? —Negué con la cabeza—. Gracias a él le ofrecieron un puesto como cirujano en uno de los hospitales más prestigiosos de San Francisco y se está dejando la piel enseñándole todas las mejores técnicas de especialización para hacer de él un gran médico.

—Debe de estarle muy agradecido —mencioné.

—Sí, lo está. Le tiene tanto aprecio que es incapaz de tomar una sola decisión sin su consentimiento.

No dije nada. Pero no me gustó lo que oí. ¿Quería decir que *todo* lo que repercutiera a Owen, debía pasar un filtro? ¿Acaso no era él lo suficientemente adulto para tomar sus propias decisiones? ¿O quizás, ella, lo había entendido mal?

Miré al frente, en busca de Owen, pero no lo vi. Me incorporé levemente hacia la ventana, buscándolo por las esquinas, pero no lo encontré.

Chasqué la lengua.

Me di la vuelta y recogí la vajilla sucia de la mesa contigua a la Carl, la deposité sobre la barra y le tendí la carta de los postres a la familia que me alzó la mano al fondo de la cafetería. Al darme la vuelta unas manitas tan dulces como la miel, rodearon mi cintura en un tierno abrazo.

Sonreí.

—Hola mi amor —murmuré alzando a Zac entre mis brazos para sentir con más intensidad su abrazo—. ¿Ya has terminado de jugar con Jazz? ¿Quieres merendar?

—¿Hay pastel de chocolate? —Me preguntó sujetando mi cara con sus manitas—. ¿Y tortitas con sirope de arce? ¿Puedo tomar un batido grande de vainilla?

—Pero bueno, ¿y ese apetito? Si no te hubiera visto comerte el almuerzo diría que apenas has probado bocado en todo el día —pronuncié acariciándole su nariz con la mía.

—Owen dice que si como mucho, pronto creceré tanto como un pirata —mencionó nervioso—. Y así podré conseguir a mi princesa, una tan guapa

como tú.

Me derretí.

—No corras tanto, pequeñín —enunció Carl—. Antes debes disfrutar de tu infancia. Luego, cuando crezcas, la echarás de menos.

Unos pasos al otro lado de la estancia llamaron mi atención y antes de averiguar de quién se trataba, los acelerados latidos de mi corazón, me lo desvelaron. Me sorprendí a mí misma de ser capaz de identificar a Owen por unas simples pisadas y descubrí que aquello que sentía por él, era mucho más profundo de lo que imaginaba.

Zac bajó de mis brazos de un salto y corrió hacia Owen como si fuese un potrillo desbocado. Levantó las manos en el aire y rogó en silencio al hombre del que me había enamorado, que lo lanzara al aire como acostumbraba a hacer cada vez que se encontraban. Las risas del pequeño consiguieron que la cabeza de Tanhisa saliese del umbral de la cocina y tras observar que nos habíamos reunidos los tres en la barra, se acercó predispuesta a concederle a Zac todo lo que pidiera por su hermosa boquita.

—Mamá, ¿puede Isabella coger unos días libres? —consultó Owen mientras tendía una cucharilla a Zac para que pudiera comenzar el festín que Tanisha había servido para él.

Zac, que se encontraba sentado en medio de los dos, lo miró curioso.

—¿Unos días libres? —repitió su madre ladeando levemente su cabeza de rizos negros.—. Sí, claro. Puede. Le diré a tu padre que me ayude con las comandas —programó.

Los ojos de Tanisha analizaron con esmero a Owen, pero él apartó la vista deprisa, como si temiera que ella fuera a descubrir todo aquello que pasaba por su cabeza.

—¿Y podríais quedaros con Zac unos días? —formuló sin mirar a nadie en particular.

—¿Haremos otra fiesta de pijamas? —preguntó Zac emocionado con sus ojitos abiertos como platos.

Carraspeé para llamar su atención y cuando me miró, la profundidad de sus ojos verdes me dejó sin aliento. Lo vi acercarse con pasos lentos y decididos, creando un terremoto emocional en todo mi cuerpo y me sujeté a la barra con disimulo por miedo a perder la estabilidad y caer al suelo. Aún no puedo confirmar si fue aquel cuerpo fibroso y esbelto cubierto por aquel conjunto de

ropa tan casual lo que me hizo perder la cabeza, o aquel deseo ardiente que manaba de cada centímetro de su piel y que intentaba controlar ante quienes nos contemplaban con detenimiento.

Tragué saliva e intenté serenar a mi agitado corazón.

No lo conseguí.

Owen avanzó hasta colocarse frente a mí, atrapó una de mis manos y la apretó con fuerza. Había mucho más detrás de aquel tierno gesto... Carraspeó llamando mi atención y me miró fijamente a los ojos.

—Acabo de recibir una llamada de mi jefe, quiere verme para hablar conmigo por temas de trabajo. No tenía previsto volver aún, pero por lo visto es urgente y me necesita —me explicó. Cerró sus labios un instante y cogió aire por la nariz, como si estuviese preparándose para decir algo importante. Me puse nerviosa—. Isabella, ¿quieres viajar a San Francisco conmigo?



La pregunta me cogió tan desprevenida, que aun dentro del avión, sobrevolando aquellas tierras que me separaban de mi familia y del lugar donde me había mantenido oculta todos aquellos años, apreciaba el temblor de mis piernas. Respiré profundamente, en un intento de volver a mi estado habitual, mas aquella adrenalina que correteaba por mis venas, me impedía relajarme por completo.

Owen estiró su mano hacia delante, la colocó sobre mi rodilla y me apretó con cuidado, regalándome un gesto de ánimo.

—Tranquila, todo irá bien —susurró en mi oído—. Cuidarán bien de Zac, no tienes por qué preocuparte.

—Lo sé, no es eso lo que me preocupa —murmuré cerrando los ojos.

—¿Te da miedo volar? —me preguntó.

Nerviosa, entreabrí los ojos y me mordí el labio.

—Solo un poco —confirmé.

—¿Solo un poco? ¡Pero si estás pálida! Anda, ven aquí, deja que te abrace. Te prometo que no pasará nada —mencionó pasando su brazo por mis

hombros y empujándome hacia él con cariño.

—Eso no lo sabes —repliqué levantando el mentón para encontrarme con sus grandes ojos—. No puedes controlar lo que va a ocurrir. No tienes superpoderes.

—¿De verdad que no los tengo? —Owen enarcó una ceja y me sonrió con picardía—. Porque puedo conseguir que una parte de mi cuerpo crezca en apenas dos segundos con tan solo mirarte.

—¡Oh, vamos! No me refiero a *ese* tipo de poder —aclaré palmeando su hombro—. Sabes a qué me refiero.

—¿No eres una mujer valiente? —Me preguntó con una sonrisa en los labios. Me estaba provocando, lo sabía, y piqué el anzuelo. Asentí con convicción—. Pues hazle honor a ese adjetivo y disfruta del viaje.

Arrugué la nariz y él besó mi frente. Buscó mi mano, entrelazó sus dedos con los míos y echó la cabeza hacia atrás para descansar. Cerró los ojos y suspiró a gusto. Me quedé contemplándolo como una boba, y oculté una sonrisa en la comisura de mis labios cuando intenté separar nuestras manos y Owen me lo impidió, agarrándome con más fuerza.

Coloqué mi cabeza en su hombro y lo imité.

Sí, tenía miedo. No solo a las alturas, hacía años que no volaba. La última vez que recordaba haberme subido en un avión fue cuando salí de España con la maleta repleta de sueños, unos que fueron haciéndose añicos sin darme cuenta. Pensé en la familia que dejé allí: mi alcohólica madre, mi mujeriego y ausente padre, mi rebelde hermano... y me sentí desamparada. Escapé de allí con la firme convicción de no regresar jamás, y decidí seguir pensando así pasara lo que pasase. Me debía a Zac y encontrar un lugar seguro y estable era primordial. Prefería equivocarme cien veces a regresar y quedarme atrapada en aquella casa del demonio.

Temía lo que aquel viaje representaba para nuestra recién estrenada relación y me sentí insegura. ¿Se trataba solo de un viaje de placer entre dos enamorados? ¿O podría suponer algo más?

El apartamento de Owen era pequeño y moderno. Decorado con buen gusto, con un toque bastante varonil. Al entrar, dejamos las maletas en el recibidor y Owen me enseñó el piso para que me familiarizase con él. Era bonito y acogedor. Me gustó el sofá rinconero tapizado de piel sintética negra, anfitrión de aquella habitación, y la mesa auxiliar de madera tallada que a sus pies

ofrecía calidez. Las paredes, de un claro color gris perla, ofrecían cierta elegancia al conjunto y la pequeña cocina americana, de color haya natural, me desveló que Owen apenas pasaba tiempo en ella. Todo estaba nuevo y en perfecto estado, como si apenas la hubiesen usado en todos aquellos años que llevaba viviendo allí. Con un disimulado gesto, Owen tiró de mí hacia la única puerta que encontré y nos adentramos en su habitación. Tenía un buen tamaño. Me llamó la atención aquella gran cama de matrimonio, vestida con una colcha de distintos colores de la gama azul y los grandes almohadones bajo el cabecero de madera. Invitaba a tumbarse y no levantarse en siglos.

—¿Te gusta? —me preguntó abrazándome por detrás—. Yo había pensado darnos una ducha antes, pero si prefieres alternar el orden de los productos...

Sonreí.

En una esquina, cerca de una de las mesitas de noche que acompañaban el diseño del cabecero, una construcción de dos pisos, repleta de agujeros y telas de distintas texturas llamó mi atención.

—¿Tienes mascota? —le pregunté mientras acariciaba sus brazos.

—Un gato —me contestó—. Lo rescaté de la calle.

—Oh... Al final será cierto que tienes un gran corazón, *olifant* —reí—. ¿Y cómo se llama?

—Brownie —musitó en mi oído, a la vez que apartaba mi melena hacia un lado para dejar mi cuello al descubierto—. ¿De verdad quieres que hablemos ahora de mi gato?

Su lengua lamió mi piel y sentí un escalofrío recorrer mi espalda. Encogí los hombros y noté como todos los vellos de mi cuerpo se erizaron, al igual que mis pezones. Las manos de Owen se posaron en mi cintura y comenzaron a trepar bajo mi camiseta de tirantes. Cuando alcanzaron mis pechos, gemí levemente y Owen pegó su entrepierna a mis caderas para que pudiera sentir cómo se había endurecido su miembro. Eché la cabeza hacia atrás, sobre su pecho, y sus labios comenzaron a besar cada palmo de mi cara.

—Decidido. Dejaremos la ducha para luego —murmuró cuando alcanzó mi boca—. ¿Algo que objetar?

—Ya estás tardando —mencioné girándome entre sus brazos para colocarme de cara a él.

Lo vi sonreír y me enamoré de aquellos hoyuelos que aparecieron cerca de la comisura de su boca. Me acerqué mucho más, saqué la lengua y recorrí

lentamente cada uno de sus carnosos labios. Sentí como se estremecía y disfruté.

Sus piernas me obligaron a caminar de espaldas, hasta que choqué con la cama y con cuidado tumbó mi cuerpo sobre el colchón examinándome con veneración. Colocó sus piernas entre las mías y lo atraje hacia mí impulsando sus caderas con mis pies. Lo oí jadear y comencé a morder su cuello.

No tardamos en entonar la misma melodía cuando ambos alcanzamos el clímax entre las sábanas revueltas de su cama.

Dedicamos el resto de la tarde a recuperarnos del viaje y de aquel ajeteo loco que nos entretuvo más tiempo del que imaginábamos. Tras llamar a nuestra familia para comunicarles que habíamos llegado sin problemas y prometerle a Zac un regalo de vuelta, Owen decidió enseñarme San Francisco. No tuvo que pasar mucho tiempo para que descubriera lo enamorado que estaba de aquella ciudad montañosa situada en la punta de la península rodeada por el océano Pacífico, famosa por su neblina durante todo el año. La boca se le hinchó de orgullo cuando me enseñó el icónico puente Golden Gate, y disfrutó como un niño cuando nos montamos en un tranvía y me mostró las coloridas casas victorianas del distrito Haight-Ashbury. Lo tenía todo planeado y yo me dejé llevar por él. Hacía tanto tiempo que nadie cuidaba de mí que me sentí por primera vez en mucho tiempo, protegida y querida. Y me gustó tanto, que decidí romper aquel muro de hielo que había forjado por culpa de las adversidades de la vida, para disfrutar con todos los sentidos de aquellos instantes juntos.

Caminamos hacia Lombard Street, situado en Russian Hill, y nos sentamos en una terraza para disfrutar de un marisco de ensueño. Paseamos por una antigua base militar convertida en parque nacional y disfruté de sus besos bajo la luna que la bahía de San Francisco nos regaló.

Acomodé mi cabeza en su pecho, justo en el hueco que había creado solo para mí y me deleité al escuchar los latidos de su corazón. Habíamos intimado tanto que me eché a temblar cuando el final de sus vacaciones se instaló en mi cabeza.

—*Ella* —murmuró mientras hundía sus dedos por mi melena castaña—. ¿Te gustaría venir a vivir a San Francisco conmigo? —El pulso se me congeló. ¿Había oído bien? Levanté la mirada para encontrarme con él, pero sus brazos me abrazaron con más fuerza impidiéndome separarme de su cuerpo—. Buscaríamos un buen colegio para Zac, uno que a él le guste, donde ofrezcan

buenos estudios secundarios, y un apartamento mayor, con dos habitaciones. Una para nosotros dos y la otra para él. Le construiría su propio fuerte pirata y tendría una gran bandera ondulando el viento. Podrías retomar los estudios y conseguir trabajo en algo que te apasione de verdad, dejarías de trabajar tras una barra para conseguir un futuro mejor. ¿Te gustaría?

No supe que responder.

Ni en un millón de años me hubiera imaginado lo que había ocurrido en aquellas semanas de verano, cuanto menos aquella arriesgada proposición que había conseguido ganarme por completo.

No quise verlo, me empeñé en ocultar bien hondo mis sentimientos por Owen, pero ya me tenía cuando dijo «hola» por primera vez.

—Yo... —musité cohibida.

—No, no digas nada. Aún no. Piénsalo tranquila. —Despacio, fue liberando mi cuerpo, permitiéndome moverme con libertad. Lo noté nervioso. Mucho—. Mañana, cuando acuda a la reunión de trabajo, tendrás tiempo de sobra para pensarlo. Medita los pros y los contras y cuando estés preparada hazme saber tu respuesta.

Nos encontramos con la mirada y asentí en silencio.

Lo haría, claro que lo haría.

—Eres la mujer más hermosa que he conocido en mi vida —pronunció besando mis labios. Me dejé hacer sin ningún impedimento—. Te has convertido en alguien tan importante y especial para mí que pensar en la posibilidad de estar separados me crea ansiedad. Quiero tenerte aquí conmigo, *Ella*, quiero abrazarte y poder besarte cada vez que regrese a casa tras el trabajo, quiero desnudarte lentamente, hacerte el amor con frenesí y quiero oírte pronunciar mi nombre. Quiero levantarme por las mañanas escuchando la voz de Zac y quiero enseñarle a jugar al béisbol —hizo una pausa—. Os quiero.

Me emocioné. No pude evitarlo. Sus palabras parecían tan reales y sinceras que no protegí mi pecho con ningún escudo y permití que penetraran hasta mi alma.

Owen frotó su nariz dulcemente con la mía, regalándome una caricia tan romántica que se quedó grabada en mis recuerdos, sujetó con su cálida mano mi cintura y echamos a andar.

—Volvamos a casa —susurró mientras nos dirigíamos hacia su

apartamento.

«A casa», repetí en mi cabeza.

Sonaba tan bien que me permití por unos segundos soñar con aquella posibilidad, mientras el sonido de nuestros zapatos me anunciaban que sí, que esta vez, sí tenía los pies en la tierra.



## Capítulo 16

Owen.

El sol ya entraba a raudales por las ventanas del salón cuando salí del dormitorio arrastrando los pies al caminar. Me refregué un ojo de forma descuidada con la palma de la mano y bostecé. Parpadeé un par de veces para acostumbrarme al resplandor de la habitación y barrí con la mirada la estancia antes de adoptar una expresión de extrañeza.

—*¿Ella?*

Pero tanto allí como en el dormitorio no había rastro de ella. Tampoco lo había en la pequeña cocina de la cabaña, que pude ver perfectamente desde donde estaba.

Di un paso atrás y atisbé a través de la puerta abierta de la habitación la cama de matrimonio deshecha, con la colcha enrollada a los pies, prácticamente en el suelo, y las sábanas arrastrando por un lado del colchón, vestigios de la apasionada noche que habíamos vuelto a pasar juntos.

Bajé la cabeza, pasé ambas manos por el pelo, desordenándolo aún más, y sonreí. No pude evitarlo. Las imágenes acudían una y otra vez a mi mente, y hacían una misión casi imposible que esa sonrisa desapareciera de mis labios. La noche anterior había sido muy especial para mí y supuso más de lo que había esperado. Había sido la primera vez que habíamos hecho el amor en su casa, con Zac dormido y despatarrado sobre su cama al otro lado de la pared, roncando ligeramente ajeno a los suspiros y gemidos con los que ella se deshacía cuando la tocaba, cuando la buscaba a tientas y sin palabras en medio de la noche, besándola hasta que nos quedábamos sin aliento. Y aquel paso infundió una sacudida tan irracional dentro de mí, que desterró mis miedos y agrandó, si es que eso era posible, el amor que ya sentía en mi corazón.

Levanté a colcha y la sábana para buscar entre ellas mi camiseta, pero no la encontré. No recordaba en qué momento me la había quitado o dónde la había dejado. Entonces la imagen de Isabella arrancándomela traspasó mi mente, y

un temblor recorrió mi espalda ante el recuerdo. Me topé con mi pantalón y el de *Ella*, hechos un ovillo, y me agaché para vestirme con él.

Me dirigí a la cocina para prepararme un café, lo necesitaba, y mucho, aunque no podía decir que me arrepintiese de tener tanto sueño. «Ojalá caiga muerto, como hoy, muchas mañanas de aquí en adelante», pensé sin dejar de sonreír, con el olor de *Ella* aún fresco en mi piel.

Cuando tuve mi café bien caliente entre mis manos y me giré sobre mis talones, pude oír las risas en el pequeño pórtico de la entrada. Nada más abrir la puerta, la ligera y agradable brisa de la mañana de agosto me dio la bienvenida y sonreí alegre cuando la cabeza de Zac se giró hacia mí, al descubrir mi presencia. Sus ojillos caramelo, tan parecidos a los de su madre, centellearon alegres mostrándome lo encantado que estaba de tenerme allí junto a ellos y alzó una mano al aire para saludarme.

—Hola —gritó.

—Hola, colega —le respondí. Admiré la jovialidad que caracterizaba a aquel pequeño pirata y sonreí.

Me encantaba estar a su lado.

—¿Vienes a jugar? —me preguntó—. Mami me está enseñado técnicas de ataque para ser un buen *butanero*.

Isabella puso los ojos en blanco y me reí.

—Deja que me tome el café y seré todo tuyo —comenté sentándome en el pequeño escalón del rellano, dejando mi taza a un lado.

—¿Lo prometes? —Zac me miró muy serio y tensé la espalda.

—Lo prometo —contesté mirándolo con determinación.

Durante unos segundos, todo lo que en realidad Zac pudo aguantar, nuestros ojos se encontraron en un punto entre la cabaña y la arboleda que nos ocultaba del resto del mundo. Y cuando a su juicio, pudo determinar que decía la verdad, se dio la vuelta y continuó jugando con su madre.

*Ella* me sonrió dulcemente y me atravesó con su profunda mirada, provocando que la sangre se agolpara un cuarto por debajo de mi cintura. Buscó mis ojos primero, para después fijarse en mi boca y regresar de nuevo a mis ojos. Me estaba matando lentamente.

Zac dibujó un círculo en el aire y dio la vuelta sobre sí mismo, imitando la patada de un ninja, estiró su pierna al frente con la intención de estamparla en

el trasero de su madre, pero Isabella lo sorprendió agarrándolo del pie y derrumbándolo con un puñetazo invisible.

Solté una carcajada y me llevé la taza de café a la boca.

Fue entonces, cuando fijé la vista en ella, cuando el misterio de la camiseta perdida quedó resuelto.

«A ella le queda mucho mejor», pensé sin apartar los ojos.

La prenda le quedaba bastante holgada, con las mangas por los codos y los faldones rozando la mitad de sus muslos, pero yo no recordé a nadie que se viera más sugerente que ella en aquel preciso momento con aquella simple camiseta.

Una musiquilla en el interior de la cabaña me obligó a levantarme y retirar mis ojos de la mujer que me tenía encandilado. Dejé el café sobre la encimera de la isla y busqué el teléfono móvil de Isabella. *Ever Enough*, de A Rocket To The Moon resonaba en el salón y me quedé sorprendido de escuchar nuestra canción como tono de llamada. ¿La habría descargado para recordarle aquella noche de acampada que consiguió fundirnos el uno en el otro?

Cuando conseguí encontrar el aparato, un número oculto apareció en la pantalla y fruncí el ceño. Me di la vuelta, caminé hacia el exterior y le tendí el móvil a su dueña. Sin embargo, cuando *Ella* lo alcanzó, la llamada finalizó.

—¿Quién era? —me preguntó contemplando la pantalla negra del dispositivo.

—No lo sé. Era un número oculto —respondí.

—¿Un número oculto? Qué raro, será alguna compañía comercial en busca de alguna encuesta. Bah, no tiene importancia —murmuró rodeando con sus brazos mi cuello y depositando un casto beso en mis labios—. Buenos días, bello durmiente.

Sonreí.

—Estoy deseando repetir todo lo que hicimos anoche —susurré en su oído.

Abrí la boca y con cuidado mordí el lóbulo de su oreja. Sentí como su cuerpo se estremeció entre mis manos y me sentí dichoso.

—¡Una lagartija, mami! —voceó Zac emocionado siguiendo el rastro del pequeño reptil—. ¿Y si la cazo? Puede ser mi mascota. Todos los piratas tienen una, ¿a que sí, Owen?

—Pues creo que tendrás que esperar un poco... —mencionó enarcando una

de sus cejas.

—Eh, Owen, ¿qué dices? ¿A qué sí? —las manos de Zac tiraron de mi pantalón, llamando mi atención y, en contra de mi voluntad, pues deseaba estar abrazado a *Ella* todo el día, me separé de ella para coger en brazos al pequeño saqueador que no dejaba de cotorrear.

—Claro que sí —respondí mirándolo a los ojos—. De hecho, debemos buscarle un nombre, uno que denote alguna característica particular que venga en nuestra ayuda.

—¿Qué *tenote*? —dudó frunciendo el ceño.

—Se dice denote y viene a ser lo mismo que expresar. Hay que buscar un nombre que exprese alguna característica de esa lagartija, como revoltosa, por lo inquieta que es —le expliqué.

—Ah...

—¿Por qué no te cambias de ropa y te pones los botines si quieres ir detrás de esa lagartija? —propuso Isabella caminando hacia el interior de la cabaña—. Déjanos que nos vistamos y nos pondremos en marcha.

—Oh, no. Esta aventura es solo para chicos, ¿verdad, Zac? —le guiñé un ojo y este arrugó la nariz sin comprender—. Solo nosotros vamos a cambiarnos de ropa e ir a buscar esa lagartija, para más tarde llevarla al fuerte, donde vivirá estupendamente —aclaré.

*Ella* ladeó la cabeza desconcertada y pestañeó varias veces seguidas. Bajé a Zac de mis brazos, le animé a que se adelantara y, cuando comprobé que no estaba presente, sujeté a Isabella por las caderas y la atraje hasta a mí, provocando que sus pezones se erizaran. La abracé con firmeza y coloqué uno de sus mechones sueltos tras su oreja.

—Hoy quiero que te relajes, que descanses tranquila y te dediques todo el tiempo que necesites a mimarte. Date un baño de espuma, échate esas cremas que tanto te gustan en tu cuerpo y tumbate en el sofá a leer un libro. Yo cuidaré de Zac. Volveremos a la hora del almuerzo, justo a tiempo para ir al hostel y comer con mi familia. ¿Te parece bien? —pregunté acunando su hermosa cara entre mis manos.

Me gustó la mueca que compuso sus labios y aquel beso con el que selló nuestro acuerdo.

Justo cuando Zac y yo nos despedimos de ella a través del sendero arenoso, *Ever Enough*, de A Rocket To The Moon volvió a sonar en el interior de la

cabaña y enarqué una ceja.

—Debe ser importante esa encuesta que dices, vuelven a llamarte — indiqué mientras avanzaba con Zac pegado a mi costado—. Responde de una vez y a descansar.

Su risa me obligó a sonreír.

—Tienes a la mejor mami del mundo, ¿lo sabes? —opiné buscando al piratilla.

—Ajá, y ahora al mejor papi también —contestó atrapándome la mano con cariño.

Me enamoré.

Cuando Isabella, Zac y yo llegamos al hostel, una inesperada sorpresa me pilló desprevenido. Una que despertó todas mis alertas.

Maisha, al escuchar la campanilla de la entrada, salió en nuestra busca danzando en el aire, con pasos largos y decididos. La expresión de su cara me hizo arrugar el ceño.

—¿Preparado? Se avecinan problemas —me susurró al oído cuando me abrazó al darme la bienvenida.

Fui consciente de que procuró que Isabella no la escuchara, y aquella actitud produjo que la inquietud que arañaba mi estómago aumentase. ¿Qué diantres había ocurrido?

La miré sin entender y el gesto que hizo con su cabeza, me indicó que el obstáculo al que se refería me esperaba dentro de la cafetería. Pestañee nervioso y cuando Isabella y Zac, tras saludar a mi hermana, se perdieron entre las mesas de los clientes, agarré la mano de Maisha para pedirle explicaciones.

—¿Qué ocurre? —le pregunté inquieto—. ¿Se trata de Bobby?

Maisha enarcó una ceja y sonrió sarcásticamente.

—Bobby es el menor de tus problemas —mencionó atrapando el cinturón de mi pantalón y atrayéndome hacia ella, hasta conseguir posicionarme a la altura perfecta para divisar el interior de la cafetería sin ningún obstáculo.

Escudriñé la vista y analicé a todas las personas que había dentro. Muchos de ellos eran clientes del hostel que se encontraban pasando sus vacaciones en Colter Bay, a los que había atendido yo mismo cuando había echado una mano a mi familia tras la barra. Otros, vecinos de la zona con los que no tenía

problema alguno. Al fondo una familia a la que no había visto en mi vida devoraba el menú del día y en la barra, frente a mis padres...

—No, no puede ser —pronuncié boquiabierto.

—Sí, es ella.

Negué con la cabeza.

—¿Cómo sabes que es...? —dejé la pregunta en el aire. No podía creer lo que estaba viendo.

—Acaba de presentarse a la familia —anunció Maisha chateando la lengua—. ¿Y sabes cuál es el problema? Que no tiene la menor idea de que te has enamorado de otra.

Tragué saliva.

Hannah.

—Maldita sea —murmuré entre dientes.

Me quedé observando la figura esbelta y definida de Hannah, que hablaba distinguidamente con mis padres ajena a mi escrutinio, y supe, aun encontrándose de espaldas a mí, que se encontraba tensa. La rectitud de su espalda y aquella manía de alisarse la ropa continuamente la acusaron. Supe que algo importante había ocurrido para que cruzara varios estados e interrumpiese mis vacaciones.

Mis ojos, de forma inconsciente, barrieron la estancia en busca de Isabella y me exalté cuando la vi extender su mano al frente para saludar a Hannah con cariño.

No podía decir que la estuviera engañado, pues eso no había ocurrido, pero sí es cierto que omití cierta información que quizás, ahora que estaban juntas, una al lado de la otra, hubiera sido bastante considerado por mi parte compartir.

—¿Ha venido sola? —pregunté nervioso.

—No, la acompaña el hombre de la camisa azul —me informó Maisha señalándolo con el dedo índice—. ¿De verdad ese es tu jefe? Parece demasiado joven.

Seguí el rastro invisible de su dedo y me topé con el perfil de un hombre que trasteaba con su teléfono móvil mientras intentaba seguir la conversación que se mantenía a su alrededor. Lo reconocí al instante.

—Terry —murmuré.

¿Qué hacían allí? No lo entendía. Tan solo habían pasado dos días desde aquella reunión en San Francisco y volvíamos a encontrarnos. ¿Por qué? ¿Qué es lo que había sucedido? No es que no me alegrara de verlos, claro que lo hacía, ellos eran mi familia en la gran ciudad, los amigos con los que me divertía y compartía mi vida, mi profesión. Pero aquella repentina visita me hizo arrugar la nariz.

Inflé mi pecho con todo el aire que fui capaz y me interné en la cafetería. Maisha me siguió sin demora y se colocó a mi lado, un paso por detrás. El ruido de mis pisadas alertó a mis padres que se precipitaron a saludarme provocando que los recién llegados se giraran sobre sus talones y me descubrieran.

—Owen, no me dijiste nunca lo maravilloso que era el lugar donde te criaste — mencionaron los labios de Hannah con una sonrisa—. Ni lo encantadora que es tu familia.

Su comedido comentario dibujó una sonrisa de orgullo en los labios de mi madre, que la hizo engordar como un pavo en Navidad.

—Hola, Hannah, me alegro de verte —me incliné hacia ella y besé sus mejillas.

—Hola —susurró. Sus mejillas se sonrojaron levemente.

—Owen. —Terry estiró su mano hacia delante y la estreché con gusto, saludándonos—. Disculpa que nos hayamos presentado por sorpresa, pero tenemos que hablar y no podíamos esperar a que regresaras de tus vacaciones —hizo una pausa—. Ayer estuve reunido durante largas horas con el Comité Directivo y tu nombre salió a relucir en varias ocasiones. Es importante que hablemos —me informó.

—¿Steven Andersons, el director de división, habló de mí? —pregunté boquiabierto.

—No solo él, Owen, William Harris se mostró muy interesado en tu currículum —mencionó palmeando mi hombro. Su radiante sonrisa me confirmó que había más, mucho más que contar.

—¿El gerente de U.C.S.D Medical Center? —abrí los ojos como platos.

Terry asintió con su cabeza.

—Ha llegado tú momento, Owen. Te traigo la oferta de trabajo por la que siempre has soñado.

Me quedé sin palabras.

Así, sin más.

Todo vocabulario aprendido hasta el momento se esfumó como por arte de magia y pestañee aturdido frente a las pupilas inquietas que me observaban expectantes. Mi corazón comenzó a latir tan deprisa que creí que iba a salir de mi cuerpo de un momento a otro. ¿Era acaso posible?

—Íbamos a llamarte para avisarte de nuestra visita, pero todo ha surgido de manera tan precipitada que... —Hannah se alisó la camisa y se colocó un mechón suelto tras su oreja

Hubo un silencio entre los presentes que nadie se atrevió a rellenar durante unos largos minutos. Hasta que la voz grave de mi padre nos sacó del aturdimiento.

—Creo que es hora de dejar a estos hombres tranquilos durante un buen rato, mientras nosotros damos cuenta de la comida que Tanisha ha preparado con tanto esmero —nadie se opuso y asintieron con sus cabezas—. Vamos, ocupad una mesa y sentaos. Señorita... —Carl desvió la vista hacia la compañera de Owen a la vez que levantaba una mano con la palma hacia arriba—. ¿Nos acompaña?

Los ojos azules de Hannah se cruzaron con los de Terry, que con un inapreciable gesto le indicó lo que tenía que hacer.

Me pareció ver una mezcla de decepción en sus rasgados ojos, pero lo disimuló muy bien.

—Por supuesto, señor Brooks, será un placer —respondió con amabilidad—. Pero por favor, llámeme Hannah.

—Como prefieras —le sonrió mi padre cuando pasó por su lado—. ¿Habéis reservado habitación en algún hotel de la zona?

—La verdad es que no, hemos venido directamente desde el aeropuerto —contestó Hannah con apuro—. En cuanto termine de almuerzo me pondré a ello.

—Oh, no. Vosotros no iréis a ninguna parte. Tenemos habitaciones de sobra para que os alojéis aquí. Justo esta mañana se han marchado varios huéspedes, ¿no es cierto Carl? —comentó mi madre mientras se sentaba en la mesa y sujetaba el cucharón para servir el guiso de carne que había dispuesto en la mesa.



—No queremos molestar, señora Brooks. Todo ha sido muy precipitado y entendemos que el aforo esté completo. Owen nos ha comentado que en la época de verano las habitaciones se agotan rápidamente —mencionó Hannah educadamente.

Terry carraspeó llamando mi atención e hizo un gesto con su cabeza hacia la salida. Entendí lo que quería y lo seguí despacio mientras mi cabeza daba vueltas.

—No os preocupéis, aquí hay sitio de sobra —oí argumentar a mi padre mientras les daba la espalda—. ¿Qué mejor lugar para hospedar a los amigos de un hijo que este?

Tomé una gran bocanada de aire antes de abrir la puerta del hostel y salí al exterior siguiendo los pasos de aquel hombre que siempre había considerado mi maestro.

Dejé que Terry hablara larga y tendidamente, sin interrumpirle, aunque quise hacerlo en más de una ocasión, mas me mantuve tranquilo, a pesar de los nervios que me corroían por dentro. Paseé de un lado a otro durante todo el tiempo que transcurrió la conversación, escuchando atentamente cada palabra que salía de los labios de mi jefe y dejé de respirar cuando soltó la bomba que venía a darme.

—Es una gran oportunidad, Owen, sin duda la mejor de tu carrera. Este paso conseguirá abrirte muchas puertas en el mundo de la medicina y podrás alcanzar grandes éxitos, como siempre quisiste. Como siempre supe que lograrías —habló Terry visiblemente emocionado—. Vamos, di algo. ¿Acaso no te alegras?

—¿El Comité Directivo quiere que sea el jefe del departamento de cirugía en el nuevo hospital que abrirán el próximo mes en Florida? —pregunté aturdido.

¿Había escuchado bien?

—Sí, concretamente en Orlando, la mejor ciudad con clima subtropical que puedas encontrar en este país. Tendrás a un paso las mejores playas de la costa y un apartamento con vistas al mar cada mañana. Te duplicarán el salario y estarás al mando del equipo médico, así como también supervisarás a los residentes —mencionó Terry con una amplia sonrisa que me mostró su blanca dentadura.

—Sí, es verdad —murmuré.

—Owen, vas a cumplir uno de tus sueños, ¿sabes lo que eso significa? — Alcé la ceja expectante—. Significa que todo lo que te propongas serás capaz de conseguirlo. No habrá nada ni nadie que frene tus objetivos. ¡Podrás comerte el mundo!

Terry dejó escapar una carcajada con tal ímpetu que me sentí incómodo cuando respondí con una agria sonrisa. Se limpió la lágrima que brotó de uno de sus ojos y me miró arrugando el ceño. Se dio cuenta de que ocurría algo.

—¿Qué pasa? —me preguntó irguiendo el cuello.

—No estoy seguro de querer regresar —murmuré cerrando los ojos.

Sabía cuál iba a ser su reacción, pero no quise verlo. Al menos no cuando decidí expresar aquel pensamiento en voz alta. Respiré con tranquilidad, en un intento de conseguir valor, abrí los ojos de nuevo y me apoyé en la baranda del porche. Crucé mis piernas y coloqué ambas manos en la barandilla.

—Está bien, cuéntame que te impide volver —pronunció sosegadamente cuando se colocó a mi lado.

Resoplé.

Era más difícil de lo que imaginaba.

—Una mujer, Terry. Una mujer de la que me he enamorado —le confesé.

—Vamos, ¿vas a echar a perder todo lo que te ofrezco por una mujer que has conocido hace qué, dos semanas?

—Tres —respondí. Terry ladeó la cabeza y me fulminó con la mirada—. Son tres semanas. He contado cada día a su lado.

—No es más que un amor de verano, Owen. Se te pasará. —Terry hizo un ademán con su mano.

—No, es mucho más que la chica de mis sueños. Ella es real.

—Igual que todas las mujeres que conocerás en Florida. Vamos, no te pongas romántico ahora, no es tu estilo —gruñí—. Mira, tómate unos días más, una semana si quieres, libera tu testosterona con esa chica todo lo que quieras, pero después coge un avión, regresa a San Francisco y trae firmado este contrato. No renuncies a tu sueño por una mujer, créeme, no merece la pena —me advirtió Terry entregándome un puñado de papeles que extrajo del maletín que lo acompañaba.

Los cogí, pero no dije nada.

—Hannah tenía razón, este sitio es increíble. Nunca he respirado un aire tan

puro como este —declaró Terry respirando con profundidad.

—¿Por qué ha venido contigo? —le pregunté—. ¿También le han hecho una oferta a ella para trabajar en Florida?

—No, no, la oferta es solo para ti —contestó cruzándose de brazos.

—¿Entonces?

—¿De verdad hace falta que te lo diga? —Terry arqueó sus cejas y me miró con complicidad.

Tragué saliva.

—No sé a qué te refieres —declaré—. ¿Por qué ha viajado contigo Hannah?

—Porque cuando se enteró de tu nuevo contrato, encontró la mejor excusa para volver a verte. Imagino que pensó que podríais celebrarlo juntos —sonrió. Abrí la boca sorprendido—. Venga ya, no me mires así. Sé todo lo que ocurre en el hospital. Que me haga el tonto no significa que ignore las veces que os lo montáis en la sala de descanso.

Me quedé patidifuso.

Un ruido en el interior del hostel llamó mi atención, allí, justo al otro lado de la pared que tenía enfrente, como si alguien cayera al suelo y se golpeará la cabeza con la madera del edificio.

Me incorporé de un salto y ladeé la cabeza.

Al momento la puerta de la entrada se abrió de golpe y una pareja de ancianos atravesó el dintel. El bastón que el hombre portaba en su mano chocó con el marco de madera y un sonido seco resonó a pocos metros de mí.

Deduje que el golpe que había escuchado habría sido provocado por los movimientos descontrolados que aquel anciano regalaba a su bastón.

—Regresemos dentro. No me gustaría ser descortés con tu familia. Estoy deseando probar ese guiso de carne que olía realmente delicioso —comentó Terry encaminándose hacia el interior—. Y tú deberías hacer lo mismo. Necesitas tener el estómago lleno para pensar con claridad. Tienes que tomar una gran decisión, amigo. No vayas a equivocarte.

Resoplé cuando desapareció y perdí la vista en aquel cielo azul que nos contemplaba.

—Maldita sea. Ahora, ¿qué decisión tomo? —bufé pasándome las manos por la cara antes de regresar a la cafetería.

# Capítulo 17

Isabella.

Maisha levantó mi cuerpo del suelo, lo sujetó con fuerza y nos encaminamos hacia su habitación con rapidez. Me tumbó sobre su cama desecha y se perdió en el aseo unos segundos. Cerré los ojos y llevé una mano a mi cabeza.

Dolía.

—Estate quieta, no te toques. Te has dado un buen golpe —la voz de Maisha me obligó a abrir los ojos y a fruncir el ceño. Pero el gesto solo consiguió hacerme gruñir por el dolor—. Para, déjame que te cure esa herida, anda.

Mi amiga desplegó todo el arsenal que había dentro del botiquín de urgencias que había traído del baño, impregnó un par de gasas con un líquido transparente, que imaginé sería algún antiséptico, y lo llevó a mi frente. Volví a cerrar los ojos cuando noté escocer mi piel.

—Au, duele —me quejé.

Intenté incorporarme, pero Maisha me empujó hacia el colchón de nuevo y me fulminó con sus bonitos ojos café.

—¿A dónde crees que vas? —Me preguntó deshaciéndose de las gasas sucias y sustituyéndolas por otras limpias—. No vas a moverte de aquí hasta que no te limpie la herida y te la cure —arrugué mi nariz y ella ignoró mi gesto—. Me da igual lo que pienses. No parece una herida profunda, aun así, has sangrado y hay que desinfectarla. ¿Se puede saber qué estabas haciendo?

Maisha examinó la herida con detenimiento y cuando acabó de manipularla como quiso, me colocó una tirita en la sien, cerca del nacimiento de mi pelo. Se sentó a mi lado, sobre la cama, y suspiró con fuerza.

—¿Por qué te has caído al suelo, Isabella? ¿Qué te ha hecho tambalearte de esa forma?

Durante unos segundos no dije nada. Cerré la boca y me limité a recapitular la conversación entre Owen y Terry, cada frase que había escuchado, que fisgoneé sin permiso y que me conmocionó tanto. Tragué saliva, tomé aire y me incorporé. Maisha me observaba con interés. Reculé unos centímetros y pegué mi cuerpo al cabecero de la pared.

Sorbí por la nariz y le conté todo lo que había escuchado, tras la ventana abierta del recibidor, mientras me mantenía escondida.

Maisha no dijo nada. Me dejó hablar sin interrupción alguna y se limitó a contemplarme con cara de pena. Su gesto me desconcertó, indicándome que aquello no era nuevo para ella.

No pude creerlo.

—¿Lo sabías? —le pregunté arrugando la frente.

Una punzada de dolor me obligó a dibujar una fea mueca en mi cara.

—No, todo no —se excusó agachando la mirada. Maisha se frotó los dedos con nerviosismo.

La miré fijamente a los ojos e incliné mi cuerpo hacia delante.

—¿Y qué no sabías? ¿La gran oferta de trabajo en Florida o que la linda muñequita de porcelana con la que hemos almorzado hoy se mete en su cama cuando quiere? —escupí.

—La oferta de trabajo en Florida... —musitó mordiéndose los labios.

Apreté los dientes enfadada y me crucé de brazos.

—¿Lo has sabido todo este tiempo y nunca me has dicho nada? —le pregunté disgustada.

—No me correspondía a mí contártelo. Entiéndelo —murmuró arrepentida. Se acercó un poco más a mí y me tocó la rodilla. Aparté la mirada hacia el papel pintado de la pared—. No hay nada serio entre ellos, Isabella, te lo juro. Pero no voy a mentirte —hizo una pausa y tomó aire—. Hasta hace unas semanas Owen y Hannah era dos personas solteras y sin compromiso que mantenían sexo cada vez que querían. Llevan años haciéndolo, pero nunca han ido más lejos, al menos que sepamos.

—¿Que sepamos? ¿Quién conoce la relación que hay entre ellos? ¿Lo sabe toda la familia?

La imagen de Bobby advirtiéndome sobre su hermano se dibujó en mi cabeza y sentí una gran desolación en mi corazón. ¿Tenía razón? ¿Bobby me

había estado protegiendo todas aquellas semanas y yo me había negado a verlo?

—No. Bueno sí. Es difícil de explicar —Maisha resopló—. Owen nunca nos ha contado que mantenía una relación con ella, jamás la ha presentado a la familia, ni confirmado que estuviera enamorado. Sin embargo, sí sabíamos que se veían, incluso que viajaban de vez en cuando juntos.

—¿Por motivos de trabajo? —dudé.

Maisha negó con su cabeza y apreté la mandíbula.

Gruñí.

Me sentí traicionada.

La dulce melodía de *Ever Enough* de A Rocket To The Moon se hizo eco entre las paredes del dormitorio, enojándome aún más si eso era posible. Odiaba que me interrumpieran en medio de una discusión. La insistencia de la llamada me forzó a sacar el móvil del bolsillo de mi pantalón para contestar, pero cuando vi la llamada entrante en la pantalla iluminada, suspiré.

Otra vez aquel maldito número oculto.

Me llevé los dedos al puente de la nariz molesta y respiré en un intento por controlar aquella energía negativa que me estaba devorando interiormente. Aquello ya se estaba pasando de castaño a oscuro.

—¿No lo coges? —me preguntó Maisha ladeando la cabeza. Sus largos rizos negros, recogidos con un bonito lazo rojo, cayeron hacia un lado rebotando como pequeños muelles saltarines.

Negué lentamente y le enseñé la pantalla del teléfono.

—No sé quién es. No deja de llamar —contesté.

—Deberías cogerlo. Si insisten puede ser una llamada importante —comentó Maisha con convicción.

No estuve segura.

Aquella intuición que me hablaba en secreto, no le dio la razón.

A pesar de lo que pudiera sentir, mis dedos, como si tuvieran vida propia, presionaron el botón verde de la llamada y puse el manos libres para que Maisha también pudiera escuchar.

—¿Sí? ¿Quién es? —pregunté lo más calmada que pude, pero el timbre de mi voz sonó quebrado y turbado.

Nada. No hubo respuesta. Nadie contestó.

Miré a Maisha extrañada y pestañee varias veces mientras comprobaba que la llamada continuaba en línea.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí? —volví a intentarlo.

Una respiración lenta y profunda se escuchó al otro lado del teléfono y un frío escalofrío recorrió mi columna vertebral. Me quedé petrificada, tan quieta que Maisha sacudió mis hombros asustada. Me olvidé de inspirar completamente y cuando sentí cómo se erizaban todos y cada uno de los vellos de mi cuerpo, comencé a temblar.

Había pasado mucho tiempo, sí, eso era cierto, pero jamás olvidaría cada uno de los sonidos que había emitido la boca que un día me engatusó y que más tarde me devoró lentamente.

Cerré los ojos derrumbada y me sentí perdida.

No, no era posible.

Él no podía regresar a mi vida, otra vez no.

Mi pecho comenzó a moverse ajetreadamente y mi respiración entrecortada preocupó a Maisha que, tomando el control de la situación, agarró el móvil, colgó la llamada y comenzó a abanicarme la cara con la revista que tenía sobre la mesita de noche.

—Estás pálida, ¿te encuentras bien? —me preguntó alarmada.

No respondí. Tensé la mandíbula y apreté los puños cuando la imagen del padre de Zac se dibujó en mi cabeza.

Roger Hill.

—Isabella, eh, reacciona —murmuraron sus labios mientras una de sus manos cacheteaba mi mejilla con cuidado—. Será mejor que busque a Owen, creo que has sufrido algún tipo de shock.

Escuchar su nombre fue suficiente para que mi cuerpo reaccionara de manera distinta a la que en aquel momento me tenía presa, y abrí los ojos despavorida ante aquella idea.

—No, no lo llames —supliqué sujetándola por el brazo para impedir que saliera de la habitación—. No quiero que lo hagas.

Maisha escudriñó sus ojos e intentó leer mi mente.

—Deberías hablar con él, y de paso con Matt también. No me ha gustado

nada esa respiración al otro lado de la línea, ni mucho menos esa expresión de pavor que se ha adueñado de tu cara.

—No, no vas hacer nada —bufé.

Era consciente de que no estaba siendo coherente ni justa en aquel instante, pero aun así permití que mi cabeza creara un soliloquio lo bastante perturbado como para desterrar de un plumazo todos los sentimientos que habían invadido mi corazón en aquellos últimos días. Me levanté de la cama, bordeé el colchón evitando todo contacto con mi amiga y abrí la puerta de la habitación.

—Pero... ¿y si es él?

—Ni lo menciones —bramé.

—¿Y si estás en peligro? ¿Y si te ha encontrado? —Sus preguntas tensaron mi espalda.

Me castañearon los dientes.

—No, no puede ser. Nos hemos mantenido ocultos todos estos años aquí, en Colter Bay, sin meternos en líos para pasar desapercibidos. Nunca hemos salido de viaje... Es imposible —bisbisé intentando controlar mi respiración.

—Isabella... —oí los muelles del colchón rechinar cuando Maisha se dio la vuelta para frenar mis pasos—. Díselo a mi hermano —me suplicó.

Pero se lo impedí.

—No, ni se te ocurra. No quiero preocuparlo. Esto es asunto mío, solo mío —exclamé fulminándola con la mirada. Hice una pausa y cuando estuve preparada erguí la barbilla—. Dedicaré la tarde a hacer la colada en la lavandería, díselo a tu madre. Hay muchas sábanas y toallas que dejar listas para los clientes. Me llevará un buen rato. Que nadie me moleste —mencioné antes de salir y cerrar de un portazo.

Me las ingenié bastante bien para pasar desapercibida casi por completo aquella tarde. Era todo un reto para mí poder esconderme entre las paredes de aquel bonito hostel, repleto de gente, sin ser descubierta, y cuando lo conseguí, me alegré tanto que me dio por pensar la absurdez de aquel mérito.

Tuve tiempo de sobra para analizar la situación y después de muchas vueltas, decidí que nada debería infundirme temor mientras me encontrase en Colter Bay, mi refugio. Recordé cómo había llegado hasta allí y cómo los señores Brooks se apiadaron de mí acogiéndome en su hostel sin pedir nada a cambio. Rememoré el primer pastel de manzana y canela que me dio a probar



Tanisha cuando crucé el umbral de la entrada del hostel junto a aquel anciano matrimonio que me encontré en la estación de autobuses la noche que hui del piso que compartía con Roger. La sensación de abrigo que me regaló aquella manta de algodón que Carl depositó sobre mi tembloroso cuerpo la noche que Matthew me trajo de vuelta, cuando decidí salir huyendo por miedo a no poder pagar todo lo que había disfrutado en sus dependencias. El baño caliente que Maisha me preparó en su habitación la tarde que rompí aguas y los ánimos que Bobby me ofrecía mientras me agarraba la mano en el trayecto hacia el hospital de Jackson. Evoqué mi sorpresa al descubrir cómo los señores Brooks se hicieron cargo de la factura de hospital el día que nos dieron el alta y lloré cuando me ofrecieron trabajar para ellos a cambio de un hogar, comida y una cantidad simbólica al mes, hasta cubrir la deuda del parto.

Aun cuando lo recordaba sentía escalofríos.

¿De verdad había gente tan buena en el mundo? Sí, la había, y yo tuve la suerte de encontrarlos.

Miré por una de las ventanas de la cafetería y descubrí que la noche estaba a punto de caer. Ansiaba regresar a casa y darme un buen baño, mas aquella llamada desconocida había provocado que mi corazón latiera asustado y sentí temor por un segundo.

Gruñí y me negué a sucumbir al miedo una vez más.

No, Roger no había regresado y me opuse a que su recuerdo colapsara nuestras vidas.

Tomé aire, levanté la cabeza bien alta y fui en busca de mi hijo. Después de todo no lo había hecha nada mal sola, y supe que era fuerte. Valiente. Una guerrera, *Vegter*, como me llamaba Menelik.

Nos disponíamos a bajar las escaleras del porche cuando sentí la presencia de Owen tras de mí. A pesar de todo lo que había descubierto aquel día, un pellizco recorrió mi estómago cuando sus brazos se posaron en mi cintura y me rodearon por la espalda.

—¿Te vas sin despedirte? —murmuraron sus labios en mi oído—. Chica mala.

Zac corrió escaleras abajo y llamó a Jazz para tirarle un par de piedras del camino.

—No quería interrumpirte. Sé que has estado muy ocupado con tus compañeros de trabajo y... —mencioné con la cabeza gacha.

—Siempre tengo tiempo para ti, no tenías por qué desaparecer —comentó acercándome más a él. Apreté los labios cuando sentí su miembro pegado a mis caderas e intenté separarme antes de que él me diera la vuelta para encontrarnos con la mirada. Pero fue imposible.

—Ya... —dije contemplándome las manos.

Owen buscó mi cara y con el nudillo de una de sus manos, levantó mi cabeza para contemplarme sin problema.

—Espera, ¿qué te ha pasado en la cara? —preguntó preocupado examinando mi cabeza.

—Oh, ¿esto?, no es nada. Resbalé cuando estaba limpiando una de las habitaciones de la segunda planta —hice un ademán con mi mano para restarle importancia.

Pero a él no le bastó.

—Déjame ver —mencionó acercándome más a él.

—No, no hace falta. Es solo un rasguño, en serio. Ya me lo ha curado Maisha —me separé de él con rapidez y sujeté la manita de Zac para salir al exterior—. Es tarde, Owen, tenemos que irnos.

—¿Puedes esperar unos minutos? Llevo buscándote toda la tarde. Quiero hablar contigo, hay algo que tengo que contarte —manifestó con seriedad.

No. No podía enfrentarme a ello en aquel momento. Era demasiado para mí.

—¿No puede ser en otro momento? Estoy cansada, Owen, y tengo que prepararle la cena a Zac, bañarlo...

—¿Qué te pasa? —me preguntó algo azorado.

—No me pasa nada —respondí huraña.

Owen arrugó el ceño y me rodeó con su mano la cintura. Me acercó mucho más a él y desvié la mirada hacia otro lado.

—¿Qué te pasa? Te conozco lo suficiente para saber que te ocurre algo.

Quise dejarme caer en sus brazos y rogarle que se encargara de todos los problemas que me estaban ahogando, de verdad que quise, pero fui consciente de que aquello no era más que una tonta fantasía, y decidí tomar las riendas de mi vida, sola, una vez más, como siempre había hecho antes de que apareciera él.

—Te he dicho que no me pasa nada. En serio, Owen, es tarde. Mañana hablamos. Buenas noches —pronuncié secamente antes de bajar las escaleras.

Fui hasta Zac, atrapé su manita, nos despedimos de Jazz y nos perdimos por la arboleda camino a la cabaña.

Desperté cansada, con todos los huesos de mi cuerpo agotados y molidos, como si un camión me hubiese arroyado en alguna calzada. Un agudo dolor de cabeza martilleaba mi sien, lo que provocaba que mi herida doliera más y la garganta me pedía a gritos hidratación. Arrastré los pies hasta la cocina, mientras me masajaba la nuca y me bebí un vaso de agua.

Dormir se había convertido en una tarea ardua que me obligó a dar vueltas sobre el colchón hasta altas horas de la madrugada. Nunca me había gustado irme a la cama enfadada con alguien, y aquella noche lo hice con dos personas. Dos muy importantes para mí.

Sentirme engañada había sido lo que más daño me había provocado. La desilusión había ensombrecido mi alegre corazón, que horas antes de descubrir aquellos secretos, comenzó a soñar con un futuro al lado de Owen, y me sentí insegura e insignificante.

Noté la humedad en mis ojos y me aligeré en secar las lágrimas antes de que resbalaran por mis mejillas y llamaran la atención de Zac, que jugaba ajeno a mi sufrimiento en la alfombra del comedor.

Me sentí sin fuerzas.

La presencia de Hannah había alterado mi pequeño y perfecto mundo, instaurando complejos que hacían mucho no habitaban en mi mente, lo que me disgustó bastante. La compañera de Owen era una mujer realmente preciosa, su figura alta y esbelta, tan parecida a la de las modelos de moda, me enamoró incluso a mí. Desde que llegó al hostel, no había hombre que no girara su cabeza al verla pasar, lo que creó en mí un complejo de inferioridad que hizo tambalearse mi seguridad. Su melena larga y rubia, sus azulados ojos atigrados y su dulce voz colapsaban mi menudo y delgado cuerpo, mi imperfecta cara repleta de pecas y mi forma sencilla de vestir.

Su reconocida profesión era otro punto a su favor. ¿Cómo podía competir una simple camarera contra una experimentada cirujana plástica?

Era imposible.

Owen y ella tenían muchas cosas en común, como su profesión, y parecían conocerse bastante bien. Se habían acostado juntos, conocían sus cuerpos

desnudos, llevaban años de ventaja en su relación y, además, formaban una bonita y envidiable pareja.

¿Cómo podía vencer a la atractiva cirujana de San Francisco?

Unos golpes en la puerta me sacaron de aquel estado ensimismado en el que me encontraba y me dirigí a la entrada de la cabaña. Zac había asomado su pequeña nariz por la ventana del comedor y comenzó a brincar de alegría cuando comprobó quién esperaba tras la puerta de madera.

—¡Jazz! —gritó contento.

Abrí la puerta esperando encontrarme a Maisha cuando la figura imponente de Bobby me dejó sin habla.

—Tú... —mencioné boquiabierta—. ¿Qué haces aquí?

—¿Esperabas a otra persona? —me preguntó enarcando una ceja.

Zac se coló por el hueco libre que quedó entre nuestros cuerpos y corrió hacia el animal para achucharlo entre sus bracitos.

—Creía que eras Maisha. Jazz siempre va con ella —murmuré.

—No siempre —expresó—. ¿Podemos hablar?

Sus azules ojos me suplicaron en silencio y yo, dudé unos segundos.

—Por favor... —me suplicó.

Aquel no era el mejor día para entablar una discusión de nuevo, me faltaban las ganas y estaba agotada, pero el arrepentimiento que manaba por cada poro de su piel me instó a compadecerme de él.

—Está bien. Entra —comenté echándome a un lado para dejarlo entrar—. Zac, ten cuidado. Voy a tomar un café con el tío Bobby, si necesitas algo aquí estoy —expliqué a mi hijo.

—Vale, mami —me respondió mientras lanzaba un palo a Jazz.

Dejé la puerta abierta para escuchar las risas de Zac y me dispuse a preparar café. No me había llevado nada a la boca desde el almuerzo del día anterior y mi estómago rugía de hambre. Pero Bobby me lo impidió.

—Déjame que lo haga yo, por favor —rogó quitándome la cafetera de las manos—. Tú siéntate y descansa. Pareces bastante cansada.

No repliqué. No tenía fuerzas. Arrastré los pies hasta la primera banqueta que vi alrededor de la isla de la cocina, me senté y me acosté sobre mis brazos. Mi melena castaña se esparció por la encimera, pringándose con los

restos de gelatina que Zac había desparramado al desayunar, pero me dio igual.

Cuando Bobby colocó la cafetera en el fuego, se acercó hasta a mí y me miró con detenimiento.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó.

—Estupendamente, ¿no me ves? —le respondí.

Dudó, como era de esperar.

—Pues permítame que te diga que das pena —buscó mis ojos y sonrió tímidamente—. Tienes peor pinta que el día que llegaste a Colter Bay.

Solté una carcajada.

Ni siquiera me había parado a mirarme en el espejo de mi habitación cuando decidí levantarme de la cama, por lo que no tenía la menor idea de las pintas que llevaba. Aunque el pijama que vestía y mi melena revuelta me daban una pista.

Bobby se acercó un poco más a mí y me examinó con minuciosidad. Atisé un reflejo de compasión en sus bonitos ojos azules cuando alargó su mano para tocar mi cara, pero antes de tocarme la dejó en el aire, dudando de hacer lo correcto.

—Has llorado —murmuraron sus labios.

No fue una pregunta, sino una afirmación.

Sentí que iba a derrumbarme de nuevo y cerré los ojos. Escondí mi cara entre los brazos y sorbí por la nariz.

Sentí su cálida mano acariciar mi espalda y su respiración muy cerca.

—Lo siento. Perdóname, por favor. No debí perder los papeles contigo ni amenazarte de aquella forma. Fue cruel e infantil —musitó avergonzado—. Siempre te has portado tan bien conmigo y con tanta confianza que te idealicé. Eres una mujer tan bonita y fuerte que me pareciste una *superheroína* de verdad y me enamoré de ti.

Levanté la cabeza lentamente y lo miré.

Era la primera vez que se sinceraba de aquella manera conmigo.

Se lo agradecí.

—Debí darme cuenta de que lo que yo sentía no era recíproco, pero preferí fantasear con la idea de tener a mi lado a la mujer más maravillosa que había

conocido nunca y... —me miró a los ojos un instante para después apartarlos hacia un lado con nerviosismo.

Alargué una mano y atrapé la suya.

Me miró asombrado y le sonreí tiernamente.

—Me enorgullece haber sido tu fantasía. —Le guiñé un ojo y Bobby soltó una carcajada.

—No quiero perder nuestra amistad, Isabella. No concibo la vida sin ti —musitó sin apartar la mirada de mí—. Te quiero mucho, muchísimo. Tanto, que soy capaz de entregarte a los brazos de mi hermano con tal de que sigas permaneciendo cerca de mí.

Aquellas palabras me conmovieron tanto que unas lágrimas brotaron de mis ojos sin darme cuenta y recorrieron mis mejillas en silencio. No solo fue por el significado que tenían para mí, sino por haberme recordado a Owen y todo aquel embolado que me había impedido dormir por la noche. Una masa sólida se instaló en mi garganta impidiéndome hablar y mi labio tembló igual que el de un bebé cuando es arrancado de las manos de su madre. Bobby se acercó a mí con premura y me rodeó con sus brazos, limpió mis lágrimas con la palma de su mano y dejó que llorara en su pecho, desahogándome.

—Lo siento, no pretendía hacerte llorar —pronunció mientras resoplaba arrepentido—. Joder, si llego a saber que te haría tanto daño me hubiese metido la lengua en el culo y le habría pedido a mi madre que lo cosiera.

Soñar con aquella escena me hizo soltar una repentina carcajada que consiguió sacarme de aquel estado depresivo. Me reí tanto que Bobby ladeó la cabeza, arrugó la frente y me contempló sorprendido.

—No estarás imaginando a mi madre con el costurero... ¿verdad?

Me desternillé de risa y Bobby puso los ojos en blanco.

—Maldita ocurrencia la mía —se quejó.

El olor a café inundó cada rincón de la estancia y Bobby se dirigió a la vitrocerámica para apagarla. Atrapó dos tazas de porcelana, las llenó hasta los bordes y me tendió una cuando regresó a la isla.

—Gracias —susurré.

—El café es tuyo, no mío —bromeó.

—En serio, gracias. Significa mucho para mí que hayas venido a disculparte. Yo tampoco quiero perder nuestra amistad. Te quiero mucho —le

confesé—. Como hermano —recalqué con ironía.

Una amplia sonrisa se dibujó en su rostro, mostrándome toda una hilera de dientes blancos y yo volví a sentirme dichosa.

Aquella sensación no podía compararse con ninguna otra.

No había nada mejor en la vida que reconciliarse con un buen amigo y sentir de nuevo su cariño, reconfortándote en silencio.

Nada como seguir caminando escoltada por la mejor compañía.

# Capítulo 18

## Isabella

La visita de los compañeros de Owen se alargó más de una noche, lo que supuso un desbarajuste para mi tranquilidad. Me las ingenié demasiado bien para evitar estar en contacto con ellos, no porque me parecieran malas personas, en absoluto, sino porque me sentía eclipsada por aquella diosa llamada Hannah y Owen parecía no darse cuenta. Se había creído mis mentiras, aquellas que inventé para no acabar sentada al lado de su compañera, y actuaba de forma distinta a la que descubrí cuando ambos dejamos de lado nuestros escudos protectores.

Terry acaparaba toda su atención y lo seguía a cualquier lugar que fuera, con el pretexto de ponerle al día en los asuntos del trabajo. Mas algo dentro de mí me confirmó que no estaba siendo totalmente sincero con Owen y me dio la impresión de que su único objetivo consistía en mantenernos separados.

*«No es más que un amor de verano, Owen. Se te pasará»*, rememoré la conversación que espíe en el porche y una patada invisible me golpeó el estómago.

Dolía. A pesar de los días que habían pasado, continuaba haciéndolo.

Observarlo junto a sus amigos de la ciudad me hizo descubrir que Owen era incapaz de mostrarse tal y como era frente a otros que no fueran su familia, y me dio pena. No solo por lo que los demás se perdían, pues Owen tenía mucho que ofrecer, sino porque él se martirizaba a sí mismo obligándose a dar una imagen perfecta que lo agotaba constantemente. No hacía falta que dijera nada, yo lo sabía. Aquellas ojeras que habían aparecido bajo sus bonitos ojos verdes y aquella actitud tensa que había adoptado desde que ellos llegaron, lo acusaron.

¿Y si era el Owen de ciudad el que conviviría con nosotros si aceptábamos irnos a vivir con él a San Francisco?

Tomé aire lentamente y tensé la espalda.



«No, él no es así», pensé mientras sacudía mi cabeza para despejar las dudas. Esas que no dejaban de crecer a medida que las horas avanzaban.

Era imposible.

Me resultó tan desconocido al Owen que me había hecho el amor con tanta delicadeza y veneración en aquel hermoso lago...

—Estás muy callada, ¿en qué piensas? —escuché que me preguntaban por la espalda.

Pestañee varias veces seguidas y giré mi cabeza hacia atrás. Maisha cogió una zanahoria pelada de uno de los cuencos de la encimera y le dio un mordico. Dejó caer sus caderas sobre los muebles de cocina de Menelik y me miró expectante.

—¿Hasta cuándo van a estar de visita esos dos en Colter Bay? —me quejé mientras escudriñaba con la mirada a aquellos intrusos que estaban consiguiendo poner mi vida patas arriba—. ¿Y por qué diantres han venido a nuestro almuerzo familiar de los domingos?

—Porque forman parte de la vida de Owen y son sus invitados —pronunció Tanisha apartando la olla del fuego. Se acercó hasta a mí y miró a través de la ventana que había en la pared que nos separaba del comedor—. Igual ocurre con Matthew y nunca te has quejado.

—Pero Matt es de la familia, lo conocéis desde que tenía cinco años. No es comparable —protesté mientras lo buscaba con la mirada. Sonreí al verlo jugar a los pistoleros con Zac en una de las esquinas del salón—. Es el mejor amigo de la infancia de Owen y nunca os ha abandonado, se merece ese reconocimiento. Ellos no —gruñí.

—Sí, tienes razón, pero no podemos ser descorteses con ellos, no somos así —mencionó Tanisha colocando sus manos en mis hombros. Los frotó lentamente como si quisiera darme ánimos—. No le permitas convertirse en una competidora más, demuéstrole que ya no hay juego al que jugar, tú y solo tú has alcanzado la meta. Déjasele claro —susurró en mi oído.

Supe a quién se refería antes de atreverme a buscarla entre todos los que charlaban animadamente sentados en los sofás.

Giré mi cabeza y me encontré con Tanisha. Sus intensos ojos café me atravesaron en silencio.

—Levanta la cabeza bien alta, ¿me oyes? No tienes nada de qué avergonzarte. Eres una mujer fuerte, valiente y bella. Cualquier hombre se

sentiría muy afortunado de tenerte a su lado —murmuró con convicción.

—Pero yo no quiero a cualquier hombre, Tanisha, yo lo quiero a él —mascullé volviendo la mirada atrás para buscar a Owen.

Cuando lo hice sentí un vuelco en mi corazón y me llevé una mano al pecho para masajearlo.

—Lo sé, y Hannah también. Por eso se ha puesto en tu camino. Lleva años deseando tener lo que Owen y tú habéis conseguido en apenas unas semanas y es incapaz de renunciar a él porque le ama —me confesaron los labios de Tanisha y sentí un escalofrío invadir mi cuerpo.

Tragué saliva.

Aquella era una verdad que no quería asimilar.

—Eres mil veces mejor que ella y si mi hermano no se da cuenta, entonces es más gilipollas de lo que creía —mencionó Maisha mientras me abrazaba con cariño.

Respiré profundamente y me dejé arropar por las dos mujeres más maravillosas que había encontrado en mi vida. Me sentí afortunada de tenerlas. Ellas, sin pretenderlo, se habían convertido en uno de mis grandes apoyos.

Cuando la comida estuvo lista para servir y la señora Brooks ordenó a todos que se sentaran a la mesa, Owen apareció por la cocina aprovechando que me encontraba sola terminando de cortar el pan. Sentí sus manos rodear mi cintura y la calidez de su cuerpo en mi espalda cuando se pegó a mí para abrazarme. Los latidos de mi corazón se dispararon de tal manera que, si alguien fijaba la vista en el escote de mi vestido, podía verlo saltar sin ningún problema. Despacio, regalándome una caricia, los dedos de su mano apartaron mi melena suelta hacia un lado para dejar paso a sus labios, que besaron mi cuello lentamente, provocándome un suspiro que explotó en mi alma.

—Te he echado de menos —susurró en mi oído—. Mucho, muchísimo.

Su mano bajó por mi cuerpo pausadamente, buscó mi entrepierna y hundió sus dedos en mi interior. La falda de mi vestido se arrugó y yo morí lentamente.

Gemí un instante y sentí como el miembro de Owen se endurecía al instante.

Lo deseaba, tanto como él me deseaba a mí, sin embargo, la situación había cambiado y debíamos dejar las cosas claras antes de continuar, pues solo

conseguiríamos hacernos daño.

En contra de mi voluntad, agarré con su mano y la aparté de entre mis muslos, me di la vuelta y lo contemplé con detenimiento. Pude ver un atisbo de sorpresa en aquellos ojos que me tenían encandilada.

—¿Qué hay entre Hannah y tú? —le pregunté cruzando los brazos en el pecho.

El desconcierto que apareció en su cara me indicó que no se esperaba aquella pregunta.

—Nada. No hay nada —respondió separándose unos centímetros de mí.

—Pero lo hubo, ¿verdad?

Owen afirmó en silencio.

—Pero eso ocurrió antes de conocerte a ti —Owen buscó mi cara y la acunó entre sus manos—. Tú eres la única.

—¿Lo sabe ella? —le interrogué.

Su silencio le delató.

—Lo sabrá, *Ella*, pero déjame buscar el momento perfecto para hacerlo —murmuró—. Hannah aparenta ser una mujer fuerte, pero en realidad no lo es. No creo que Colter Bay sea el mejor lugar para ello, le destrozaré el corazón y cuando lo haga no tendrá a nadie a quien recurrir para buscar consuelo.

Owen y su maldita costumbre de preocuparse por los demás.

—No existe el momento perfecto para romper el corazón de una persona, Owen. Cuánto más tardes en hacerlo, más alargará su agonía. Y no es justo para ella, ni para nosotros.

—Lo sé. Tienes razón.

Me perdí en el oasis verde de su mirada y deseé regresar a aquel lago donde hicimos el amor por primera vez.

Owen bajó sus manos hacia mi pecho y deshizo el nudo de mis brazos. Entrelazó sus dedos con los míos y besó mis labios dulcemente.

—Te prometo que lo haré —susurró.

No dije nada. Me limité a contemplarlo unos segundos.

—¿Aceptarás la oferta de trabajo? —le pregunté.

Aquel ascenso en Florida era un secreto a voces que preocupaba a la familia. Si bien todos éramos conscientes de que aquel era su sueño hecho

realidad, y aunque él no se había pronunciado al respecto, dudábamos de que fuera capaz de aceptarlo.

O eso queríamos creer.

—*Ella*, he querido contártelo en varias ocasiones, pero...

—No me des excusas, Owen, no te las he pedido —le corté—. ¿Lo harás?

—No lo sé —respondió agachando la mirada—. Aún no he tomado una decisión.

Los pasos de Tanisha se hicieron eco en la cocina y rompí el contacto entre nosotros. Sentí una punzada de dolor cuando Owen abandonó la habitación y sorbí por la nariz cuando su madre acarició mi cabello.

—Arriba —con delicadeza Tanisha levantó mi mentón—. Siempre arriba.

Y salió de la cocina con el cesto de pan cortado.

La primera sacudida en mi estómago llegó cuando quise sentarme a la mesa. Me ardió tanto el corazón, que tuve que masajearme la zona en un intento de hacer desaparecer aquella horripilante sensación. Pero no funcionó. Se intensificó en el instante que vi a Hannah sentada al lado de Owen.

Nunca había hecho falta colocar un cartel en cada silla para saber cuáles eran los asientos de cada uno. No, jamás hizo falta. Todos sabíamos en qué lugar sentarnos. Estaban asignadas por costumbres, con etiquetas invisibles en nuestras cabezas. Por eso sentí como se desgarraba algo dentro de mí cuando Owen le ofreció mi silla a Hannah que gustosa aceptó.

Gruñí.

Era mi silla, mía, no la de ella.

Me había sentado en aquella silla cada domingo durante todos aquellos años que llevaba en Colter Bay, justo en esa silla, la más próxima a la suya. Ese asiento que la familia le había asignado desde que llegó para que estuviéramos más cerca, tanto, que resultaba imposible que nuestros cuerpos no mantuvieran el contacto.

Una oleada de celos inundó mis sentidos y me cabreé.

—Ven, cielo, siéntate a mi lado —murmuró Tanisha cuando averiguó lo que acababa de pasar por mi mente.

Palmeó el asiento libre que había a su derecha y me sonrió.

Contuve mis ganas locas de gritarle, me mordí los labios y me senté en

aquella silla, al lado de Bobby, que me sonrió encantado, pero Zac reclamó estar cerca de mí y Bobby le cambió el sitio sin rechistar.

Ni siquiera me di cuenta de cómo llenaron mi plato de comida, ni de aquel trozo de hueso que Zac escupió cuando se llevó el tenedor a la boca. Solo tenía ojos para aquellos dos que reían alegres, ajenos a mi escrutinio, mientras compartían con todos, sus hazañas en el mundo de la medicina.

Hannah escogió aquel momento para desprenderse de la cazadora que cubría sus hombros y la observé sonreír tímidamente cuando todos los hombres de la mesa, excepto el viejo Menelik, posaron sus ojos en ella. La camiseta de tirantes que tenía debajo era tan ajustada que hasta el encaje de su sujetador se apreciaba en la tela. Verlos a todos babear me hizo sentir náuseas.

Bobby pestañeó aturdido al regresar a su plato y sonrió bobamente cuando se llevó el tenedor a la boca. Dejé de comer en cuanto sus ojos se encontraron con los míos. Lo fulminé con la mirada.

—¿Qué? —bisbisearon sus labios.

Puse los ojos en blanco y bufé.

Hannah descendió una de sus manos y la escondió bajo la mesa, lo que llamó mi atención considerablemente. Miró a Carl con una sonrisa en su boca, fingiendo prestar atención, pero el sutil gesto que Owen hizo con sus cejas me desvelaron a dónde había ido a parar. Me la ingenié para buscar una excusa, que incluía los zapatos de Zac, para agacharme y meter mi cabeza bajo el mantel, y cuando lo hice, se me paró el corazón. No era lo mismo pensarlo que observarlo y por mucho que quise mantener la compostura, me fue imposible lograrlo.

Hannah tenía su mano abierta sobre el muslo izquierdo de Owen, arriba, muy arriba, tan cerca de su entrepierna que pude distinguir con claridad el bulto que se escondía bajo el pantalón.

Me quedé tan aturdida que sin darme cuenta me caí de la silla.

—Isabella, ¿estás bien? —me preguntó Tanisha incorporándose de su asiento.

—¡Mami! —Zac se bajó de un salto para ayudarme.

Y yo me quedé allí, sentada como una boba, sintiendo cómo bullía la sangre por mi cuerpo, quemándome la piel como si hubiese bebido lava incandescente.

Vi a Bobby esconder la cabeza debajo de la mesa para encontrarse conmigo y arrugó el ceño cuando me vio llorar. Sus ojos azules se compadecieron de mí y centelleó de ira cuando siguió mi mirada y descubrió la razón por la que me encontraba así.

Y entonces se formó el caos.

—¿Serás hijo de puta? —pronunció fulminando a Owen con su colérica mirada.

Me levanté deprisa, todo lo que pude y me golpeé la cabeza con la madera cuando quise ponerme en pie. Pero no me importó, sabía que Bobby iba a perder los nervios y no podía permitirlo.

—¡No, para! ¡Bobby! —le grité mientras corría hacia él.

Matt que vio mi estado de alerta, se adelantó y lo sujetó por los hombros cuando pasó por su lado, evitando que llegara hasta Owen que, desconcertado, se levantó de la mesa intentando entender lo que ocurría allí.

—Bobby, ¡mírame! —le ordené cuando me coloqué frente a él levantando mis manos en el aire—. No, no lo hagas. O te arrepentirás después.

—¿Vas a dejar que te trate así? —me preguntó sorprendido. Sacudió sus hombros para soltarse del agarre, pero Matt apretó con más fuerza.

La atención de todos los presentes se centró en nosotros y me puse nerviosa. Nunca me había gustado ser el centro de atención de una reunión, por lo que bajé la voz intentando pasar desapercibida.

—No, claro que no —susurré.

—¿Se estaba toqueteando con ella debajo de la mesa y reaccionas así? —vociferó.

—¿Que estaba haciendo qué?! —Maisha arrastró su silla con tanta fuerza que esta cayó al suelo proporcionando un ruido sordo.

Zac se asustó y pegó su cuerpo en un rincón de la pared.

Se me cayó el alma a los pies.

—¡No estábamos toqueteándonos! ¿Pero qué estás diciendo? —se quejó Owen buscándome con la mirada—. Hannah solo ha posado su mano en mi pierna como hacemos los amigos —hizo una pausa—. *Ella*, me conoces.

—¿De verdad? —dudé—. ¿Te conozco de verdad?

Posé mis ojos en Hannah que apenas tardó unos segundos en bajar la vista

avergonzada y después, me enfrenté a aquella mirada esmeralda que me había robado el corazón y que acababa de estrangularlo.

Podría haberle dicho muchas cosas, pero las palabras se quedaron atascadas en mi garganta, como paja seca, impidiéndome hablar.

Cerré los ojos, dejé que un par de lágrimas rodaran por mis mejillas y me di la vuelta.

—Ven, mi vida, nos vamos a casa —mencioné cuando me acerqué a Zac y este corrió a mis brazos para resguardarse—. Perdona por haberte asustado —susurré en su oído cuando lo cogí en brazos.

—*Ella*, por favor, vamos a hablar. No te vayas así —me rogaron los labios que tantas veces habían besado los míos.

Sentí una punzada de dolor en mi pecho, pero lo ignoré y abrí la puerta con convicción.

—Déjame que os lleve —comentó Bobby soltándose del agarre de Matt.

—No, quédate aquí. Quiero estar sola —musité con la voz entrecortada.

—Isabella... —La voz de Tanisha me obligó a frenar los pies. Miré hacia atrás y me la encontré con la cabeza erguida, levantando el mentón hacia arriba.

Le sonreí con tristeza y salí al exterior.

Bajé los escalones del porche y me dirigí al coche, senté a Zac en su sillita y cuando le puse el cinturón, escuché la carrera de alguien tras de mí.

—Eh, campeón, ¿cómo estás? —Maisha acarició su carita con mimo, pero mi pequeño no contestó. Me miró de soslayo y yo cerré los ojos. Estaba asustado—. Oye, Zac, ¿quieres que después te lleve a Jazz para que juegues con él un ratito?

Zac levantó sus ojitos castaños y asintió levemente.

Maisha sonrió y cerró la puerta del coche con cuidado. Se encaminó hacia mí y me acompañó hasta el asiento del piloto.

—Siento que hayas tenido que presenciar eso —comentó mientras me cogía de la mano—. Hablaremos con él. Todo se solucionará, Isabella. Te lo prometo.

Sabía que lo sentía de corazón y que se encargaría de recriminarle a Owen aquel comportamiento, pero me encontraba tan afligida que ni siquiera le respondí. Me senté en el asiento, cerré la puerta y encendí el motor.

—Iré a ver cómo os encontráis más tarde, ¿de acuerdo? —escuché que gritaba para hacerse oír a través de la ventanilla cerrada.

El rugir del motor selló sus labios.

Me mantuve fuerte, conduje conteniendo las lágrimas hasta que paré el coche al llegar a la cabaña, y cuando entramos dentro, me desinflé como un globo tras la puerta de madera y me eché a llorar en el suelo como alguien que acaba de perder a la persona más importante de su vida.

No conté las horas, ni presté atención al reloj que, colgado en la pared de la cocina, movía las agujas lentamente. La congoja que presionaba mi pecho era tan intensa que creí que el alma se me había partido en dos, llevándose mi vida bien lejos de allí.

Zac no se separó de mí ni un solo momento y me sentí una madre deplorable al verlo pendiente de mí, consolándome con aquellas tiernas caricias que me desgarraban el corazón más y más. ¿Qué clase de madre pierde los papeles y llora desconsoladamente delante de sus hijos?

Cuando no tuve más lágrimas que derramar, me levanté del suelo, abracé a Zac y lo senté sobre la encimera de la cocina. Besé su carita rogándole su perdón cada vez que mis labios se posaron en su piel y le preparé la merienda. Aunque por la leve oscuridad que entraba por la ventana, bien podría decir que estaba a punto de anochecer.

—Veamos, ¿qué te apetece comer? —le pregunté abriendo la nevera—. ¿Huevos revueltos?

—Cereales con chocolate —eligió.

Arqueé una ceja y dibujé una mueca divertida en mi boca.

—Probablemente esa no sería considerada una cena lo suficientemente nutritiva para un niño de tu edad, pero ¿sabes qué? —Zac negó con su cabeza—. Al cuerno. Hoy cenaremos lo que nos apetezca de verdad. Y me parece que el chocolate es la mejor opción que has podido elegir.

La sonrisa de mi hijo ensanchó mi pecho y por una milésima de segundo volví a sentirme dichosa.

Cogí la caja de cereales, los cuencos, las cucharas, la leche y dejé que Zac sirviera la cena. Me reí cuando derramó un poco de leche por la encimera al darme de comer y le sacudí el pelo cuando se metió la cucharilla por la nariz para hacerme sonreír.



Tenía tanta suerte de tenerlo en mi vida...

Unos golpes en la puerta distrajeron nuestro juego y yo tragué saliva cuando puse la mano en el picaporte. Sabía que Maisha había venido a comprobar cómo nos encontrábamos, pero no estaba preparada para enfrentarme de nuevo a aquel vapuleo de emociones que regresarían con tan solo verla. Era mi amiga, sí, pero también era su hermana y en ella, muchas veces, lo veía reflejado a él.

Era demasiado duro.

Suspiré para reunir fuerzas y me armé de valor. Aunque aún me sentía recelosa con ella por ocultarme la relación que su hermano mantenía con Hannah, quise darle una oportunidad. Era mi amiga, mi mejor amiga, y las amigas se perdonaban.

Abrí la puerta dispuesta a dejarla entrar, cuando una inesperada sorpresa me heló la sangre en un instante.

Allí frente a mí, con aquella pose posesiva que tanto le caracterizaba, esperaba a que lo dejase pasar el hombre que más me había mortificado en la vida.

Roger Hill.

Había pasado mucho tiempo, seis años para ser exactos, en los cuales intenté con todas mis fuerzas borrarlo de mi cabeza, hacerlo desaparecer, arrancarlo de mí, pero nunca había funcionado. Aquellos ojos gélidos y sin corazón continuaban visitándome de noche, recordándome que un día fui suya y que seguiría siéndolo mientras continuara con vida. Creía que eran pesadillas que me perseguían por el trauma que había vivido durante tanto tiempo, ahora, al verlo frente a mí, con aquella sonrisa diabólica, supe que de algún modo habíamos continuado conectados para mi desgracia.

—Isabella de Salazar, cuánto tiempo —enunció con voz calmada, entrelazando los dedos de su mano.

Lo vi avanzar hacia mí y temblé de pies a cabeza.

«No, otra vez no», gemí para mis adentros.

Me concentré en cerrar la puerta, pero su zapato, el que había colocado entre la hoja de madera y el dintel al estirar su pierna, me lo impidió. Me sonrió cuando lo miré con pavor y grité con tanto terror que Zac, de un salto, bajó de la encimera y corrió a esconderse en su habitación.

«Zac», me lamenté en silencio.

Roger solo tuvo que empujar la puerta para abrirla de golpe y yo me tambaleé unos metros delante de él mientras observaba como irrumpía en la cabaña sin mi permiso. Sentí el miedo arañar mi espalda cuando se quitó la cazadora, la dejó sobre la encimera de la isla y se remangó los puños. De nuevo regresaba para adueñarse de mi vida, utilizando las mismas formas para controlarme.

Pero en vez de agazaparme alcé la barbilla, como me había enseñado Tanisha, y me encaré con él.

De la garganta de Roger brotó una carcajada tan siniestra que me bloqueé.

Tramaba algo, lo conocía bien, pero no supe descubrirlo por mucho que me empeñé en analizar aquella mirada desafiante. Lo oí silbar y un hombre, al que no había visto en mi vida, entró en la cabaña, cerró la puerta y se colocó a su lado cruzando las manos delante como si fuese algún tipo de guardaespaldas.

Temí lo peor.

—Vaya, veo que, en este remoto lugar, la vida te trata bien —mencionaron los labios de Roger mientras barría la estancia con su mirada—. ¿El sueldo de una simple camarera da para todo esto? Menuda ganga has encontrado. Ahora entiendo por qué no me has echado de menos.

Dio un paso hacia delante y yo di uno hacia atrás.

No iba a permitir que pusiera una mano sobre mí.

—¿Cómo sabes que soy camarera? ¿Me has investigado?

—Llevo años buscándote, Isabella, años. ¿De verdad creías que podías marcharte a hurtadillas en mitad de la noche y conseguir desaparecer? —Una perversa sonrisa se escondió en la comisura de su boca y mis dientes castañearon.

—Quisiste ahogarme, Roger, aún siento tus manos en mi cabeza sujetándome con fuerza, impidiéndome salir al exterior para respirar. Sentiste mis sacudidas, sabías que me estaba hundiendo y te dio igual —murmuré apretando los dientes—. Si no llegan a aparecer esos excursionistas quién sabe lo que habría sido de mí.

—Solo jugaba contigo —se defendió.

—No, no lo hacías. Y como aquello no te funcionó decidiste castigarme a base de palizas crueles e inhumanas.

—Después de tanto tiempo, aún sigues sin comprenderlo —comentó sacudiendo la cabeza levemente. Me fijé en aquella mirada que dedicó a su guardaespaldas y tensé mi espalda cuando lo vi acercarse a mí.

Me estaban rodeando.

—¿Qué es lo que sigo sin entender? —pregunté reculando unos pasos más.

—Mi intención nunca ha sido hacerte daño a ti, Isabella, sino a ese niño que llevabas en las entrañas. Ese que conseguiría desheredarme si mi familia descubriera su existencia —explicó de forma tan natural como el que comenta el tiempo que hace.

Sentí como mis piernas desfallecían y me sujeté a la pared que había tras de mí para no derrumbarme.

Zac.

Una arcada se presentó sin aviso y me revolvió el estómago.

¿Su único empeño todos esos meses había sido que abortara? ¿Impedir que la vida inocente de una criatura amenazara las arcas de su distinguida herencia? ¿Era más importante el dinero que su propio hijo?

—Vamos, no me mires así. Desde el día que te quedaste embarazada sabías que ese niño no era más que un estorbo. Un error. Pero te empeñaste en tenerlo y me obligaste a idear un plan, uno que no habría llevado a cabo si no hubieras caído en las redes de ese cirujano mulato con el que viajaste a San Francisco. Allí fue donde Adler te encontró y solo tuvo que seguimos para traerme hasta ti.

—¿Qué?

Mi voz sonó quebrada e insegura y él dio otro paso hacia mí.

—Enamorarte de una sucia rata negra, qué bajo has caído. ¿Cómo puedes vivir rodeada de gente tan débil y repugnante? ¿Cómo has permitido que toque tu blanca piel? —gruñó con asco.

—Prefiero que su boca bese cada resquicio de mi cuerpo a que un solo dedo tuyo toque uno solo de mis pelos —declaré.

No lo vi venir.

Su mano se levantó en el aire y me dio tal bofetón que consiguió doblarme por la mitad. Había olvidado la fuerza que le caracterizaba y mi labio tembló cuando noté la sangre en mi boca.

—No vuelvas hablarme así o...

—¿Qué? ¿Volverás a pegarme? —Erguí mi cabeza hacia arriba y me limpié la sangre con el dorso de mi mano—. No te tengo miedo, ya no —mentí.

La ira que manó de sus ojos me confirmó que lo había cabreado, pero me dio igual. Si Roger creía que le dejaría hacer lo que quisiera sin luchar, estaba totalmente equivocado.

Antes prefería morir a encontrarme de nuevo bajo su yugo.

Roger alargó una mano hacia mí, la cerró en torno a mi garganta y apretó con tanta fuerza que creí que me asfixiaría allí mismo. El aire dejó de llegar a mis pulmones y me puse tan nerviosa que desesperada comencé a arañar sus manos con mis uñas.

—¡Deja a mi mami en paz! —gritó Zac desde el pasillo—. Le estás haciendo daño. ¡Para!

La valentía de Zac me desarmó por completo y me recordó que no estábamos solos. La sonrisa de Roger inundó de pavor todo mi cuerpo y sentí tanto miedo por Zac que no me importó las consecuencias en las que me vería enredada, si de esa manera, podía salvar su vida. Reuní toda la fuerza que pude y propiné con furia una patada en la entrepierna de Roger que le hizo gritar de dolor. Lo empujé hacia atrás para apartarlo de mi camino y galopé hacia mi hijo para protegerlo. Sin embargo, los brazos de aquel matón me atraparon antes de llegar hasta Zac y pataleé como una loca.

—¡Zac, vete! ¡Corre! ¡Sal de aquí! —vociferé con todas mis fuerzas—. ¡Escóndete, deprisa!

Vi temblar sus labios y se me partió el alma.

Roger gruñó enfadado y levantó su cabeza para encontrarse con Zac, extendió su mano en un intento para atraparlo, pero mi pequeño pirata fue más rápido, saltó sobre él, se dirigió a la puerta, la abrió y consiguió escapar.

Cuando lo vi perderse entre la maleza del bosque sentí que iba a desfallecer y mis ojos se anegaron de lágrimas.

—¡Maldita zorra! —La mano de Roger volvió a abofetear mi cara con tanta furia que hasta el guardaespaldas que me abrazaba por la espalda se tambaleó.

Chocamos con la isla de la cocina y escupí un reguero de sangre sobre la encimera.

—¡Tú, ve a por el crío! Yo voy a divertirme un rato mientras acabas con él —ordenó Roger desnudándome con la mirada.

Cuando aquel gorila me soltó, Roger empotró mi cuerpo en la isla, me dio la vuelta para quedar de espaldas a él, tiró con fuerza de mi pelo, abrió mis piernas, levantó mi vestido y me arrancó la ropa interior, provocándome un corte en la piel por las costuras de mis braguitas. Escuché cómo se deshacía del cinturón de su pantalón y aproveché aquel momento para alargar mi mano hacia el soporte de cuchillos que había sobre la encimera, atrapé uno y lo lancé con todas mis fuerzas hacia aquel hombre que iba en busca de mi hijo.

Los alaridos de dolor me delataron que había conseguido alcanzarlo.

Sonreí orgullosa y entonces las manos de Roger estamparon mi cara contra la isla provocándome tanto dolor que no pude contener mis gritos.

—¿Te resulta divertido? —gruñó rabioso.

Con una fuerza brutal, Roger me lanzó hacia el suelo del comedor y me propinó una fuerte patada en mi estómago que hizo crujir algo en mi interior. Me tapé la cabeza con mis manos, como había aprendido a hacer tantas veces, y me conciencí del siguiente golpe. Una inesperada patada en mi columna tensó mi espalda y comencé a llorar.

Estaba enfadado. Mucho. Y yo tenía la culpa.

Se tumbó sobre mí, silbó y temblé cuando observé unos negros y grandes zapatos dirigirse hacia nosotros. Fijé la vista en su matón y vi cómo se arrancaba el cuchillo que había atravesado uno de sus hombros. Lo tiró al suelo salpicando de sangre la alfombra donde Zac había jugado aquella mañana y me sujetó los brazos con fuerza, como le ordenó Roger. Me removí inquieta bajo el cuerpo de aquel demonio, dispuesta a luchar hasta el último segundo y cuando las grandes manos de Roger se hundieron en mi cuello y la visión comenzó a difuminarse, recé porque ocurriera un milagro.

Yo ya había efectuado el mío, salvar a Zac.

Ahora dependía del destino que volviera a respirar.

# Capítulo 19

## Owen

Maisha me clavó sus uñas cuando agarró mi brazo y me arrastró varios metros hacia un lado de la habitación, apartándome de los demás.

—Arregla esto de una puñetera vez. Isabella no se merece que la traten así, ya ha sufrido suficiente por culpa de los hombres como para volverlo a repetir contigo —me amenazó con un dedo—. Te dije que Hannah sería un problema y no me equivoqué. Deberías haber mantenido las distancias con ella. ¿Acaso no te has dado cuenta de lo incómoda que está siendo esta situación para Isabella? Ella tampoco tenía previsto enamorarse, créeme que no, pero cuando el corazón habla... —murmuró desviando la mirada hacia la zona donde Terry y Matt conversaban afablemente.

¿Qué se le había perdido allí?

En el momento en el que Isabella y Zac se marcharon del almuerzo, un revuelo familiar nos envolvió. Mi madre, totalmente airada, comenzó a regañarme en voz alta, delante de todos, como si tuviera cinco años, lo que ocasionó que me crispara y se acabasen las buenas composturas. Me acusaba de ser un hombre desleal, de tener poca vergüenza, de haber herido los sentimientos de la única mujer que conseguiría hacerme feliz en la vida, lo que molestó a Hannah que disimuladamente sorbió por la nariz antes de excusarse y salir al porche. Me encontré con la mirada circunspecta de mi padre, que no abrió la boca en ningún momento, y con el rechazo de mi abuelo Menelik, que negó con su cabeza cuando resopló en silencio.

Terry y Matt se mantuvieron al margen, respondiendo con monosílabos cuando le preguntaban cualquier cosa, como si podían ayudar a recoger la mesa o si les apetecía tomar café.

Crucé la mirada con los ojos de Terry y pude ver un atisbo de arrepentimiento en ellos. Quizás si no hubiese aparecido por Colter Bay con Hannah a su lado... Si no hubiese ido a ofrecerme aquel contrato tan goloso...

Aquella situación era totalmente injusta.

—Entre Hannah y yo no hay nada, Maisha —resoplé—. Te juro que ni

siquiera prestaba atención cuando ella colocó su mano en mi pierna. No me di cuenta de su contacto. Solo prestaba atención a la conversación de Terry y al entusiasmo de papá.

—Pues para no darte cuenta, bien dura se te puso —escupió Bobby con voz áspera cuando llegó hasta nosotros.

Le escudriñé con la mirada y tensé la mandíbula.

Se colocó frente a mí, a medio metro de distancia, y me fundió con sus almendrados ojos. Intentó provocarme con aquella pose altanera y con su lengua afilada.

Pero bien lejos estaba él de conseguirlo.

—No me empalmé gracias al roce de Hannah, sino al cuerpo de Isabella —gruñí. Ambos me miraron sin comprender—. Antes de sentarnos a la mesa, en la cocina... bueno nos... rozamos más de la cuenta y... no me la pude quitar de la cabeza en todo el almuerzo. Tenerla delante, a poca distancia no me ayudó a conseguirlo.

Bobby, molesto, cerró los ojos y un gesto de rabia delineó su rostro. Supe al instante que mi explicación le había arrebatado la posibilidad de humillarme nuevamente y descubrí que la opción de mantenerse al margen, lejos del protagonismo que siempre quiso tener con ella, le hacía sufrir. Me dio pena y me compadecí de él. Bobby no tenía la culpa de idolatrar a la mujer de la que yo estaba enamorado. No había podido resistir caer en sus encantos, en los mismos que sedujeron a todos los miembros de mi familia desde el primer día.

Como yo tampoco pude.

Isabella era sencillamente perfecta.

Maisha me observó con el semblante serio y una pizca de incertidumbre en sus bonitos ojos café. Sabía que se alegraba de que aquella horripilante idea que había surgido en la cabeza de la mayoría, acerca de la posibilidad de suplantar a Isabella por Hannah, no fuese cierta, sin embargo, debía haber algo que mantenía en secreto y le impedía sonreír como habría hecho de otro modo.

Y eso me inquietó.

Bastante.

—Deberías hablar con Hannah y dejar las cosas claras de una vez —me aconsejó Maisha—. Ni ella se merece creer en falsas expectativas, ni Isabella

imaginar que prefieres a una esbelta e inteligente cirujana plástica, a una simple camarera y madre soltera. No es justo para ninguna de las dos. Ambas tienen sentimientos y las hieres por igual al no dejarles las cosas claras. ¿No te has dado cuenta de que ambas te quieren?

Tenía razón.

Maldita inteligencia femenina.

No dije nada, afirmé con mi cabeza y me centré en aquel repentino impulso que brotó en mi pecho. Era hora de hablar con Hannah. Sí. Las palabras de mi hermana me dieron el impulso necesario para dejar las cosas claras entre nosotros y no quise demorarlo más. Isabella tuvo razón cuando me dijo que no existía un momento perfecto para destrozarse un corazón amado y, aspirando en profundidad para prepararme, me dirigí al porche.

Mas la actitud de Maisha me frenó los pies.

Estaba nerviosa, mucho, y aquel temblor en sus manos que intentó disimular, me preocupó. Nunca la había visto en aquel estado. Maisha siempre se las ingeniaba de maravilla para fingir que nada le preocupaba, que podía controlar cualquier situación que se le presentara, que era una mujer valiente y capaz para conseguir todo aquello que se propusiera. Pero esta vez, era diferente.

Parecía que había algo que ocultaba a los demás, y debía ser realmente importante para hacerla temblar de aquella manera.

Y me inquietó.

Supe que afectaba a Isabella en aquel mismo instante. Por lo que me resultó imposible ignorarla.

Cuando salió de la casa tras cuchichear unas palabras con mi madre y despedirse de mi abuelo, la seguí. Algo dentro de mí me empujó a hacerlo y me dejé llevar por aquella repentina intuición. Supe que iba a visitarla en cuanto se dirigió al viejo Chevrolet C10 de mi padre.

No lo pensé un solo segundo. Decidí ir con ella.

También estaba preocupado por Isabella y necesitaba verla, aunque me hubiese apartado de su lado. Aquellos ojos llorosos repletos de traición se clavaron de nuevo en mi alma al recordar la escena del almuerzo y sentí rabia. ¿Cómo había permitido que se marchase pensando aquella locura?

Me crucé con Hannah en la entrada, sujeté la puerta para que entrase y le



prometí una explicación de todo en cuanto me fuese posible. No dijo nada, me ignoró y tuve que soportar la carcajada de Bobby que, tras de mí, esperaba su turno para salir.

Me lo merecía.

Bajé las escaleras trotando para seguir el ritmo de Maisha y me aparté de la cara aquellas gotas de lluvia que se chocaron conmigo. El atardecer había caído y unas nubes oscuras cubrieron el cielo eclipsando una buena noche de verano. Se avecinaba una tormenta y me extrañé de que nadie en casa hubiera reparado en ello cuando siempre estábamos pendientes del tiempo.

Escuché pasos a mi espalda y me giré para comprobar quién nos seguía.

Bobby.

Arrugué el ceño molesto.

—¿Es que no vas a dejarme en paz? —le pregunté cuando me alcanzó.

—Y de nuevo resurgió el ego del cirujano —respondió mordaz—. ¿Quién dice que es a ti a quien quiero ver?

Bufé.

Jazz apareció con paso ligero moviendo la cola con energía, feliz de perderse entre tantos recovecos, y se acercó a Maisha alegre. Tocó con su hocico los dedos temblorosos de mi hermana y corrió hacia la camioneta, donde comenzó a dar vueltas impaciente. Parecía entender perfectamente hacia donde nos dirigíamos todos. Era un animal muy inteligente.

Maisha levantó la lona trasera para que Jazz subiese de un salto y la dejó suelta para que pudiera respirar durante el viaje. Abrió la puerta del piloto, se sentó y encendió el motor. No esperó a que llegáramos. Comenzó a dar marcha atrás perdiéndose de nuestro alcance.

Bobby y yo nos miramos extrañados y echamos a correr hacia la camioneta.

—¡Espera! —grité.

Maisha giró el volante, dio la vuelta y frenó de golpe.

A pesar de la distancia pude ver la incertidumbre en su mirada a través del espejo retrovisor.

—¿Pero qué te pasa? Estás muy rara —le preguntó Bobby mientras se colocaba el cinturón de seguridad.

Entramos rápidamente en el vehículo y nos sentamos sin discutir. Una de las

particularidades que más me gustaban de la vieja camioneta de mi padre eran aquellos asientos delanteros que permitían la posibilidad de que más de dos personas pudieran disfrutar de un viaje, y al vernos a los tres sentados juntos, la nostalgia se apoderó de mí.

—Ni un mensaje, ni uno solo. Eso sí que es raro —comentó mi hermana en cuanto se incorporó a la carretera—. Han pasado seis horas desde que Isabella y Zac se marcharon de casa y ni siquiera se ha conectado al WhatsApp. No es habitual en ella, estamos continuamente en contacto. Siempre. Me da miedo que le haya pasado algo —murmuró.

—No creo que tras lo ocurrido le apetezca mucho eso de wasepear con nadie —observó Bobby mientras se recogía los rizos en una coleta.

—No, tú no lo entiendes. Ella y yo nos lo contamos todo, Bobby, todo. Y que aún no lo haya hecho es... —Maisha no terminó la frase.

—Tranquila, seguro que está tan afectada que ni siquiera ha mirado el móvil —comenté en un intento de calmarla—. Yo, en su lugar, también lo haría.

Maisha puso el intermitente y se incorporó en el camino que llevaba al hostel.

—Tengo un mal presentimiento y... —calló.

—¿Y? —pregunté—. ¿Qué sabes tú que nosotros no sabemos?

Se mordió el labio y Bobby, intrigado, ladeó la cabeza.

Maisha se dirigió a los aparcamientos de la zona y paró el motor. Se quedó mirando el volante con la mano aún en el contacto, sin decir nada.

Aquel silencio me inquietó.

Ahí estaba aquel secreto, otra vez.

Gruñí.

—Si hay algo que afecte a Isabella y pueda hacerle daño, deberíamos saberlo —mencionó Bobby quitándose el cinturón. Giró su cuerpo hacia ella, para tener mejor contacto visual, y yo me incorporé hacia delante para verlos mejor—. ¿Por qué estás tan preocupada, Maisha?

No contestó.

Y yo no me quedé a esperar.

Abrí la puerta del copiloto y salté al exterior. Esta vez quien no espero, fui

yo. Con grandes zancadas me dirigí hacia el camino de tierra que se ocultaba entre la maleza, en dirección a la cabaña e inflé mis pulmones con el aire.

La lluvia comenzó a ser más intensa y, lo que minutos antes eran solo gotitas molestas, en aquel instante se convirtió en torrentes de agua. Me llevé los brazos a la cabeza en un vano intento por ocultarme de la tormenta y apreté el paso.

Maldito temporal...

Escuché pasos detrás y supe que eran mis hermanos. Jazz ladró un par de veces y se colocó el primero en el instante que descubrió hacia dónde nos dirigíamos. Al parecer, no éramos los únicos que teníamos ganas de ver a Isabella y a Zac, y corrió como un rayo para escapar de aquel diluvio.

—Joder, ¿en qué canal de noticias han anunciado esta tormenta de verano? —Se quejó Bobby mientras me alcanzaba—. Si sigue lloviendo de esta forma, no tardarán en formarse ríos en esta zona. Hay que avisar a Isabella, esta noche deben pasarla en el hostel.

Afirmé completamente de acuerdo.

Al fondo, unas luces amarillentas nos indicaron que estábamos cerca.

—¡Maisha, deprisa! —grité echando la vista atrás.

Bobby se llevó una mano a la frente a modo de visera y agitó la otra de forma rápida para animarla a correr hacia nosotros.

Maisha nos alcanzó con dificultad, la lluvia se había convertido en un obstáculo que me hizo chasquear la lengua cuando miré a mi alrededor y no pude distinguir el pequeño rellano de la cabaña.

Bobby y yo estiramos nuestras manos para ayudarla y juntos, como cuando jugábamos de niños, corrimos hacia las luces amarillas.

En cuanto llegué y el techo del porche nos resguardó del aguacero, una sacudida de pánico me zarandeó.

Lo primero que me alertó fue ver la puerta de la casa abierta de par en par. A Isabella le preocupaba que a Zac se le ocurriera la idea de salir a jugar de noche y se perdiera por aquel interminable bosque que rodeaba la cabaña. Por eso, siempre, cuando caía la noche, la mantenía cerrada, protegiendo a su pequeño.

Lo segundo fue encontrar aquel montón de cristales rotos a los pies de la ventana que daba al comedor.

Bobby y yo cruzamos nuestras miradas unos segundos. El pavor tiñó de negro sus azules ojos y mi corazón comenzó a latir aceleradamente.

—Owen. —La voz entrecortada de Maisha nos obligó a mirarla. Su dedo tembloroso, alzado hacia delante, señalaba algo con precisión.

Giré la cabeza hacia la dirección que me indicaba y me sobresalté al encontrar un cuchillo con restos de sangre bajo el umbral de la puerta.

El alma se me cayó a los pies y me sentí el hombre más ruin de la faz de la tierra.

Me asusté.

—Maisha, llama a Matt, que venga cagando hostias. Bobby espera aquí fuera —ordené.

—Y una mierda. Yo voy contigo. No sabes qué puedes encontrarte allí dentro. ¿Y si necesitas mi ayuda? —replicó mi hermano encaminándose hacia la entrada—. Isabella me importa tanto como a ti, no pienso quedarme de brazos cruzados aquí fuera.

—No es momento para discusiones. ¿Por qué te gusta llevarme siempre la contraria? Tienes diecisiete años, no pienso dejarte entrar ahí dentro sin saber a qué nos enfrentamos —objeté.

—¡No soy un puto crío! ¿Cuándo te vas a dar cuenta? —gruñó.

Bobby se colocó frente a mí, enfrentándome de nuevo, y me fulminó con la mirada. Lo examiné un instante y me sorprendí. Había crecido tanto, estaba tan cambiado, que me resultó difícil creer que mi pequeño y enclenque hermano, se había convertido en aquel hombre fuerte y decidido.

La voz de un hombre se coló por el hueco abierto de la puerta y nos tensó la espalda. El pulso se me aceleró.

Nos miramos un instante y entramos en la cabaña de un salto.

Barrí la estancia en busca de Isabella y cuando la encontré tumbada, debajo de aquel hombre mientras otro la sujetada por las manos, perdí los papeles.

Sentí la ira recorrer mi cuerpo y no pude contenerme.

Como Bobby, que tampoco pudo.

Cuando mi hermano estampó el primer puñetazo en aquel que aprisionaba las suaves manos de Isabella, yo me lancé a por el otro.

No tuve que recabar mucha información para descubrir quién era aquel que

la hacía daño. Ese que, a pesar de haberse sorprendido de vernos allí, continuó con sus manos firmes y apretadas alrededor del cuello de Isabella.

La expresión de terror que vi en los ojos de ella me hizo suponer que se trataba de su ex.

A la vez que ahogaba un grito me lancé sobre aquel hijo de puta, apartándolo de ella, lo sujeté por el cuello de su camisa y comencé a golpearlo con furia. Una y otra vez, dejando escapar aquella angustia que me oprimía el pecho. Ese sentimiento de culpa que me arañó la espalda y se apelmazó en mi alma, por dejarla sola ante aquel peligro. Aquella frustración por no haberla protegido de los golpes de ese despreciable hombre que había tenido la osadía de maltratarla. No dejé de hacerlo hasta que sentí cómo su mandíbula crujía, rota, bajo mi puño y una inmensa satisfacción me invadió.

Aquel ser aborrecible aulló de dolor y yo no supe hacer otra cosa que sonreír alegre.

Bobby cayó de espaldas al suelo con la nariz ensangrentada cuando el gorila le dio un derechazo y yo me levanté de un salto para enfrentarme a él. Me coloqué delante de mi hermano, en un intento por protegerle, y cuando me preparé para el golpe oí la voz de Matt fuera y supe que todo había terminado.

En cuanto vi a mi amigo entrar acompañado de dos ayudantes del *sheriff* apuntando con sus armas a los intrusos que se habían colado en la cabaña, me giré deprisa y corrí hacia Isabella.

Me quedé helado cuando observé a Bobby rígido ante su cuerpo y a Maisha llorar desconsoladamente a su lado. No la había visto entrar, pero supuse que se coló en cuanto Matt tomó el control de la situación.

Había sangre, la suficiente como para preocuparse, y toda pertenecía a ella.

Me acerqué con el corazón en un puño.

Sentí un dolor desgarrador cuando comprobé las heridas que presentaba su rostro. Una congoja se arremolinó en mi garganta cuando advertí aquel profundo corte en su labio y una señal enrojecida alrededor de su cuello.

Tragué saliva y me limpié las lágrimas que amenazaban con salir.

Estiré la mano y comprobé su pulso.

Era débil.

Me preocupé.

—*Ella*, mi vida, por favor. Regresa —le rogué mientras comencé de nuevo

a buscar un latido de vida—. Lo nuestro no puede acabar así, ¿me oyes? Nuestra historia no ha hecho más que comenzar. Ni se te ocurra desaparecer ahora, ¿me estás escuchando?

No contestó.

Su cuerpo inconsciente me hizo temblar.

El miedo invadió mis sentidos y estuve tentado a bloquearme, pero me lo impidió aquel sentimiento de protección que siempre aparecía cuando estaba junto a ella.

Junto a ellos.

¡Zac!

Nos habíamos olvidado de él.

—Maisha, levántate y mira en todas las habitaciones. ¡Busca a Zac!

Maisha abrió la boca sobrecogida y corrió en su busca.

Me dirigí de nuevo a Isabella y le sujeté su mano con delicadeza.

—Escúchame, despierta. Zac te necesita, no puedes abandonarlo — murmuré muy cerca de su oído—. Si no quieres hacerlo por mí, no lo hagas, pero hazlo por él. ¡Lucha por Zac! ¿No es eso lo que hace una *vegter*?

«Dios, por favor, te lo ruego, hazla regresar. No te la lleves aún, todavía no», recé en mis adentros. «¡Devuélvemela!»

Y entonces, ocurrió el milagro.

El pecho de Isabella se infló y abrió la boca para respirar una gran bocanada de aire.

—¡Isabella! —Bobby se lanzó hacia ella, pero se lo impedí empujándolo con mi codo.

—Deja que respire. No la agobies —mencioné.

Una tos se abrió paso desde su garganta y borbotones de sangre nos salpicaron. Atrapé una camiseta de Zac que encontré junto al sofá, y limpié la herida de su labio con cuidado.

—Amor, ¿cómo estás? —le acaricié la mejilla con ternura.

—Zac... —balbuceó.

—Estamos buscándolo, no te preocupes —comentó Bobby.

Un trueno tronó en el exterior y los ojos de Isabella se abrieron como

platos. Un destello de pánico se abrió paso entre las tonalidades de su iris y se agarró con fuerza a mis brazos.

—Está fuera, Owen. Solo —murmuró.

—¿Ha salido con este temporal? —preguntó Bobby incrédulo.

Una tos le impidió volver a hablar.

—¿Logró escapar cuando fueron a por él? —consulté.

Isabella asintió en silencio mientras se tapaba la boca con las manos.

Aquella persistente tos...

Contemplé sus manos manchadas de sangre y tensé la mandíbula.

Me arrepentí de haberlos dejado solos, sin protección.

—Sé dónde se encuentra, voy a por él —anunció Maisha poniéndose en camino.

—Espera, voy contigo —oí decir a Matt.

Isabella se sujetó con fuerzas a mis brazos e intentó ponerse en pie.

—Espera, ¿a dónde vas? No sabemos si tienes un hueso roto... —mencionó Bobby.

Pero Isabella lo ignoró y se puso en pie. Un gesto de dolor le desfiguró la cara y se llevó una mano a las costillas. Gruñí. Aquella paliza que había recibido con seguridad le habría fracturado alguna costilla. Me sentí fatal. Trastabilló cuando al salir se topó con su ex, arrestado en el interior de uno de los coches patrullas del *sheriff*, y la sujeté con fuerza para que no cayera.

Ya había mirado durante suficiente tiempo a ese tipo desde el suelo. Ahora le tocaba hacerlo desde arriba. Como se merecía.

—¿Seguro que no quieres esperar aquí con Bobby mientras yo voy a por Zac? Estás malherida, deberías descansar —le indiqué.

Bufó.

Y supe cuál fue su respuesta.

Estaba viva. Podía respirar y andar. ¿Qué más le hacía falta como madre para ir en busca de su hijo?

Cuando observé a los coches patrulla marcharse con aquellas bestias dentro, me di cuenta de que había dejado de llover. Y lo agradecí enormemente. Ya iba a ser complicado encontrar a Zac con la oscuridad de la noche, cuánto más si aquella maldita e inoportuna tormenta veraniega no nos

daba una tregua.

Nos adentramos al bosque, con Bobby en cabeza. Había cogido de la cabaña un farol con el que nos alumbrábamos al caminar y cada pocos metros lo levantaba en el aire para comprobar dónde nos encontrábamos.

—El fuerte, Owen —bisbisearon los labios de Isabella.

Afirmé en silencio e indiqué a Bobby el camino.

Sí, sin duda estaría allí.

Si yo fuese niño, también me escondería en aquel lugar.

Anduvimos abrazados un buen trecho. El fango del suelo había engullido nuestras piernas y la vegetación del camino había rasgado nuestras pieles en la oscuridad. Ayudé a Isabella a subir a un pequeño montículo de tierra que había creado aquel diluvio y nos dirigimos al frente hasta que dos halos de luz, nos indicaron que estábamos cerca.

Nos topamos con Matt, que nos impidió seguir avanzando.

Arrugué el ceño y lo miré confuso.

—Se ha formado un río en esa zona, bajo el fuerte de Zac. Maisha está con él, pero no pueden cruzar hasta aquí sin ayuda —nos explicó alumbrando la cabaña del árbol.

Dos figuras abrazadas se distinguieron con claridad.

Isabella suspiró.

—Tranquila, verás como pronto está de nuevo en tus brazos —le aseguré.

—¿Y ahora qué? —preguntó Bobby levantando el farol para vernos mejor las caras.

—Nos toca esperar. He dado un aviso a los bomberos para que puedan rescatarlos. Aunque no sé cómo conseguirán llegar hasta aquí siendo el terreno tan inestable —anunció Matt visiblemente preocupado.

—¡Mami! —gritó Zac desde la cabaña—. ¡Mami!

Estaba asustado.

Me partió el alma verlo reclamar a su madre.

—¡Zac! Tranquilo, mami está aquí y no me voy a ir a ninguna parte —intentó calmarlo ella.

La oí sorber por la nariz y supe que tenía el alma en vilo.



Una sacudida en la tierra nos sobresaltó y todos gritamos cuando una avalancha de agua corrió colina abajo, muy cerca de nosotros, golpeando el tronco de los árboles con tanta fuerza que hasta algunos consiguieron balancearse.

No lo habíamos previsto. La colina colindaba con aquel bosque tan hermoso y toda el agua que se almacenó por la lluvia, arriba de la montaña, bajó violentamente por el único camino que podía seguir.

Matt dejó caer una de las linternas que llevaba en las manos cuando la corriente casi nos alcanza, y yo rodeé con fuerza el frágil cuerpo de Isabella al apartarnos del camino.

La escuché aullar de dolor y tensé la mandíbula. Estaba malherida.

Un ruido sordo y compacto sonó cerca, y unos gritos de auxilios erizaron todos los vellos de mi piel.

Bobby se aligeró a enfocar al frente, donde se oían los alaridos de Maisha y de Zac, y el tiempo se paró cuando observamos lo que había ocurrido.

Gran parte de la construcción de la cabaña se había desmoronado sobre ellos cuando el viejo árbol que los mantenía se partió por la mitad derribándose sobre el río que se había formado a sus pies, haciendo que ambos cayeran al agua. A pesar de la corriente, Maisha había conseguido agarrarse a la escalerilla del tronco y abrazaba a Zac con todas sus fuerzas para impedir que la arrastrara la corriente.

Pero todos sus intentos fueron inútiles. Porque Zac se escurrió de sus dedos y se hundió tan rápido como un barquito de papel.

Isabella gritó despavorida y comenzó a correr siguiendo la corriente. Bobby la persiguió alumbrando el camino y yo, me lancé al río sin pensarlo.

El agua me engulló en un instante. La corriente era tan fuerte que apenas pude salir al exterior para respirar y tuve que aguantar la respiración cuando sentí que el torrente tiraba de mí hacia el fondo. Cuando mis piernas tocaron suelo firme, me impulsé con fuerza y saqué mi cabeza fuera del agua. Busqué a Zac por mis alrededores, pero no lo encontré. Todo estaba demasiado oscuro y me dificultaba la tarea de localizarlo.

—¡Zac! —oí gritar a *Ella*.

—¡Owen! —vociferó Bobby.

La rama de un árbol impactó con mi costado, atravesándolo con la colisión

y un aullido de dolor brotó de mi garganta.

—¡Owen! —chilló Isabella.

Me topé con una superficie sólida y me agarré a ella con desesperación. Parecía ser un trozo de pared del fuerte que construí para él. Y volví a rezar por segunda vez en aquel mismo día.

«Dios, permíteme que lo encuentre, te lo suplico»

Algo rozó mi pierna y me sumergí de prisa para agarrarlo. En cuanto lo toqué supe que era Zac y lo saqué a la superficie con gran esfuerzo. Comencé a gritar para que nos localizaran y, cuando el resplandor de las luces nos alumbró, pude ver la gravedad del asunto.

Zac no respiraba.

Bobby corrió hacia nosotros y tiró del tronco para acercarlo a la orilla. Cuando nos tuvo a su alcance, agarró los hombros de Zac y lo arrastró hasta una superficie plana y seca. Isabella cayó de rodillas a su lado y comenzó a llorar desesperada. Temblaba de pies a cabeza y solo sabía llamar a su hijo.

Salí del agua con dificultad y gruñí cuando noté una punzada de dolor en mi costado.

Estaba sangrando.

Ignoré mi malestar.

Corrí hacia Zac.

Con cuidado, eché su cabecita hacia atrás y levanté su mentón, limpié con delicadeza el agua que cubría su boca y soplé en su interior. Me retiré y comencé con las compresiones de la reanimación cardiovascular.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete...

El cuerpo de Zac se movía al ritmo de mis sacudidas como si fuese un muñequito de trapo y sentí que el alma se me iba a romper. Me dio miedo hacerle daño.

—Vamos, Zac, vamos. Tú puedes —escuché decir a Bobby.

Doce, trece, catorce, quince...

—Zac, por favor —gimió Isabella.

Veintisiete, veintiocho, veintinueve, treinta...

Coloqué mis labios en los suyos y volví a insuflar en su boca.

Una vez.

Dos veces.

Nada, no respiraba.

No abrió los ojos.

Su blanca piel había palidecido mucho más y la ausencia de pulso me revolvió el estómago.

«No, por favor. No puede ser», pensé.

—¡Vamos, Zac, vamos! — grité asustado.

No podía morir. Zac, no.

Me había sentido tan dichoso a su lado que la sola idea de no volver a hacerlo me partió el alma en dos.

Zac tenía que volver a respirar.

Debía vivir muchos años más.

Por Isabella, su madre.

Por Maisha, por mis padres, por mi familia.

Por mí.

Su alegre risa contagiosa no podía desaparecer. Ni el brillo de sus castaños ojos, esos que me habían mirado con tanta devoción y admiración durante todo este tiempo.

No. No podía suceder.

Aún le quedaban muchas dudas que preguntar.

Muchos abrazos que regalar.

Y besos con los que amar.

Pero Zac no resucitaba.

Continué con las compresiones hasta que unas manos me lo impidieron y se llevaron el cuerpo de Zac en una camilla. Bramé encolerizado. No podían separarme de él. ¿Por qué? ¿Yo era médico! ¿Acaso nadie lo sabía?

Terry apareció en mi campo de visión y me sorprendí al descubrir que me había sustituido en la tarea de reanimar a Zac. Corrí hasta ellos y sujeté con fuerza la camilla.

—No puedes permitir que se vaya, Terry. ¿Me oyes? Es un niño —le supliqué—. Mi niño.

Entonces el miedo se apoderó de mí y comencé a llorar.



## Capítulo 20

Isabella.

Me dieron igual las costillas fracturadas, los hematomas internos del torso, la contusión de la cabeza y la herida del labio. Nada me importaba en absoluto. Solo quería saber cómo está Zac y lo que hicieran conmigo no era significativo.

Me moví inquieta en la camilla y el enfermero que me atendía retiró el instrumental que estaba utilizando para no hacerme daño.

—Estate quieta, Isabella, si no dejas de moverte este enfermero no podrá coserte la herida del labio, y ya sabes que necesitas puntos —murmuró Tanisha que, a un lado de la camilla, sujetaba mi mano para calmarme.

Sin embargo, era imposible que aquel gesto pudiera lograrlo.

La inquietud que taladraba mi alma no desaparecería hasta que tuviera noticias de Zac, que desapareció tras unas puertas oscilantes hacia el quirófano en cuanto la ambulancia lo dejó en el hospital.

La miré con los ojos llorosos y mis labios temblaron.

Mi niño, necesitaba saber cómo estaba mi niño.

—Tranquila. En cuanto terminen contigo vamos a ir a la sala de espera y nos vamos a mover de allí hasta que Zac salga del quirófano —anunció Tanisha acariciándome la cabeza—. Todos estamos contigo.

Cerré los ojos y un par de lágrimas rodaron hasta mi barbilla.

Sentí una punzada de dolor en mi pecho y creí que, en cualquier momento, mi corazón se quebraría en mil pedazos.

—Intenta relajarte, tu hijo se encuentra en las mejores manos de este hospital y ellos harán todo lo posible para salvarle la vida —mencionaron los labios del enfermero que me atendía. Noté unas palmaditas de ánimo en mi hombro y abrí los ojos para encontrarme con él—. Déjame que termine mi trabajo. Tú también necesitas atención médica y tienes que estar preparada

para cuando tu pequeño regrese. Tienes que estar bien para cuidarlo.

Mi labio volvió a temblar y comencé a llorar.

Estaba siendo duro. Muy duro.

Aquel instante era sin ninguna duda el peor momento de mi vida y no sabía cómo enfrentarme a él. No existía ningún manual que pudiera comprar para que me enseñara a combatir aquellos sentimientos que estaban devorándome por dentro, ni conocía técnicas de relajación que me ayudaran a mantener la calma.

Quise morir.

Mas lo único que me mantuvo fuerte fue la fe. La esperanza de que sucediese un milagro, uno que volviera a hacer latir mi corazón de nuevo, porque se había quedado parado en el momento en el que Owen sacó a Zac del agua y descubrí que no respiraba.

—¿Seguimos? —me preguntó el enfermero tras permitirme unos minutos de cortesía.

Tomé aire y asentí.

Cerré los ojos y dejé que terminara su trabajo.

Tanisha me ayudó a bajar de la camilla y me apoyé en ella cuando una punzada de dolor desfiguró mi cara en cuanto comencé a andar. Supe que eran las costillas fracturadas y me contuve todo lo que pude.

—¿Quieres que llame a un médico? —me preguntó nerviosa.

Negué con la cabeza.

—Estoy bien. Solo quiero llegar a la sala de espera —mencioné.

Fui consciente de que Tanisha sabía que estaba mintiendo, pero no se pronunció al respecto. Cerró la boca y continuó ayudándome en cada paso que daba, permaneciendo a mi lado y sujetándome las veces que trastabillaba y perdía el equilibrio.

Era una buena mujer. Me alegré de tenerla cerca.

En cuanto Terry se perdió con Zac en la ambulancia, supe que la noticia de todo lo ocurrido había llegado al rancho. La llamada que Maisha hizo a Matt en la entrada de la cabaña, tuvo que alertarlos y por eso Matthew llegó con refuerzos, Terry corrió a socorrer a Zac y los señores Brooks nos esperaban con el motor en marcha cuando corrimos como pudimos de regreso a casa para acudir al hospital.

El costado de Owen comenzó a sangrar considerablemente en el trayecto hacia Jackson y Bobby, tembloroso, se aligeró a taponar la herida con los restos de una tela que encontró en el maletero de la Chevrolet. Carl nos ayudó a subir en la parte trasera, condujo a gran velocidad adelantando a los vehículos que encontraba a su paso y derrapó cuando paró la vieja camioneta en la puerta de urgencias. La ambulancia ya se encontraba allí cuando llegamos y contuve un alarido de frustración cuando me arrancaron del lado de mi hijo. Bobby me rodeó por detrás y me impidió correr tras él cuando los médicos se lo llevaron de prisa pasillo arriba.

Me concentré en dar otro paso más y miré mis pies cansados que se arrastraban lentamente por aquel suelo de granito. Estaba agotada, herida y preocupada. Deseé que por un segundo todo aquello no fuera más que una horripilante pesadilla, pero la voz de Bobby rompió la ilusión en la que había depositado mi optimismo.

Levanté la vista y me lo encontré frente a mí, contemplándome con una mirada repleta de abatimiento y dejé que sus brazos me envolvieran en un tierno abrazo, que lo empujó a llorar como a un niño.

—Eh, tranquilo, estoy bien —susurré en su pecho.

Tan grande y tan sensible...

Carl tocó su hombro con cariño y Bobby deshizo el abrazo, se limpió las lágrimas de los ojos y me ayudó a llegar hasta la sala de espera. Me permitió apoyar todo mi peso en él y me cedió su asiento en cuanto atravesé la primera barrera de sillones apilados.

Fruncí el ceño cuando una punzada de dolor recorrió mi cuerpo al dejarme caer sobre la butaca y levanté la mano para impedir que Bobby se colocara a mis pies preocupado.

No me di cuenta de quién tenía delante hasta que se levantó de su asiento, escuché el traqueteo de sus tacones y se acercó a mí.

Giré la cabeza lentamente y gruñí cuando me encontré a Hannah a mi lado, observándome con preocupación. Carraspeó un instante y yo aparté la mirada.

No tenía fuerzas para nada.

—¿Estás bien? Tienes muy mal aspecto —mencionó con la voz un poco temblorosa.

No contesté.

La vi tocarse el pelo y supe que estaba nerviosa.

Quién de todos los que nos encontrábamos allí no lo estábamos...

Bobby se sentó a mi lado y me cogió una mano. Entrelazó sus dedos con los míos y la fulminó con sus bonitos ojos azules, esos tan parecidos a los de su padre.

—Déjala en paz —escupió Bobby ensanchando sus hombros como si de repente se hubiera convertido en una especie de guardaespaldas. El mío—. Acaban de propinarle una paliza, y en el quirófano, los médicos luchan por que la vida de su hijo no se apague. Deberías de tener más consideración con ella. Se lo debes. Gran parte de la culpa la tienes tú. —Los bonitos ojos de Hannah se abrieron de par en par y su semblante palideció—. Si no hubieras hecho manitas con mi hermano, su novio, ella no se habría sentido como una mierda y no se habría marchado del rancho con Zac. Si te hubieras controlado, el cabrón de su ex no la habría encontrado sola en la cabaña y no la habría atacado. Podrías haber evitado que la golpearan como a un balón de fútbol, que le arrancaran la ropa interior para intentar forzarla, que le partieran tres costillas y que estamparan su bonita cara en la encimera de la isla. Si solo te hubieras dedicado a comer y a sonreír, ninguno estaríamos aquí. Zac no estaría luchando por su vida y a Owen no le habría atravesado una rama el costado, poniéndolo en peligro.

Miré a Bobby impresionada y contuve las lágrimas que estuvieron a punto de aparecer. Me quería. Mucho. Y se preocupaba tanto por mí que me defendió ante Hannah, que solo pudo susurrar un «lo siento» antes de cambiarse de sitio y hundir la cabeza entre sus manos.

—Gracias —susurré.

Me guiñó un ojo y le sonreí.

El trote de unos pasos por el fondo del pasillo nos alertaron y cuando levanté la vista me encontré con Maisha y Matt de la mano, corriendo hacia nosotros. Sus serios semblantes mostraban la preocupación que los invadían e ignoré la masa sólida que se instaló en mi garganta cuando Maisha se arrodilló frente a mí y tomó mi cara entre sus manos. Sus bonitos ojos café se humedecieron al instante y un sentimiento de culpa escapó de ellos.

—Lo siento, perdóname, te lo ruego. No quise soltarlo, pero la fuerza del agua era demasiado fuerte y se me resbaló de las manos —me suplicó. Sus rojos labios temblaron y un reguero de lágrimas rodó por aquel cutis terso y



hermoso—. Intenté protegerlo, pero no lo conseguí. Que Zac se encuentre en esta situación es solo culpa mía —gimió.

Maisha escondió su cabeza en mi regazo y lloró desconsolada. Se me partió el alma.

—Nada ha sido culpa tuya, Maisha, nada. Tú no tienes la culpa de lo que ha ocurrido —murmuré con voz entrecortada. Levanté su cabeza con cuidado para encontrarme con su mirada y limpié las lágrimas con la palma de mis manos—. Gracias por encontrarlo y por intentar salvarlo cuando la cabaña se destruyó y el árbol cayó. Si no hubieras estado con él quizás... —se me quebró la voz.

Tanisha se colocó en el asiento libre de mi derecha y me acarició la espalda con cariño. Supe que intentaba darme ánimos, pero era tan difícil conseguirlo en aquel instante. Ella también estaba sufriendo. Por Zac, por mí, por su hijo Owen.

Maisha se recompuso un poco y tomó una gran bocanada de aire para recuperar la compostura. Sorbió por la nariz y pestañeó varias veces para secar sus ojos.

—¿Y Owen? ¿Sabéis cómo está? —preguntó nerviosa.

Tanisha negó con la cabeza y Maisha rompió de nuevo a llorar.

Ocultó la cara entre sus manos para amortiguar los gemidos y me sorprendí cuando Matt avanzó hacia nosotras, se agachó, la levantó del suelo y la resguardó entre sus brazos. Fueron sus caricias las que consiguieron calmarla y aquel beso en la punta de su nariz lo que le insufló vida, el impulso que necesitaba para continuar manteniendo la esperanza.

Descubrí una gran conexión entre ellos y supe que me había perdido algo.

No fui la única que lo apreció.

La puerta oscilante de los quirófanos se abrió de golpe y Owen salió de ella visiblemente enfadado seguido por un médico al que no pude verle la cara.

Me puse de pie ayudada por Bobby.

—Te he dicho que no, Owen, no estás en condiciones de operar a nadie — escuché cómo decía aquel hombre. Tensé todos los músculos de mi cuerpo—. Has tenido suerte de que esa rama no perforara tu pulmón, mucha suerte. Unos milímetros más y habrías muerto a causa de un neumotórax.

Escuchar esas palabras hizo que me diera un vuelco corazón.

—Es una gran estupidez, soy un brillante cirujano y estoy completamente cualificado para ayudar en el quirófano. ¿Por qué no me dejas entrar? — protestó Owen alzando los brazos al aire.

El movimiento que hizo fue tan brusco que una sacudida de dolor le hizo doblarse por la mitad, cerrar los ojos y colocar sus manos en la herida de su costado.

El señor Williams, el director del hospital salió tras él y se apresuró a levantar su camiseta para comprobar la herida que acababan de atender. Negó con la cabeza. Pude comprobar el vendaje alrededor de su cintura y una mancha de sangre en el costado afectado.

—Por esto mismo, Owen. No estás en condiciones de operar. Tienes que descansar o la herida se abrirá y tendremos que volver a intervenirte. Aunque al final no haya sido tan grave como pensábamos al principio, gracias a Dios, tu cuerpo ha sufrido mucho y debes recuperarte —ordenó Peter.

—Pero Zac me necesita, no puedo quedarme aquí de brazos cruzados — replicó.

—Tengo a los mejores médicos con él y a tu amigo de San Francisco. Déjalos trabajar, Owen, aquí te necesitan más —mencionó el doctor Williams barriendo la estancia donde nos encontrábamos todos.

Aquel gesto hizo que Owen reaccionara y, pestañeando varias veces, giró su cabeza hacia la sala de espera. Carl se dirigió hacia Peter, le tendió la mano para saludarle y se apartaron de la sala unos metros para conversar de forma más privada. Supe que intentaría averiguar todo lo posible acerca de Zac. Y deseé que aquel amigo de la familia pudiera tener la consideración de hacérselo saber.

Tanisha se acercó a Owen, besó su cara y le preguntó cómo se encontraba. Examinó cada parte de su cuerpo y pidió ayuda a Matt para que lo acompañara hacia la sala de espera. Maisha corrió hacia él y lo abrazó con fuerza, impidiéndole el avance, y Bobby los rodeó emocionado mientras palmeaba el hombro de su hermano.

Fue una escena bonita y tierna. Una que me hizo recordar lo maravilloso que era tener una familia, contar con aquellos que te quieren y se preocupan por ti. Recibir tanto amor.

Un nudo taponó mi garganta cuando Owen levantó la mirada y se encontró

conmigo. Sus verdosos ojos se derrumbaron en silencio. Estaba asustado, tanto como yo, y se sentía responsable de todo lo que nos había ocurrido. Lo supe en cuanto se acercó hasta mí, bajó su cabeza hacia mi hombro y comenzó a llorar.

—Lo siento. No pude salvarlo — lamentó rodeándome con sus fuertes brazos.

Se me partió el corazón.

Escuchar su voz quebrada, agrietó algo dentro de mí y me sentí culpable de su pesar.

Lo dejé desahogarse el tiempo que precisó y cuando se calmó, me tragué aquella masa sólida que me oprimía la garganta.

Owen se secó las lágrimas con las manos y me examinó de arriba abajo. Gruñó cuando descubrió el moratón que me había salido en el pómulo y tensó la mandíbula cuando inspeccionó las heridas de mi cuello. Levantó mi mentón con el nudillo de uno de sus dedos y giró mi cara para observar los puntos de sutura de mi labio. Entrecerró los ojos un instante para luego abrirlos mientras aprobaba el trabajo del enfermero. Quiso acariciar mi cara, pero estaba tan malherida que se contuvo. Intentó besar mis labios, pero la herida frenó su avance y tuvimos que conformarnos con aquel contacto en la comisura de mi boca.

Nos sentamos el uno junto al otro, entrelazando los dedos de nuestras manos unidas e intentamos mantener la calma. El resto nos acompañó en silencio. Nadie se movió de allí.

Incluso Hannah, en la lejanía, permanecía a la espera.

Tres horas.

Pasaron más de tres horas en la que no tuvimos ninguna información. Me faltaba el aire y la ansiedad se expandía por mi cuerpo, presionándome el pecho. Pensar en aquella sensación me hizo temblar de nuevo.

Zac, mi niño, se había ahogado, le había faltado el aire de verdad y ahora no sabía si volvería a verlo con vida.

Un puñal se me clavó en el pecho, resquebrajando mi corazón sin piedad y me obligó a visualizar un futuro sin él. Me sentí desfallecer, pero los brazos de Owen me rodearon con fuerza y me impidieron caer al suelo.

¿Por qué? ¿Por qué estaba pasando todo esto?

Cuando nadie lo esperábamos, Terry salió por la puerta oscilante acompañado de Peter Williams. Sus rostros denotaban un agotamiento extremo y por más que analicé cada palmo de su semblante, cada gesto, mirada y pestañeo, no me desvelaron ninguna información.

Bobby y Matt nos ayudaron a ponernos de pie y Terry se acercó hasta nosotros. Me miró a los ojos y mi mano tembló. Owen la sujetó con firmeza.

—Zac está vivo, hemos conseguido resucitarlo —nos informó.

Un soplo de aire fresco se propagó por todo mi pecho devolviéndome el oxígeno que sentía perdido y me sujeté al brazo de Owen para no desfallecer por la emoción. Maisha corrió a mi lado y me abrazó.

Rompió a llorar.

Tanisha se llevó una mano al pecho en un gesto de alivio y Carl pasó el brazo por sus hombros y la abrazó.

—Sufrió una parada cardiorrespiratoria en el trayecto de la ambulancia y tuvimos que intubarlo. Le administramos medicamentos cardíacos y tuvimos que utilizar el desfibrilador —prosiguió Terry. Me quedé tan rígida como una tabla. Desvió la mirada y se encontró con Owen—. Hubo un momento en que lo perdimos. No encontramos fibrilación ventricular y hacía casi una hora que estaba con el bypass. Le pusimos otra unidad más de epinefrina pero no respondió, a pesar de ser la cuarta ronda —dejé de respirar—. Fue con la licodaina cuando conseguimos encontrar bradicardia sinusal. Los latidos estaban bien y comenzó a respirar por sí mismo. Zac ha sido muy valiente.

Respiré.

—¿Pero? —preguntó Owen.

Tensé la espalda.

¿Acaso había más?

—Ha estado mucho tiempo sin latido —respondió Terry con seriedad.

—¿Se sabe algo de la función cerebral? —Owen arrugó el ceño y dio un paso hacia delante.

—No —contestó Peter Williams—. Aún no.

No pude luchar más, había sufrido demasiados sobresaltos aquel día. Mi cuerpo y mi cabeza sufrieron un colapso y me desmoroné como un castillo de naipes.

Todo se borró a mi alrededor y un manto negro me cubrió por completo,

impidiéndome encontrar un halo de luz.

# Capítulo 21

Owen.

Por gentileza del doctor Williams nos prepararon una habitación en el ala oeste del hospital, cerca de la unidad de cuidados intensivos, con dos camas. Una para Zac y otra para Isabella. Nos proveyeron de todo cuanto necesitábamos para controlar sus constantes y dio potestad a Terry para utilizar el hospital y sus recursos como estimase oportuno, si lo viese necesario. Me hice cargo de la vigilancia y mandé para casa a mi familia.

La noche se preveía muy larga y todos estábamos agotados.

Hubo un revuelo cuando Bobby y Maisha se negaron a marcharse, pero Terry los convenció y les prometió ponerse en contacto con ellos en cuanto hubiera la más mínima novedad. Se intercambiaron los números de teléfonos y abandonaron el hospital chasqueando los dientes.

Terry examinó mi herida y me recomendó reposo.

No dije nada. Me limité a comprobar las constantes, en la pantalla del monitor, de las dos personas que me habían enseñado a amar en tan poco tiempo y lo ignoré. Ambos permanecían dormidos sobre sus camillas, cubiertos por unas sábanas blancas.

No me importaba nada.

Solo ellos.

Y allí me quedaría hasta que los recuperara de nuevo.

Observé a Terry abandonar la habitación y en cuanto cerró la puerta me dirigí hacia Zac. Acaricié su cabecita y sujeté con cariño una de sus manitas.

De su garganta brotó un sonido y mis ojos se abrieron sorprendidos. Me incorporé y acerqué mi cara a la suya.

—Hola, Zac, ¿dijiste algo? ¿Acabas de hablar? —le pregunté exaltado—. Por favor, repítelo.

No lo hizo.

No me rendí.

Me negaba a ello.

Nunca lo había hecho con un paciente, ni siquiera con Max, aquel joven adolescente de color que me hizo perder los papeles al inicio del verano. Luché por él hasta el final e hice todo lo que estuvo en mis manos.

Por Zac haría incluso más. Si eso era posible.

Me acerqué aún más a él, tanto que nuestras narices se tocaron y sujeté su cabeza. Acerqué mis labios a su oído y le susurré:

—Tu cerebro funciona, solo tienes que formar una palabra, por favor —le supliqué.

Era tan importante que consiguiera hablar...

Zac movió su cabecita y arrugó la nariz. Me puse nervioso.

—Au —susurró—. Mami.

—¡Por Dios, Zac! ¡Estás aquí! —me emocioné. Sus pequeños ojitos se abrieron despacio y atrapé su carita entre mis manos—. ¡Cómo me alegro de que hayas regresado! —besé su frente y revolví su pelo—. Gracias por no morir.

—Hola, mi amor —la voz de Isabella me sorprendió y giré mi cabeza hacia un lado para encontrarme con ella—. Estás aquí, ¡qué alegría! No te imaginas cuánto te he echado de menos.

Se acercó hasta él y comenzó a besar su carita pálida. Me eché hacia un lado para permitirle que estuviera más cerca de su niño, y respiré en profundidad cuando analicé el milagro que acababa de presenciar.

Existían. Aquel mismo día presencié uno.

Me prometí a mí mismo no volver a dudar nunca de la existencia de Dios.

«Gracias, te lo debo todo», recé en silencio.



Los dos días siguientes al alta de Zac los pasé pendiente de su estado, alerta a cualquier contratiempo o gesto que pudiera indicarme que algo no funcionaba como debía. Sin embargo, no hubo sobresaltos y me sentí el

hombre más dichoso del universo.

Hannah y Terry volvieron a San Francisco la misma mañana en la que todos abandonamos el hospital y me alentaron a tomar una decisión cuanto antes, al respecto de la oferta de trabajo que me enviaría a Florida.

Lo había olvidado.

Con aquel revuelo había dejado la carpeta con toda la información y los detalles de la nueva propuesta de trabajo encima de la mesita de noche de mi habitación. No me había dado lugar a mirar tan siquiera la primera página.

Maisha y mi madre convencieron a Isabella para que ambos, Zac y ella, se hospedaran en el hostel mientras se recuperaban de las lesiones sufridas, su aceptación fue un alivio. Saber que estarían continuamente vigilados por algún miembro de la familia me tranquilizaba. Incluso Bobby decidió dormir allí para no dejarlos solos.

La noticia acerca de la liberación de Roger Hill, como resultó que se llamaba el ex de Isabella, nos frustró a todos. La rabia y la injusticia se apoderaron de nosotros cuando Matt nos comunicó que la fiscalía interpuso libertad bajo fianza por no tener antecedentes; y me obligó a golpear la mesa donde nos reuníamos, cuando nos informó que aquel malnacido apenas permaneció dos horas en los calabozos antes de pagar el depósito estipulado por el juez.

Isabella palideció al instante cuando entendió que aquel hombre podría regresar para atemorizarla, pero Matt le prometió que no podría acercarse a ellos gracias a la orden de alejamiento que había exigido el letrado que los representaba.

Aun así, supe que no descansaría tranquila hasta que aquel hombre no desapareciera de su vida radicalmente.

Ni yo tampoco.

Zac tardó mucho menos del tiempo previsto en recuperarse casi por completo. Jazz le ayudaba bastante para animarse a andar y correr, lo que beneficiaba a sus funciones motoras y Bobby, Maisha y Matt se encargaron de darle mucha conversación para que hablara tanto como fuese posible. Fue una suerte contar con ellos.

Isabella, por el contrario, aún continuaba recuperándose de las lesiones sufridas en la agresión, y en los últimos días, noté cómo su relación conmigo fue cambiando. Comenzó a mantenerse más distante de lo habitual, como si no



me permitiera acceder de nuevo a su corazón, y evitaba cualquier momento de intimidación. Era consciente de que había sufrido un gran trauma, no solo por lo que había tenido que padecer ella, sino por la desgarradora experiencia de perder a su hijo. De haberlo perdido y recuperado. Conocía el trastorno de estrés postraumático y no quise darle muchas más vueltas. Supe que necesitaba su tiempo y quise dárselo.

Pero la tarde en la que Zac y yo regresamos de montar sobre Arizona, supe que algo andaba mal.

Bastante mal.

Isabella pidió a Maisha y a Bobby que cuidaran de Zac para mantener una conversación conmigo, y no me hicieron falta muchas palabras para entender que la conexión que nos había mantenido unidos todas aquellas semanas, acababa de romperse.

—No lo entiendo, Isabella. ¿Por qué? —le pregunté—. ¿Has tomado esta decisión por Hannah? Ya te dije que entre ella y yo no había nada serio y...

—No. No ha sido por ella, Owen. Lo he hecho por ti —me cortó—. No quiero que renuncies al sueño de tu vida por nosotros, por permanecer a nuestro lado. No podría soportar la idea de que en el futuro te sintieses un fracasado por nuestra culpa, ni que alguna vez llegaras a pensar que te obligué en cierto modo a quedarte con nosotros —comentó. Quise hablar, pero ella me lo impidió cuando levantó su dedo índice—. No quiero mudarme a Florida, ni a ninguna otra ciudad. Quiero quedarme aquí, en Colter Bay, el lugar que me ha protegido todos estos años y donde he vuelto a ser feliz. Me gusta vivir rodeada de árboles, tener vistas a las montañas y mojar los pies en el lago cuando estoy cansada. Quiero que Zac siga creciendo aquí, junto a tu familia, lejos del ajetreo de una ciudad repleta de coches y ruido a cada paso —hizo una pausa—. Tengo que seguir protegiéndole y considero este lugar el mejor sitio posible para ello. No quiero que nuestra relación te condicione a tomar una decisión, por eso he decidido romper. Así no te sentirás obligado a la hora de tomar tu decisión. Jamás me lo perdonaría.

—¿Pero y todo lo que hemos vivido? ¿Se acabó sin más? —dudé.

Isabella se acercó a mí y entrelazó sus dedos con los míos. Su simple contacto erizó los vellos de piel.

—Todo ha sido maravilloso, Owen, completamente extraordinario, y no me arrepiento de haberme entregado a ti como jamás me entregué a otro hombre.

Pero ambos sabíamos que algún día llegaría el final. Tú estabas de vacaciones y yo debo continuar trabajando para tus padres. —Se acercó mucho más a mí, tanto, que hasta pude sentir su aliento y, poniéndose de puntillas, depositó un suave beso en mis labios.

Me estremecí.

Mis brazos rodearon su cuerpo por inercia y acariciaron su espalda con devoción.

—*Ella...* —gruñí cuando sentí un escalofrío recorrer mi cuerpo y quise devorarla allí mismo.

Sin embargo, me lo impidió.

—Gracias por estas fabulosas semanas, Owen —murmuró cuando terminó su beso—. No seas tonto, no renuncies a tu sueño por nosotros. No somos tan importantes.

—Yo no estoy de acuerdo —protesté.

Isabella deshizo nuestro abrazo y se separó de mí.

La ausencia de contacto me hizo sentir frío y no me gustó.

—Adiós, Owen. Espero que todo te vaya muy bien —pronunció.

Algo dentro de mí se rompió.

—¿Y qué pasa con Zac? —le pregunté—. ¿No te importa que sufra cuando me vaya?

Isabella me miró con determinación y me sorprendí de verla tan entera.

—Zac es más fuerte de lo que crees. Sabrá cómo superarlo —mencionó levantando la barbilla. Supe que intentaba no desmoronarse—. Puedes despedirte de él. Le gustará que lo hagas.

Y después se encaminó hacia el hostel, donde desapareció de mi vista.

No dormí. Ni aquella, ni las dos siguientes noches que pasé dándole vueltas a mi cabeza. Me convertí en un zombi viviente en busca de una determinación que, al parecer, me estaba costando más de lo que alguna vez imaginé. Y gran parte de culpa la tenía mi corazón.

Aquellos sentimientos me habían robado la razón.

Procuré no dejarme ver mucho por el hostel los días posteriores a *la* conversación, y me senté durante horas a analizar meticulosamente los pros y contras que tenía en mi camino.

Me costó la misma vida decidirme.

Pero lo hice.

Y ya no podía echarme atrás.

Cogí mi teléfono, busqué el contacto de Terry y marqué la llamada. Fui escueto. Manifesté mi decisión y comencé a hacer las maletas.

Era hora de regresar a casa.

Me despedí de mis padres en el rellano del hostel y abracé a Maisha cuando volvió a besarme por segunda vez. Ninguno esperaba que aceptase el trabajo de Florida y la sorpresa se dibujó en sus caras cuando les comuniqué mi decisión. Sabían, seguramente por Maisha, que Isabella y yo habíamos roto aquella relación que habíamos dejado sin etiquetar y entendieron que, a pesar de estar equivocándonos, aquella era una decisión que no les correspondía tomar.

Dejé las maletas en el maletero de la vieja camioneta de mi padre y respiré profundamente. Sentí la mano firme de mi padre en mi hombro y supe que intentaba darme ánimos.

—Ve. Despídete de ellos o te arrepentirás toda la vida —me aconsejó.

Miré el camino de arena que se perdía en el bosque y asentí.

Tenía razón.

Isabella, a pesar de las contraindicaciones de mis padres, decidió regresar a la cabaña un día después de nuestra conversación, y se perdió en aquella soledad desde entonces. Sabía que estaba evitándome. Para ella la despedida era igualmente difícil.

Pensó que poniendo distancia entre nosotros conseguiría que fuese más fácil.

Se equivocó.

No me hizo falta llamar a la puerta para conseguir verlos. Los encontré fuera, en el porche, jugando con una pelota. En cuanto Zac me vio a lo lejos, dejó lo que estaba haciendo y corrió hacia mí. Lo cogí en brazos a pesar de la contraindicación de Terry, y soporté el dolor agudo que se intensificó en mi costado, mucho más recuperado.

—¡Owen! —Zac rodeó mi cuello con sus delgados brazos y me regaló un tierno abrazo—. Cómo me gusta que hayas venido.

Sentí una punzada de dolor en el pecho.

Escocía.

—Yo también me alegro mucho de verte —comenté, y lo bajé al suelo con cuidado.

—¿Vas a quedarte a comer? Vamos a hacer burritos de carne, ¿nos quieres ayudar? —me preguntó ladeando su cabecita castaña.

Llegamos hasta Isabella, que tensó su espalda y me agaché para tenerlo a mi altura.

—No puedo, Zac. Tengo que irme —mencioné.

—Podemos guardarte un poco para la cena, ¿verdad, mami? —Zac giró su cabeza y le preguntó a Isabella.

Ella no dijo nada. Se limitó a contemplarlo con pesar.

Zac arrugó la nariz y nos miró frunciendo el ceño. Descubrió que ocurría algo entre nosotros.

—¿A dónde te vas? —me interrogó.

—A Florida. He aceptado una oferta de trabajo y debo empezar cuanto antes —comenté.

—¿Y cuándo volverás?

—No lo sé. Quizás en las Navidades o el próximo verano.

Sus castaños ojos pestañearon inquietos intentando comprender el mensaje.

—¿No volverás mañana? —Se quedó estupefacto.

Negué con la cabeza.

—¿Ni el otro mañana? —No daba crédito.

Volví a negar.

Zac miró a su madre, extrañado, para luego depositar su mirada nerviosa en mis ojos. Su labio tembló y una masa sólida aprisionó mi garganta.

—¿Por qué te vas? —me preguntó—. ¿No quieres a mamá?

Dios, cómo iba a echarlo de menos...

Sentí un dolor agudo en mi corazón.

—Con toda mi alma —le respondí.

No le mentí. A los niños no se les debería mentir nunca.

—¿Entonces, por qué te vas? ¿Es que no me quieres a mí? —Su voz se quebró.

Se me resquebrajó el alma.

¿Cómo no iba a querer a ese niño?

—Te quiero demasiado. Más de lo que nunca llegué a imaginar.

Zac ladeó su cabeza, esbozó un puchero y se lanzó a mis brazos con tanta fuerza que caímos juntos al suelo. Escondió su carita en mi regazo y comenzó a llorar.

Jamás podré olvidar aquellas manitas alrededor de mi cuello impidiéndome romper nuestro abrazo.

—Entonces no te vayas —gimió—. Yo también te quiero. Te quiero mucho.

Carraspeé en un intento de tragar aquella masa sólida que me impidió responderle, pero no funcionó.

Maldije en silencio.

Dejé que mis lágrimas escaparan de mis ojos y abracé a Zac con todo el amor de mi corazón.

Despedirme de él dolía demasiado.

—Escúchame bien —dije deshaciendo nuestro abrazo. Senté a Zac entre mis rodillas y me encontré con su mirada—. Te voy a dar tres consejos que te ayudarán mucho cuando crezcas. —Vi cómo Isabella tragaba saliva a la vez que intentaba limpiarse las lágrimas con disimulo. Estaba sufriendo por mucho que intentara ocultarlo—. Primer consejo: jamás le pegues a una chica, aunque se lo merezca. Siempre hay que protegerlas y cuidarlas, jamás debes hacerle daño, ¿me oyes? —Zac asintió con su cabecita muy serio—. Si haces eso, estoy convencido de que cuando crezcas, encontrarás a la mujer de tu vida. Una mujer que te haga reír tanto que hará que el corazón se olvide de los problemas —hice una pausa—. Segundo consejo: haz siempre caso a todo lo que te diga tu madre. Lo que haga o diga será para hacerte feliz, aunque no lo comprendas ahora. —Busqué a Isabella y me encontré con su triste mirada. Sentí que el corazón se me hacía añicos—. Respeta sus decisiones, Zac, a las madres hay que respetarlas siempre. —Miré su dulce cara y apreté los dientes. Cómo iba a echarlo de menos—. Y tercer consejo: lucha mil batallas por dentro, con mil sonrisas por fuera. Alégrate siempre por vivir, disfruta de esta segunda oportunidad que te ha regalado el cielo, aunque te encuentres en el camino obstáculos tan difíciles como escalar una montaña.

Zac me contempló con adoración y yo sentí que el mundo se caía bajo mis pies.

No quise separarme de su lado.

No me apetecía ir al aeropuerto y volar a otro estado.

Quise que ella abriera la boca y me pidiera que no me fuera. Una sola vez. No me hacía falta que me rogara, si ella quería tenerme a su lado me quedaría. Volveríamos a estar juntos, los tres, como antes.

Pero no lo hizo.

Y yo no fui capaz de forzarla.

—¿Lo harás? —le pregunté resguardándolo entre mis brazos.

—Sí, te lo prometo —contestó.

Dejó caer su cabecita en mi pecho, cerró los ojos y nos fundimos en un tierno e interminable abrazo.

Meforcé a levantarme y retomar el camino. No podía quedarme allí.

Besé la frente de Zac y revolví su largo cabello. Corrió hacia su madre cuando reulé varios pasos.

Barrí el paisaje, para grabarlo en mi memoria y me detuve en ella. A pesar de las magulladuras que aún podían distinguirse en su cuerpo, continuaba siendo la mujer más bella con la que me había cruzado. Admiré su figura bajo aquel *short* vaquero, esa camiseta holgada anudada a su delgada cintura y aquellas botas country que tanto le gustaba llevar. Sonreí cuando el viento revolvió su cabello suelto, ondulado y rebelde, despeinándolo. Siempre me había resultado más sexy de aquella forma y me alegró poder verla así antes de marcharme.

Nuestras miradas se encontraron a mitad de camino y aquella expresión que descubrí en sus ojos, me hizo frenar mis pasos.

Duda.

Vaciló.

La esperanza regresó.

Pero se marchó tan rápido como aquellas palabras atravesaron sus labios. Aquellos que tuve ganas de volver a besar.

—Que tengas un buen viaje —murmuró su boca.

Agarró la mano de Zac, se dio la vuelta y se internó en la cabaña.

Un golpe seco me dejó sin aire y me sentí un completo gilipollas.

Solo.

Me encaminaba de nuevo tras mi sueño, sí, pero solo.

## Capítulo 22

Owen.

Tres semanas, cuatro días y diez horas. Ese fue el tiempo máximo que esperé para actuar. El periodo que dejé que trascurriera para convencerme a mí mismo de que aquel sueño con el que había fantaseado toda mi vida, no cumplía con mis expectativas. No era suficiente para mí.

Ya no.

Había intentado convencerme a mí mismo que aquellas semanas de romance con Isabella habían sido una idílica aventura de verano, una inesperada sorpresa que tenía fecha de caducidad. Sin embargo, cada vez que pensaba en Zac, el corazón se me encogía, los recuerdos me invadían y el amor que sentía por Isabella resurgía con tanta fuerza que me dejaba sin aliento.

Los echaba de menos, tanto, que me despertaba en mitad de la noche para encontrarlos. Estiraba mi mano bajo las sábanas buscando la cálida piel de Isabella y corría a asomarme a la ventana para escuchar la risa de Zac mientras jugaba con Jazz a lanzar piedras.

Pero todo se desvanecía cuando descubría que se trataba de una utopía y que Florida se había convertido en mi nuevo hogar.

Intenté aguantar. Por Terry. Se había dejado la piel para conseguir colar mi nombre y mi brillante currículum en el proceso de selección de aquella portentosa entidad sanitaria, pero no pude soportarlo más. Lo sopesé durante días y descubrí que los sueños cambiaban y las personas también.

Me estaba engañando a mí mismo y no quise darme cuenta.

Esperé a terminar mi turno de guardia en el prestigioso Orlando Health Dr. Phillips Hospital para acudir a la junta directiva y rescindir mi contrato. La sorpresa reflejada en todos los presentes me delató que había tomado la decisión más absurda que quizás alguien pudiera imaginar, pero se trataba de mi incoherente y descabellada determinación y, por primera en mi vida, iba a



hacer algo por mí mismo. No por dar la talla ante mi familia, ni por cumplir el sueño que mi mentor se había dedicado a soplarme en la oreja durante tantos juntos.

No llamé a Terry. No le dije nada. Sabía que no tardaría en enterarse y cuando lo hiciera, prefería estar volando rumbo hacia aquellas dos personas de las que me había enamorado.

Pero supe que antes tenía que hacer otra cosa.

Era necesario, mucho, y no se me ocurrió mejor compañía que la de mi mejor amigo de la infancia.

Matt se sorprendió de mi llamada tanto como del plan que me aventuré a idear y, a pesar de lo arriesgado de la situación, me felicitó por ello. No dudó en ayudarme, ni intentó persuadirme. Apenas tardó un día en conseguir aquellos días libres que nos llevaría viajar hasta Boston para localizar a esa persona que me urgía encontrar, y empleó todos los contactos que tenía en las oficinas del *sheriff* del condado para facilitarnos la búsqueda.

Cuando salimos de la pista de aterrizaje y abandonamos el aeropuerto Internacional Logan, nos centramos en nuestro cometido y me sorprendí gratamente cuando aquel contacto de Matthew nos reveló, a través de una llamada, la ubicación exacta del hombre al que buscábamos.

Justo en la esquina de Tremont Street con Waltham Street, junto al City Stage Company, en el interior de un bar británico, Roger Hill bebía entre risas ajeno al plan que lo incluía.

Esperamos a que cayera la noche, de pie, frente al gran escaparate con luces de neón pasado de moda y me sentí como si fuera una especie de asesino a sueldo esperando el momento exacto para cazar a su víctima.

Matt se echó a reír en cuanto comencé a dar pequeños paseos por la zona y me colocó una mano en el hombro cuando pasé por su lado.

—No vas a cometer ningún delito, deja de comportarte como si lo fueras a hacer —murmuró.

Tomé aire para serenarme y asentí con mi cabeza.

Tenía razón.

Pero las formas empleadas no iban a ser las correctas y quizás...

Dejé de pensar en el instante en el que lo vi abandonar el bar. Miré a Matt con nerviosismo y me indicó con un ligero movimiento de mano que

cruzáramos la calle para posicionarnos tras él, con la intención de seguirlo. Roger ni siquiera se percató de ello, iba demasiado contento zigzagueando por la acera como para advertir la sombra de dos hombres persiguiéndole.

Me alegré de encontrarlo solo, sin aquel matón que lo siguió hasta Colter Bay, y sonreí satisfecho cuando el ex de Isabella se paró frente a una puerta roja y sacó un manojito de llaves para abrirla.

Se le cayó al suelo y al agacharse, se golpeó la cabeza con el pomo de la puerta.

Gilipollas. No tenía otro nombre.

Matt fue más rápido que yo y se ofreció a ayudarlo con las llaves, inventándose una chorrada sin sentido que consiguió despistarlo e inspirarle la confianza necesaria como para dejarnos entrar en su casa. En cuanto la puerta de madera se cerró tras de mí, sujeté a Roger por el cuello de su camisa y lo empotré contra la primera pared que encontré.

Su cara palideció en cuanto me reconoció.

No, no estaba tan borracho como creía.

Sus oscuros ojos barrieron la zona intentando localizar una vía de escape, pero yo estampé su cara en aquel feo papel pintado y le impedí que se moviese un solo ápice.

—¿Te acuerdas de mí? —le pregunté.

Roger gimió como un perro y Matt golpeó la pared con su mano abierta muy cerca de su cara, para asustarlo.

—Mi amigo, te ha hecho una pregunta —murmuró—. ¿Te acuerdas de nosotros?

—Sí —susurró en apenas un hilo de voz.

—Me alegro, porque hemos venido para pedirte una cosa y no nos vamos a ir de aquí, hasta que la consigamos —le advertí.

—Vas a colaborar —preguntó Matt—. ¿Verdad que sí?

Un nuevo golpe en la pared le hizo temblar como una gelatina y en cuanto asintió con su cabeza, nos dirigimos hacia el comedor del fondo para llevar a cabo aquel plan que me perseguía desde hacía días.

Recé para que funcionara.

Soñé con que se hiciera realidad.



Regresé a Colter Bay.

Descubrí que no podía vivir sin Isabella, sin Zac y sus locuras piratas, sin ese amor que invadió mi mundo y que lo transformó por completo en aquel verano.

Tuve miedo de volver a sentir su rechazo, pero la amaba. Sabía que el amor que sentíamos el uno por el otro era demasiado fuerte y me negué a que nuestra historia acabase así. Mis miedos, mis inseguridades, mi inmadurez... no podían convertirse en un obstáculo para recuperarla.

No. No lo harían.

Esta vez me atrevería a reconocer mis sentimientos y a no ignorarlos por miedo a fracasar.

—Brownie, te presento a Matt, mi compinche. Matt, te presento a mi bola de pelo —mencioné en cuanto monté en el coche patrulla y mi amigo se perdió por la carretera alejándonos del aeropuerto de Jackson.

—Sabes que se acabará perdiendo por los alrededores, ¿verdad? Os mudáis a un hostel rodeado de más de tres mil hectáreas de bosque frondoso repleto de animalillos que cazar, será su perdición —mencionó Matt mientras puso los intermitentes para adelantar a un vehículo en la calzada.

—Ya regresará cuando tenga hambre —respondí sonriendo.

Matt levantó sus hombros en señal de resignación y giró a la derecha.

—¿Habéis hablado con ella? ¿Sabe que regreso a Colter Bay? —le pregunté inquieto.

Matt negó con la cabeza.

Suspiré.

—Pues esperemos que todo funcione —comenté esperanzado. Miré a Brownie y lo vi dar vueltas en el interior de su trasportín.

—Saldrá bien, ya lo verás —pronunció Matt sin apartar la vista de la calzada.

Lo deseé.

Cuando el hostel se alzó poderoso ante nuestros ojos, sentí que el aire

había escapado de mis pulmones. Me puse tan nervioso que los latidos de mi corazón se duplicaron y las manos me comenzaron a sudar.

Parecía un adolescente antes de asistir a su primera cita de verdad.

Matt paró el vehículo y nos bajamos del interior. Saqué el trasportín de mi gato, atrapé una maleta y me encaminé hacia el porche seguido por mi amigo.

No esperé encontrármela en la puerta, a punto de bajar las escaleras. Me sentí desfallecer cuando nuestros ojos se cruzaron, cual imanes desde la distancia, y mi pecho zarandeo mi cuerpo al explotar de gozo cuando la encontré tan hermosa como el primer día.

Ambos frenamos nuestro avance.

La había echado tanto menos... y ahora la tenía allí, delante de mí, a unos pasos, a mi alcance.

Tuve tantas ganas de correr, envolverla entre mis brazos y perderme en la calidez de su boca...

Unos chillidos de alegría nos obligaron a desviar nuestras miradas hacia la parte delantera de los aparcamientos.

—¡Owen! ¡Owen! ¡Has vuelto! —Zac salió de entre los coches a toda prisa y corrió hacia a mí, tan rápido, que pude comprobar lo bien que se había recuperado.

Me alegré tanto...

Una sonrisa me iluminó la cara.

Me agaché, estiré mis brazos hacia delante y me fundí en un dulce abrazo con el niño del que me había enamorado.

—Gracias, gracias, gracias —repitió en mi regazo—. Sabía que volverías.

Mi pecho se ensanchó de pronto y supe que había regresado al lugar adecuado.

—Zac, necesito ayuda —le susurré—. Necesito hablar con mamá. ¿Crees que lo conseguiremos?

Zac dibujó una gran sonrisa en su dulce carita blanca y asintió con convicción.

—Déjame a mí —soltó sin más.

Miró el trasportín que dejé a mi lado, observó cómo dormitaba Brownie e introdujo un dedo por sus rejillas para tocar al animal. Me reí cuando fingió

no poder sacarlo y obligó a Isabella a bajar las escaleras para ayudarlo.

—Buen trabajo, saqueador —le susurré en su oído cuando le agaché a su lado y simulé que lo ayudaba.

Zac sonrió y quise comérmelo a besos.

El olor de Isabella penetró en mis fosas nasales en cuanto se acercó. Aquella fragancia a flores frescas activó mis recuerdos y mi mente dibujó nuestros cuerpos desnudos en aquel lago donde hicimos el amor por primera vez. Recordé las caricias que nos regalamos, los besos con los que devoramos nuestras bocas, el vínculo que nos unió y cerré los ojos un instante para contener el deseo irrefrenable que de repente me sedujo. Me centré en su cara. Aquel feo moratón de su pómulo había desaparecido, al igual que aquellas horripilantes marcas en su delicado cuello. Encontré una pequeña cicatriz en un extremo de su labio y anhelé volver a perderme en su boca. Se había recogido el cabello en una coleta, pero varios mechones se habían escapado, esparciéndose por su bonita cara.

Supe que estaba nerviosa.

—Zac, cielo, tienes que tener más cuidado. Te he dicho cientos de veces que no puedes tocar las cosas de los demás —le regañó Isabella.

—Owen no es un desconocido, mami —le replicó—. Él es de la familia.

—Sí, es verdad, pero a veces incluso a los miembros de la familia puede molestarle que metas las manos...

—Nada de lo que haga Zac, me molesta —la corté—. Ni me molestará nunca.

Selló sus labios y me miró confusa.

Zac levantó su cabeza y nos miró por encima, paseando sus ojos de un lado a otro para contemplar cómo nos mirábamos. Sonrió satisfecho y cuando consideró que había cumplido con su palabra, sacó el dedo de las rejas y salió disparado escaleras arriba detrás de Matt.

Isabella dejó caer la mandíbula asombrada por aquella encerrona y pestañeó nerviosa cuando mi mano alcanzó la suya.

Dios, estaba tan cerca...

—*Ella*, necesito hablar contigo —murmuré a un palmo de su boca.

La vi temblar.

—Owen ha pasado un mes... —susurró en apenas un hilo de voz.

—El tiempo suficiente para darme cuenta de cuánto os necesito.

Observé sus ojos humedecerse.

—Yo...

Sentí una punzada en mi pecho cuando se levantó de prisa y huyó al interior del hostel. Cuando su vestido de flores desapareció tras la puerta del recibidor, me apresuré a seguirla.

No estaba dispuesto a volver a dejarla.

Supe que se había escondido tras los miembros de mi familia en cuanto entré en la cafetería y vi como todos me miraron con asombro. Creyó que allí, rodeada de tanta gente, me amedrantaría y no sería capaz de confesarle mis sentimientos. Tenía razón, en otro momento lo hubiera hecho, pero aquel instante era diferente y nada se interpondría en mis objetivos.

Vi a Matt junto a ellos y aquel leve gesto que me hizo con la cabeza me animó a dar el paso. Mi madre quiso ponerse en pie para correr a darme la bienvenida, igual que Maisha, sentada dos asientos a su derecha, junto a Bobby, pero estiré mi mano al frente con decisión para frenar su avance.

—Esperad —anuncié—. Antes tengo que hablar con Isabella.

Barrí la estancia para localizarla y cuando la encontré detrás de mi padre, la miré con determinación.

No esperó que diera ese paso allí, delante de todos, con mi familia como testigo.

Zac se encaramó a las rodillas de Bobby y me sonrió.

Cómo adoraba a aquel crío...

Tomé aire, en un intento de infundirme valor y abrí el maletín de piel que colgaba de mi hombro. Saqué una carpeta de cartón y la tendí hacia delante.

—No fui capaz de despedirme de ti, como tampoco pude agradecerte las semanas que compartimos juntos —mencioné sin dejar de mirarla—. Te merecías un regalo y he hecho este viaje solo para entregártelo.

Matt, con disimulo, colocó a Isabella frente a mí y se alejó posicionándose cerca de mi hermana. Zac agarró su mano y éste le sonrió.

Isabella arrugó la nariz y me derretí. Sus ojos me miraron extrañados y su mano tembló cuando recogió la carpeta y la abrió.

—¿Qué es esto, Owen? —me preguntó inquieta.

—La renuncia de la custodia de Roger —le informé. Sus ojos se abrieron como platos y el desconcierto se apoderó de ellos—. Tú y solo tú constas como su tutora legal a partir de hoy. Ya no tendrás nada de qué preocuparte.

—¿Cómo lo has conseguido? —balbuceó patidifusa.

—Conté con ayuda. Viajamos a Boston para hacerle una visita al indeseable de... —miré a Zac y me contuve—, y tras mantener una *cordial* conversación con él e invitarle a una copa de whisky, firmó los papeles —expliqué—. Su única preocupación consistía en perder la herencia de sus padres y tras aclararle que, al firmar la renuncia, nadie, nunca, iba a reclamarle un solo dólar, ni se lo pensó.

—¿Hiciste eso? —Isabella ni siquiera pestañeó.

—Tengo mis recursos —me toqué la nuca. Estaba nervioso. El corazón me latía tan deprisa que creí que se me iba a salir del pecho en cualquier momento—. Conté con una inmejorable ayuda —respondí sin poder evitar cruzar una mirada con mi amigo.

—¿Matthew? —preguntó sorprendida.

El aludido sonrió.

—¿Por eso te marchaste unos días de la ciudad la semana pasada? —le interrogó Maisha. Todos los miembros de mi familia estaban asombrados—. ¿Ayudaste a mi hermano a conseguir esos papeles?

—El mérito es todo suyo. Yo solo lo acompañé. Y volvería a hacerlo si hiciera falta, porque ha tenido unos huevos muy grandes al enfrentarse a él —comentó Matt—. Aquí el cirujano se las ingenió de maravilla para hacerlo entrar en razón.

Sonreí.

Se lo agradecí.

Si no hubiera sido por él, por todos los recursos que empleó para localizar a Roger Hill, no hubiera conseguido mi propósito.

Vi cómo el cuerpo de Isabella comenzaba a temblar de arriba abajo, cómo le costaba respirar, cómo se masajeaba el pecho abrumada. Parecía que fuera a desfallecer de un momento a otro.

Me preocupé.

Me acerqué a ella y rodeé su cintura con mis manos para impedir que cayera al suelo.

—¿Qué hiciste qué? —Volvió a preguntar.

Parecía estar sumida en una especie de sueño.

—Hice lo que tenía que hacer —respondí—. Te prometí protegeros y es lo que he hecho. Nunca más volverás a tener miedo, porque él jamás regresará.

Isabella escondió la cara entre sus manos y comenzó a llorar. La abracé con delicadeza, recordándole que estaba allí para consolarla y hundí mi nariz en su melena.

Olía tan maravillosamente bien...

—Gracias. De corazón —mencionó cuando deshizo nuestro abrazo.

Levanté mis manos y limpié aquel reguero de lágrimas con mis manos.

—Hay una cosa más —murmuré.

Vi un atisbo de duda en su mirada. Estaba nerviosa, no más que yo.

Volví a introducir mis manos en el maletín que colgaba de mi hombro y saqué otros documentos. Los miré unos segundos y tragué saliva. El corazón se me iba a salir por la boca.

Aquel era el momento decisivo.

Le extendí los papeles y ella bajó su mirada para leerlos.

El tiempo se detuvo a mi alrededor.

Dediqué toda mi atención a ella, aunque fue difícil por la gran expectación de mi familia.

Isabella tardó más de lo que imaginaba, o quizás el tiempo se paró demasiado. Jamás en toda mi vida me había sentido tan histérico como en aquel momento.

Acababa de abrir mi corazón de par en par y estaba dispuesto a dejar que hicieran con él lo que quisieran. Solo deseé que no lo destrozaran.

Cuando Isabella levantó su cabeza, encontré que sus ojos estaban anegados de lágrimas, a punto de desbordarse. Una mezcla de sorpresa y devoción se instalaron en su mirada y noté cómo su pecho subía y bajaba acelerado.

—¿Qué es lo que quiere decir este documento, Owen? —bisbiseó.

No pude contenerme más.

No. No quise.



Volví a acortar la distancia que nos separaba y resguardé sus manos en las mías, teniendo especial cuidado en no deteriorar aquellos documentos.

—*Ella*, te amo y quiero pasar el resto de mi vida contigo. He descubierto que no puedo vivir si tus besos, sin tus caricias, sin tus miradas. Te he buscado cada noche en mi cama y he llorado cuando he descubierto que mi verdadero sueño erais vosotros —miré a Zac unos segundos. Me sonrió y yo le correspondí de igual modo. Regresé al oasis en el que quise perderme por y para siempre—. Estoy enamorado de vosotros, por eso, solo si tú lo permites, concédeme el honor de adoptar a Zac y formar juntos una familia. Dame la oportunidad de ser su padre, te lo suplico. Déjame ser tu refugio y, por favor, convertiros en el mío —murmuré a un palmo de distancia.

La boca de Isabella atrapó la mía, confirmándome su aceptación, y yo me perdí en el sabor de sus labios. Rodeé su cuerpo con mis brazos y la resguardé en ellos, donde siempre debió estar.

Sentí unas manos rodear nuestras piernas, uniendo nuestro abrazo mucho más, y supe que se trataba de Zac. Me agaché a por él, lo cogí en brazos y me emocioné. Zac enredó sus dedos en mi pelo e hizo lo mismo en el de Isabella. Juntó nuestras cabezas y dejó escapar unas lágrimas repletas de felicidad.

—Mi mamá —dijo mirando a Isabella—. Mi papá —susurró perdiéndose en mis ojos.

Mi pecho explotó de gozo y los abracé con fuerza.

Me eché a llorar.

Los aplausos de mi familia nos anunciaron la satisfacción que sentían y comencé a recibir abrazos y palmadas en la espalda. Las mejillas de Isabella se atiborraron con los besos de todos los miembros de nuestra familia y Maisha la separó de mí cuando se abrazó a ella y comenzaron a saltar de alegría.

Solté una carcajada y sentí un pequeño empujón en mi hombro. Giré la cabeza y me topé con mi hermano.

—Al final, la has conseguido —murmuró sin apartar la mirada de Isabella—. Cómo se te ocurra volver a cagarla, juro que te cojo por los hue...

—Anda, ven aquí —mencioné alzando mis brazos y fundiéndonos en un afectuoso abrazo.

No hizo falta que volviera a abrir la boca para conocer cuánto se alegraba por mí.

Por nosotros.

Caminé alegre por los pasillos de la cafetería y me dirigí hacia ella. Acuné su hermoso rostro entre mis manos y me deleité contemplándola. Era maravillosa. Volví a contar cada una de sus pecas y acaricié con mis dedos la cicatriz de su labio. Acerqué mi boca y besé aquella huella de guerra, como había querido hacer en tantas ocasiones.

Nunca jamás otra persona levantaría su mano contra ella.

Yo la protegería a partir de ahora.

No hizo falta que dijéramos nada.

Bajé la mirada y me fijé en nuestros dedos entrelazados.

Sonreí.

Su mano y la mía. Qué perfecto.

# Epílogo

Salí del vestuario sacudiéndome el pelo tras la ducha y deposité el uniforme de cirugía en el contenedor correspondiente. Me despedí de las enfermeras del mostrador y busqué en el maletín la llave del coche mientras me dirigía a la salida.

Una voz me llamó antes de abandonar el hospital y me giré para encontrarme con la persona que me buscaba.

Peter Williams cruzó el recibidor del edificio con paso acelerado y sacó una caja de regalo.

—No te he dado las gracias por venir a trabajar el día de Navidad —mencionó apurado—. No me pareció justo llamarte en tu periodo de vacaciones, pero cuando el cirujano de guardia se fracturó la pierna cuando aquel jugador de rugby que ingresó de urgencias cayó sobre él de la mesa de operaciones, y los residentes perdieron el control, no tuve más remedio.

—No se preocupe, doctor Williams. Cuando acepté trabajar en su hospital le dije que podía contar conmigo para cualquier urgencia —le recordé—. Apenas ha durado cuatro horas la operación, tengo tiempo de sobra para almorzar con mi familia.

Le sonreí.

—La junta directiva y yo estamos muy orgullosos de que formes parte del St. John's Medical Center y te deseamos una próspera carrera junto a nosotros —anunció alegre.

—Se lo agradezco. El deseo es mutuo —respondí.

Peter me palmeó la espalda agradecido y depositó en mis manos aquella caja envuelta con un lazo. Fruncí el ceño al mirarla.

—Entrégasela a Isabella. Es un regalo de navidad que os hace el hospital —sonrió—. Disfrutadlo.

Asentí en silencio y me despedí de mi nuevo jefe con un gesto de mi

cabeza.

Cuando salí al exterior levanté el cuello de mi abrigo para resguardarme del frío del invierno y tuve especial cuidado al caminar hacia los aparcamientos para no resbalar con la nieve.

Dejé la caja de regalo y mi maletín en el asiento del copiloto, encendí la calefacción del coche y miré aquel mensaje que recibí segundos antes de comenzar a conducir.

Era de Isabella.

*«Ya estamos todos en el rancho. La comida estará lista en cuarenta minutos, aunque creo que tardará algo más. Brownie se ha zampado gran parte del salmón que ha cocinado tu madre y ha tenido que modificar el menú de navidad. ¿Llegarás a tiempo?»*

Solté una carcajada y le respondí con otro wassap.

*«Estaré con vosotros en menos de lo que canta un gallo. Deseando volver a besarte»*

Vi que el estado de Isabella estaba en línea y me emocioné al verla escribir.

El gif de una pareja besándose con pasión hizo que mi miembro palpitara y dejé escapar una sonrisa picarona cuando me imaginé nuestra particular celebración de navidad aquella noche.

Le mandé el emoticono de un beso y metí la primera marcha.

Tuve tiempo de sobra, mientras conducía, de llamar a Terry y a Hannah para felicitarles las fiestas, y nos pusimos al día mientras iba de camino al rancho familiar. Días después de regresar a Colter Bay, mantuve una seria conversación con ambos donde les dejé clara mis decisiones. A Terry con respecto al trabajo y a Hannah con lo relativo a mi corazón. Y a pesar de que al principio les costó asimilarlo, con los meses todo volvió a como era antes.

Aparqué el coche cuando llegué a mi destino y me apresuré a entrar en la casa.

Hacía tanto frío que mi nariz apenas tardó unos segundos en helarse.

Abrí la puerta de la casa, me quité el abrigo, lo colgué en el perchero junto a mi maletín y levanté en brazos a Zac que corrió hacia mí en cuanto me vio llegar. Besé su cara, lo dejé en el suelo y tiró de mi mano emocionado para enseñarme los regalos que recibió bajo el árbol adornado.

Revolví su pelo feliz y fui hasta la chimenea para calentar mis manos.

Isabella me rodeó por la espalda y depositó un dulce beso en uno de mis hombros.

—Feliz Navidad —me susurró mordiendo el lóbulo de mi oreja y me estremecí.

Giré mi cuerpo, le tendí la caja de regalo y besé sus labios.

Isabella enarcó una ceja y yo levanté los hombros en señal de ignorancia.

—Peter Williams me lo acaba de entregar. Es un regalo por parte del hospital —le expliqué.

Los almendrados ojos de Isabella buscaron aprisa a mi hermana, que corrió a nuestro lado con los ojos abiertos como plato.

—¡Oh, Dios mío! —susurró llevándose las manos a la boca.

Las miré con detenimiento y supe que se me había escapado algo.

—¿Qué pasa aquí? —les pregunté cruzado los brazos sobre el pecho.

—¡Mamá! ¡Corre, ven! —gritó Maisha para hacerse notar por la habitación.

Isabella se quedó petrificada, observando aquella pequeña caja como si en su interior se encontrara el mayor tesoro de un pirata. Me inquieté aún más cuando vi a mi madre chillar de los nervios al llegar y descubrir lo que ocurría.

¿Por qué diantres yo no entendía nada?

Yo, ni ninguno de los hombres que allí nos encontrábamos...

—¡No puede ser! ¿Son los resultados? —preguntó mi madre frotándose las manos, inquieta.

—¿Los resultados? ¿De qué resultados habla? ¿Qué ocurre, Isabella, te encuentras bien? —me acerqué a ella preocupado.

Pero ella no me contestó. Se centró en el interior de aquella caja que acababa de destapar, y dejó de respirar cuando descubrió qué había debajo de la nota que encontró.

Una radiante sonrisa se dibujó en su cara.

Y yo, no entendí nada.

Entonces Isabella, dio un paso hacia mí y me tendió la caja para que pudiera descubrir qué le producía aquella inesperada felicidad.

Su mirada expectante me alarmó.

Cogí la caja con cuidado, me la acerqué a la cara y asomé mi nariz por ella. En el interior, rodeado de trozos de papel celofán, junto a una nota con una carita sonriente, un test de embarazo positivo me comunicaba que iba a ser padre.

Otra vez.

Dejé caer la mandíbula totalmente sorprendido y miré a Isabella emocionado.

—¿Es cierto? ¿Estás embarazada? —le pregunté.

El asombro de los varones de mi familia se vio menguado por los gritos de alegría de mi madre y de Maisha que corrió a la cocina a por una botella de *champagne* para celebrarlo, haciendo que sus tacones repiquetearan por la tarima de madera.

—Sí —murmuró conmovida—. ¿Te alegras?

—¿Qué si me alegro? ¡Acabas de hacerme el hombre más feliz del mundo! —bramé entre risas levantándola en el aire.

Dimos varias vueltas juntos y la deposité en el suelo con mucho cuidado. Besé sus labios con ternura y coloqué mi mano en su vientre, levemente abultado.

Sonreí.

—¡Zac, ven aquí! —mencioné emocionado. Me agaché y lo senté sobre mi rodilla cuando se acercó—. Ven pon tus manitas junto a la mía —Zac arrugó su nariz y obedeció—. ¿Sabes qué hay aquí dentro? —negó con su cabecita—. ¡Un bebé! Vas a tener un hermanito o una hermanita, ¿me oyes? ¡Mamá está embarazada!

Su boquita dibujó una enorme O y levantó su mirada para encontrarse con la de su madre. Isabella asintió sonriente y entonces Zac se abrazó a su vientre.

—Hola, bebé —susurró, depositando un tierno beso que erizó los vellos de mi piel—. No tardes mucho en salir de ahí, estoy deseando que conozcas a los mejores padres del mundo. ¿Te cuento un secreto? Los tenemos nosotros.

Hundí mi cabeza en el costado de Isabella y abracé a todos los miembros de mi familia.

La brújula que guiaría mis pasos de ahora en adelante.

FIN

**¿Quieres un poco más?  
Sigue leyendo**





# Maisha.

Me empeñé en perseguir mi sueño, como hizo mi hermano Owen, y me topé con un lugar inhóspito y peligroso.

Ignoré las señales de aviso.

Me inmiscuí en un mundo de hombres y me empeñé en demostrar a todos que yo, Maisha Brooks, una mujer con sangre africana podía encontrar mi sitio allí, entre ellos.

Fingí que nada me daba miedo.

Ni aquel ambiente tosco, sucio, desordenado, masificado, estresante...

Ni ellos. Ninguno de ellos.

Por mucha testosterona que me rodease, me negué a creer que mi género me condicionara para alcanzar mis objetivos y rechacé la idea de que ello truncara mi suerte. Rechacé la idea de que mi afición, mi pasión, fuese inaccesible por el simple hecho de ser mujer.

¡Ja, y un cuerno!

Ignoré las recomendaciones de Matt. Me cansé de su infinita protección, de su constante vigilancia y de su indecisión.

Sí, de esto último sobre todo.

Era cierto que en ningún momento nos habíamos sentado a hablar acerca de esos sentimientos que nos recorrían de arriba abajo cada vez que nos encontrábamos en la misma habitación, pero era palpable que nos sentíamos atraídos.

Decidí esperar a que diese el paso, pero no sucedió.

Y cuando decidió hacerlo, Connor se lo impidió arrastrándome a su mundo con tanta fiereza que creó una brecha en mi interior que difícilmente podría olvidar.

**Continuará....**

# Glosario

*Oupa* = abuelo. Lengua africana, en concreto el dialecto Afrikáans originaria en el Suroeste de África.

*Vegter*= guerrera. Lengua africana.

*Dapper* = valiente . Lengua africana.

*Olifant* = elefante, Lengua africana.

*Leon* = león. Lengua africana.

# Agradecimientos

Para ti, querido lector. Estas palabras son todas para ti.

Gracias por darme la oportunidad de llegar a tu corazón, por arriesgarte a conocer mis historias, por permitir que mis personajes se dibujen en tu cabeza.

Mil gracias.

Espero que la historia de Owen e Isabella te hayan regalado momentos únicos, mágicos y emotivos. Que te hayas reído con las ocurrencias de Maisha, coincidieras con los propósitos de Tanhisa, sintieras los celos de Bobby y te derritieras con la dulzura de Zac.

Ha sido maravilloso poder crearlos a todos ellos, por y para ti.

No puedo olvidarme de vosotras, Nani Mesa y Patricia Valenzuela, mis queridas lectoras ceros. Conocerlas ha sido maravilloso, una inesperada sorpresa y he disfrutado tanto de nuestras conversaciones que ya estoy deseando continuar con las historias de Maisha y de Bobby. Me he reído tanto con vuestras valoraciones que hasta he llorado de la risa. Deseo seguir contando con vuestra ayuda en mis futuros proyectos, que serán muchos, si Dios lo permite.

Una mención especial a Marien Fernández Sabariego, mi diseñadora preferida. Gracias por crear la cubierta más increíble y perfecta para Owen e Isabella. Por soportar mis dudas, mis miles de preguntas y mis exigencias. Con todo mi corazón gracias por poner cara a los personajes de mi novela.

Y todo esto no habría sido posible sin la magia de Kaera Nox. Descubrirte ha sido toda una revelación para mí. Me ha encantado trabajar contigo, como hemos congeniado y tus ocurrentes comentarios en las correcciones.

Mil gracias por hacer que mi novela brille mucho más y sea perfecta en todos sus sentidos.

# OTRAS NOVELAS DE LA AUTORA

Si os ha gustado la historia de Owen e Isabella y queréis conocer más sobre los mundos que elaboro en mi cabeza, a continuación os dejo el listado de las novelas que llevo publicadas, disponibles a través de Amazon a un precio muy asequible, en cualquier formato, tanto digital como en papel.

Pero si lo queréis firmado, solo tenéis que mandarme un email a [info@sirabrun.com](mailto:info@sirabrun.com) y os enviaré a casa encantada y feliz.

También podéis ponerse en contacto conmigo a través de las redes sociales, como Facebook (Sira Brun) Twitter (@BrunSira) e Instagram (Sira Brun). Prometo que responderé personalmente a todas vuestras preguntas. Nada me hace más feliz que conocer vuestras valoraciones y vuestras inquietudes.

De ante mano, mil gracias a todos por darme la oportunidad de llegar a vuestros corazones.

Sí, y a vuestras almas, también.

A continuación os muestro mis novelas publicadas hasta el momento, de las que me siento muy orgullosa. Espero que os animéis a leerla en algún momento y que compartáis conmigo vuestras opiniones. Son muy importantes para mí.

Mi primera bilogía, corazón de acero, es un thriller romántico con un subgénero histórico, que acaricia la novela negra creando un suspense intenso. La segunda edición del primer volumen se lanzó en febrero del 2018, con una nueva portada y una maquetación muy cuidada, y el segundo, y último volumen, en julio de 2018.



La pluma perdida, es un thriller romántico con un toque paranormal que te hará llorar. Sobre todo con ese final tan inesperado. Encontrarás historias que se entrelazan y situaciones con tanta adrenalina que te quitarán el hipo.

Se publicó en julio de 2019.

